El tren azul

серы мечты

Sueños de sulfuro.
Leí el cartel con la voz de Irina. No había otra forma, porque fueron las primeras palabras que le escuché decir cuando le conté mis planes.
No había entendido la expresión hasta que el avión se detuvo y abrió la puerta. Estaba aislada del exterior, entró aire filtrado y renovado. Pero aun así el olor a azufre fue tan intenso que no pude resistir una arcada. Por suerte el ayuno y las pastillas antimareo seguían haciendo efecto y no pasó de una tosida. Me lo habían advertido más de una docena de veces pero había sido inútil sin haberlo respirado antes. De pronto tuvo sentido la recomendación de visitar un volcán sulfuroso antes de emprender el viaje.
Pero la recomendación me la hicieron después de recorrer treinta millones de kilómetros.
No había podido levantarme, el cuerpo me pesaba de una manera que no podía creer. Ni la peor resaca de mi vida me había anticipado el dolor que tenía en ese momento. Postrado en mi asiento, aun sujeto por los cinturones de seguridad, sintiendo una pelota en la garganta donde mi cuerpo gritaba “¡vomita eso!” pero las drogas se lo impedían. Era frustrante e incómodo.
Pero no podía dejar de sentir esa fantástica sensación de haber llegado a destino después de un muy, muy largo viaje.
Quise respirar profundo, pero fue inútil y contraproducente. Tosí de una manera tan repulsiva que otros pasajeros me imitaron, algunos con menos éxito en contener el reflujo gástrico. Al olor nauseabundo se le mezcló vómito de ácido estomacal y medicamentos.
Por la puerta recién abierta entraron dos mujeres y un hombre. Por el uniforme supe que se trataban de auxiliares de tierra. Una de las mujeres se quedó en la puerta y fueron recorriendo el pasillo mientras leían el manifiesto de vuelo y liberaban los cinturones de seguridad de los pasajeros que habían estado menos tiempo en ingravidez. Los once restantes tuvimos que esperar unos minutos más hasta que entraron más auxiliares, esta vez llevando sillas de ruedas. Las ubicaron en el pasillo, una a cada lado de los que quedamos y con una combinación de fuerza y destreza nos subieron a las sillas.
Así nos bajaron del avión y entramos a la Terminal. No había mucho para ver. Una manga sellada sin ventanas y con una ligera pendiente descendente unía el avión con la Terminal. Cuando entramos al edificio doblamos por una puerta a la izquierda, alejándonos del ingreso regular. Recorrimos una rápida sucesión de pasillos blancos inmaculados, descendiendo por largas rampas sin ventanas. Arribamos a una sala pequeña con instrumental médico. Nos pusieron uno al lado del otro. Varios médicos nos esperaban y en seguida nos revisaron el pulso, oxigenación, sudoración, retracción de la pupila y vaya a saber cuántas otras cosas. A los dos que vomitaron les dieron unas inyecciones. El proceso fue breve, no más de cinco o seis minutos. Dijeron unas pocas palabras y nos dieron el visto bueno. Los auxiliares nos sacaron de la sala, recorrimos otro pasillo y nos dejaron en una sala grande con dos filas de pasajeros esperando. Migraciones. Hasta aquí llegaron las sillas de ruedas, a las que empezaba a acostumbrarme. A partir de ahora, a caminar.
No fue fácil mantener el equilibrio porque el tamaño de la sala me mareaba. El techo estaba muy alto, desproporcionado con respecto al ancho. Habían reflectores que proyectaban al cielorraso distintos tonos de colores que variaban con lenta regularidad. Los cambios no me hacían bien pero pude ignorarlos sin dificultad. Sobre las paredes habían carteles algo extraños que hablaban de eventos culturales. Entre ellos estaba la frase que me recordó la voz de Irina. *Sueños de sulfuro*, repetía en mi mente como un eco lejano.
Me dirigí a la fila más cercana. Entre el murmullo de la sala se oyó una voz clara y firme:
--С*ледующий*.
La fila avanzó un paso. Parecía increíble que estuviera ahí. Era la culminación de casi cuatro meses de viaje y de pronto todo el periplo empezaba a desdibujarse. El primer mes, al menos, desde que dejé la Tierra y pasé esas extrañas semanas en Luna. Un viaje extraordinario y monótono. Día tras

día flotando en la ingravidez en un espacio reducido con las mismas personas, la misma comida y el mismo paisaje. Bueno, el paisaje era lo único que iba cambiando y lo que hizo soportable el tedio. El paisaje y las charlas con Sergy, el viajero interplanetario.
¿Qué habría sido de él? No lo vi descender del avión y ciertamente no estaba en la fila. ¿Haría migraciones en otro lado?
--*Следующий*.
Todavía no acostumbraba mi mente al nuevo idioma. Adiós al mandarín y al inglés. El idioma oficial era el ruso, un verdadero acto de rebeldía contra la tendencia general. Por eso mi primer acción había sido estudiarlo, aunque eventualmente Irina había llegado a sentirse algo frustrada por mi mala pronunciación. Era el momento de la verdad.
El pasajero detrás mio prácticamente me empujó. Era evidente que estaba molesto y que ya no quería esperar más. No recordaba haber hablado con él durante el viaje. Si lo hice fue al principio. Tal vez no era su primer viaje y no estaba abrumado por la experiencia como lo estaba yo. Lo miré de reojo mientras daba un paso para avanzar en la fila. Apenas le di la espalda lanzó un gruñido pero no reaccioné. Sería gracioso que mi recibimiento fuera en una celda. Mejor no.
--Siguiente.
Al menos la fila avanzaba rápido. Mis rodillas me estaban matando y eso que no llevaba ni una hora de aterrizado. No, la expresión era... ¿cómo era? “Nivelado”. Claro, no estaba sobre tierra ni la Tierra. Pero así como existía “alunizar” y “amartizar”, no había un término para Venus. Hasta no pisar la superficie no habría una palabra local para “fin del viaje”.
--Siguiente.
Mi turno. Extendí mi tarjeta de viaje al funcionario detrás del mostrador. La metió en una ranura y pulsó algunas opciones en algún tablero o pantalla.
--Mire aquí--me dijo señalando una cámara a mi izquierda. Miré y un breve destello indicó que había tomado una foto. El funcionario sacó la tarjeta y me la extendió. La tomé, la miré y vi que habían cambiado varias cosas. La principal era que ya no decía “En Tránsito” sino “En Residencia”. A continuación me dio otra tarjeta.
--Éste es su oficial de recepción. Lo está esperando en este momento para terminar los tramites de ingreso. Puerta 8, pasillo C. Bienvenido a Venus. Siguiente.
Caminé con pasos temblorosos hacia la salida. Daba a otra sala, un poco más amplia, con tres columnas al medio y decorada en tonos ocres y marrones. Varios carteles decían “Aduana”. Debía reunirme con mi equipaje, pero no sabía cómo. Imaginé que sería como en la Tierra, utilizando el mismo método replicado millones de veces. Estaba equivocado. En vez de buscar uno el equipaje, era éste quien lo llamaba a uno. Los pasajeros nos situamos en un sector con asientos y tuve la tentación de apoderarme del que estuviera más cercano, pero en seguida dijeron mi nombre. Fui a una mesa donde tenían mis pertenencias. Me pidieron que identificase el contenido y confirmase que todo estuviera en orden. Lo hice y firmé la recepción. Por fortuna me habían dado un carrito para llevar mi magro tercio de metro cúbico que había traído conmigo. La gravedad me pesaba y no hubiera podido soportar cargar con eso. Otro paso burocrático resuelto en poco tiempo, para mi asombro.
Lo siguiente era encontrar la oficina del oficial de recepción. Al otro lado de la sala de Aduana habían tres puertas ordenadas con letras. La A parecía ser la salida directa. La mayoría de los pasajeros salían por ahí. La B estaba bloqueada, tal vez de uso interno. Nadie la cruzaba. La C estaba a la derecha de las otras dos y solo la cruzaron otros pasajeros en mi misma situación. Comprobé que mis cosas no se cayeran del carrito y salí de la Aduana.
El pasillo era ancho, sin ventanas ni decoraciones. Tendría una docena de puertas a ambos lados y la oficina a la que debía ir estaba cerca del final. Cuando me acerqué la puerta se abrió y entré a la oficina. No era muy grande, apenas unos ocho o nueve metros cuadrados. Piso, paredes y techo en tonos amarillos. Al medio un escritorio con el funcionario del otro lado y dos sillas para sentarse. Además del escritorio había un gabinete en una esquina, una foto familiar en la pared a la izquierda, una planta que parecía un helecho en el piso y un reloj de números grandes con varias horas simultáneas sobre la pared derecha. Y nada más.

El funcionario, en cambio, vestía un saco violeta con detalles rosados. Me pareció inusual, poco formal, pero por las dudas no abrí la boca.
--Siéntese, por favor--me dijo el funcionario.
Me senté y esperó a que me terminara de acomodar. Todavía tenía las piernas entumecidas.
--Acaba de llegar a Venus, ¿no es cierto?--me preguntó. Fue innecesario puesto que era mi oficial de recepción, si estaba ahí era porque acababa de llegar. De todas maneras, asentí-- No se preocupe, después de tres meses en el espacio cuesta un poco volver a acostumbrarse a la gravedad. Son solo unos días, en menos de una semana le parecerá que nunca estuvo ingrávido.
--Cuatro meses--corregí--. Estuve un mes en Luna.
Pasó la vista por mi informe.
--Ah, sí, es verdad.
Abrió un cajón de su escritorio y sacó varias cosas que puso sobre el escritorio.
--Bien--continuó--, como inmigrante recién llegado se le otorga por única vez una suma de dinero para gastos hasta recibir su primer salario--me extendió una tarjeta, similar a la que me dieron en Migraciones--. Puede utilizarla desde el momento que cruce la puerta. Esta, junto con la que le dieron en órbita y modificaron hace unos momentos, son las dos únicas que necesitará llevar en todo momento. Una es su identidad, la otra el dinero. Consérvelas consigo siempre.
Tomé la primer tarjeta y miré ambas con detenimiento. Eran parecidas, la mayor diferencia era que una decía “Registro de Inmigración de Korolev” y la otra, “Banco de Korolev”. Sabiendo cómo funcionaban las cosas bien podría haber sido una sola.
El funcionario prosiguió:
--Bien, ahora el empleo. En su curriculum dice que tomó un curso sobre Venus, por lo que debe estar al tanto de cómo funciona el Sistema Flotante.
--Sí, aunque a decir verdad no recuerdo todo. Las estructuras flotan en una capa de aire donde la presión equivale al nivel del mar en la Tierra. El peso de las estructuras se compensa con bolsas de gas más liviano aunque hay una variación en la altura dependiendo de la presión atmosférica. Las estructuras más grandes se llaman “ciudades” y las más pequeñas, “estaciones”. Se interconectan con “botes”, dirigibles que llevan las cargas pesadas, y aviones que son más rápidos y livianos.
--Bien, eso es lo básico--sonrió--. Muy bien, la mayoría de los inmigrantes no entiende cómo es que flotamos. Algunos ni siquiera comprenden que flotamos--hizo una breve pausa donde pareció anotar algo--. Segunda pregunta. Cuando un bote atraca en una ciudad o estación y se lo carga o descarga se produce una diferencia de densidad que hace que el bote ascienda o se hunda. ¿Cómo se evita esa diferencia de densidad?
Dudé con la pregunta.
--¿Intercambiando lastre en las estaciones?
--¿Es una pregunta o una afirmación?
--Eh... una afirmación--de pronto lo recordé--. El dirigible cuenta con un tanque de lastre de agua que se conecta por tuberías durante el atraque. Al cargar el dirigible éste bombea agua hacia el puerto y a la inversa cuando se lo descarga. De esa manera tanto el peso del dirigible como de la estación se mantienen estables.
El entrevistador sonrió. Sí, lo recité casi de memoria, como lo había estudiado sin estar muy convencido de por qué había tenido que leer eso y muchas cosas más durante el viaje. “Te va a ser útil más pronto que tarde”, me había dicho Sergy. Y con razón, ya que así pude conseguir mi primer trabajo:
--Parece que se ha ahorrado la primera hora de entrenamiento en su nuevo trabajo, señor Sdrei. Dermichev necesita gente en los botes--hizo una pausa--. Es una ciudad a un par de días de distancia--acotó--. No trabajará aquí, las necesidades de personal se encuentran en otras ciudades. Tuvo suerte, el primer empleo suele ser de operario minero, pero con sus conocimientos será más útil en un bote de mantenimiento minero, llevando equipamiento, comida y materiales--miró el reloj de la pared--. En unas seis horas parte un tren a Dermichev, donde tendrá que presentarse ante sus nuevos jefes. Puede dar un paseo pero le recomiendo no alejarse mucho del Puerto. Se que el viaje ha sido largo hasta aquí pero podrá descansar en el tren.

Dicho esto me dio otra tarjeta, más grande y de color morado. Un pasaje a Dermichev. Tenía sentido todo esto. Dándome algo de dinero, un pasaje y trabajo en otra ciudad se aseguraban que no me quedara deambulando por Korolev. Una manera civilizada de salvarse del hacinamiento.
Terminada la entrevista salí de la oficina y recorrí el último tramo del pasillo sin regresar a la Aduana. Daba un par de giros hacia la izquierda hasta dar con un amplio hall. Debía ser el mismo al que salía la primer puerta desde la Aduana. Lo deduje cuando vi aparecer varios pasajeros más desde el otro extremo.
Los seguí unos metros hasta que, cerca de la puerta de salida, me llamó la atención un cartel que reconocí sin esfuerzo:

На этой планете умрут

En este planeta, morirás.
De nuevo la voz de Irina, pero ya sin el tono didáctico de una profesora de lenguas, sino mas bien la inexpresiva traducción de un graffiti en una foto que alguien mostró. Ahora, a millones de kilómetros de esa clase, estaba de pie ante un graffiti similar, que recibía a los inmigrantes recién llegados a un mundo hostil.
No era una frase alentadora y, ciertamente, no esperaba encontrarla apenas llegado al planeta. Hubiera preferido, no se, que pasaran una semana o dos. O varios meses. O cuarenta años, mejor. Pero no, fue en las primeras horas, antes de poner un pie afuera del aeropuerto. Lo leí varias veces mientras atravesaba el hall hasta cruzar las puertas que daban a la calle.
Afuera era un lugar amplio, mucho más de lo que había imaginado. Tendría más de treinta metros de ancho y lo recorría una línea de árboles pequeños. La calle se extendía a ambos lados y los extremos se perdían en una larga curva. Miré hacia arriba y me sentí mareado. Los edificios se elevaban cuatro o cinco pisos y en casi todos habían pequeños balcones. Sobre ellos se extendía un techo que era pura luz amarilla, sin poder discernir si era luz solar o artificial. Nunca habría creído que estar en un lugar cerrado podría provocarme agorafobia, pero eso fue lo que me sucedió después de tres meses viviendo en un espacio de veinte metros cúbicos.
Las piernas se me aflojaron, no tanto por la gravedad sino por el vértigo. Crucé la acera trastabillando y me senté en uno de los bancos situados cerca de los árboles, junto a un macetero en el que crecía una planta frondosa. La vegetación me reconfortó un poco y pude respirar con más calma.
Me costó calmarme. No terminaba de comprender lo que me sucedía. Yo, que había recorrido las más vastas y despobladas regiones de la Tierra, me sentía abrumado por el sorpresivo espacio interior de una ciudad que parecía no tener más que unos pocos cientos de metros. ¿Tanto me había acostumbrado a mi estrecha cabina espacial? ¿O era una emoción inconsciente de saber que estaba en un mundo nuevo, extraño, que en nada se parecía a lo que había vivido hasta entonces?
Miré a mi alrededor, viendo si alguien se había percatado de mi comportamiento. A pesar de la concurrencia nadie parecía notarme. Tal vez fui discreto o tal vez era algo normal que un recién llegado tuviera un ataque de vértigo en la salida del Aeropuerto. La gente caminaba inmersa en sus asuntos y en una banca cercana una pareja se hacía arrumacos, ajenos al resto del mundo.
Comprobé que debía ser la segunda opción, porque unos metros más allá dos pasajeros más que habían viajado conmigo parecían estar en una situación similar. Busqué a los demás pero no los encontré. Tampoco me preocupé demasiado.
Desplegué un plano de la ciudad para ubicarme. En ese momento me encontraba en una avenida con forma de anillo, que recorría todo el borde de los niveles habitacionales. Korolev, como casi todas las construcciones en Venus, era como una pelota muy aplastada segmentada en capas horizontales que cubrían servicios, industrias, viviendas y comida. Las viviendas estaban en la capa del medio, dividida a su vez en cinco niveles. Como el Aeropuerto estaba en techo, me encontraba en el nivel más alto. El Puerto al que debía ir estaba situado más abajo, en el nivel de mayor diámetro de la ciudad, a medio camino entre el techo y el piso de la ciudad. Era uno de varios repartidos en diferentes puntos de la periferia que, además, estaba en el otro extremo del círculo.

Era una distancia de unos dos kilómetros que bien podría hacerla a pie o utilizando algún sistema de transporte. Si bien la mayor parte de la gente en ese momento transitaba caminando, también se movían con andadores de dos y de cuatro ruedas. Algunos, incluso, usaban bicicletas mecánicas. Y aunque en el plano figuraba que había un tranvía, no habían rieles ni espacios delimitados en las veredas.

Me puse de pie y comencé a caminar sin rumbo fijo. Pasé delante de un par de tiendas de ropa, de algo que parecía una librería escolar y de varias entradas a departamentos de viviendas. Pasé también frente a un restaurante y no avancé más. Mi estómago me recordó que llevaba demasiadas horas sin comer y que lo último que probé fue un yogur saborizado mientras esperaba en órbita. Entré al restaurante. Me lo debía después del viaje.

No tenía idea del momento del día en que me encontraba, pero no me impidió pedir un buen plato de almuerzo. Me sirvieron una perca salteada acompañada de algas rojas, unas remolachas gratinadas, ensalada verde y una especie de tortilla de legumbres. No tenía idea si esta comida agotaría mi subsidio. Pero no me importaba, después de tres meses comiendo sucedáneos necesitaba cosas reales y deliciosas.

Al terminar la comida tuve que preguntarle al mozo sobre algo que me molestaba desde la entrevista con el oficial de recepción. Una de las primeras cosas que había aprendido en el viaje espacial era que los dirigibles, que eran los reyes del transporte, se llaman “botes” o “barcos”. Pero cuando el oficial me dio el pasaje se refirió a tomar un “tren”. Pensé que me había hecho alguna mala broma conociendo mi historial, pero según me explicó el mozo resultó que a los dirigibles que realizaban viajes regulares entre ciudades les decían “trenes”. No así a los aviones, que seguían siendo aviones. Entonces a los dirigibles les decían “botes” pero solo cuando se trataban de cargas o recorridos irregulares. Seguía siendo algo confuso, pero al menos me sentía más tranquilo con la discreción del funcionario.

De todas maneras se percibía una añoranza por el suelo. Decirle "tren", que es un vehículo segmentado aferrado al suelo, a un dirigible, que es una gran bola de gas con motores, era un canto a la nostalgia. Lo mismo para la versión de carga al decirles "botes", con esa necesidad de asociar la navegación con el mar. Miles de años flotando en el agua no se podían ignorar.

La pausa de la comida me había aliviado la ansiedad y ya no me dolían las piernas como hacía un rato. Decidí hacer un trecho caminando, observando un poco la vida en la avenida circular.

No fue una buena idea.

Al rato volvió la agorafobia, poco después de que mis piernas empezaran a molestarse de nuevo por la gravedad. Supuse que además habían dejado de hacer efecto los medicamentos que me dieron en órbita y los de la revisión médica en el Aeropuerto. Empecé a sentirme mareado por ratos y debía sentarme para que mi sistema circulatorio recordara que debía enviar más sangre a la cabeza.

¿Cuánto tardaría en revertir cuatro meses de ingravidez?

Aun así continué caminando ya que sabía que el ejercicio era la única manera de obligar a mi cuerpo a volver a acostumbrarse al peso de un planeta. Caminaba trechos cortos, me detenía, caminaba un poco más, me sentaba y volví a caminar.

No podía decir que la calle fuera un lugar interesante. La avenida recorría una zona principalmente residencial. Por eso a intervalos regulares se adentraban anchos pasillos que daban a escaleras y ascensores. En algunos casos también conducían a patios con una pequeña plaza varios metros debajo y al que daban muchas ventanas, todas de viviendas. La ciudad era un gran recinto cerrado que se miraba hacia sí mismo. Si bien me adentré en solo cuatro de estos pasillos, todos daban a patios internos. El plano no parecía indicar ningún corredor hacia el exterior. Al menos no en ese nivel.

En las esquinas donde partían estos pasillos invariablemente habían una cafetería y una tienda de ropa. Por lo visto las principales actividades de los habitantes de Korolev eran comer y vestirse, dado que nunca vi una tienda o un restaurante vacíos. Eso sí, la gente vestía puros y estridentes colores. Abundaban los verdes y violetas, con algunos tonos naranjas los que no querrían pasar desapercibidos. Me resultaba chocante verlos, pero era evidente que rompían la monotonía de la calle.

Seguí recorriendo un trecho más, haciendo pausas regulares para descansar las piernas y esperar a que se pasara el mareo. Cada tanto volteaba la cabeza para ver que el carrito me estuviera siguiendo. Si no fuera por él, creo que habría olvidado mis cosas en algún descanso.
Hacia el lado interior de la avenida, es decir mirando al centro de la ciudad, el panorama era básicamente el mismo: comercios y pasillos. La diferencia era que cada tanto se abría una “calle”, un espacio alto como la avenida pero no tan ancho. No se podía ver mucho hacia adentro y estuve tentado de recorrerla. Según el plano estas calles tenían una estructura radial con un gran parque circular al medio. Estas calles, a su vez, estaban intersectadas por otras calles, esta vez rectas. El resultado era una especie de rueda con figuras geométricas en su interior, un laberinto regular que preferí evitar antes de perder tiempo pidiéndole a alguien que me explicara cómo salir de ahí.
Mientras realizaba el paseo me fui dando cuenta de que debía procurarme de alguna vestimenta. Llevaba un conjunto celeste con detalles negros y desentonaba con el entorno. A fin de maximizar la rentabilidad del viaje vendí todas mis pertenencias en la Tierra, incluyendo la ropa. Solo llevaba lo puesto y dos mudas más. Si no hubiera pasado la mayor parte del viaje durmiendo me habría sentido molesto por usar siempre lo mismo.
No fue difícil encontrar una tienda. La avenida era un tercio tiendas, un tercio cafeterías y un tercio del resto de rubros. Como si las principales preocupaciones de los venusinos fuera comer y vestir bien. Fui a una grande que se veía variada. Adquirí ropas livianas, con telas apropiadas para el eterno verano venusino. Las vestimentas típicas eran de colores intensos en tonos morados y verdes. Me parecían algo exageradas, pero los vendedores me explicaron que mi vista estaba contrarrestando la persistente luz amarillenta. Una vez que mi vista se acostumbrara, los colores se verían más naturales. Me sonó extraña su explicación pero no quise discutirle y compré varios pantalones, camisas y un saco para situaciones formales. Todo en colores escandalosos.
Cuando salí de la tienda revisé el horario una vez más. Todavía tenía algunas horas más antes que partiera mi “tren”, por lo que decidí continuar con el paseo. A los pocos metros pasé por delante de un local enorme, lleno de objetos de colores, así que entré. Era un bazar como había visto pocos en la Tierra, de esos donde hay largas estanterías exponiendo las piezas para que los clientes puedan tocarlas y revisarlas. Había una notable variedad de vasos, más aun de copas de muchas formas y tamaños. Y colores, lo que me resultó aun más llamativo. En un sector tenían platos circulares, cuadrados y algunos hexagonales. Me gustaron unos blancos con elaborados bordes de colores que simulaban guirnaldas. Muy elegantes.
De improviso una mujer se materializó a mi lado. Me llegué a asustar.
--¡Buen día, caballero!--exclamó. Me miró unos instantes antes de preguntar:-- ¿Acaba de llegar a la ciudad? ¡Entonces está necesitando armar su casa! Podemos armar el set que necesite. ¿Qué le gusta? ¿Moderno? ¿Clásico? ¿Algún siglo en especial? Tenemos Renacimiento, Siglo de las Luces, Victoriano, Roma Antigua, Modernismo, Paleolítico, lo que pida. ¿O le gusta lo ecléctico? Combinar también es un estilo. Nuestro catálogo es de veintiocho mil setecientas piezas. Todas de reconocidos diseñadores. Usted elige y en unas horas se lo tenemos listo.
Me sentí abrumado por lo rápido que hablaba. ¿Armar mi casa? Debía irme de la ciudad, no tendría por qué comprar nada. Pero en vez de decirle eso solo atiné a preguntar:
--¿Qué hay del vidrio?
En el sector “cristalería” todas las piezas eran de acrílico transparente. Me pareció extraño que no hubiesen piezas de vidrio. Su expresión se transformó y me miró de arriba a abajo con cierto desagrado antes de responderme.
--¿Busca un local de lujo?--me preguntó-- Debe dirigirse al Centro.
--No busco algo lujoso, solo quería ver qué diseños tienen en vidrio--respondí.
--No tenemos vidrio nosotros.
Eso me sorprendió, a decir verdad.
--¿Tampoco en catálogo?
Me quedó mirando con una expresión ceñuda, como si le estuviera discutiendo algo obvio. De pronto relajó las cejas y chasqueó la lengua.
--¡Usted es un *ayva*!--exclamó. Señaló mi carrito-- Pensé que solo era un visitante. El vidrio es un

lujo aquí--explicó--. Demasiado pesado. Solo vendemos polímeros.
Entonces le presté atención al local y, en efecto, todo lo expuesto eran distintos tipos de plásticos. No solo eso, las estanterías también eran plásticas, lo mismo que el piso y el techo. Estaba todo disimulado con pintura de distintos colores, pero las texturas eran inconfundibles.
Salí del bazar algo desconcertado. Observé que la ventanas del frente no eran de vidrio sino de acrílico. Fui a sentarme. No lo había notado, pero los bancos de la plaza no eran de madera ni de metal y el piso no era de hormigón. Golpeé con disimulo un cantero de flores y sonó hueco con un eco acartonado. ¿En qué clase de lugar estaba? Esto no me lo habían explicado. Las plantas, al menos, sí eran reales, pero la tierra donde crecían no lo era. Parecía algún tipo de aglutinado de masa de cocina con gránulos de plástico marrón.
Decidí que ya era hora de ir al Puerto. Según el plano tenía que descender tres niveles. Debía encontrar por dónde bajar, que el plano no era claro sobre eso. Pregunté a varios transeúntes pero no parecían comprenderme. O decía mal la palabra “ascensor” o utilizaban alguna otra expresión. Una mujer, algo más paciente, entendió a qué me refería y utilizó la palabra “portal”, que sí figuraba en el plano. El más próximo se encontraba a unos metros, sobre una calle radial a pocos metros de la avenida. Al verlo vi mucho movimiento de gente entrando y saliendo por una abertura de unos 10 metros de altura que arriba decía en letras gigantes “*портал*”.
Entré y resultó ser un gran salón con escaleras automáticas que subían y bajaban. Me sumergí entre la gente que descendía. El trayecto fue largo. Cuando llegué al piso y salí del portal, me quedé sin aliento. Era prácticamente igual a la calle que acababa de dejar. Misma calle, misma avenida, mismas alturas, mismos negocios. Fue como un violento *déjà vu*. Por un momento dudé de haber bajado, pero los carteles no mentían, según éstos había descendido un nivel. Tampoco era *exactamente* igual. En vez de tantas tiendas de ropa habían locales de juegos y algunos mercados de alimentos. Era como una realidad paralela a la que había dejado arriba.
Comprendí entonces que un “nivel” era todo el bloque de avenida-calles-edificios-de-5-pisos y no un piso regular, como había supuesto erróneamente. Volví a entrar al Portal y fijé la vista en una pared donde estaba dibujado un plano del nivel. Tenía la misma distribución de calles que el de arriba. Revisé mi mapa y resultó que había tres niveles más hacia abajo con la misma configuración. Todos iguales.
Una pesadilla conceptual y era solo el comienzo.
Una vez más me quedé parado como un estúpido en medio del gentío. Por alguna razón desconocida nadie se quejó ni me preguntaron si estaba perdido o algo. Mejor así.
Seguí bajando. Ahí entendí por qué el trayecto era tan largo, debía cubrir toda la altura de los edificios y del techo de la avenida en cada tramo. Cuando alcancé el nivel del puerto decidí seguir bajando a ver qué encontraba. Descubrí algo curioso. La mayoría de los locales eran más pequeños, como si hubieran dividido los espacios a la mitad. Se veía mucho más fragmentado. Además olía diferente. Prestando un poco de atención vi locales de comidas típicas de distintas regiones de la Tierra. Se veían carteles en ideogramas chinos, otros anunciando especialidades africanas o americanas y algunas, incluso, en español. Por un momento lamenté haberme apresurado con la comida, en especial cuando vi algunos de los precios que ponían a la vista. Me consolé pensando que mi primera comida en Venus había sido un almuerzo de lujo.
Regresé al nivel del puerto, aunque para estar seguro llegué a preguntar a un guardia de seguridad aun teniendo los carteles y el mapa en la pared. Salí a la avenida y me senté nuevamente en un banco a recuperarme. Decidí no caminar más. Consulté nuevamente mi mapa. El Puerto estaba al otro lado de la ciudad. La manera más directa era atravesar el parque central, pero la más simple era recorrer toda la avenida circunvalando la ciudad. En ambos casos el único medio de transporte era el tranvía, que circulaba debajo de la calle y por eso no había visto vías ni carriles. Claro que lo apropiado en este caso sería llamarlo "subterráneo", pero considerando que no existía el suelo y que para el nivel de abajo con sus calles y avenidas estaría en el techo, preferí dejarlo como tranvía.
La estación más cercana se encontraba a pocos metros de donde estaba. Era una simple escalera que descendía unos pocos metros hasta un anden bajo la calle. Habían unas pocas personas esperando. No había que pagar, lo que me pareció conveniente. Al cabo de un par de minutos llegó el tren por

la única vía que se extendía contra el andén. Era angosto y tenía un par de vagones sin conductor. Algunos pasajeros se apearon y abordamos los que esperábamos. El tren arrancó en silencio y se adentró en un angosto túnel que iba en curva.
Hicimos varias paradas, cada una en un andén exactamente igual al anterior donde solo cambiaban los nombres de las estaciones. Al cabo de unos diez minutos llegamos al Puerto. Descendí del vagón y subí la escalera temiendo encontrarme en el mismo sitio donde había partido. O peor aun, en la puerta del Aeropuerto. Pero no fue del todo así. Por supuesto que la avenida se veía casi idéntica, pero al menos del otro lado había un edificio con la inscripción “Muelle 4”, mi destino.
La entrada al Puerto no se diferenciaba mucho de la entrada al Aeropuerto. Una gran fachada de vidrio, perdón, acrílico azul con detalles en verde y no mucho más. Adentro el hall era más ancho y extenso. También estaba mucho más concurrido. Habían boleterías en una isla y la gente hacía fila para ser atendida. Recordé que tenía pasaje ya asignado así que crucé el salón hasta las puertas de embarque. A la vista atenta de algunos policías crucé los arcos de escaneo y me detuve en medio de un andén de donde partían trenes a derecha e izquierda. Frente a mi había otra puerta, pero me tomó un tiempo comprender los carteles indicadores, lo que me hizo recibir varios empujones de la gente. Durante el viaje espacial había estado practicando el ruso, pero definitivamente me había perdido de cosas importantes. Algunas palabras en los carteles no tenían sentido. Uno hablaba de un pelícano verde, otro decía “Partida a las 4 del día diurno. Demorado, esperando flotación”. Busqué la tarjeta de mi ¿vuelo? y cuando la tuve frente a mi, en una esquina apareció una flecha que me señalaba la izquierda. Debió activarse al pasar la boletería. Giré y la flecha se acomodó hasta marcarme que me subiera a una cápsula con cuatro asientos que acababa de llegar. Interesante. Y práctico. Creo que, aparte del tranvía, fue lo único realmente automatizado que encontré en la ciudad. El resto de las tareas parecían realizarlas personas. Subí y no tuve que esperar mucho para partir. Recorrió unos segundos hasta detenerse. La flecha de la tarjeta parpadeó y me señaló la salida. Bajé y entré a la sala de espera de mi viaje.
Por primera vez desde que había llegado a Venus, estaba frente a una ventana que daba al exterior. Al menos tenía la certeza de que esto era así. Toda la pared del frente de la sala de espera era un gigantesco ventanal. ¿Cómo podía estar seguro? A diferencia de las anteriores “ventanas” ésta estaba soportada por una estructura triangular. Y también porque del otro lado estaba estacionado un dirigible gigante.

Solo cenizas
en mi planeta dejé,
para no volver.

Ciertamente el exterior no era como me lo esperaba. Sí, era consciente de la nube continua que había leído en cada texto y visto en cada fotografía e ilustración, pero también abrigaba la esperanza de ver algo entre tanta uniformidad. En cambio el paisaje era de un constante blanco-amarillento. No había arriba ni abajo, ni se percibía profundidad. Afuera estaba el dirigible, un estilizado cilindro azul de unos doscientos metros de largo, y nada más que una bruma luminosa.
En cuanto al dirigible en sí, tenía dos rotores de palas opuestas en su parte trasera y cerca del frente tenía dibujada la silueta de una locomotora a vapor, el logo de la compañía del transporte. Adentro era bastante espacioso con salones comunes grandes. Se encontraban sobre las paredes laterales mientas que las habitaciones estaban en el centro, sin ventanas para evitar que los largos días venusinos afectaran el sueño. Compartía con otros dos pasajeros con quienes apenas hablé. La mayor parte del tiempo se pasaba o bien en el restaurante o en una amplia sala de estar. Seríamos poco más de cien pasajeros y era evidente que en el dirigible podían viajar al menos cincuenta más. La tripulación era reducida, por ejemplo el restaurante era con bufet autoservicio y en las habitaciones me crucé con solo dos camareros en todo el viaje.

El dirigible partió a horario y desde una sala con ventanas pudimos presenciar las maniobras. No duraron mucho, la ciudad rápidamente se perdió en la bruma sin que pudiera ver más que un sector bastante acotado del exterior. Desde ese momento nunca se pudo ver nada más que bruma blanca, por lo que hice lo mismo que los demás pasajeros y me concentré en buscar actividades para pasar el tiempo. El viaje duraría un par de días haciendo escala en una ciudad a medio camino de Dermichev, mi destino.

Adentro del dirigible me encontré más a gusto que en la ciudad. Si bien la nave interplanetaria podía entrar perfectamente dentro del enorme cilindro en el que ahora viajaba, la sensación de estar en un recinto no tan abierto me daba cierta tranquilidad. El espacio más amplio era el Comedor y éste no era más grande que un restaurante razonable.

Por suerte el dirigible contaba con un pequeño gimnasio en el que pasé buena parte del viaje. Encontré un programa de rehabilitación a la gravedad con el que pude llegar a Dermichev en mejores condiciones físicas que en Korolev. En las horas que pasé ejercitándome pude interiorizarme en mi nuevo trabajo. Tuve el acierto de tener de compañeros a una pareja que vivía en la ciudad y fueron lo suficientemente pacientes como para explicarme muchas cosas.

La compañía se llamaba Cherski, fundada hacía unos ochenta años por un siberiano llamado Mirko Smolyarov. El nombre, según me relataron mis compañeros de viaje, recordaba unas montañas que habían sido el lugar de origen de la familia. Mirko había fallecido hacía unos pocos años y la compañía la dirigían sus hijos. Era una empresa típicamente venusina, con una familia de primeros inmigrantes que se dedicaban a la producción de oxígeno, carbono y nitrógeno. Minería básica, en otras palabras.

La ciudad de Dermichev, cuna de Cherski, había comenzado como una estación minera de Moscú, una de las Ciudades Grandes. Smolyarov la había comprado y con el tiempo fue creciendo en producción y poder. Siempre con el apoyo de la Tierra, recibieron materiales y mano de obra con los que fueron ampliando la estación-vivienda hasta alcanzar un esferoide aplastado de poco más de un kilómetro de diámetro y unos cuatrocientos metros de altura, habitado por cincuenta mil personas.

Al escuchar esto de pronto recordé la nave en la que había viajado de Luna hasta Venus. Se trataba de una cápsula en forma de estrella que giraba frenéticamente para que después de los tres meses de vuelo tuviéramos suficientes huesos y músculos para soportar la gravedad de Venus. Viajamos unas treinta personas encerrados en unos ochocientos metros cúbicos. Mi carga viajó en otra cápsula, sin tripulación, junto a otras trescientas toneladas. O sea que se necesitaron dos naves para mover a una treintena de personas y su carga. ¿Cuántas naves y cuántos viajes habrá necesitado Dermichev para ser construido y habitado? ¿Y Korolev, que era al menos del doble de tamaño?

La ciudad de Dermichev era principalmente industrial y administrativa. Producían desde materiales básicos hasta productos terminados. También comida, aunque solo exportaban el trío Carbono-Oxígeno-Nitrógeno a Luna y Marte. Desde la ciudad se coordinaban las estaciones mineras, también propiedad de la empresa, que estaban dispersas en el oblast de Dermichevo, una gran superficie que tenía un radio de unos dos mil kilómetros. Se comunicaban entre sí mediante diecisiete dirigibles que transportaban insumos y repuestos entre la ciudad y las estaciones. Nunca terminé de entender por qué estaban tan separadas siendo que bien podrían haber estado a diez kilómetros una de otra, con el mismo resultado. Pero no importaba, al parecer mi trabajo sería tripular uno de estos dirigibles de transporte.

El viaje duró un total de tres días, con una breve escala en la ciudad de Tsibin a las 15 horas de vuelo. De ahí hasta Dermichev tardamos 54 horas, la mitad de las cuales fue de noche. En todo momento el paisaje fue una bruma, blanca al principio, luego se tornó anaranjado y por último de un negro absoluto. Llegamos a destino de noche, aunque en horario local era cerca del mediodía y la ciudad estaba muy activa.

Dermichev era notoriamente más pequeña que Korolev, al punto que no existía una avenida circular. El puerto de ingreso era similar, aunque con menos “lujos”. No podía definir cómo, pero se veía menos elaborado. Las calles, además, no tenían árboles o eran muy pequeños y habían mucho menos comercios. Se mantenían los colores pasteles para las fachadas y las vestimentas de colores

fuertes.
Gracias al gimnasio, la comida y el descanso, mi deambular por la ciudad fue mucho más placentero.
Me presenté en Cherski apenas llegué a la ciudad. Dejé mi equipaje en un depósito en el puerto y partí hacia las calles. Para no deambular sin sentido fui a la primer cabina de informes que encontré y pedí un mapa. No fue realmente necesario, la sede de la empresa estaba en el centro exacto de la ciudad. O, mejor dicho, *era* el centro de la ciudad. Tenía la forma de un cilindro hexagonal, rodeado por una avenida y de cuyos frentes partían las calles que terminaban en los puertos. Donde en Korolev había parques centrales, en Dermichev se levantaba el edificio matriz de Cherski.
Atravesé la calle desde el puerto hasta el edificio. Fueron unos cuatrocientos metros donde siempre se distinguió el logo de la compañía sobre una pared de blanco inmaculado. Debajo del logo había una puerta grande y a ambos lados se extendían hileras de ventanas. Estaba yo en un nivel medio, habían dos niveles más por debajo y otros dos por encima. Yo debía ir a una oficina que se encontraba un nivel arriba, dos calles a la derecha. Según el mapa en cada nivel se repetía el mismo esquema de fachadas y puertas, por lo que no debía confundirme de entrada. Seguramente debía existir algún laberinto interno para moverse, pero era mejor evitarlo por lo que me dirigí a un portal de ascensores y subí al siguiente nivel. Arriba, mismo paisaje. Caminé las dos calles hasta la puerta correcta y entré. Al edificio entraba y salía gente en un flujo continuo. No era demasiado, pero nunca había una pausa.
Adentro había un gran cartel que informaba las oficinas y áreas que habían en ese sector y qué dirección tomar. Encontré la mía y me interné en un par de pasillos cortos que desembocaron en una sala atendido por un secretario. Venía temiendo que pudieran cambiar de opinión durante el viaje o que la comunicación con Korolev no fuera la mejor. Pero estos temores desaparecieron en cuanto presenté mi documento y me indicaron una sala de espera para mi entrevista laboral. Habían cuatro personas más, tres mujeres y un hombre. Una de las mujeres me pareció que había viajado conmigo desde Luna, pero no tuve la oportunidad de preguntarle porque fue la primera en entrar a la entrevista. Al igual que la decoración del aeropuerto de Korolev, todo era muy sobrio, de colores planos en tonos amarillos y naranjas y sin ornamentos. Todos nosotros, en cambio y para contrastar, vestíamos azules y violetas con algún ocasional morado.
El entrevistador fue un poco menos diplomático que el oficial del aeropuerto.
--Ilan Baró Sdrei--dijo leyendo mis datos en su terminal--. ¿Es su nombre real?
--Lo es.
--¿Es usted fugitivo de la ley?
Directo, el hombre.
--No.
--Recuerde que esta es una declaración jurada.
--Lo se. Y no tuve problemas con la ley. Vine por un cambio de vida.
Anotó algo en su consola.
--¿Piensa quedarse mucho tiempo en Venus?
--Hasta que me muera o al menos hasta que me echen. ¿Echan gente?
--Depende de lo que entienda por "echar".
Lo dijo sin hacer gesto alguno. No creo que lo haya dicho en broma.
--¿Antecedentes laborales?
Le recité mi historia laboral, los distintos cursos de entrenamiento y los once trabajos diferentes que hice desde los quince años. No se por qué me lo preguntó, había completado estos datos en el viaje espacial para, justamente, ahorrar tiempo.
--Aquí dice que hizo un curso sobre Venus. ¿Tiene algún certificado?
--Fueron capacitaciones interactivas y libros de instrucción que se encontraban en el archivo de la nave.
--Entonces sin certificado.
Asentí, temiendo que hubiera perdido el tiempo.
--Si entendió la teoría le va a resultar más sencillo comprender su trabajo. ¿Qué le dijo el oficial de

recepción en Korolev?
--Que iba a tripular un dirigible de mantenimiento.
Frunció el ceño y eso no me gustó. Ya me había hecho a la idea de trabajar en uno.
--Su título no es universitario.
--No, es terciario.
--Entonces no es ingeniero.
--En ningún lugar dice que lo sea.
--Sería más fácil para usted si fuera ingeniero. ¿Sabe de química?
--Poco.
--¿De electrónica?
--Conozco la Ley de Ohm.
Volvió a fruncir el ceño, pero no apartó la vista de su terminal. En realidad no dejaba de mirarla y de anotar cosas. Me ponía un poco nervioso.
--¿Alguna experiencia no declarada que implique actividad agropecuaria?
--Creo que la hubiera mencionado, de tenerla.
--Entonces no. ¿Vivía usted en el campo o tenía plantas en su vivienda?
Vaya, eso sí que me desconcertó. Y no sabía cómo responderle en una sola frase. Me tardé un poco en contestar.
--Teníamos plantas, sí, pero no era yo quien se ocupaba de ellas.
--Entonces no. Bien, eso es todo.
Escribió algo extenso en su consola y se detuvo. Al cabo de unos segundos en silencio escuché un zumbido bajo y de una máquina al final del escritorio salió una tarjeta similar al pasaje de tren. El funcionario lo tomó y me lo alcanzó sin mirarlo.
--Preséntese mañana en este lugar para comenzar su entrenamiento.
Leí la tarjeta pero no decía nada de lo que sería mi trabajo. Habían muchos códigos distintos y solo se entendían mi nombre y una dirección que tendría que hallar.
--¿Voy a trabajar en un dirigible?--pregunté con cierta timidez.
--Sí--respondió el funcionario con sequedad.
Creo que recorrí todo el camino de salida a la calle con una sonrisa exagerada. ¡Tenía trabajo! No era algo que me había sacado el sueño aunque, ahora que lo pienso, tuve mucha suerte. En otro momento habría quedado a la deriva como muchos otros que vinieron después y habría sido muy difícil salir adelante. Pero las cosas habían salido bien. Estaba exultante, conteniendo las ganas de ponerme a saltar y gritar. Lo hubiera hecho. Si había un lugar para hacerlo, era Dermichev.
En cambio me fui a festejar al primer bar que encontré. Estaba cruzando la calle, lo que fue muy conveniente. Gasté mi último subsidio korolevense en ese lugar y nunca me arrepentí de ello.
Pasada la euforia inicial me puse a pensar en cómo organizaría mi nueva vida. Estaba sin dinero, con mis pertenencias inmediatas en el Puerto y el resto flotando en algún lugar en órbita. Debía presentarme en mi nuevo trabajo recién al otro día, primero debía ver dónde dormiría y cómo me alimentaría.
--милостыня--dijo una voz que vino desde el suelo, junto a mi pierna, cuando salí del bar.
“Limosna”, creí entender. Me aparté y un mendigo me extendía su mano con una mirada de esperanza. Su otra mano aferraba lo que parecía una botella.
Me sorprendió. Se suponía que en Venus no había desocupación y que todos tenían algo para hacer. Terminó de tener sentido el pasaje de Korolev. Su ciudad era limpia y brillante y no querían tener mendigos en sus calles relucientes. Tiempo después me enteré que era el único indigente de Dermichev. Había enloquecido en un accidente donde quedó flotando a la deriva durante toda una noche. Lo encontraron ya con principios de asfixia y su cerebro había sufrido daños serios. Según relató, durante la noche pasaron luces de colores a su alrededor, acercándose y alejándose. Nunca se recuperó del todo y desde entonces vagaba por las calles pidiendo limosna. Casi siempre era lo único que decía, aunque en sus momentos más lúcidos podía contar su experiencia. Nunca tuve la paciencia para escucharlo, pero tampoco dejé de tener una ficha para darle.
Volví sobre mis pasos a la calle que conducía al puerto. Prestando más atención a los carteles

encontré una sucursal del Banco de Korolev. También del Banco Cherski. Y de Tiendas Cherski. Y del Mercado Cherski. Mis compañeros de viaje no habían exagerado que la ciudad era como una pequeña ciudad feudal, siendo gran parte propiedad de la familia Smolyarov.
En el Banco de Korolev descubrí que tenía crédito gracias a que tenía empleo. El límite era absurdamente bajo pero me permitiría comer. En el Banco Cherski me dijeron que la empresa ya me había ingresado y que tendría la cuenta activa en el momento que comenzara el entrenamiento. Según parecía la base de datos de empleados era compartida. Las cosas no podían estar saliendo más redondas.
Resuelta la cuestión económica fui directo al Puerto a reclamar mis pertenencias. Como ya me sentía físicamente mejor puse todo en una mochila. No tenía carrito asignado y no valía la pena alquilar uno. Tampoco pensaba estar todo el día cargando mi vida. Salí del puerto y me quedé en la calle, pensando en mi siguiente paso.
Consulté ahí mismo en el Puerto y me recomendaron un alojamiento que era, por supuesto, propiedad de Cherski. Fui a uno cercano pero estaba ocupado. Eran utilizados principalmente por mineros que iban a la ciudad en sus días de descanso y en menor medida por inmigrantes recién llegados. De ahí me enviaron a otro que estaba más apartado, en una calle lateral.
La distribución de calles de Dermichev es, como en casi todas las ciudades venusinas, muy parecida a una telaraña. Hay calles que se proyectan desde el centro hacia el borde exterior como rayos en una rueda. Usualmente se las llaman Avenidas. Intersectan esas calles otras que forman anillos concéntricos. En Korolev todas las calles eran rectas menos la Avenida Anillo. Esto hacía que las esquinas no fueran exactamente a noventa grados. En Dermichev sí eran perpendiculares, haciendo que a mitad de recorrido las calles tuvieran una ligera curva para encarar la siguiente avenida. Para hacer más interesante el esquema, solo la mitad de las avenidas llegaban al centro, la otra mitad nacían en el primer anillo de calles y terminaba en el más alejado, convirtiendo el plano en una especie de laberinto.
Entonces di vuelta a la manzana y encontré sin problemas otro alojamiento que sí tenía lugar. Estaba sobre un supermercado de la compañía y ocupaba los cuatro pisos sobre ésta. Tenía un comedor simple pero amplio y una sala con juegos. Las habitaciones se compartían entre cuatro y para cada uno había un generoso gabinete cerrado para guardar las pertenencias. Era perfecto para los primeros días.
Mi habitación daba a la calle y aproveché para quedarme mirando un muy largo rato al movimiento de la gente, cómo iban cambiando las fachadas de los ¿edificios?, los escasos canteros con plantas y todo lo que me pudiera llamar la atención. Creo que fue el primer momento en que realmente sentí calma desde que dejé la nave en órbita. Ni siquiera la había tenido en el dirigible donde había soportado la ansiedad de no saber qué encontraría en destino. Ahora estaba todo más tranquilo. Tenía un trabajo, un lugar para dormir y contaba con dinero para comer. No necesitaba más.

El rato que estuve ahí fui testigo de algo que no me esperaba con respecto a cómo se manejan con los días en Venus. Lo primero que pensé al ver el techo iluminado de la Avenida Anillo, una vez que me repuse de la agorafobia cuando salí del aeropuerto de Korolev, fue que se trataba de una ventana al exterior. Cuando fui bajando los niveles hasta llegar al puerto y ver que el techo en cada nivel estaba igual, me di cuenta de que era luz artificial. No entendía por qué tenían luz artificial si podrían haber hecho algún sistema de iluminación natural incluso para los niveles inferiores. En algunas ciudades de la Tierra lo habían hecho y funcionaba.
Lo siguiente que pensé fue que las calles siempre estaban iluminadas. Las ciudades nunca dormían, eso era cierto en todas partes, pero con un sistema económico que no dependía del día y la noche, tenía sentido que siempre fuera de día.
Eso hasta que oscureció.
Pero no cuando se hizo de noche en Venus. Claro que el planeta tiene una rotación absurdamente lenta de 117 días y a la altura que flotan las ciudades la superrotación de vientos reduce los días a unas 96 horas. Pero también hay una convención para mantener el ritmo luz-oscuridad en 24 horas. Todo el planeta a la vez. O sea que en Venus cuando hablan de “día” pueden referirse a la cara del

planeta que da al Sol, a las 48 horas en que las ciudades están al Sol, o a las 14 horas dentro de las ciudades donde los relojes marcan entre las 6 y las 20. ¿Cómo “crean” la noche? A las 20 apagan las luces de las calles.
El efecto es interesante. En un lapso de no más de quince minutos el techo queda totalmente negro y las calles pasan a ser iluminadas por unos faroles muy discretos que alumbran los lugares de tránsito, dejando las ventanas de los departamentos en penumbras. Al principio me generaba cierta incomodidad porque la ciudad se veía muy oscura pero no por eso cambiaba el ritmo. Por la noche casi todos los comercios permanecían abiertos y el movimiento en las calles se mantenía inmutable. Muy pocos lugares cerraban, probablemente porque no contaban con personal para mantener turnos triples.
Recordé una charla que había tenido meses antes, a poco de abandonar Luna, con mi compañero de viaje interplanetario.
--Hay cosas--había dicho Sergy lentamente--, que solo vas a entender una vez que estés allá. Yo puedo intentar describir lo mejor que pueda pero nada que supere el primer día.
Las palabras de Sergy volvían a mi de forma recurrente. No era para menos, cada novedad remarcaba ese consejo. Aun así lo más vívido de ese momento, pensándolo desde la distancia, era el contexto en que me las había dicho. Yo había estado recorriendo un interactivo sobre varias cuestiones de las ciudades de Venus. Y cuanto más leía, menos entendía. Por un lado hablaban de espacios enormes, parques con árboles, galerías abovedadas, estadios para miles de espectadores. Y por otro decían que la superficie por habitante era igual o menor que las ciudades de la Tierra. Era difícil de comprender la contradicción, en especial encontrándome en un cubículo de dos metros cúbicos que era mi espacio personal en la nave que cruzaba de Luna a Venus. Estuve en ese cubículo casi tres meses, por lo que recorrer las calles abovedadas de Korolev primero y Dermichev después, fue muy fuerte. Todo me parecía gigante, de una desmesura irracional. Era cierto que la densidad de habitantes era como en una poco atestada ciudad terrestre, pero luego del claustrofóbico viaje todo era abrumadoramente cómodo.
Y eso era algo que solo pude entender una vez que estuve en Venus, tal como me había dicho Sergy.

Al día siguiente pude enterarme de cuál sería mi trabajo. Estibador de Bodega. Estaría encargado de mover y acomodar las cargas dentro del dirigible. No me lo esperaba, habría imaginado que algo así lo haría un robot, pero en cambio era una tarea de humanos.
En el curso de entrenamiento seríamos una veintena de personas. Reconocí a tres de los que estaban esperando cuando fui a la entrevista laboral. Y sí, la mujer había viajado conmigo desde Luna. Entre los demás identifiqué a otro compañero de viaje. El también me reconoció.
--Vinimos juntos, ¿verdad?--me preguntó.
--Así es--respondí. Estreché su mano--. Ilan.
--David.
--¿Qué te toca?
--Mecánico. ¿Y tu?
--Estibador.
Rió brevemente y desvió su mirada. Por un momento me sentí algo estúpido. ¿Tan malo era mover cargas? Por suerte llegó el instructor que nos llenó de optimismo.
--Bienvenidos al curso de entrenamiento. En los próximos días aprenderán a trabajar en Venus. No entraremos en el detalle de cada tarea asignada, eso será responsabilidad de los jefes que tengan después. Nos concentraremos en sobrevivir en Venus. Este planeta intentará matarnos en todo momento y cada uno de ustedes deberá sobrevivir y lograr que los demás sobrevivan.
«Nuestro mayor enemigo es la asfixia. Si creían que era el calor o la presión, es porque les mintieron. La atmósfera ahí afuera no tiene oxígeno. La muerte sobreviene por asfixia por inhalación de dióxido de carbono. ¿Y el ácido sulfúrico? Acelera el proceso convirtiéndolo en doloroso.
«Por eso practicaremos una y otra vez para evitar la asfixia. Todos en este planeta estamos

expuestos al riesgo de la asfixia. No importan las tareas que hagan ni dónde las hagan. Todos estamos expuestos.
Creo que la Introducción al Horror Atmosférico duró unos 10 o 15 minutos más de descripciones de cómo podríamos sufrir desde una muerte lenta y dolorosa a una rápida y dolorosa, dependiendo de a cuánto aire exterior nos exponíamos. No entraré en detalles.
Después pasamos a los hechos. El truco para sobrevivir dependía de los Trajes de Seguridad, unos mamelucos sellados con una reserva de oxígeno, una especie de gel alcalino para neutralizar las quemaduras de ácido sulfúrico y una radio para comunicaciones. Con ellos puestos se podía atender una emergencia de filtración de aire exterior. La buena noticia era que como las presiones dentro de las ciudades eran las mismas que en el exterior, el ingreso de la atmósfera era más bien un lento intercambio convectivo, donde influían las temperaturas del interior y el exterior.
En el caso de los botes y estaciones mineras era distinto. Como a veces estaban más arriba o más abajo, las presiones casi siempre eran diferentes y el intercambio era más rápido. De todas maneras nos habían tranquilizado diciendo que aun así las alarmas eran tan sensibles que siempre había tiempo de sobra para colocarse los trajes y reparar las fugas.
Siendo las ciudades enormes globos de aire flotando entre nubes de ácido, me había imaginado alguna tecnología futurista de paneles soldados por robots. Pero la realidad era muy diferente. Ya no recuerdo por qué, pero antes de llegar pensaba que las estructuras eran metálicas, como en la Tierra. Pero los metales son enemigos del peso, así que se utilizan estructuras de carbono y plásticos. La materia prima se encuentra al alcance de la mano, literalmente. Las paredes, entonces, son láminas de capas flexibles de fibras de carbono entrecruzadas, revestidas por varias capas muy delgadas de plástico resistente a la corrosión.
¿Cómo se reparan los daños? Si el agujero es pequeño se rellena con un sellador y se pinta encima, un procedimiento tan simple como antiguo que es hasta vergonzoso que lo haga un robot y por eso lo hacían personas. Si es una fisura más grande por donde hay intercambio de atmósfera, se pegan tiras o planchas como quien pega un parche en la ropa. Ahí sí se usaban unos robots dirigidos para la tarea. Dependiendo del tamaño también se pegan parches del lado de adentro, para reforzar el arreglo.
Además de sobrevivir a la Atmósfera Asesina el curso de entrenamiento tenía un buen componente para entender cómo eran las cosas en el planeta. Si bien lo había estudiado durante el vuelo espacial, resultó interesante porque estábamos aplicando la teoría. Es decir, Venus es un planeta con una rotación muy lenta, pero con una atmósfera muy densa y dinámica que permitía a las ciudades flotar. Y estábamos en una de esas ciudades. ¿Qué es menos teórico que eso? Alcanzaría con mirar por la ventana y verlo en vivo, pero la bruma no colaboraba en distinguir el mundo que había allá afuera. De cualquier forma, ya que mi trabajo iba a ser en un dirigible, era fundamental aprender sobre la atmósfera.
Volar en Venus tiene mucho de meteorología y bastante de arte. Empezando porque todo está en movimiento, las posiciones y distancias son relativas y cambian todo el tiempo. Las ciudades y las estaciones se encuentran en una zona de capas que se mueven a unos 400 kilómetros por hora. Toda la capa de aire al mismo tiempo, lo que le da una estabilidad interna bastante particular. Pero hay vientos cruzados y remolinos y es así que a veces están más al Norte o más al Sur. Usualmente estas variaciones son acotadas, pero cuando se alejan demasiado se requiere ajustar con gigantescos motores. Entonces las ciudades no siguen una latitud fija sino una franja en la que se las puede encontrar.
Para moverse en este mundo giratorio el truco es avanzar más rápido o más lento que las ciudades. Para eso se utilizan las capas de aire que están por encima o por debajo. Más arriba el aire se mueve más rápido y más abajo, más lento. Entonces un dirigible que necesita alcanzar una ciudad o estación que se encuentra más adelante le basta con ascender uno o dos kilómetros para que los vientos lo transporten con un mínimo gasto de energía. En el caso opuesto, si necesita alcanzar una ciudad que se encuentra por detrás debe descender para disminuir su velocidad relativa y ser alcanzado por el destino. En la Tierra se llamaban “vientos alisios” y eran utilizados desde hacía mucho tiempo por los aviones para ahorrar combustible. Pero eso solo funcionaba en una dirección,

ya que no podían volar por debajo de las ciudades como sí se podía hacer en Venus.

No necesito
las estrellas al dormir.
Las veo en mis sueños.

Mientras duraba el entrenamiento decidí instalarme. El albergue estaba bien, pero mi plan era un poco más ambicioso. Una de las últimas cosas que hice antes de partir de la Tierra fue vender todo lo que tenía. Mientras buscaba qué hacer con el dinero di con un asesor que me recomendaron mis ex-compañeros de trabajo. Me obligó a comprar minerales cotizados en Venus y llevarlos hasta ahí.
--Lo bienes minerales son lo único seguro--me explicó--. Son materias primas que necesitan, son con lo que fijan los demás precios. Compra algo que acá sea abundante y allá escaso. De esa manera te rendirá el viaje. Y apenas llegues debes cambiar tus bienes. No por dinero, su dinero no sirve. Tiene que ser algo cuyo valor real se mantenga. Tiene que ser algo tangible. Lo ideal es una vivienda. Lo que tienes no creo que te alcance para una estación minera. Con una vivienda estará bien. Estarás a salvo de las fluctuaciones monetarias y los precios de los productos.
--¿Tanto puede variar? Son unos pocos meses.
--Ahora estamos en un período estable, sí. Pero uno nunca sabe con la gente que está allá. Ni la que está aquí. Se les puede ocurrir cambiar las condiciones, cobrar más caro algo o más barato, y te cambiaron las reservas. No digo que te quedes sin nada. Compra algo y guárdate un resto.
--¿Y si se les ocurre bajar el valor de las viviendas? Pueden hacerlo, ¿o no?
Asintió, pero dejando lugar a la duda.
--Pueden hacer lo que quieran, pero una vivienda es parte de las ciudades, parte del sistema vital. No pueden escapar de sus ciudades. Eso da estabilidad en los valores. Si bajan los precios se arriesgan a que cualquiera con una billetera grande les compre sus ciudades. No querrán eso. Es parte de su poder.
--¿Quiénes son “ellos”?
--Las primeras familias que se instalaron. Los dueños de Venus.
Smolyarov, en mi situación.
La vez que le conté sobre esto a Sergy me dijo que había sido un muy buen consejo. Él, por su parte, me recomendó que mi carga permaneciera en órbita mientras me establecía en una ciudad. Cuando tuve el empleo confirmado hice descender la carga y luego enviada a Dermichev. Al llegar confirmé que nada se había perdido en el camino y se lo vendí a la compañía. Mejor dicho, se lo canjeé por un departamento, a fin de asegurarme una propiedad que me permitiera despreocuparme en el futuro cercano. Fue una acción extraña, me acababan de contratar y todavía estaba en entrenamiento cuando de pronto tenía casa y un dinero en el banco. Mis compañeros pensaron que yo era pariente o amigo de alguien importante y no estoy seguro que hayan aceptado de buena gana mis explicaciones. La mayoría de los inmigrantes, por no decir todos, habían gastado sus ahorros en el pasaje y llegaban con pocas pertenencias por lo que debían trabajar para sobrevivir en un departamento rentado.
Yo era un bicho raro y me lo hacían saber. En el entrenamiento pasamos gran parte del tiempo colocándonos los trajes de seguridad en orden creciente de dificultad. Empezamos con todo el tiempo del mundo y después nos daban tiempos límites cada vez más cortos. También en distintas condiciones de luz y oscuridad, con calor o más calor, distintas sirenas y ruidos y en habitaciones que se inclinaban, simulando dirigibles escorados.
¿Cómo sabía que no les caía bien a mis compañeros? No era raro encontrarme haciendo las pruebas en condiciones más duras que los demás. Nada que llegara a lo peligroso, el instructor seguramente ponía un límite, pero sí estaba seguro que se divertían a mi costa.
Envidias aparte, mi residencia no era gran cosa. Era un monoambiente delgado de unos 25 metros cuadrados. Apenas se cruzaba la puerta de entrada se pasaba junto al baño. Compartiendo la pared

se ubicaba una cocina modesta. Una mesa angosta con tres bancos separaba la cocina de la sala, que en realidad consistía en una cama mediana con un par de bolsas de espuma que oficiaban de sillones.
Estaba pintado de un singular gris claro, un tono neutro para que yo eligiera una combinación propia sin prejuicios. A contramano de lo que había visto hasta el momento, elegí un piso rojo y paredes en tonos verdes. En un principio había pensado dejarlo gris, pero al cabo de dos días era insoportable.
Al final del departamento había una ventana algo reducida que daba a un patio cerrado que ofrecía la única iluminación “natural”, siguiendo el ritmo de 24 horas de la ciudad. Me encontraba en un tercer piso, por lo que estaba a medio camino entre el patio y el techo. En varias de las ventanas de mis vecinos colgaban plantas en abundancia, algo que no esperaba ver en un lugar tan artificial. Aunque, pensándolo bien, era lógico en un ambiente tan uniforme y estéril. En el patio, allá abajo, solían reunirse chicos para jugar a la pelota, lo que daba un poco de *ruido urbano* a lo que en general era un lugar terriblemente silencioso.
Mientras buscaba departamento me di cuenta que los niveles habitacionales dividían la ciudad en estratos sociales. Este detalle lo pasé de largo en Korolev porque no estuve el tiempo suficiente. Pero haciendo un poco de memoria, también era así. En lo más alto vivían las familias más antiguas, debajo los profesionales y funcionarios, y así hasta los mineros y obreros en general. Yo, como recién llegado, debía aspirar a alquilar algo en el nivel más bajo, pero como había llegado con dinero suficiente pude instalarme en el segundo nivel. Podría haber pagado un departamento de iguales características en el tercer nivel, pero no me estaba permitido. Había que escalar socialmente.
El departamento estaba amueblado pero el resto debía proporcionármelo yo mismo. Fui al bazar más cercano para hacerme de un juego de vajilla. Era similar al que había entrado en Korolev, aunque tal vez con menos variedad de figuras de exposición. Elegí un juego bastante tradicional de platos. Para los vasos tuve que recurrir al acrílico, no hubo escapatoria. Me hubieran gustado vasos tradicionales de vidrio, pero esto era algo que no se veía en Venus. No por escasez sino por peso. Las cosas valían más por su peso que por el material con que estaban hechas. El vidrio era intrínsecamente pesado y por lo tanto se había convertido en un material de lujo. Lo mismo los metales y las cerámicas, en menor medida. Los cubiertos, entonces, se reducían a simples palillos chinos para comer, algunas cucharas plásticas y los cuchillos eran todos cerámicos. El acero era una rareza de coleccionistas.
Terminé comprando un juego completo para cinco personas porque no entraba más gente en mi departamento. Si iban más debían llevar su propia vajilla que de todas maneras era algo que la gente acostumbraba hacer, según entendí. Mi optimismo como anfitrión era encomiable porque solo contaba una persona como amigo en Venus y no tenía idea en qué ciudad se encontraba.
En cuanto a la comida, bueno, era un tema complejo. No me costó darme cuenta que ya no estaba en mi casa, que el menú se reducía drásticamente. La variedad con la que me había criado ya no existía y el mercado tenía una oferta muy acotada. Me sentía algo desorientado con los precios y sobre qué comprar.
Cerca de mi casa había una verdulería atendida por una mujer joven que tenía un embarazo avanzado. Ella y el marido habían viajado juntos y esperaron a llegar a Venus para tener familia. Inmigrantes modelo, podría decirse. Gracias a ellos y a su paciencia de recién llegados pude comprender varias cosas con la comida. La primera y principal era que no existían las frutas y verduras de estación. Como todo se producía en ambientes controlados la disponibilidad era constante. Punto a favor. Lo segundo era que esto implicaba un costo que, en algunos casos, era elevado. Los invernaderos no eran ilimitados y requerían de un trabajo intenso. Lo mismo las psiculturas y las granjas de animales. Los precios respondían a un estricto esquema de oferta y demanda que variaba día a día unos pocos centavos. Muy raras veces ocurría que un producto no se vendiera al ritmo calculado y bajaban el precio, pero en general la producción respondía a un ritmo de consumo tan previsible que no habían muchas sorpresas. Era la consecuencia de que todos viviéramos en un espacio acotado donde todos nuestros consumos se podían monitorear. Como en

una ciudad de la Tierra pero en escala más reducida.
Como yo contaba con una reserva de dinero equivalente a varios salarios, la ayuda de los verduleros fue primordial para no acostumbrarme a un estilo de vida que sería insostenible en pocos meses. Entonces mi dieta se redujo a verduras, legumbres y diferentes formas de pescado procesado. Mi mayor problema es que no me considero una persona de gran inventiva en la cocina. Por fortuna también había cerca un restaurante donde trabajaba un cocinero japonés que era capaz de preparar mil platos distintos con los mismos pocos ingredientes, la mitad de los cuales era mejor no preguntar por los detalles. Pero comer preparado tenía su costo y debía ser cauteloso con los gastos, por lo que mi comida de cabecera terminó siendo tostadas con paté de pescado y una ensalada que variaba un poco cada día.
No estaba seguro de poder soportarlo por mucho tiempo, aunque en realidad la prueba máxima habían sido los tres meses comiendo deshidratado. Muy interesantes las granjas de baja gravedad de Luna, pero la comida producida era bastante monótona después de un par de semanas. Tres semanas antes de arribar me preguntaba si no estaba siendo demasiado exigente.
--La comida en el Espacio nunca fue buena--me explicó Sergy--, salvo en los primeros tiempos que había que lograr que la gente quisiera salir de la Tierra. Y aunque nos guste la variedad, la verdad es que terminamos comiendo siempre lo mismo, pero de lo que nos gusta. En el Espacio, donde prima la eficiencia, se come lo más compacto y liviano. Y usualmente no es de nuestro gusto. Con el tiempo uno se acostumbra, que es lo mismo que decir “no hay de lo que me gusta entonces me gusta lo que hay”.
--¿Y esto es así en Venus?
--Sí y no. Venus, como Luna, Marte o las “ciudades” que andan flotando por ahí, tienen un poco más de variedad y se tiene un poco más para elegir lo que te termina gustando. Pero nunca se va a comparar con la Tierra, eso quedó atrás y dudo mucho que se alcance el nivel de la comida terrestre en al menos este siglo.
Su revelación fue decepcionante. Nunca me había detenido a pensar en la comida, era algo que había dado siempre por sentado. Intenté imaginar qué platillos había dejado atrás.
--¿Pero hay buena comida?
--Sí, y como siempre es cuestión de lo que puedas pagar. Se producen vitaminas, proteínas, carbohidratos de manera más o menos sintéticas, en base a bacterias y algas. De ahí sacan los alimentos más baratos, amorfos e insulsos. Como éste--levantó el paquete sin abrir de la “cena”--. El siguiente escalón son los vegetales y peces, criados en granjas hidropónicas. Es lo que comerás habitualmente. Y te interesa comer otra carne que no sea pescado hay gallinas, patos y cerdos, los que salen tan caros que tal vez puedas comer una vez los primeros seis meses que estés ahí.
Cada vez que recuerdo esta charla sonrío para mis adentros porque mi primer comida en Venus fue, precisamente, pescado con verduras.

Con el pasar de los días me fui acomodando a mi nueva vida. Ya tenía encaminadas las cuestiones materiales y creí oportuno empezar a alimentar a mi espíritu.
Un inconveniente de la “ciudad insomne” es que se volvía muy complicado encontrar entretenimiento que no fuera en un sauna. Me gusta la música y si bien no tenía muchas esperanzas de encontrar vida cultural en una ciudad industrial en un planeta infernal, esperaba que hubiera algo de vez en cuando. Y lo había, pero en horarios incómodos. Todos los músicos en Dermichev y alrededores eran empleados que tocaban en sus ratos libres. Y esos ratos libres podían ser en cualquier momento. Habían cinco bares, uno en cada nivel, donde se podía escuchar música prácticamente en cualquier momento del día. Y esto era literal. El problema no era, en realidad, que no hubiera algo que escuchar, sino que hubiera algo *bueno* para escuchar.
Yo asistía al curso de entrenamiento en lo que vendría a ser el “día citadino”, de 9 a 19. Descontando una hora antes y después para prepararme y comer algo, mis ratos libres podían ser de 20 a 8, dependiendo de cómo administrara mi sueño. Pero resultó que la música que tocaban en cualquiera de esos horarios no era de mi gusto. Para nada. Había un trío que podría llegar a gustarme pero solía tocar a las 3, en plena madrugada. Para ir a escucharlos debía dormir en dos

partes y pude comprobar que eso no era una buena idea.
Conversando entre copas me explicaron que una vez que tuviera asignado una tarea seguramente tendría horarios rotativos y tendría oportunidad de conocer a toda la oferta musical de Dermichev y alrededores. Mientras tanto me recomendaron varios músicos que escuché en grabaciones y sonaban bien, pero trabajaban en estaciones alejadas y solo iban cada varias semanas. Bueno, pronto llegué a la conclusión de que no debía desesperarme. Si pensaba quedarme a vivir en Venus bien podría ir acomodándome a una rutina musical escasa y errática.
Otra actividad a la que parecían muy aficionados era al dibujo. Existían varios locales, llegué a contar cuatro, donde vendían pinturas. En todos los casos los mismos propietarios sintetizaban los colores. La monotonía cromática de la ciudad impulsaba a sus habitantes a ser creativos. No era raro encontrar graffiti y murales en las paredes de los pasillos internos de acceso a los departamentos. Lo curioso era que nunca vi un paisaje terrestre. Supuse que los habría por la nostalgia, pero en todos mis paseos y deambulaciones no encontré ni uno. Habían, eso sí, extrañas abstracciones realizadas por jóvenes que nunca habían conocido otro paisaje que el interior de las ciudades y el exterior de las nubes de ácido. Formas inconexas y colores sin sentido cubrían paredes enteras, tratando de representar las imágenes que sus mentes creaban sin ataduras. Solo unos pocos buscaban recrear ríos, planicies y montañas que nunca habían visto.
Un día, ante lo que consideré una maravilla de formas y colores que despertaban no se qué región de mi cerebro, un desconocido se paró junto a mi y dijo:

Extraños sueños
de un mundo donde solo
podemos volar.

El entrenamiento duró apenas dos semanas. Casi todo el tiempo estuvo dedicado a la seguridad y a resolver problemas de ingreso de atmósfera. Al final podíamos colocarnos los trajes de seguridad en medio de la oscuridad con la habitación inclinada, la atmósfera enrarecida, escuchando sirenas, gritos y ruidos de estructuras colapsando. La parte de la atmósfera fue la que menos gracia me causó. La fase final fue acostumbrarnos a sentir lo que era el aire de Venus. Siempre dosificado para estar al límite de lo seguro, teníamos que identificarlo y actuar en consecuencia. El instructor no se había equivocado cuando nos había dicho que terminaríamos poniéndonos los trajes de manera instintiva y había sido inclemente para que lográsemos ese objetivo.
Pero lo más raro fue la parte donde probamos los salvavidas. Como el mayor peligro era caer hacia la superficie, lo primordial era mantener el nivel de flotación. Si había que abandonar el dirigible o incluso una estación, la manera de hacerlo implicaba meterse en una bolsa transparente, accionar un interruptor y saltar al vacío. El salvavidas contaba con una botella de aire comprimido que inflaba la bolsa con una mezcla común de nitrógeno-oxígeno, lo que permitía estar sin un respirador artificial. Indistintamente si uno estaba a mayor o menor altura, en algún momento se llegaba al equilibrio de presiones y se quedaba ahí, flotando. Si por alguna razón el nivel era peligrosamente bajo y la temperatura era muy alta, se accionaba una segunda botella que inflaba una bolsa adicional con hidrógeno. Era una solución interesante, siempre y cuando hubiera cerca alguien para rescatarte porque los salvavidas no tenían propulsión y el aire no duraba más que unos pocos días antes de sucumbir por intoxicación por el dióxido de carbono.
Bien, esta era la teoría. La práctica fue una experiencia terrorífica. Como *debíamos* saber lo que sucedería en una situación de emergencia, era obligatorio saltar con el salvavidas. Lo habíamos hecho muchas veces. Había que meterse en la bolsa, correr el cierre y tirar de la cuerda antes que el instructor nos lanzase a un vacío simulado que se terminaba unos metros más debajo, en el piso de la ciudad.
El último día no estábamos al borde del Pozo, como llamaban el sitio de las prácticas, sino en la bodega de un dirigible a un par de kilómetros de Dermichev. Era la prueba final para los veintidós que hicimos el entrenamiento, parados en una fila con nuestros trajes y salvavidas a nuestros pies.
--¿Nerviosos?--preguntó el instructor. Algunos asintieron-- Deberían estarlo todos ustedes--señaló a

las puertas exteriores, una en cada extremo de la bodega--. Cuando suene la alarma se pondrán los trajes, sujetarán sus salvavidas y caminarán hasta las puertas. Tienen cuarenta segundos desde que suena la alarma hasta que las puertas empiecen a abrirse y el aire empiece a circular. Cuando las puertas empiecen a abrirse, abren los salvavidas y se meten adentro. Cuando la puertas terminen de abrirse, los activan y saltan. No hay segundas oportunidades. Lo hacen bien o mueren.
Se me hizo un nudo en el estómago. Alguno empezó a rezar.
--¿Asustado?--me preguntó David, a mi izquierda.
--Aterrado--confesé.
--Yo también.
--Pero todo va a salir bien, ¿no?--preguntó un tercero.
--Debería--respondió David--. Debe ser como saltar en paracaídas en la Tierra. Está todo tan probado y comprobado que rara vez muere alguien.
--Ya nos vamos a enterar--concluí fingiendo aplomo.
Sonó la alarma y destellaron luces rojas. El instructor había desaparecido mientras hablábamos. Nos pusimos los trajes y caminamos hasta la puerta más cercana arrastrando los salvavidas. Todavía quedaban varios segundos y nos metimos cada uno en la bolsa transparente del salvavidas. Creo que se tardaron algo más de los cuarenta segundos anunciados en abrir las puertas. De todas maneras no ayudó con la ansiedad. La apertura fue explosiva. Cuando subimos al dirigible las puertas se cerraron despacio. En cambio ahora se abrieron en un par de segundos, expulsándonos al exterior. El dirigible volaba muy alto, donde la atmósfera era de menor densidad que en el interior. La descompresión nos empujó con violencia, sin aviso, golpeándonos unos con otros.
Dentro de todo creo que me lo tomé con calma. Mis pulsaciones nunca bajaron de 150, pero al menos no grité como algunos de mis compañeros. Vernos de pronto cayendo en la atmósfera venusina fue lo más aterrador de mi vida. Al momento de caer del dirigible accioné la cuerda del salvavidas y éste se llenó de aire en unos segundos. Fue puro instinto, logrado después de días de práctica. Una bolsa gigante se infló a mi alrededor, pero no dejaba de caer. Y es que sin importar qué tan inflado estuviera el salvavidas antes de saltar, caer es inevitable. El dirigible compensa el peso de la estructura con hidrógeno. En el salvavidas el hidrógeno es solo un respaldo, la compensación no ocurre por lo que hay que descender hasta que la suma del peso del pasajero más el del aire interior sea igual al peso de un volumen similar de la atmósfera exterior. Dependiendo del peso de la persona y el volumen que adquiría la bolsa, uno caería metros más, metros menos. Adentro no hay arnés para sujetarse por lo que la única posición es acostado boca arriba en una bolsa translúcida.
Así que ahí estaba yo, cayendo de espaldas, viendo cómo el dirigible se iba reduciendo y desvaneciendo a medida que me sumergía en la bruma. Veía los salvavidas de mis compañeros, algunos más cerca que otros. Todos cayendo hacia el Infierno Ácido. Los más afortunados y livianos estaban más altos, algunos ya estaban más abajo. Tenía a un par junto a mi pero no podía identificar quiénes eran. David no era uno de ellos. Gritaban aterrorizados y sus voces no sonaban como David. Había un dicho que decía “en el espacio nadie escucha tus gritos”. Bueno, en Venus sí se escuchan. Espeluznante.

Para no extenderme más les cuento que sobrevivimos todos. Dejamos de caer al cabo de unos muy largos segundos y el dirigible descendió para buscarnos, tarea que le tomó un par de horas. Era fácil salir metidos en una bolsa desinflada, pero nada sencillo era volver a entrar metido en un globo del que, además, había que recuperar el aire sin romperlo. Pero salió todo bien y esa noche pudimos brindar por el exitoso fin del entrenamiento.
Después de un merecido día de descanso para reponernos de la experiencia terrorífica me presenté en lo que sería mi primer trabajo: cargar cajas de comida y suministros para las estaciones mineras diseminadas alrededor de Dermichev.

Qué mundo es este
donde no pisas el suelo.
Ángeles somos.

El dirigible en el que iba a trabajar se llamaba Tania y se podría considerar estándar para lo que es Venus. Tenía 120 metros de eslora, 40 de manga y 25 de alto. Contaba con dos motores de propulsión, dos de maniobra en proa y otros dos en popa. La energía se obtenía de celdas fotovoltaicas que cubrían el casco por arriba y por debajo. Lo tripulaban solo cuatro personas: un piloto, un mecánico y dos estibadores. Yo iba a ser uno de los estibadores.
Me presentaron al piloto, de nombre Georgi Guliyev. Rondaba los 50 años, era de estatura mediana, pelo castaño oscuro, un principio de bigote que más tarde comprendí estaba siempre así, ojos oscuros y una mirada como si estudiase cada cosa con detenimiento. Sonreía con frecuencia, aunque no reía.
El mecánico, en cambio, parecía como si mirase a la nada. Era delgado, un poco más alto que yo, pelo castaño y daba la impresión de que tenía la pierna izquierda más corta que la derecha. Se llamaba Sasha Varely y hacía apenas ocho meses que había llegado a Venus. Llevaba la mitad de sus 31 años deambulando en el espacio. Un verdadero astronauta.
El tercer tripulante, mi compañero directo, se llamaba Aleksey Grimov pero todos le decían Alek. Era bien alto, de aspecto juvenil y siempre con una sonrisa en puertas. Era un auténtico ruso-venusino, descendiente de las primeras oleadas de colonos. Sabía más de Venus por herencia vivencial que por lo que otros enseñaban. De inmediato supe que tenía que hacerme su amigo para aprender a vivir en un mundo extraño para nosotros, pero totalmente natural para él.
La carga se ubicaba en la bodega del dirigible, a medio camino entre la proa y la popa, en el exacto centro de gravedad. Tenía forma rectangular y abarcaba todo el ancho de la nave, como un pasillo ancho. En cada extremo había una puerta por lo que el dirigible tenía una gran puerta a mitad de cada costado. El piso estaba dos metros por debajo de las puertas lo que hacía que la carga sirviera para ayudar en el equilibrio. En el techo de la bodega colgaba una grúa con la que se levantaban los paquetes para depositarlos en las plataformas de las puertas. Por qué no habían hecho las puertas a la misma altura del piso de la bodega, nunca lo comprendí.
Desde la bodega hacia el frente se encontraban las habitaciones de la tripulación. Habían seis camarotes, una cocina, un comedor, un almacén, dos baños y una sala de esparcimiento con un gimnasio. El conjunto estaba separado de la bodega por un pasillo de unos diez metros. Pasando las habitaciones se extendía otro pasillo por unos interminables veinte metros hasta la cabina de mando, donde se conducía la nave. Hacia el otro lado, de la bodega hacia la popa, había un pasillo corto que daba al taller. Ahí se encontraba la joya del barco, un pequeño invernadero hidropónico automatizado que nos proveería de algunos vegetales frescos durante los viajes.
En el pasillo entre la bodega y las habitaciones habían dos puertas. Una conducía a una escalera en caracol que iba desde el techo hasta el piso del dirigible. En ambos extremos habían compartimientos estancos para poder salir al exterior, aunque solo la del techo tenía un uso ocasional. Si por alguna razón había que llevar a alguien de urgencia o recibir algún repuesto de emergencia, venía un helicóptero que podía situarse sobre una parte plana de la estructura. La del piso, en cambio, salía a la Nada y estaba para alguna eventualidad que necesitara que el bote se situara sobre otro dirigible no compatible con las compuertas de la bodega. Según me relataron, esa puerta nunca había sido utilizada en el Tania y tanto Alek como Sasha ni siquiera sabían de alguna vez que fuese usado por alguien en Dermichev.
La otra puerta conducía a una escalera que conducía a las cabinas laterales de mando. Sobre cada puerta exterior de la bodega había una pequeña sala desde la que se podía pilotear el dirigible en las maniobras de atraque. De esa forma la conducción se hacía de frente y no desde un extremo virtualmente ciego, que era en lo que se convertía el puente de mando. Un pasillo unía ambas cabinas y se comunicaba con la escalera que subía toda la altura de la bodega.
De los 12 millones de kilómetros cuadrados que ocupaba Cherski con sus estaciones, el Tania estaba a cargo de un triángulo de un poco más de un millón. La recorrida se preveía que duraría dos

semanas y visitaríamos doce estaciones mineras, repartiendo unas veinte toneladas de comida y equipamiento.
Zarpamos ese mismo día y nos alejamos de Dermichev usando los motores principales. Nuestro primer destino quedaba a unos novecientos kilómetros adelante y a la derecha, por lo que debíamos ganar velocidad para alcanzarlo. Acá entraba la belleza de la navegación por capas. Las siguientes dos horas ascendimos varios kilómetros hasta alcanzar un nivel donde el aire se movía unos veinte kilómetros por hora más rápido que el nivel de la ciudad. De esa manera nos adelantábamos sin utilizar energía adicional, solo nos dejábamos flotar. Pero como la estación minera no estaba exactamente delante nuestro debíamos torcer a la derecha y para eso sí necesitábamos los motores. Entonces Georgi, el piloto, giró el dirigible hasta situarlo totalmente perpendicular a la dirección del viento, o sea apuntando al Sur. Si alguien hubiese estado en el suelo o el espacio nos habría visto moviéndonos de costado. Pero como todo el aire se movía a la misma velocidad, no notábamos ninguna diferencia. En esa posición aceleró los motores principales a una velocidad precisa con la que iríamos trazando una diagonal que, si los cálculos eran correctos, nos dejaría exactamente en la estación minera.
Ya lejos de la ciudad y de las maniobras de vuelo, me pude dedicar a acomodar mis pertenencias. Los camarotes se encontraban contra el casco exterior, tres de cada lado. Daban a un pasillo-anillo que rodeaba la cocina, el comedor, los dos baños y la sala de esparcimiento. Encontré mi habitación sin problemas, en cada puerta estaba escrita la ocupación: piloto, mecánico, pasajero 1, pasajero 2, estibador 1 y estibador 2.
El interior era más espacioso de lo que me esperaba. De unos 15 metros cuadrados, había lugar para una cama grande, una mesa con dos sillas, dos armarios y una pared completa de anaqueles. Todo el interior estaba en tonos ocres y amarronados. Aparentemente mi predecesor era un nostálgico de la madera o de vivir bajo tierra.
Sobre la pared opuesta había una pequeña ventana que daba al exterior, algo que me pareció inútil desde mi primera impresión con el dirigible. Afuera lo único variable era la cantidad de luz, porque el resto era una bruma constante. ¿Para qué molestarse con las ventanas? Daba lo mismo si fuera un cilindro totalmente ciego, de todas maneras la navegación se hacía con radares y satélites. La “emoción”, por dar un calificativo, estaba dada en la decoración interior. En todo el dirigible abundaban las fotografías de paisajes terrestres excepto en el comedor que habían imágenes de planetas, nebulosas y galaxias. Cuando pregunté al respecto me respondieron una obviedad, que en Venus no se ven las estrellas. Quien más extrañaba la vista era Sasha que había pasado la mitad de su vida mirando el cielo desde el vacío del espacio. En cambio para Aleksey las imágenes eran solo artísticas, puesto que nunca había visto un cielo estrellado por si mismo.
Me dispuse de inmediato a acomodar mis pertenencias. En el primer armario, el más cercano a la puerta, se encontraba el traje de seguridad que tantas veces nos hicieron poner y sacar durante el entrenamiento. El segundo armario era el que debía usar. Empecé a acomodar mi ropa y en el fondo de un cajón descubrí un nombre tallado. Me pareció curioso que se mantuviera esa costumbre a pesar del tiempo y la distancia.
Esa noche, después de cenar, pregunté por el nombre.
--¿Quién era Ralph Burnham?
--Tu ante-predecesor--respondió Georgi.
--¿Qué pasó con él?
--Murió.
--Le cayó un contenedor encima mientras movía la carga--explicó Alek--. Mal enganchada a la grúa.
--¿Lo mató la grúa?
--No, solo le destrozó la pierna. Murió en el hospital de un coma alcohólico. No quiso que le pusieran una prótesis y no hay mucho qué hacer para un inválido fuera de la ciudad. Se inyectó alcohol directamente a la sangre.
Por un momento me preocupó lo drástico de su decisión.
--¿Y eso justificó el suicidio?

--Ya tenía problemas desde hacía tiempo--intervino Georgi--. No tenía familia y salvo nosotros tres, tampoco amigos. La soledad es un problema serio por aquí. Nunca pudo adaptarse y solo podía disfrutar de la bebida. Al menos por un tiempo. Su accidente no fue casualidad, lo buscó. Ya no quería estar más aquí. Un consejo: no dejes entrar a la soledad. Busca a alguien que llene ese lugar si con nosotros no alcanza. Si no va a llegar un momento en que empezarás a ver con cariño esa botella.
Sasha levantó su vaso.
--Por Ralph.
--¡Por Ralph!
Di un breve sorbo por el compañero caído en desgracia. Saqué rápidas cuentas y no me gustó el resultado. Sasha llevaba ocho meses en Venus y ya había conocido al menos dos estibadores antes que yo. ¿Tan poco duraban? ¿Me había equivocado de trabajo? Alek, por otro lado, llevaba años trabajando y seguía en una pieza. Claro que él tenía una familia. Cuando le pregunté me contó que sus padres todavía estaban casados y que tenía una hermana y un hermano a los que veía poco, pero seguían en contacto. Tal vez eso hiciera toda la diferencia.
--¿Alguna vez viste un elefante?--me preguntó cuando ya estaba por irme a mi camarote.
--¿Perdón?--pregunté a su vez, sorprendido. Por un momento pensé que bromeaba o me estaba poniendo a prueba.
--Le pregunta a todos los que conoce de la Tierra--intervino Sasha.
Alek pareció molesto por un breve instante.
--Nunca vi un elefante--explicó--, ni una ballena, ni siquiera un caballo. El animal más grande en Venus es un cerdo. No es muy divertido cuando solo hay una docena de mamíferos diferentes en todo el planeta.
--Corrección--interrumpió Georgi--, lo más grande es la vaca, aunque hayan pocas. Y hay una enorme variedad de aves y peces.
--Y todas comestibles, pero eso no responde a mi pregunta. Yo quiero que alguien me cuente lo que es estar al lado de un elefante, el animal terrestre más grande que existe.
--Entonces no soy tu persona. Lamentablemente nunca tuve la oportunidad de estar cerca de uno. Tampoco de ballenas o de cualquier otro animal grande. Bah, una vez vi un oso en un desfile, cuando era niño.
Alek parecía decepcionado. No quise preguntar a cuánta gente le habría preguntado lo mismo. Estuve tentado de decirle que podría tener más suerte con los indios, que hasta donde recordaba tenían elefantes ceremoniales, pero no estaba seguro que pudiera tener éxito. No creo que hayan muchas probabilidades de que un habitante de algún poblado de la India donde todavía tuviesen elefantes decidiera emigrar a Venus y se encontrase con Alek. Aunque, para estar seguros, más tarde le sugerí publicar un aviso por si algún día se daba la coincidencia.
¿Sería muy complicado mover a un elefante? No uno adulto, pero tal vez una o dos parejas de elefantes jóvenes podrían lograrlo. ¿Pero para qué? ¿Un zoológico? Estarían condenados a vivir en un espacio que incluso para los humanos nos parecía demasiado reducido. Tal vez cuando lograran terraformar el planeta, aunque para ese entonces ni elefantes habrían o la tecnología permitiría llevarlos congelarlos o como embriones o simple ADN transmitido y replicado en destino.
Me dormí pensando en que ya nunca más tendría la posibilidad de ver uno.

No me tomó mucho tiempo entender que mi entrenamiento previo era algo muy básico. Lo había sospechado cuando tras rescatarnos de nuestros salvavidas nos habían dicho que ya estábamos listos para comenzar a trabajar.
No había terminado mi desayuno que estaba sentado en la cabina de mando, frente a una cantidad asombrosa de indicadores y controles. La cabina era inusualmente amplia para lo que yo estaba acostumbrado. Podrían haber entrado unas diez personas con total comodidad. El piloto se sentaba en un cómodo sillón en medio, frente a una notable consola que se extendía dos metros a cada lado. Dos sillas más se ubicaban un poco más atrás. Sobre los costados había paneles con luces e interruptores dispuestos en grupos pequeños y bastante separados entre sí.

Me encontraba sentado en el asiento del piloto. Georgi estaba a mi lado. “Curso intensivo de pilotaje”, me había dicho.
--Pero no soy piloto--repliqué--, lo que solía manejar estaba sujeto al suelo y solo podía ir hacia adelante o atrás.
--Eso no importa. Tienes que aprender lo básico, saber leer las pantallas y algunas maniobras simples. Es una cuestión de seguridad. Aleksey y Sasha ya lo hicieron. La idea es que cualquiera pueda tomar los controles si algo malo sucede.
Me pareció una buena idea, aunque no veía entonces la manera de que yo pudiera entender la complejidad de maniobrar un objeto enorme que se podía mover en tres dimensiones mientras se trasladaba a cientos de kilómetros por hora.
--Está bien--accedí.
--Primero, lo básico--me dijo señalando dos grandes indicadores en medio de la consola de mando--: Altura y Dirección. Hay dos medidas para altura. La grande es relativa al Nivel Estándar de Flotación, el NEF. Las ciudades y estaciones se encuentran en el 0. La pequeña es la absoluta con respecto al centro del planeta. En la práctica no sirve para nada así que se ignora.
«La Dirección indica a dónde estamos viajando, no a dónde apunta el bote. Números positivos hacia el Sur, negativos hacia el Norte. A más de 90 grados estamos yendo hacia atrás. Si marca más de 180 grados la computadora está fallando.
«A la izquierda está el cuadrante de la orientación, ahora sí, a dónde apunta el bote. Los tres números son eje proa-popa en el plano horizontal, eje proa-popa en el plano vertical y eje babor-estribor en el plano vertical. O, en palabras simples: guiñada, cabeceo y balanceo. Fundamental para administrar la propulsión.
«A la derecha el cuadrante de velocidades. Los cuatro valores indican el eje adelante-atrás, el eje Norte-Sur, el eje arriba-abajo y el desplazamiento real dentro del espacio tridimensional. El primer valor es relativo, cero en el NEF, positivo por encima, o sea que estamos avanzando, y negativo por debajo, cuando retrocedemos. Los dos siguientes son valores absolutos porque toman de referencia al planeta. Y el último valor es también relativo e indica a qué velocidad se está moviendo el aire que pasa por los motores.
«Abajo a la izquierda, tránsito regional. Indica qué ciudades, estaciones y botes tenemos a nuestro alrededor. Abajo a la derecha, radar de aproximación, fundamental en las maniobras de atraque.
Di una rápida mirada al resto de la habitación. Pese a mi experiencia laboral, ya estaba algo abrumado con los indicadores y recién llevábamos un tercio de la consola principal. Si Georgi pensaba explicarme cada cosa en la cabina, necesitaría mucho tiempo y alguna extensión neuronal. De todas maneras no estaba del todo perdido. Podía tener una idea de lo que implicaba la navegación tridimensional gracias a lo que había estudiado durante el viaje.
Esto último me hizo pensar en un detalle importante. Sobre la consola principal se extendía un amplio ventanal que abarcaba todo el ancho de la sala y por el que se podía ver la bruma. Una vez más, inútil a mi entender. Pero me surgió la primera duda con respecto a lo último que había dicho Georgi, sobre las maniobras de atraque.
--¿Cómo vamos a evitar chocarnos?--pregunté-- Con las nubes no se ve nada.
--De eso se trata el radar. Todas las cosas, ciudades, estaciones, botes, trenes, están rodeadas de retrorreflectores de aluminio. Para el radar es como ver puntos flotando en el aire. Las computadoras hacen el resto del trabajo, dibujando tamaños y posiciones.
--¿Y si algo no tiene?
--Es ilegal no llevar retrorreflectores. Si hay contacto visual y no hay respuesta del radar, primero disparan y después decomisan.
Drásticos.
--¿Aun si se perdieran?
--No hay forma que eso suceda. El Tania, por ejemplo, tiene ocho rodeando este nivel. Hay más arriba y abajo y en cada extremo de los alerones. Y están integrados a la estructura, debajo de la cubierta. Si no están es porque alguien, con mucho tiempo, los sacó con la intención de no ser detectado. Y solo hay una actividad que requiera no ser detectado.

Tuve que pensar largos segundos hasta que arriesgué:
--¿Piratas?
Georgi asintió con la cabeza.
--No imaginé que hubieran en Venus. En ninguna parte dice que hayan.
--No es algo que atraiga al turismo--dijo sonriendo--. De todas maneras hay pocos y muy lejos del área de Cherski. Por lo que cuentan me parece que todos son pelícanos.
No quise saber más. Por alguna razón me había negado a pensar que además de ser un planeta con un clima hostil también habrían personas fuera de la ley. Pero, claro, cómo no estarlo si era algo natural en el hombre. Alcanza con hacer una sociedad lo suficientemente compleja como para que hayan quienes deseen salirse y vivir con sus propias reglas, aunque eso implique el saqueo.

Más tarde ese día fui al taller, en el otro extremo del dirigible, donde Sasha me esperaba para cumplir la segunda parte del Curso Intensivo del Tania. En la recorrida inicial había entrado y salido sin prestar mucha atención a los detalles, pero ahora tenía todo el tiempo del mundo para ver lo que había y, aparentemente, saber con qué herramientas y repuestos contábamos para sortear los problemas durante las recorridas. La verdad es que nunca supe si estábamos bien provistos o no, nunca hizo falta resolver cuestiones complicadas. Habían martillos, destornilladores y pinzas. También taladros, diversos inyectores de selladores y pistolas de calor. El dirigible era básicamente una estructura de carbono revestida de polímeros. Casi todo estaba pegado o sujeto con remaches. Casi no habían tornillos. La principal máquina en el taller era una cortadora de piezas, colocábamos una placa del material necesario y un brazo robot se encargaba de cortar lo que hacía falta. También teníamos una impresora y una fresadora. En cuanto a los materiales, el almacén eran unas trescientas placas de cuatro metros cuadrados de distintos materiales y grosores.
El rincón de electrónica permitía reparaciones más críticas. Además de una interesante variedad de herramientas, también había cantidad de cables y componentes desde resistencias hasta circuitos completos. Si algo malo podía suceder durante un vuelo, era un fallo eléctrico. El dirigible se quedaba a la deriva, sin comunicaciones ni capacidad de maniobra. Lo peor era una falla del sistema de renovación de aire. Si dejaba de funcionar era el problema máximo. En el mejor de los casos, o sea que el casco no tuviera fugas, se podía tener un par de días para resolver todo. Había redundancia por todos lados, los sistemas estaban todos duplicados pero el del aire era triple.
La buena noticia es que la tecnología usada era vieja, probada y comprobada a lo largo de años. Parecía mantener una vieja doctrina rusa de que las cosas se debían fabricar para que las pudiera reparar un hombre solo y borracho. O sea Sasha, en nuestro caso, aunque como buen astronauta no era muy aficionado a la bebida.
Lo encontré sentado ante su computadora, jugando un solitario.
--¿Cómo va eso?--me preguntó.
--Todavía saturado con la lección de navegación.
--Eso es porque Georgi es un maniático.
--No me pareció.
--Lo disimula bien a veces.
--No estoy seguro de recordar algo útil de todo lo que dijo. ¿Por qué navegar no lo hace una computadora? Parece ser algo muy difícil.
--Hice la misma pregunta varias veces y nunca me respondieron. Navegar es sencillo, lo complicado es amarrar. Y lo hacen los pilotos cuando podrían usar algo más confiable. En el espacio es todo automatizado y nunca hay problemas. No lo entiendo.
--Bueno, espero que en una emergencia ustedes estén disponibles.
Sasha rió.
--No te preocupes. Estate cerca de la cabina y en un par de semanas recordarás todo. Tenemos mucho tiempo libre durante los viajes, aprovéchalo.
--Espero que estés en lo cierto. Me bloqueé cuando me explicó lo de las bombas, válvulas y tanques de lastre--miré a Sasha directamente a los ojos--. ¿Por qué llevamos lastre y por qué con agua? ¿No es que la variación de altura se hace inflando y desinflando un globo de hidrógeno?

--¿No te explicaron en esa cuasi pérdida de tiempo que llaman entrenamiento?
De pronto recordé la experiencia del salvavidas.
--¿Pérdida de tiempo?
--Bueno, descontando la parte de seguridad. A menos que seas un especialista, no explican mucho de cómo funcionan las cosas. Y lamento informarte que un estibador no es un especialista, así que debieron sobrevolar muchas cosas. Pero el lastre es algo básico.
Tenía un buen punto ahí. Y, sí, tenía razón sobre mi no-especialización.
--No recuerdo que nos hayan explicado del lastre. Tal vez nos quisieron despachar rápido.
--Uf, si no te explicaron eso no quiero imaginar qué más se saltearon.
--Algo leí en el viaje. Cuestiones generales, aparentemente.
Hizo un ademán como para callarme.
--Bueno, como sea. Sí, el hidrógeno es para variar la altura de vuelo. Son, en realidad, varios bolsones grandes que se inflan y desinflan a voluntad. Eso nos permite subir y bajar, pero no nos mantienen estables.
«Primero lo simple: el agua es algo inerte y relativamente fácil de obtener. Y si perdemos hidrógeno, tenemos una buena fuente para crear más. Segundo: la cuestión del lastre tiene tres razones. Una es para mantener nivelado al bote. Si ponemos toda la carga de un lado, el bote giraría para ese lado. Eso pasa hasta cuando caminamos de un lado a otro pero se hace más notorio cuando cargamos y descargamos. Mover el lastre mantiene nivelado el bote todo el tiempo.
«Otra cuestión es para mantener el equilibrio entre el bote y una estación o ciudad, para evitar que de pronto nos desplacemos arriba o abajo. Los soportes aguantan unos pocos centímetros de desplazamiento, si nos pasamos se rompen los sellos y habrá intercambio de aire. Aunque lo más grave sería chocarnos contra algo.
«La tercera cuestión tiene que ver con la segunda parte de tu pregunta. El agua es algo que podemos tirar a la atmósfera sin preocuparnos que sea costoso o contaminante. Tirar el lastre es el último recurso cuando las cosas se ponen realmente feas, cuando ya falló todo y hay que subir a como de lugar. Se puede hacer desde el puente, desde la bodega o incluso desde aquí. Es uno de los pocos sistemas que tienen una activación dual, puede ser tanto electrónico como mecánico. Tirás de una palanca, deja caer el agua y nos vamos para arriba.
Abrumadoramente simple.
--¿Alguna vez tuvieron que probar el sistema?
Miró hacia un costado antes de responderme.
--N-no.
--Entonces no saben si funciona.
--La física dice que sí. Mi trabajo también.
No me convenció su respuesta. En ese momento nos llamaron para armar la cena. Ese día me tocaba preparar la comida.
"Esperemos no tener que probarlo", deseé en el camino.

En la cena, mientras degustaban mi arroz frito con legumbres, me preguntaron si había comprendido todo lo que me habían explicado. Tuve que admitir que no, pero se lo tomaron a broma. Al parecer mis preguntas fueron mejores que las de mis predecesores, que hasta ahora habían sido menos calificados que yo. No era el típico inmigrante que había conseguido el viaje con un subsidio y terminaba moviendo paquetes porque no sabía hacer nada más. Esto los llevó a hacerme la pregunta que, más temprano que tarde, todos me hacían aunque esperaron a que entrara un poco en confianza.
--¿Y qué te trajo a Venus, Ilan?--preguntó Georgi.
Suspiré sonoramente.
--La viudez--respondí.
No dijeron nada, solo esperaron a que me tomara mi tiempo para relatar, una vez más, un recuerdo doloroso que seguía negándose a desaparecer.
--Hace unos dos años un desquiciado atropelló a mi esposa y mi hija. Vivíamos en una zona rural,

en un reducido condominio lejos de las ciudades. Un pequeño lujo gracias a herencias familiares. Con Malena nos mudamos juntos hace unos 11 años porque queríamos que nuestros hijos crecieran disfrutando los espacios abiertos. Solo pudimos tener una niña, Micaela. Desde que nació hacíamos largas caminatas por los caminos alrededor de la casa.
«Un día, mientras yo estaba trabajando, ellas caminaban junto a un camino rural cuando un auto perdió el control y las atropelló. El tipo iba conduciendo uno de esos autos que se les puede desconectar la computadora. Podría haberse despistado en cualquier lugar, pero no, lo hizo justo contra mi familia.
«Se dio a la fuga y la policía nunca lo atrapó. Fue en una zona boscosa donde no habían cámaras y las pistas no fueron concluyentes. Yo creo que no les interesó investigar. Pero me las arreglé para descubrir quién había sido. Quería atraparlo y hacerle pagar por lo que había hecho. Tuve la mala suerte de tardar demasiado porque se estrelló en una curva de otro camino. El maldito murió antes que yo pudiera vengarme. Me quedé sin nada, sin familia, sin justicia ni venganza. Y como ya no dejaban trabajar decidí mudarme a un lugar sin autos que se pudieran desconectar.
Los tres hicieron un respetuoso silencio por largos segundos. Más tarde comprendí que casi todos habían tenido u oído alguna historia similar.
--¿Cuál era tu trabajo en la Tierra?
--Era conductor de un tren interurbano. Después de la muerte de mi mujer y mi hija el psiquiatra de la compañía determinó que no estaba apto para trabajar y me despidieron. Con la indemnización pagué el pasaje y algunas cosas para el viaje.
--¿Cómo es que conducías un tren?--preguntó Sasha-- ¿Lo manejabas a distancia?
--No, iba sentado en la cabina, al frente de la formación.
No parecían comprender. Alek no conocía los trenes más allá de los tranvías de las ciudades, Georgi imagino que los habría visto en la Tierra y no estaba seguro si Sasha conoció los de Luna. En todos los casos habrían visto trenes automáticos.
--Hay lugares en la Tierra que son lo suficientemente extensos y remotos como para tener trenes piloteados--expliqué--. Así como también hay automóviles conducidos por personas. Por lo general los trenes se conducen solos, pero en ciertos casos los sistemas fallan y entonces hay que estar atento para pasar a manejarlo. No era una tarea particularmente difícil, a veces hacía viajes completos sin intervenir.
--¿Por dónde has estado?
--A ver... hice el Trans-Africa varias veces. Más de ocho mil kilómetros en un solo recorrido. Si todo salía bien se hacía en menos de cuatro días. Si sucedía algo, más de una semana. Pero por lo general hacía recorridos cortos de no más de dos mil kilómetros, llevando cargas de zonas tan remotas que parecían olvidadas por la civilización.
«Estuve en Canadá, crucé el Gobi hasta el Tibet, deambulé por Sudamérica y por Siberia. Estuve en las regiones más remotas de la Tierra. Solo me faltaron Australia y la Antártida, que no tiene trenes.
No estaba seguro si conocían los nombres. Tampoco preguntaron. Debía tener el mismo sentido que los relatos de los viajeros de los siglos 15 y 16, cuando recorrían los rincones más apartados de la Tierra. Era curioso pensar que el equivalente sería como si le estuviera explicando Europa a un nativo de las tierras distantes. Tal vez mis compañeros nunca comprendieran lo que eran los grandes espacios abiertos, los horizontes infinitos, los mares de dunas, los pantanos congelados, las selvas, las montañas de miles de metros, la nieve, el frío, el olor de los campos cuando caía la lluvia. Tal vez para ellos solo fueran palabras que figuraban en una enciclopedia, con imágenes bonitas y descriptivas y aromas sintéticos que, sin embargo, lo mismo daba que fueran o no reales. Eso quedaba ahora muy lejos, tanto en distancia como en sensaciones. Posiblemente nunca lo entenderían y yo, con el paso de los años, incluso llegaría a dudar de mis recuerdos.

Lo que respiro
es con lo que construyo
mi mundo de carbón.

Habían transcurrido unas 40 horas desde que partimos que Georgi me llamó a la cabina. Ya estábamos llegando al primer destino y quería mostrarme las maniobras de aproximación. El dirigible estaba descendiendo desde hacía una hora y faltaban unos metros. Era todo mas bien conceptual, porque no se veía nada más que nubes. Pero el radar indicaba que frente a nosotros se encontraba una esfera y nos estábamos acercando.
Georgi estaba sentado en medio de la cabina con las dos manos en los comandos. Frente a él dos pantallas mostraban datos de los motores, integridad del casco, torsión de la estructura y estado de las baterías. En la ventana frontal se había extendido la representación de la estación y los números de inclinación y cabeceo del dirigible. Sonaban varios pitidos que no comprendí porque no los había escuchado en la explicación previa. Pero no tardé en darme cuenta que eran la representación sonora de la estación, un interesante juego de tonos que indicaba la ubicación de una estructura que aun no veíamos.
De pronto se escuchó una voz clara en la cabina:
--Distancia 308 metros. Confirme.
--Confirmado 308 metros--respondió Georgi.
--Cabeceo 60 grados. Confirme.
--Cabeceo 61 grados. Ajuste.
--Cabeceo 61 grados. Telemetría ajustada. Proceda al atraque.
Estábamos al mismo nivel de la estación y se encontraba a nuestra derecha. Avanzamos unos metros más hasta tenerla a noventa grados sobre estribor. Entonces abandonamos el puente de mando y recorrimos los pasillos hasta la pequeña cabina de maniobras sobre la puerta de estribor. Desde ese lugar la estación quedaba al frente y nos fuimos aproximando de a poco. Georgi movía el dirigible atento a los movimientos de aire para evitar sorpresas. Pero, según me habían explicado antes, esto casi nunca sucedía porque los radares Doppler advertían de cualquier turbulencia con bastante antelación. Tiempo después descubrí que “bastante” eran apenas unos segundos.
Pero no fue el caso ese día. Los pitidos y las líneas indicaban que estábamos acercándonos estables. A menos de cien metros se empezaron a divisar luces y ya con cincuenta metros se veía la estación en la neblina. El tamaño era mayor del que me esperaba. Según la telemetría tendría al menos 300 metros de diámetro, por lo que sus extremos, por llamarlo de alguna manera, se perdían en la bruma. Lo único que se veía claro era la puerta de embarque. Una pantalla pequeña frente a Georgi apuntaba a una marca fija que alineaba las puertas del dirigible y de la estación. En ese punto de la maniobra ya no miraba otra cosa que no fuera esa pantalla. Dejamos de acercarnos a unos cinco metros, lo que desde la ventana parecía que estábamos casi tocando la estación.
--Fin de aproximación--anunció Georgi. Inmediatamente se extendieron unos brazos de la estación que sujetaron al dirigible. No se escuchó nada, lo que me sorprendió un poco. Unos segundos después la puerta de la estación se extendió hasta unirse a nuestra puerta. Eso sí lo sentí porque ocurrió justo bajo nuestros pies. A lo largo de un par de minutos, una serie de trabas y sellos aislaron la puerta y se reemplazó el aire tóxico por uno respirable en el breve espacio que había quedado entre las compuertas. Una serie de indicadores que fueron pasando de rojo a verde iban marcando los pasos hechos, porque no había mucho más para saber lo que ocurría. Cuando el último se puso en verde se volvió a escuchar la voz de la estación:
--Fin de amarre. Bienvenidos, Tania.
Georgi se volvió a mi.
--Tu turno--me dijo.
Bajé a la bodega y Alek ya estaba moviendo los pallets, acomodándolos frente a la puerta. Esta se abrió y de inmediato también lo hizo la estación. Del otro lado estaba un solo hombre, esperando.
--Sean bienvenidos al Bayram 3--dijo con un ademán ampuloso.
--Saludos, Kamrul del Bayram 3. Solicitamos permiso para intercambiar productos.
--Permiso concedido, Aleksey del Tania. Intercambiemos.
Los dos hombres avanzaron y estrecharon sus manos en un gesto fuera de esta época. Me pareció

extraña la situación y no sabía cómo reaccionar. ¿Era ese el protocolo? ¿O era el desquicio de los mineros del que me habían advertido?
Alek me presentó a Kamrul Cifrasti y me saludó normalmente, pero no me sacó de la duda de si estaba actuando o realmente estaba loco.
Metimos tres paquetes en la estación. La bodega era apenas un poco más grande que la del Tania. No había nadie más que Kamrul, lo que me llamó la atención. Por lo que pude entender, la estación estaba trabajando en ese momento y todo el personal estaba ocupado. Se escuchaba un rumor intenso, como una vibración que provenía de todas partes.
Movimos un contenedor grande y pesado de la estación al Tania. Como no tenía tapa se podía ver que eran partes de equipos y bolsas con desperdicios. O sea que además de comida llevábamos basura para reciclar. Nada se tiraba en Venus.
Bajamos el contenedor al depósito y nos despedimos del estibador.
--Buen viaje, amigos--nos dijo mientras se cerraban las puertas--. Que los vientos os sean propicios.
Dejamos la estación minutos después y partimos sin demora hacia la siguiente. Alek no dijo nada de la manera de hablar del estibador. Tampoco pregunté.
La siguiente estación fue el mismo trámite para descargar y volver a cargar, solo que el estibador se comportaba de manera mas bien normal. Como también estaban en plena operación, la descarga de provisiones y la carga de desperdicios la hicimos sin perder tiempo.
Alek me había dicho que en algunas estaciones me mostrarían cómo son por dentro y cómo trabajan. Era una iniciativa de Georgi para que todos conociéramos cómo se producían las materias primas y así tener noción real del esfuerzo que implicaba todo lo que nos rodeaba. Pero no me había dicho en cuáles y eso me estaba matando. En las dos primeras estaciones entregamos comida y nos llevamos piezas rotas, tramos de caños, cables y placas electrónicas dañadas. Y “compost”, eufemismo para “desechos orgánicos humanos desecados”. Esto último lo reprocesaban en las ciudades como “nutrientes” para los invernaderos. También nos llevamos grafito. La primera vez me sorprendió. Era como confirmar lo que se decía en muchos lugares distintos, que en Venus construían con la atmósfera.
Camino a la tercera estación se hizo de noche por lo que la aproximación fue más interesante. Envueltos en una oscuridad total, ver cómo iban apareciendo las luces de la estación en la bruma fue un espectáculo emocionante. Era más grande que las anteriores y, de acuerdo a Alek, probablemente ahí me darían mi tour.
Mientras se abrían las puertas noté que mi compañero era presa de una desconocida ansiedad. Cuando pudimos distinguir del otro lado al estibador de la estación, la ansiedad cambió a una expresión de alegría.
--Amigo Aleksey, un gusto verte--dijo el minero cruzando hacia nosotros.
--¡Albert! ¡Tanto tiempo! ¿Cómo está todo?
--Recuperado y trabajando.
Los dos amigos se dieron un corto abrazo.
--Albert Balmant--Alek lo presentó--, estibador del Bayram 7.
Lo saludé con un apretón de manos.
--¿Chico nuevo?--preguntó.
--Recién llegado.
--Bienvenido--me dijo con una sonrisa.
Empujamos el primer pallet y cruzamos el pasillo hasta entrar a la estación minera. Adentro el depósito era mucho más grande y estaba repleto de cajas de muchos tamaños distintos.
Acomodamos el pallet contra una pared y regresamos al dirigible a buscar el segundo. Lo dejamos junto al primero y así repetimos la operación por seis paquetes más. Según me dijo Albert después lo acomodarían mejor. La tarea siguiente fue llevar al dirigible cuatro paquetes de la estación. Como no parecían de desperdicios pregunté si se trataban de grafito. Lo era, y creo que fue lo que hizo recordar a Alek su promesa y le dijo a Albert que me mostrara el lugar.
Moví los cuatro contenedores hasta el dirigible mientras Alek y Albert conversaban. Cuando terminé dejamos a Alek e iniciamos la recorrida. Cruzamos el depósito, subimos una escalera y

pasamos a un pasillo. Saludé a varios operarios que estaban trabajando en un gran panel de cables que cubría toda la pared del pasillo. Albert me dijo sus nombres y un par me hicieron alguna seña de saludo. El resto me ignoró. Olvidé todo cuando llegamos a otra escalera y descendimos varios pisos.
--¿Por qué lo de “recuperado”?--pregunté mientras descendíamos-- No escuché la conversación con Alek.
--Tuve un accidente hace unos meses--explicó Albert--. Una intoxicación con grafito, cuando se abrió una bolsa y me cayó todo encima.
--¿Intoxicación? Tenía entendido que el grafito no es tóxico.
--Lo es cuando te cubre media tonelada y se te mete por cada poro de tu cuerpo. Y además lo respiras. Casi me muero. Me tuvieron que reemplazar parte de los pulmones.
Terminamos de bajar la escalera y cruzamos una puerta. De pronto me encontré con una maquinaria deslumbrante. Una multitud de tanques verticales y horizontales, todos plateados o blancos, llenaban una sala que debía ocupar más de la mitad del diámetro de la estación. Uniendo los tanques habían cientos de tuberías de cruzaban de un lado a otro y de arriba a abajo en un laberinto imposible de comprender. Era la refinería, el corazón de la estación minera. Tardé un poco en darme cuenta que lo plateado era metálico, seguramente acero y aluminio. Era la primera vez desde mi llegada que me encontraba con auténtico metal y no era plástico pintado.
Avanzamos unos metros sobre una pasarela que cruzaba la sala a varios pisos del suelo.
Albert señaló hacia abajo.
--Primero subimos aire por una manguera de 5 kilómetros y lo traemos hasta aquí para procesarlo.
--¿Por qué tan abajo?
--Porque el aire es más denso y un poco más caliente, lo que acelera un poco el proceso.
Me señaló un gran cilindro vertical, que según parecía estaba en el eje central de la estación.
--Este es el Condensador, el comienzo de todo. El aire entra a 400 grados Kelvin, unos 110 grados Celsius. A esa temperatura es todo gaseoso menos el ácido sulfúrico que está líquido. Es lo primero que sacamos.
«Luego empezamos a enfriar el aire progresivamente. A 100 grados Celsius condensa el agua, a -10 el dióxido de sulfuro y a -78 el dióxido de carbono. Con esto ya está casi toda la atmósfera convertida en líquido o sólido. El nitrógeno y el argón requieren de mucho más frío, pero no los procesamos aquí así que volvemos a liberarlos a la atmósfera.
«El ácido sulfúrico lo calentamos para sacarle el agua hasta que solo queda dióxido de sulfuro, que almacenamos para que lo procesen en otra estación. Aquí nos interesa solo el agua y el dióxido de carbono.
Me señaló la otra mitad de la sala, donde habían más cilindros pero de menor tamaño.
--Calentamos el dióxido de carbono y lo hacemos entrar al Reactor de Sabatier, la máquina sobre la que estamos. Acá le inyectamos hidrógeno y los calentamos aun más hasta que reaccionan con el interior de níquel y se recombinan en agua y metano. Sacamos el agua y la mandamos a ese sector--señaló un nudo de tuberías contra la pared más lejana--donde la disociamos en hidrógeno y oxígeno por electrólisis. Guardamos el oxígeno y el hidrógeno vuelve al reactor. Mientras tanto el metano lo pasamos al horno, que está pasando esta puerta.
--Parece un proceso complejo--observé.
--No tanto. La tecnología para procesar el dióxido de carbono existe desde los comienzos de los viajes espaciales, en el siglo veinte.
--¿En serio?--pregunté sorprendido-- ¿Y por qué no se usó para revertir el calentamiento que vino después?
--Porque es muy caro cuando el dióxido de carbono ocupa menos del uno por mil de la atmósfera. Pero acá, con el 96 por ciento, es más práctico.
Cruzamos la pasarela hasta el fondo de la habitación, siguiendo unos gruesos conductos de brillante metal. Del otro lado había otra gran habitación, algo más reducida en el largo pero parecía un poco más profunda. Un gran cilindro se levantaba vertical en medio. Habían más conductos por todos lados y parecía que solo la mitad estaban unidos al cilindro central.

Me pareció extraño lo silencioso del lugar.
--¿Están trabajando ahora?
--No trabajamos de noche. Ahora estamos haciendo mantenimiento. La estación funciona 48 horas de corrido y se detiene las otras 48. Nosotros hacemos el mismo ritmo. Durante el día paramos a comer y dormir siestas de quince minutos. Nos recuperamos durante la noche. Aprovechamos también para reaprovisionar, así no hay que detener la extracción.
Ahí comprendí la suerte que tuve al conseguir mi primer trabajo en un bote. El oficial de empleo me había dicho que usualmente lo primero que se conseguía en Venus era trabajo como minero. No podía imaginar lo que afectaría a la salud un ritmo de vida así. Miré a Albert con un poco más de detenimiento. Estaba pálido, ojeroso y delgado. Pero también hablaba y se movía sin demostrar cansancio. No quería imaginar qué tomarían para no sucumbir.
Albert me señaló una escalera sobre la pared y fuimos descendiendo al tiempo que me seguía explicando.
--El metano entra en el horno y lo seguimos calentando hasta lograr una reacción pirolítica, separando carbono e hidrógeno. El hidrógeno lo mandamos caliente al reactor y así completamos el circuito cerrado--llegamos al piso y caminamos hasta un contenedor como los de la bodega--. El carbono se deposita en la parte baja del horno y forma grafito que almacenamos aquí.
Señaló el interior del contenedor. Nos asomamos y estaba casi lleno de lo que parecían millones de láminas negras. No pude resistir la tentación de meter mi mano y tocar eso. Parecía que me iba a cortar fácilmente, pero al tacto era frágil aunque primero crujía un poco. Manchó rápidamente mis dedos, en lo que fue la primera vez que me ensuciaba de algo en Venus. Lo había leído varias veces y me lo habían explicado muchas más, pero de pronto tener entre mis dedos carbono obtenido de la atmósfera de Venus fue estremecedor.
Por siglos el carbón había sido materia prima en la Tierra pero siempre extrayéndolo del suelo. Sacarlo del aire era considerado una pérdida de tiempo. En Venus, en cambio, era el segundo recurso después del oxígeno y materia prima fundamental en el planeta. Y fue en ese momento que me di cuenta de que TODO estaba hecho de carbón. La estructura de la estación, las paredes, el piso, las barandas, los conductos, las ventanas, los muebles, los electrodomésticos, los utensilios de cocina, los elementos de higiene, hasta la ropa que vestía, todo eran construido con polímeros basados en carbono que nacía como este grafito que se escurría entre mis dedos.
Miré mi mano cubierta por una fina capa de polvo negro. Era extremadamente suave al tacto de tan pequeñas que eran sus partículas. Recordé que también era potencialmente tóxico, por lo que levanté la vista y busqué a Albert con la mirada. Me señaló una pequeña máquina a mi lado. Era un cilindro vertical que me llegaba al hombro. A dos tercios de altura tenía una abertura donde puse mi mano. Sentí un cosquilleo de aire pasando entre mis dedos. Esperé cerca de un minuto hasta que me permitió sacar la mano. Se encontraba totalmente limpia. ¿Sería ese un desarrollo venusino? Nunca había visto algo así en la Tierra.
--¿Todo el carbono de Venus empieza así?
--Así es--respondió Albert con total calma.
--Me parece algo increíble. Toda esta maquinaria para conseguir un solo elemento.
--Es la piedra angular de nuestra civilización. Y empieza aquí.
Sonreía con un orgullo que no intentaba disimular. El minero era consciente de que su esfuerzo era lo que permitía el desarrollo en Venus, que el ser humano pudiera vivir en un mundo tan hostil.
De pronto se escuchó por algún intercomunicador que debíamos partir. Teníamos un cronograma y la visita debió robar bastante tiempo. En vez de recorrer todo el camino de regreso, Albert me condujo a través de la habitación y entramos a un estrecho ascensor de carga que nos dejó en la bodega de estibado, donde Alek tomaba un café con otro minero.
--¿Te gustó la recorrida?--me preguntó.
--Muy interesante--respondí--. Supera ampliamente lo que había imaginado de estas estaciones mineras.
--Y esto es solo el comienzo, ya verás.
Nos despedimos de Albert y el otro minero y regresamos al Tania. Cerramos la puerta y mientras la

esclusa recuperaba el aire terminamos de acomodar los cuatro paquetes con grafito que nos habían intercambiado por los suministros.
--Tengo la impresión de que producen más grafito del que nos vamos a llevar--dije.
--Sí, nos llevamos un equivalente del peso que dejamos, para mantener equilibrado al bote. La producción gruesa la pasan a buscar con un carguero pesado, uno que pueda manejar las toneladas que generan acá.
--¿Y cómo es que la estación mantiene su nivel sumando cada vez más peso?
--La mitad de la estación son bolsas de hidrógeno. Casi no tienen cuerpos de flotación. Intercambian directamente con la atmósfera exterior para variar la densidad.
--¿Y si tienen un problema y pierden el hidrógeno?
--Dejan caer la producción.
--¿Perdiendo el trabajo hecho?
--Se vuelve a hacer. Si no es la producción son las máquinas, y las máquinas valen más que cualquier otra cosa.
--¿Incluso la gente?
Alek no respondió.

Estamos aquí,
sobre nubes de ácido,
como náufragos.

Dejamos el Bayram 7 y continuamos hacia nuestra siguiente estación, la Bayram 11. Se encontraba a menos de cien kilómetros así que el viaje fue mas bien breve. Como estaba al Sur mantuvimos el nivel y avanzamos con los motores. Era otra procesadora de carbono, prácticamente idéntica a las anteriores aunque no funcionaba exactamente igual. En general las estaciones Bayram producían grafito como elemento primario y oxígeno y agua como secundario. Pero habían otras estaciones que se quedaban en un punto intermedio. Como me había explicado Albert, para obtener el grafito primero combinaban el dióxido de carbono con hidrógeno que obtenían del agua y el resultado era metano, una materia prima para la industria de los polímeros. Entonces así como habían estaciones que producían grafito, otras producían metano. El producto secundario siempre era el oxígeno, que de una manera extraña a lo que siempre había supuesto, era considerado casi un residuo por su abundancia y por eso era utilizado como combustible espacial. Algo inimaginable no hace mucho tiempo.
Seguimos recorriendo estaciones durante once días más, describiendo un gran círculo hasta regresar a Dermichev con la bodega llena de grafito y oxígeno. Durante esos días tuve muchas oportunidades para charlar con mis compañeros, conocernos y aprender sobre sus vidas.
De Georgi no pude obtener mucho. Había nacido en la Tierra, estuvo casado, tuvo hijos que crecieron y continuaron sus vidas y, en algún momento, decidió emigrar a Venus. Ya era piloto aeronáutico en la Tierra por lo que viajó con trabajo asegurado.
Aparte de preguntar sobre elefantes, Alek tenía la costumbre de querer saber por qué la gente deseaba cruzar millones de kilómetros de vacío para ir a otro planeta. Mi explicación del primer día no le había convencido, como me demostró varios días después mientras jugábamos a las cartas luego de la recorrida de rigor.
--¿Por qué venir a Venus--me preguntó--, habiendo tantos rincones en la Tierra? ¿O todos te recordaban a tu esposa?
--¿Y por qué no? Recorrí la Tierra casi en su totalidad. Sí, es grande, pero después de un tiempo se vuelve un tanto repetitiva. Las ciudades tienden a parecerse. Lo mismos los campos, los océanos, los desiertos y las montañas. Los paisajes cambian un poco, pero terminan siendo todos iguales.
--Y viniste a un planeta donde todas las ciudades son *exactamente* iguales.
Touché.
--Sí, lo son, pero son diferentes a lo que conocía. El mundo es completamente distinto.

--¿Y cuando te aburras? ¿Cuando sientas que ya lo viste todo y se termine la novedad?
--No lo se. ¿Acostumbrarme, tal vez? ¿Cómo lo soportas?--retruqué.
--Yo nací aquí, es mi mundo, no me aburre, encuentro las diferencias que hacen único a cada lugar.
--¿Y nunca pensaste en irte y ver cómo son las cosas en otro planeta?
--Sí, lo pensé. Y tal vez lo haga en algún momento--miró hacia la pared donde colgaba una impresión de la nebulosa del Águila--. ¿Así se ve en el espacio?
--No, todo se ve como puntos de colores. Para ver así se necesitan telescopios.
Mi respuesta lo desilusionó.
--Lástima, pensé que sería más interesante.
--Tal vez llegue el momento en que puedan ver las nebulosas de cerca. Por mucho tiempo pensaron que sería imposible que hayan humanos viviendo en otro planeta que no fuera la Tierra. Y acá estamos.
--Pero no es lo mismo. Me gustaría verlo por mi mismo.
--Se puede, ¿lo sabías? Cuando dije del telescopio no es algo imposible. Cada ciudad o estación en órbita de la Tierra tiene un telescopio para ver galaxias y nebulosas. Luna es una meca en sí misma donde tienen los telescopios más potentes. La gente hace fila para mirar. De hecho es una de las pocas cosas interesantes para hacer, aparte del sexo a baja gravedad. Supongo que en las estaciones orbitales de Venus también tendrán sus propios telescopios. ¿Nunca se te ocurrió averiguar? Por ahí en tus próximas vacaciones puedas ir.
Su expresión cambió un poco. Me pareció que la posibilidad le resultaba atractiva.
--¿Y se mira directamente o con una pantalla?
--Al viejo estilo, poniendo el ojo en un lente. Pantallas y telescopios automáticos hay muchos. Si quieres podemos pedir turno en uno, apuntar y ver las nebulosas en la sala.
--No, ya hice eso. Me aburrió en seguida. ¿En qué se diferencia con ver en directo?
--¿Realmente? En nada. Pero de alguna manera *saber* que lo que uno ve es pura óptica sin ningún artificio electrónico... le da un gusto especial. Por algo los primeros astronautas se arriesgaron para venir hasta acá. Habían lanzado docenas de robots. Pero tenían que verlo con sus propios ojos. Así funcionamos.
Alek asintió y se quedó mirando la nebulosa, perdido en los remolinos oscuros de polvo sobre un fondo rojiazul. Recordé que de todo mi tiempo en el espacio exterior, solo dos veces había acudido a ver por un telescopio. La primera en Luna porque era una obligación turística, la segunda durante el vuelo para ver un cometa en conjunción con Júpiter. No vi más porque no sabía qué mirar. ¿Cómo sería para Alek, nacido entre brumas, casi sin haber visto estrellas por si mismo en toda su vida? Seguramente lo disfrutaría más que yo.

Durante los viajes entre las estaciones teníamos muchas horas “muertas”, donde Alek y yo teníamos poco para hacer con el estibado. Pero eso no quería decir que estábamos ociosos. El bote necesitaba de mantenimiento continuo y era simplemente demasiado grande para que Sasha se ocupara de todo. Entonces entrábamos nosotros a ayudar.
Una tarea que debía hacerse de manera regular era controlar los sensores atmosféricos. Alertaban si el aire se volvía demasiado ácido o la concentración de dióxido de carbono se incrementaba a niveles peligrosos. Estaban dispersos en todo el dirigible, principalmente contra la cubierta exterior, y su buen funcionamiento era básico para detectar filtraciones del exterior.
La estructura del casco del Tania era una compleja trama de finos tubos y cables de carbono. En medio se encontraban los espacios habitables, de forma mayormente rectangular, y rodeando esto la espuma de flotación. Salvo las tres bolsas de hidrógeno que se inflaban y desinflaban según la altura de vuelo, casi todo era espuma y no había mucho para hacer. Pero la espuma estaba separada de la cubierta exterior por unos 50 centímetros de aire con el doble propósito de servir de espacio de amortiguación en caso de choque y para acceder a realizar reparaciones y controlar los sensores.
No se quién fue el sociópata que pensó que 50 centímetros eran suficientes para moverse y trabajar. Seguramente sería algún tipo de enano resentido que pensó que los botes irían tripulados por gente pequeña. Si bien la cápsula espacial me había curado de cualquier claustrofobia que pudiera haber

tenido, la estrechez del intercasco a veces era demasiado molesto. Alek no la pasaba mejor, era bastante más corpulento que yo, pero ya estaba acostumbrado y de alguna manera se movía sin quejarse.
Y esto era de día. La cubierta no era totalmente opaca, dejaba pasar algo de luz solar por lo que durante el día había mucha iluminación. De noche, en cambio, la oscuridad era total. El mismo ingeniero que pensó que medio metro era suficiente también tuvo la idea de que poner luces era un gasto innecesario de cableado y lámparas. Ciertamente lo es cuando se lo piensa sentado en una oficina, pero esto implicaba tener que recorrer el casco usando linternas. Miento cuando digo que no me corrieron escalofríos estando solo, en medio de la oscuridad más absoluta, iluminando un estrecho espacio que parecía no tener fin, buscando pequeños aparatos para ver si funcionaban correctamente sin temer morir sofocado en el intento. Genial.
Era inevitable no apoyarse en las paredes mientras caminaba por los estrechos pasillos. El casco del Tania era flexible, por lo que a veces cedía un poco cuando aplicaba mi peso. Cuando sucedía trataba de no pensar en el hecho de que solo unos milímetros de material flexible me separaban de una atmósfera que podía matarme en segundos.
Hacia dentro, en cambio, había otra cosa. No era algo liso como el casco, sino que tenía una superficie rugosa. Estaba cubierto por una delgada capa traslúcida que, con cierta frecuencia, estaba agrietada y podía meter mi mano y tocar algo que parecía una espuma gris.
--¿Qué es esto?--pregunté una vez que no estaba solo.
--Aerografito--me respondió Alek--, lo que mantiene nivelado al Tania.
--¿Esto es la famosa espuma de flotación? Pensé que era un eufemismo, que la flotación se hacía con aire y se ayudaba con las bolsas de hidrógeno.
--Así es. Ahí dentro hay hidrógeno disuelto en microesferas, suficientes para neutralizar el peso de la espuma y de la estructura que le da rigidez al bloque. La espuma es, en sí, una manera de darle solidez al aire, para evitar que se pierda el hidrógeno si el bote se llegara a partir en dos. El 50 por ciento del bote está relleno de espuma y se lo puede considerar un sólido, en vez de un gas. Le da estabilidad estructural.
--Asombroso--respondí, deseando que el Tania se mantuviera en una pieza, siempre. Hasta ahora los demás tripulantes tomaban con naturalidad la posibilidad que pudiera ocurrir algún accidente serio. ¿Tan probable era? Aparentemente no, considerando que el bote tenía pocos años y recibía un mantenimiento adecuado. Salvo la acidez exterior, no habían otros factores de desgaste como cambios bruscos de temperatura ni los problemas de corrosión que frecuentaban en la Tierra. Quedaban los choques, pero confiaba en que el dirigible era básicamente una enorme almohada que absorbiera cualquier impacto.
Le presté más atención, ahora que sabía qué era. Tenía una textura muy extraña. Cedía con la presión, pero no me atreví a ir más que apenas unos milímetros. Intenté mirar para descubrir alguna de las bolsas de hidrógeno, pero no pude distinguirlas. Más tarde supe que eran microscópicas.
Una de las veces que estaba haciendo la recorridas de mantenimiento con Sasha reparé en sus piernas. La izquierda era notablemente más corta que la derecha, lo que le causaba que renguease pero sin que evidenciara una molestia. Con frecuencia hacía comentarios sobre este hecho y lo trataba como lo más natural del mundo. Tenía que ver con su crianza en el espacio.
Sasha había nacido en la ciudad orbital de Gagarin, uno de los primeros intentos de la Humanidad en colonizar el espacio. Hijo de ingenieros, se había criado entre la ingravidez y el aprendizaje de las máquinas. Cuando cumplió 16 años abandonó la ciudad y vivió alternadamente en Luna, Marte y Ceres y, por supuesto, viajando. A los 30 decidió probar suerte en Venus. Con su curriculum podría haber terminado como jefe de mantenimiento de cualquier bote, estación o incluso las ciudades, pero había decidido por lo primero.
--Viniste escapando, ¿no es así? Casi nadie viene al infierno si no es huyendo de algo--me preguntó un día mientras yo sostenía una linterna para iluminar una caja de conectores evitando que su cabeza hiciera sombra.
--No diría que “escapando” sea la palabra adecuada--respondí--. O tal vez sí. Ya no quería estar más en un lugar donde las personas manejen las cosas. Además no podía estar en las ciudades con su

vigilancia extrema ni en el campo donde todo se hace a mano. Entonces me contaron que fuera de la Tierra todo está automatizado, que como primero vinieron los robots y después las personas las cosas eran diferentes.
Sasha rió y me quedó mirando.
--Debes estar algo decepcionado.
Suspiré y eso fue suficiente.
--Todo depende de quién haga qué y dónde--dijo.
--Supongo que tienes razón. En las ciudades los trenes andan solos y nadie se lo cuestiona. En el campo ven un tren solo y piensan que está endemoniado. ¿Entonces qué hacían? Me sentaban adelante a mover una palanca y tocar unos botones. ¿Realmente lo conducía? La verdad que no, pero sí sabía repararlo. Para no admitir que cualquier mono podía conducir un tren, contrataban técnicos que pudieran resolver cualquier problema. A veces los trenes estaban a cientos de kilómetros de cualquier ciudad y podían tener fallas que se podían resolver en el momento. Teníamos herramientas y piezas de recambio. O sea que sí, mi trabajo estaba más cerca del tuyo que del de Georgi.
Afirmó con una sonrisa cómplice, pero no dijo nada.
--¿Y cuál es tu historia?--quise saber.
--Necesitaba un cambio de vida--respondió Sasha volviendo a trabajar en la caja--, algo más grande que una ciudad orbital. También que tuviera gravedad real. Crecer en el espacio es la receta para terminar deforme. Luna y Marte tienen menos gravedad que Gagarin por lo que quedaban descartadas. Aparte ya estuve allá. Y entre Venus y Tierra, me vine para acá. Necesitaba espacios más grandes, pero me da pánico la idea de perderme en la Tierra. Acá siguen siendo espacios cerrados. Enormes, pero no infinitos.
--Hay muchos espacios cerrados en la Tierra--acoté.
--Que igual son enormes. Dermichev tiene 50 mil habitantes. En la Tierra a eso le dicen “pueblo”. Ni hablar, me quedo con Venus. Por ahora.
--¿Piensas volver a Gagarin?
--Tal vez, pero no para quedarme. Mis padres siguen ahí, no se por cuánto tiempo más. La ingravidez no es buena para vivir. Y la ciudad todavía es demasiado pequeña, con el tiempo todos terminan peleándose con todos.
--Creo que la expresión es "todos terminan *acostándose* con todos".
Sasha me miró a los ojos.
--Es lo mismo--dijo volviendo a la caja.
--¿Dejaste muchas peleas atrás?
No me respondió de inmediato. De hecho se tomó un largo rato para responder, al punto que pensé que había dado por terminada la charla.
--Hay lugares a los que ya no puedo volver.
De las muchas cosas en las que nunca había pensado antes, era en la convivencia espacial. Ciertamente vivir en grandes lugares era una ventaja por si las cosas no se sostenían en el tiempo. Uno podía irse, distanciarse, incluso desaparecer en la Tierra. Había todo un planeta para mudarse, aunque a veces alcanzasen unos pocos kilómetros. En los demás planetas era algo parecido, solo que confinado en ciudades pequeñas. Pero en el espacio no había salida. Uno estaba atrapado en espacios realmente ínfimos, incluso en las llamadas “ciudades orbitales”. Había que tener o una moral muy amplia o convicciones muy fuertes para soportarlo. Valoré mucho más a mis verduleros, que habían viajado juntos durante meses y llevaban adelante su nueva vida en Venus.
De pronto pensé en mi propio viaje en solitario, cuando le ofrecí a Irina que me acompañara en mi viaje. Si bien mi parte racional conocía la respuesta, tenía el profundo deseo de no viajar solo, de tener una compañera para enfrentar el desafío de empezar una nueva vida muy lejos de mi planeta.
--No voy a ir--me dijo con la voz quebrada y lágrimas en los ojos.
La abracé muy fuerte.
--Siempre supiste cuáles eran mis intenciones--le dije--, desde el primer momento. Era inevitable que llegaríamos a esto.

--Eres el primero que conozco que sigue convencido en ir. ¿Por qué no puedes ser como los demás?
--No se cómo son los demás.
--Esta no es la misión de tu vida. No lo es. No hace falta que vayas.
--Es una decisión que pienso mantener. Tenía la esperanza de que me acompañaras, pero no te voy a obligar. No soy así. Soy yo el que quiere cambiar de vida.
--Entonces es un adiós.
--Es un adiós.
Me dio un corto beso.
--Te deseo mucha suerte--me dijo, despidiéndose.
Me fui de la Tierra una semana después, sintiéndome triste y con muchas dudas sobre mi viaje. Con el paso de los días estos sentimientos se fueron diluyendo ante cada novedad que iba encontrando, hasta que solo quedaron buenos y divertidos recuerdos.
Y entonces el comentario de Sasha me hizo pensar que tal vez las cosas salieron de la mejor forma, porque mi relación con Irina no creo que haya sido lo suficientemente fuerte como para soportar los tres meses enlatados. Una discusión, una pelea, y uno de los dos habría terminado del otro lado de la exclusa de aire.

En ocasiones, cuando no tenía nada mejor para hacer, iba a visitar a Georgi a la cabina. No tenía intención de dejar que la navegación me venciera en mi campo, por lo que aprovechaba para ir memorizando los indicadores y controles que me habían mareado el primer día. El trabajo del piloto era constante. Había que ir corrigiendo la dirección según iban cambiando las corrientes de vientos, los remolinos y ráfagas que aparecían de la nada y hacían crujir toda la estructura, a veces por horas. Teníamos un radar Doppler para detectar los remolinos y esquivarlos, aunque no siempre podíamos hacerlo cuando teníamos las baterías bajas.
--¿Cómo va la adaptación?--me preguntó el piloto después de repasar una compleja consola lateral.
--Bastante bien. Todavía se me mezclan algunas cosas con los motores de maniobra.
--No me refería a eso, sino a tu vida en Venus.
Miré por la ventana. Bruma. La nada misma.
--Creo que le voy encontrando la vuelta a todo esto, aunque todavía me pregunto qué estoy haciendo aquí.
Georgi asintió en silencio.
--¿Ya estuviste mirando pasajes de regreso?
--No, yo no voy a volver.
Suspiró, lo que me sorprendió un poco.
--Todos dicen eso, pero más de la mitad después confiesan que quieren volver. Hay algo muy fuerte dentro nuestro y es saber que estamos pisando suelo sólido, aunque sea en el piso 100 de un edificio. Acá estamos flotando libremente en el aire, como una balsa en medio del océano, librada a las corrientes. La sensación más repetida es que la gente se siente como un náufrago o como un marinero que nunca más va a pisar tierra firme. Yo lo llamo “síndrome del Holandés Errante”. Curioso concepto.
--No creo que sea mi caso. Sí, soy consciente que estamos flotando, pero en la ciudad no noto la diferencia. A veces siento que en realidad estoy bajo tierra, por esto de estar sin ventanas y con luz artificial.
--Interesante. Creo que eres el primero que conozco que lo ve de esa manera.
--¿Hay más?
--Seguramente. En otras ciudades, o en otros botes.
--¿Y también pensaste en regresar?
Se tomó unos segundos para responder.
--Una vez. Pero no por pisar tierra firme, sino por quienes dejé atrás. Cuando me enteré que mi hijo había sufrido un accidente. Casi vendo todo. Hasta que mi hijo me llamó y me dijo que estaba todo bien, que no era grave.
--Fue un impulso.

--Sí, algo totalmente emocional. No tardé en darme cuenta que es imposible hacer algo precipitado. Cinco meses de viaje no resuelven una emergencia. Si le hubiera sucedido algo grave a mi hijo, para cuando llegara a la Tierra ya habría pasado todo. Daba lo mismo esperar que salir corriendo.
--¿Extrañas a tus hijos?
--Un poco, sí. Supongo que cuando me den nietos querré viajar para conocerlos, pero volveré. Mi vida está aquí, entre las nubes de ácido.
--Como náufragos.
Georgi sonrió.
--Como náufragos.

Algo que no me esperaba encontrar, y que ciertamente hacía una gran diferencia, era que desayunábamos con pan recién horneado. ¿Cómo describir ese aroma único que invadía pasillos y habitaciones cada mañana? Nos hacía sentir en un hogar que nunca habitamos, pero que sin embargo era evidente que todos, terrícolas y venusinos por igual, llevábamos ya impresos en nuestra memoria genética. ¿Cómo, si no, podíamos explicar esa sensación reconfortante al partir el pan y ver cómo se desarmaba la miga? Ese solo detalle justificaba el enorme esfuerzo que implicaba cultivar granos y convertirlos en harina. En la Tierra, donde todavía quedaban grandes extensiones de tierra para cultivar, seguían siendo los reyes de la agricultura. Pero en Venus, donde el espacio era limitado, convenía hacer crecer hortalizas. Aun así habían encontrado la forma de plantar trigo, cebada y centeno suficiente para tener pan en la mesa. Mi aplauso de pie para el héroe desconocido.
No solo era especial, sino también delicioso. Sasha se encargaba de jugar con la máquina para que nunca saliera exactamente igual dos veces seguidas, de manera que no se volvía monótono y se perdiera el encanto. Era así que los desayunos se convertían en el momento de reunión por excelencia, rodeando la panera. Y entre bocado y bocado las charlas rara vez eran sobre el trabajo.
Fue así que una mañana, no recuerdo en qué momento de la recorrida, les conté sobre mi vivienda. Les sorprendió enterarse de que era dueño de mi departamento. Y que, además, tenía algunos ahorros. Nunca me habían preguntado, suponiendo que yo era como todos los inmigrantes que gastaron su dinero en el viaje y apenas les quedaba un resto al llegar.
Creo que a quien más curiosidad le daba era a Alek.
--¿Qué trajiste desde la Tierra?--quiso saber.
--Sal marina.
Georgi rió.
--Bien pensado.
--No entiendo--dijo Sasha.
--La sal es principalmente cloruro de sodio. Pero también tiene potasio, magnesio, yodo y muchos elementos más. Fue una movida inteligente, la sal es fácil de transportar y sus elementos por separado tienen gran valor.
--Así que nuestro compañero es un hombre rico--concluyó Alek.
--Estee... --dudé--, no se si rico. Todo lo que pude reunir en la Tierra apenas me alcanzó para un departamento pequeño.
--Pero que es tuyo--replicó Georgi--. Acá todos empezamos alquilando. Sasha vive en 18 metros cuadrados. Contando el taller, tiene más espacio acá que en la ciudad.
--Aun así tengo más espacio que en Gagarin--aclaró.
No le gustaba hablar mucho de la ciudad espacial donde vivió su infancia. Eso lo pude comprobar una y otra vez. Pero con el tiempo pude entender lo que había implicado el enorme esfuerzo tecnológico para tener un hábitat funcional que permitiera a la gente vivir toda su vida fuera de la Tierra. Nunca terminó de funcionar pero tampoco de fracasar.
Gagarin no era como me había imaginado a una ciudad orbital. Desde afuera y en los promocionales era el toroide triple que todos conocemos. Pero de lo que nadie hablaba era que su población vivía realmente hacinada. Tres mil personas donde debieran de haber quinientas era un problema, tarde o temprano. Producir comida demanda mucho espacio y cuando se tienen que destinar recursos a sobrevivir, hay que sacrificar zonas habitables o comida. En Gagarin tuvieron

que hacer ambas cosas.
La idea era que la gente permaneciera en la parte exterior del complejo, donde la fuerza centrípeta de la enorme rueda que era la ciudad equivalía a un 70% de la gravedad de la Tierra. En el centro de la rueda se encontraban el puerto, los sistemas de soporte vital y el área industrial, eufemismo para un hangar donde fabricaban naves para cruzar los espacios interplanetarios. Todo el proyecto romántico se centraba en la plataforma ideal para colonizar el Sistema Solar. Nunca pudieron completarlo porque construir las naves era tan complejo que requerían una población de técnicos que la ciudad no podía albergar. En vez de reasignar las funciones de la ciudad a algo más “lúdico”, como Verne, prefirieron mantener la idea a flote hasta el final. El resultado era que muchos habitantes residían en minúsculos módulos en el interior de la rueda donde la gravedad artificial era menor y esto provocaba trastornos fisiológicos comparables a los habitantes de Luna. Los residentes, cuando no lo soportaban, simplemente escapaban como lo había hecho Sasha.

Además del grafito que íbamos recolectando a cambio de la comida y repuestos que dejábamos en las estaciones, también cargamos tanques con oxígeno y con dióxido de azufre. Esto último lo cambiamos por más oxígeno en la última estación de nuestro recorrido, que también procesaba atmósfera pero de una manera diferente. Era la más pequeña de todas, apenas dos esferas de 50 metros de diámetro distanciadas 200 metros una de otra, unidas por una estructura que parecía un radiador gigante.
Un “recuperador de azufre”, me dijo Georgi.
En una de las esferas se encontraban las áreas de vivienda y soporte vital y en la otra, la refinería. El radiador era en realidad un condensador, atrapaba el ácido sulfúrico de las nubes y lo recolectaba gota a gota. En la refinería lo calentaban para que perdiera el agua hasta quedar dióxido de azufre, que procesaban junto al que les llevábamos para separar el oxígeno del azufre. El objetivo primario era el agua, que llevábamos como lastre y del que la ciudad dependía para que todos pudiéramos sobrevivir.
La forma de separar el azufre del oxígeno era más complejo que disociar el dióxido de carbono. Requería de una maquinaria que utilizaba hierro, cobre y cloro, haciendo del proceso un trabajo más delicado. Por esta razón habían pocas refinerías. Cherski solo tenía una y procesaba el dióxido de azufre recolectado en todas las otras estaciones. No me parecía, en virtud de los números que había visto, que fuese necesario transportar el gas hasta la estación. La única demanda real de azufre era Marte, para fabricar su hormigón marciano. Pero no era un comercio tan importante como el nitrógeno y el dióxido de carbono. No me quedaba claro si era por la poca demanda o porque era costoso el envío. Lo cierto es que las refinerías procesaban más de lo exportado. Les habría alcanzado con solo lo que condensaban ahí. Las otras refinerías, una vez recuperado el agua, podían devolver el dióxido de azufre a la atmósfera. Había suficiente oxígeno disponible como para que no justificara el esfuerzo de separarlo del azufre.
¿Entonces por qué existían las estaciones? Porque secuestrar el azufre era la manera de cambiar la atmósfera. Era algo estratégico, parte de un plan que nos excedía.
--¿Y qué hacen con el azufre excedente?--quise saber.
--Por ahora lo tiramos en los polos--respondió Alek con su habitual naturalidad.
--¿Pero no es volver a lo mismo?
--No, porque dejamos caer tambores sellados. El mineral se mantiene en estado puro y no vuelve a la atmósfera. Y si vuelve, es a un ritmo menor del que lo extraemos.
--¿Y por qué los polos?
--Porque no hay viento en los polos, por lo que todo lo que dejamos caer ahí se queda ahí. En cualquier otra parte del planeta sería un reguero de tambores desparramados por la superficie. Será más fácil ir a buscarlos cuando podamos bajar de manera segura dentro de algunos milenios.
El optimismo de esta gente era admirable. No sabía si felicitarlos o sentir lástima por ellos. ¿Eran conscientes que hablaban de un futuro que quedaba más lejos hacia adelante que los faraones egipcios hacia atrás? ¿Y que si a algún faraón se le hubiera ocurrido hacer crecer una selva en el desierto haciendo que la gente moviera la arena al océano y construyera canales de riego usando

solo palas y baldes, habrían terminado antes? ¿Cómo le funcionaba la cabeza a alguien que hacía un trabajo esperando que lo sigan haciendo durante al menos cien generaciones más? Hubieron religiones que duraron menos. ¿Qué clase de mística debía imponerse para sobrevivir tanto tiempo? ¿Cómo asegurarse que los descendientes no desistan antes de terminar el siglo?

Cuando volvimos a Dermichev, ya no era lo mismo. Había visto y tocado la materia prima de la civilización. Ya no veía las calles sino como láminas de carbono robado a la atmósfera. Y ahí fue que tuve real noción de la tarea titánica que implicó construir la ciudad. Si cada gramo de carbono había sido filtrando y procesando la atmósfera, para la ciudad debieron necesitarse cientos de kilómetros cúbicos. No solo era una maravilla de ingeniería, era también un ejemplo de perseverancia.

También me impactó la cantidad de gente, el ruido de las calles y la saturación de olores. En el Tania todo era bastante silencioso descontando el eterno zumbido de la ventilación y el crujir del casco con los remolinos de viento. En la ciudad la gente hablaba, gritaba y siempre había una radio o un televisor encendido.

Volver al departamento fue lo más extraño. A pesar de haber estado viviendo dos semanas antes de subirme al bote y partir en la primera recorrida, parecía que nunca había desempacado. Le había puesto más interés en decorar mi camarote que el departamento y eso que lo había pintado y hecho un esfuerzo en hacerlo más hogareño, definitivamente sin éxito.

Lo primero que hice al entrar al departamento fue cruzar hasta el otro extremo y abrir la ventana. El olor a encierro era notorio, aunque no había suciedad ni nada parecido. Dejé abierta la ventana con el departamento en penumbras. Una ráfaga de aire fresco entró desde arriba y renovó un poco el interior. Me quedé un rato sentado en el marco de la ventana, observando a los vecinos. Muchos otros departamentos también tenían las ventanas abiertas. Escuché fragmentos de diálogos, parejas hablando de su día, un hombre despidiéndose para empezar su turno, alguien discutiendo sobre su trabajo. Se oía también algo de música pero sin poder definir una melodía en particular. Abajo, en el patio, un grupo de chicos jugaba persiguiéndose y dándose golpecitos con unos palos de colores. Sus risas llegaban hasta donde yo estaba. Los observé un rato pero no pude deducir las reglas del juego.

El lugar y el momento podían ser como en cualquier ciudad de la Tierra. Pero no estaba allá. Estaba aquí, a millones de kilómetros del que había sido mi hogar. Me di cuenta que en realidad era lo mismo. No importaba qué tan distinto fuera el exterior, adentro seguíamos siendo los mismos. La misma gente, los mismos deseos, los mismos juegos.

Miré hacia dentro del departamento y reparé en el par de cajas que todavía no había abierto. Contenían los últimos recuerdos de mi vida anterior. En su momento no había sabido si abrirlas o meterlas en una baulera. Decidí abrirlas y ver el contenido. Saqué algunas fotos y unos libros que atesoraba como reliquias familiares. Volví a cerrar las cajas y las guardé en un armario. Sospechaba que todavía no era el momento de vaciarlas.

¿Para qué bajar
a las profundidades
infernales?

Metales, minerales
para la vida.
Ahí es donde están.

En mi segundo viaje pasamos por otro tipo de estación minera. Era, por decirlo de alguna manera, minería auténtica. Desde afuera se veía muy parecida a las estaciones de carbono. No estaba la larga manguera de extracción pero en cambio tenían adosado una especie de avión bastante pequeño de

forma triangular. También llegamos de noche.
Adentro me presentaron a un hombre apellidado Kuzmanov que no tardó en darme el tour obligatorio.
--Somos una estación metalífera--me explicó apenas dejamos la bodega de la estación--, la actividad más difícil en Venus. Extraemos roca de la superficie y la separamos en minerales. Casi todo lo que ha usado, tocado, incluso lo que ha estado comiendo, fue hecho con elementos que se extraen aquí. Minería auténtica.
Recorrimos maquinaria que en poco se parecía a las extractoras de carbono. Esas eran refinerías de gases. Aquí eran tolvas, cintas transportadoras, tornillos, zarandas, trituradoras. Definitivamente parecía una cantera de la Tierra, pero flotando en una esfera de polímeros. Las máquinas estaban en silencio, esperando por la energía del Sol. Un grupo de operarios estaba limpiando una máquina. Estaban cubiertos de un polvo gris. Era la primera vez que veía suciedad desde que había salido de Luna.
Me explicaron que las rocas se trituraban hasta hacerlas un polvo extremadamente fino que luego sumergían en distintas soluciones químicas para extraer minerales específicos. Al final del proceso quedaba un aglomerado informe que calentaban hasta convertirlo en un vidrio al que llamaban «mármol de Venus». Era sumamente preciado en decoración, puesto que era uno de los pocos materiales de construcción que no derivaban del carbono. Al verlo me di cuenta que era el material con el que estaban hechas las fichas que llevaba en el bolsillo, con las que se podían pagar cosas por fuera del sistema como propinas y favores.
Toda la explicación me pareció interesante, pero me faltaba un detalle importante, que parecía que yo daba por sabido.
--¿Cómo suben las rocas?
Kuzmanov lanzó una risotada que me sorprendió.
--De la manera más complicada que a alguien se le haya podido ocurrir. Dejamos caer un balde condenadamente duro con un pequeño paracaídas para que no se incinere en el descenso. Así y todo cae muy rápido. Cuando golpea el suelo hace un pequeño cráter y rompe algunas rocas, las junta con una pala y cuando se llena infla un globo de hidrógeno y sube flotando. Cuando llega a unos 40 kilómetros de la superficie salimos a buscarlo en el batiscafo. Esa es la parte complicada. Lo traemos, descargamos la roca, reparamos el balde y lo dejamos caer de nuevo.
--¿Y los dejan caer así nomás? ¿Y rompe el basalto?
--No, no puede romper el basalto. Tampoco es que los dejamos caer en cualquier lugar. Tenemos lugares preparados que bombardeamos y rompimos la roca a fuerza de explosivos. Los baldes caen en estos lugares. La parte divertida es calcular para que caigan justo en una cantera. Estamos a 50 kilómetros del suelo y le apuntamos a un círculo que tiene entre 100 y 200 metros de diámetro. ¿Pequeño? Lo es, pero con un poco de práctica y con la ayuda de las computadoras se torna sencillo.
Mientras me explicaba hacía unos gestos graciosos con la cara y las manos. Luego me di cuenta de que en realidad tenía el rostro ligeramente asimétrico. La mitad derecha era un poco más expresiva, mientras que la izquierda se movía menos y a veces más lento. La piel era más tersa y su ojo no tenía las arrugas del derecho. Quise preguntarle si había sufrido alguna quemadura, pero me abstuve. Estando en nuestra zona de operación volveríamos a pasar muchas veces. Ya tendría tiempo para entrar en confianza y despejar mis dudas.
Me llevó a ver lo que llamaba “balde”. Me sorprendió. Era más grande de lo que esperaba. Se trataba de un cilindro de casi dos metros de diámetro y unos 4 o 5 de largo. Estaba acostado sobre un soporte a un metro del suelo. En un extremo se abrían tres puertas triangulares con bordes dentados. Me asomé al interior y no había mucho para ver, estaba vacío. Noté que las paredes eran gruesas y estaban arañadas. Se lo veía tosco, como algo salido del fondo de una mina en la Tierra, y contrastaba muchísimo con la ligereza y aparente fragilidad de las estructuras que había visto hasta ahora.
--¿Cómo hace para funcionar con la temperatura que hay abajo?--pregunté.
--Pura mecánica. Cae abierto y la puerta se cierra por un sistema de dilatación mecánica. Las

válvulas para inflar el globo funcionan igual. No hay electrónica ni hidráulica y por eso no falla casi nunca. El único punto flojo es el globo, que tiene que resistir el inflado y los primeros kilómetros de ascenso. Lo capturamos todavía caliente y tenemos que esperar a que se enfríe un poco antes de poder sacarle el contenido y volverlo a tirar.
--Y lo buscan con el avión que hay afuera.
--¿¡Avión!?--abrió los ojos como si le hubiera dicho algo sin sentido. Tardó un poco en darse cuenta de que yo había confundido los términos-- Ah, el batiscafo. No es un avión ni un pelícano. Es un submarino, se sumerge en la atmósfera mucho más de lo que hace cualquier bote.
--¿Mucho?
--El balde sube hasta los 40 kilómetros, que es lo que permite su flotación. Tenemos que ir hasta allá abajo para buscarlo. A veces golpea donde está más suelto y carga más y se queda a menor altura. Una vez llegué a buscarlo a 31 kilómetros. Fue lo más bajo que llegué alguna vez, al límite del batiscafo.
Hice un poco de memoria de la tabla de presiones y temperaturas. A 31 kilómetros de la superficie la temperatura del aire superaba los 200 grados Celsius y la presión llegaba a las 10 atmósferas. Entendí por qué le decían “batiscafo”, debía soportar presiones propias de un submarino.
--Entonces si entendí bien dejan caer este “balde” en una “cantera”, una vez que golpeó el suelo el calor hace que se cierre e infle un globo con el que asciende hasta los 40 kilómetros donde queda flotando hasta que lo buscan con un “batiscafo”.
--¡Exacto!
Volví a observar el balde. El espacio para la carga debía ser de la mitad del largo total. Cargaría unos dos o tres metros cúbicos como máximo, aunque por lo que me había dicho Kuzmanov, nunca se llenaría del todo. Otro gigantesco trabajo de hormigas.
Dejamos atrás al balde y subimos por una pequeña escalera. En el piso de arriba habían tanques de distintos tamaños unidos por cañerías de diferentes grosores. Me recordó a las refinerías de atmósfera, pero en una versión más simple. Eran los tanques de lixiviado, donde separaban minerales con diversos compuestos químicos. Estaba todo en silencio y no había nadie, aunque se oía cierto rumor que provenía de los tanques.
--¿Ustedes también trabajan solo durante el día?--pregunté.
--Día y noche, aunque en distintos ritmos. Ahora estamos en Parada de Mantenimiento, limpiando, arreglando, poniendo bonitas las máquinas--Kuzmanov sonrió, vaya uno a saber por qué--. Sino estaríamos juntando baldes ahora.
--¿Los juntan de noche?
--Así, es. Dejamos caer los baldes durante el día porque así podemos ver las canteras. Las máquinas ruidosas también trabajan durante el día y si encontramos algún balde flotando, lo vamos a buscar. De noche solo buscamos baldes y trabajan las máquinas químicas, que no hacen ruido.
--¿Ahora están trabajando?
--Sí. ¿No las oye? Están murmurando sus covalencias.
Dejamos atrás los tanques y bajamos una larga escalera en espiral hasta llegar a un cuarto con una ventana en el piso. Estábamos en lo más bajo de la estación. Por la ventana se veía el avión triangular que llamaban "batiscafo". Tendría unos 30 o 40 metros de largo, la mitad de ancho, no tenía alas y parecía que se movía con un par de hélices más pequeñas de lo usual, situadas en la parte posterior. No parecía algo que pudiera sumergirse en las profundidades infernales.
--¿Cómo soportas el calor cuando baja?--quise saber.
--Es a control remoto. Mi predecesor lo piloteaba él mismo hasta que sufrió un accidente y se estrelló con balde y todo. Muy dramático. Cuando sobrevolamos sus restos hacemos un momento de silencio o un brindis, dependiendo si estamos trabajando o bebiendo. Ahora se maneja a control remoto.
Me señaló una consola algo pequeña en un rincón de la habitación. Habían algunas pantallas, muchas luces y un par de comandos un tanto extraños. De pronto me imaginé a Kuzmanov sentado ante la consola, piloteando esa pequeña nave con sus breves estallidos de euforia. Dentro de todo la idea del control remoto me parecía sensata, pero seguía pareciéndome innecesariamente

complicado.
--¿Por qué no atan el balde con un cable? Sería más simple de recuperar.
--Sería más difícil apuntarle a la cantera, por el lastre del cable. Y para usar un cable hay que estar estacionario. Aquí arriba es imposible. Imagine un bote a contraviento. ¡Ciudades y estaciones en riesgo! ¡Una locura! Entonces debe quedar más abajo. Volaría más lento, pero se hace imposible con la cuestión del calor. Aun a 40 kilómetros, permanecer volando contra el viento es demasiado calor. Habría que subir a refrescar constantemente. Demasiado riesgo. Hoy si algo falla perdemos solo un balde.
--Pero se podría hacer.
--¡Totalmente! Y sería excelente. Ahí abajo no hay nubes. ¡Se ve el suelo! Kilómetros y kilómetros de paisajes. Uno no se aburre mirando el suelo. Salvo de noche, que está a oscuras. Como ahora.
Retomamos el camino subiendo por la escalera. Kuzmanov me siguió relatando historias de cómo recuperaba los baldes con una especie de lazo que baja del batiscafo y los atrapa en vuelo. Por lo que me contaba dudé realmente que volara todas las veces a control remoto. Me parecía que a veces se subía a dar una vuelta como su predecesor, para ver la superficie y sentir la adrenalina del posible choque y caída a tierra. Un final glorioso, como mencionó al pasar entre anécdota y otra.
Llegamos a la bodega. Alek ya estaba sobre el bote, esperándome. Me despedí del minero.
--La próxima vez que venga, si tiene tiempo, podremos salir a buscar un balde. ¿Le parece? Será divertido.
Asentí en silencio y me alejé por el pasillo que unía la estación con el bote.
--Todo un personaje, ¿no?--me preguntó Alek cuando regresé al Tania.
--Ni que lo digas. ¿Todos lo mineros están así de quemados?
Terminé de cruzar y la puerta se empezó a cerrar tras de mi. Alek esperó a que estuviera cerrada antes de responder.
--Todos los que conozco. Creo que es porque respiran ese polvo espantoso. Dicen que es estéril por el calor y la presión, pero no dicen nada de la química. Les envenena el cerebro y no se dan cuenta.
Una vez más agradecí estar en un bote.

Desconozco el frío.
No existe en Venus,
solo en mi imaginación.

Nunca habría imaginado, antes de emigrar, que toda la cuestión de las ciudades, estaciones, dirigibles y aviones era tan compleja y estaba tan desarrollada. Descubrir que habían astilleros en los que se podían construir estructuras a gusto y placer del que pusiera el dinero, fue la revelación que me faltaba. Sí, estaban los dirigibles cilíndricos de extremos redondeados que no habían modificado su diseño básico en siglos. Pero también habían diseños menos convencionales. Habían dirigibles esféricos, verdaderas pelotas con motores a su alrededor para maniobrar. Habían elipsoides de distintos tamaños y proporciones, incluso toroides que no me parecía que tuvieran mucho sentido pero que para alguien cumplía un propósito.
Uno podía comprar una casa de apenas 50 metros de diámetro que incluía lo básico para vivir: invernadero, granja, reciclado de desperdicios y vivienda. Y se podía vivir flotando alegremente entre las nubes de ácido, sin vecinos ni reglas molestas. O si tenía una familia numerosa, una esfera o elipsoide más grande.
También las había para que varias familias pudieran vivir en comunidad. A esas estructuras las llamaban “islas” y cuando se agrupaban algunas por seguridad o mera conveniencia, se denominaban “archipiélagos”.
Si bien las ciudades eran pelotas achatadas por una cuestión de presiones atmosféricas, las casas no tenían esa limitante y es así que se podía construir un cilindro vertical y vivir en su propia torre flotante. O rodear una esfera con un toroide y pretender que se vivía en Saturno. Para mi asombro, a

pesar de estar limitados a depender de formas redondeadas, la variedad de diseños era enorme. Y, como me habían explicado, esto era solo el principio, ya que en la medida que más gente migrara y la población aumentase, más estructuras de este tipo serían construidas para cada vez más personas que buscarían diferenciarse de los demás. Un futuro extraño porque si bien todavía había mucho espacio libre, llenar de pequeñas estructuras obligaría a los botes a moverse con más cuidado y tendrían que definirse rutas para evitar colisiones. Un caos de tránsito en las nubes.
En cuanto a los aviones, solo sabía de los lentos que llamaban “pelícanos”. Eran prácticamente pequeños dirigibles elípticos con alguna forma de ala volante. Estaban al límite de ser considerados aviones porque la definición requería que estuvieran sustentados por sus alas. Los pelícanos se sostenían con un mínimo de movimiento y, para ser sincero, no le veía mucha diferencia práctica con el bote que volábamos. También les decían “gansos”, o al menos es lo que entendía porque usaban una expresión que no me resultaba familiar.
Pero había una gama de aviones más variada. El escalón siguiente eran los “albatros”, de finas alas movidos por hélices, algo que solo había visto en alguna exhibición aérea en la Tierra. A pesar de transcurrir un buen tiempo hasta que vi el primero, eran los más comunes y diversos en tamaños. Un albatros podía moverse a unos 300 kilómetros por hora y eso sí era una diferencia con los botes. La mayoría solo volaba de día porque dependían de la luz solar para funcionar, pero algunos pocos tenían baterías estructurales y podían volar de noche. Con un poco de dinero extra se podía comprar, además de una isla, una versión de albatros para dos o tres pasajeros llamado “golondrina” y así ir a las ciudades sin los engorrosos tiempos de los botes.
Y los veloces ya no tenían nombres de aves sino que eran simples turborreactores a derivados de hidrógeno, quemando combustible y oxígeno extraídos de la misma atmósfera y viajando hasta varias veces la velocidad del sonido. Eran terriblemente costosos y solo los utilizaban los dueños de empresas y ciudades cuando no querían perder tiempo en un albatros. Siendo que todo era eléctrico, quemar combustible era un gasto que casi todos consideraban inadmisible.
--Venus, al igual que muchas colonias, tiene una estructura de islas--me había explicado el Instructor de Supervivencia Atmosférica después de clase, mientras bebíamos la cerveza más áspera que había probado en mi vida--. Pero a diferencia de otras colonias planetarias como Luna o Marte, no hay un suelo donde enterrarse para hacer estructuras y extenderse. Ahora y por mucho tiempo más, todo es y será flotante, un mundo de ciudades-islas flexibles deambulando por océanos brumosos.
--¿Quién querría emigrar a un mundo así?--pregunté.
--Mucha más gente de la que podría suponer. Usted, sin ir más lejos--sonreí--. Venus son y serán ciudades flotantes. Cientos o miles de ciudades de todo tamaño cubriendo todo el planeta. ¿Quién irá? Cualquiera que ya viva en una ciudad. Imagine a una persona que viva en cualquier ciudad de más de diez millones de habitantes. Se muda a una ciudad de diez mil habitantes. Para esa persona, será más un cambio el estar rodeado de tan pocas personas que estar en otro mundo. Y en especial porque la gravedad es la misma que en la Tierra, una característica que no tiene ninguna otra colonia y que la hace muy práctica.
Eso era cierto, la gravedad casi terrestre era un elemento importante para decidir el destino. Luna tiene un sexto de la gravedad de la Tierra. Marte, el 40 por ciento. Las ciudades orbitales, alrededor del 70 por ciento. Es divertido al principio, pero cuando el cuerpo empieza a perder masa muscular empieza a correr un reloj que dice “cuanto más tiempo pases aquí peor será el regreso” hasta que se llega a un punto sin retorno donde ya nunca se podrá regresar a casa. No quería eso. No todavía. Cuando fuera un anciano reumático y achacoso, lo consideraría. Mientras tanto, disfrutaba de la pesada gravedad venusina.
Por otro lado, Venus se caracterizaba en algo que ni siquiera era tomado en cuenta en las impecables ciudades orbitales. Porque fue después de unas semanas que empecé a comprender realmente lo que me había dicho Sergy sobre lo estéril que se veían las ciudades venusinas. Claro que había leído que la vida no era muy diferente que en las grandes ciudades de la Tierra, pero la verdad era que sí se notaba y no por lo estéril sino por lo monótono del paisaje interior. Todo estaba hecho de plástico. No había cemento, no había aluminio ni acero. Ni siquiera vidrio y menos aun,

madera. Eran todos compuestos de distintas moléculas que recombinaban una y otra vez al carbono, al hidrógeno y al oxígeno. Todo se veía, se sentía y se oía parecido. Por más que algunos se esforzaban un poco por simular texturas y colores, todos sabíamos que seguían siendo los mismos polímeros que cubrían cada rincón de todo lo que veíamos. ¿El piso parecía cemento? Era plástico rugoso. ¿El banco de madera de la plaza? Plástico veteado. ¿La tierra de las macetas? Gránulos plásticos para soportar las plantas.
Tampoco había suciedad en forma de tierra, polvo o lo que fuera. No existía el suelo como lo conocía y la única fuente de polvo éramos las personas, descontando a las estaciones mineras de extracción de rocas. De todas maneras tampoco se acumulaba porque los sistemas de recirculación de agua y de aire se encargaban de mantener limpio todo. Era insoportable.
De pronto me vi extrañando al cemento, la dureza de la piedra moldeada por el hombre. Caminar por baldosas sueltas, algo que detestaba de mi vida anterior y que ahora faltaba. Los detalles metálicos en todas partes, desde las estructuras hasta los adornos. Y la madera, cómo extrañaba la madera. Salvo algunos adornos muy pequeños, no existía la madera en Venus. Los árboles plantados eran aún muy jóvenes y traer la madera desde la Tierra era prohibitivo. Estuvo en mi lista de materiales para comerciar, pero lo alterné con minerales livianos que rendían mejor por volumen. La sal había sido mejor negocio, pagó mi departamento, pero tendría que haber traído algo de madera aunque sea para tener una mesa qué tocar. Habría sido la envidia de los vecinos.
Otro aspecto que no se menciona es que no importaba a dónde fuera o con quién hablase, todos sabían mucho de química. Estaba en el lenguaje. No decían “plástico” sino “polímeros”. Conocían el nombre de cada uno de ellos. Para mi eran todos más o menos similares, pero podían diferenciar el polivinilo del poliestireno del politetrafluorestileno. Y decían los nombres sin trabarse. Equivocarse en una conversación implicaba tener que soportar la corrección de al menos dos personas, estuviesen participando en la misma o no.
Incluso pasaba con los ingredientes de los alimentos, donde discutían mencionando los compuestos y sus porcentajes nutritivos. Hablaban también de las proporciones atmosféricas en partes por millón. “Hoy midieron 145 ppm de sulfuro”, escuchabas en la calle como quien en la Tierra hablaba del clima.
Al principio me sentí un poco intimidado por tal despliegue de conocimientos. Pero me fui acostumbrando a oírlo y a repetirlo. Al principio con errores y debiendo aceptar las correcciones, luego acertando y comprendiendo de qué hablaban todo el tiempo. Me di cuenta de que estaba totalmente mimetizado el día que yo mismo corregí a alguien en una conversación ajena en la barra de un bar. Me sentí perfectamente disuelto con mi entorno.
Pensaba todas estas cosas dentro de mi camarote de paredes plásticas que intentaban simular, con despreciable fracaso, algo que pareciera madera. Con el paso de los días fui cambiando el decorado y ya en el segundo viaje me había hecho de varias pinturas y me entretuve cambiando los colores de los paneles en un desorden psicodélico.
Mis compañeros, por las dudas, no hacían preguntas.
También eran muy respetuosos de los tiempos de descanso. Aunque esto no era nada especial. Como relaté antes, los tramos entre estaciones eran mas bien tiempos muertos y nos pasábamos más horas en “descanso” que trabajando. Por eso me resultó extraño que Sasha me interrumpiera el descanso para realizar una tarea de mantenimiento. Debía estar fuera de programa o algo por el estilo porque todo estaba estrictamente protocolarizado y armábamos las rutinas durante el desayuno.
Atravesamos el depósito, el taller, el invernadero y el depósito del taller. Llegamos a una puerta a la que nunca había ido antes, un portal a lo desconocido. Sasha la abrió y encendió la linterna. El lugar tampoco estaba iluminado. Me mostró un estrecho túnel de un metro y medio de alto por poco menos de un metro de ancho.
--Hay que ir hasta el fondo--me indicó.
Asentí y se metió en el túnel. Yo lo seguí. Debíamos avanzar agachados, pero no era tan incómodo como los pasillos que bordeaban el casco. Recorrimos unos quince o dieciséis metros hasta llegar a un lugar donde se ensanchaba. Sobre un costado había un panel que Sasha empezó a abrir. El lugar

seguía siendo bajo, pero al menos me podía sentar y estirar un poco las piernas.
--¿Dónde estamos?--quise saber. Tanto el pasillo como el ensanche tenían las paredes flexibles, pero también unas protuberancias a intervalos regulares que no reconocí.
--En la batería--respondió sacando la tapa del panel. Me la alcanzó y la coloqué sobre un costado.
--¿La batería estructural?
--La misma.
Acerqué la vista a la pared. La pared era translúcida, pero del otro lado era totalmente negro. Apenas discernía algo.
--Parece espuma de grafito--comenté.
--Es casi lo mismo. Es una batería que es también un elemento de flotación, aunque por su estructura molecular son un poco más pesadas que los elementos de flotación--explicó sin dejar de trabajar dentro del panel--. También se la llama batería de baja densidad porque almacenan cargas eléctricas aunque el rendimiento es pobre, unos pocos miliwatts por centímetro cúbico. Se compensa con el tamaño, las baterías de baja densidad llegan a tener miles de metros cúbicos.
Me alcanzó una pieza rectangular gris con unos números impresos.
--Trae una igual del depósito--me ordenó.
Recorrí el angosto pasillo hasta el depósito de repuestos. Busqué la pieza por el código y regresé a la cámara donde Sasha me esperaba con otra pieza en la mano.
--¿Y aun así debemos cuidar las cargas durante la noche?--le pregunté.
--Sí, porque no alcanza para funcionar las 48 horas. Esta tiene unos 5000 metros cúbicos y apenas alcanza para mover el propulsor principal durante toda la noche, sin exigirlo.
Tomé la segunda pieza y fui a buscar el recambio mientras Sasha colocaba el primer repuesto.
--¿Y por qué no hacen todos los flotadores de baterías?--continué el interrogatorio a mi regreso.
--Costo. La batería es bastante costosa en lo mineral, se necesitan elementos que escasean. ¿Viste la estación minera? De cada tonelada que extraen apenas sacan miligramos de lo que necesitan las baterías.
--Pero son casi todo carbono.
--La mayor parte, sí. Pero hace falta electrónica, como estos reguladores, y eso no se puede hacer solo de carbón. Entonces se prioriza. Ciudades, estaciones, botes. En ese orden. Las ciudades se llevan casi todo. Acá estamos con lo justo porque es más importante que una ciudad se mantenga funcionando toda la noche.
Hice un poco de memoria sobre la iluminación de la ciudad. Llevaba su propio ritmo, indiferente al régimen solar. Pero las luces eran algo secundario en el consumo eléctrico, las máquinas de saneamiento y soporte vital debían funcionar de manera continua y seguramente se debían llevar la mayor parte de las reservas. De pronto me preguntaba dónde estaban los otros sistemas que tanto hablaban en la Tierra. ¿La supervivencia del planeta se reducía a colectores solares y baterías de carbono? Me parecía sospechoso que después de tanto esfuerzo no hubiesen otros sistemas funcionando. Pero también era cierto que los minerales eran un problema importante. El carbono era abundante al igual que la radiación solar.
Le expresé mis dudas a Sasha pero solo respondió que no tenía que preocuparme. Tras lo dicho cerró el panel y salimos de la batería.

En cuanto a la navegación, no todos los viajes eran placenteros. La atmósfera de Venus era violenta e impredecible. Las turbulencias nos mantenían alerta. Remolinos, corrientes ascendentes y descendente nos sacaban de curso en todo momento. El piloto automático hacía la mayoría de las correcciones, pero era Georgi quien interpretaba las imágenes de radar para esquivar las tormentas más severas.
A veces esto no era suficiente y quedábamos a merced de los vientos. El bote giraba, se ladeaba, arqueaba y retorcía. A veces crujía que temía que se fuera a partir. Era cuando el mecánico y yo estábamos más atareados, revisando que todos los sensores funcionasen para advertirnos de cualquier falla.
Tampoco dormía bien durante las tormentas. El ruido llegaba a aturdir y por reglamento teníamos

prohibidos los somníferos, cosa de poder reaccionar a tiempo si había que abandonar el bote.
La vez que cruzamos la peor tormenta que había visto terminamos reunidos los cuatro en la cabina de mando. El bote temblaba y hacía unos ruidos espantosos. Mis compañeros estaban tan preocupados como yo. Me daba cuenta por sus miradas. Georgi estaba concentrado en las pantallas, tratando de encontrar huecos menos violentos por donde escapar de los remolinos. En la ventana golpeaba la lluvia con fuerza a veces desde la izquierda, a veces desde la derecha. Si miraba con atención se podían ver las nubes girando sin control.
Sin previo aviso, entre un cimbronazo y otro, escuchamos la voz de Alek recitar con voz suave:

Jinete del viento
en su bote fiel
cabalga las nubes.

Ajeno al tiempo
sortea las turbulencias
sin sentir temor.

La Ola lo espera
y sereno enfrenta
las corrientes de Ishtar.

Esquiva remolinos,
atraviesa valles
y cascadas.

Su bote cruje,
se queja y sufre,
pero firme resiste.

Continúa su viaje
el jinete del viento
una vuelta más.

Algunas estaciones, en especial las recuperadoras de azufre, estaban en zonas turbulentas. Esto implicaba meterse entre los remolinos. La segunda vez que la visitamos estaba en plena tormenta. El bote crujía todo el tiempo, temblaba y sufría bruscos cambios de dirección. Georgi hacía un trabajo intenso con todos los sentidos puestos en conducir el bote hacia la estación. El resto mirábamos atentos. Debíamos estar alertas por si algo salía mal. Desde la estación nos indicaron el puerto más protegido del viento, por lo que hubo que rodear la estructura. Tampoco el atraque fue normal sino que desde la estación se extendió una manga flexible. Con tantas turbulencias era demasiado riesgo la conexión rígida normal.
No estuvimos mucho tiempo, apenas el suficiente para dejar comida y llevarnos el equivalente en agua. Pocas veces deseé tanto estar metido en medio de una ciudad como ese día.

Hacia el final de ese recorrido, en las últimas tres estaciones, no cargamos nada más que agua. Las estaciones acumulaban agua de procesar la atmósfera y de la comida que les llevábamos. Cada cierto tiempo había que llevarla de nuevo a la ciudad. Entonces el último tramo íbamos cargados con unos pocos paquetes de grafito, un tanque de oxígeno y mucha agua en los tanques de lastre. Habíamos recorrido un cuarto de la distancia y estábamos jugando a las cartas cuando sentí que me caía. Me acomodé mejor en el asiento pero la sensación no se iba. No pasó más de unos segundos que tanto Georgi como Sasha mascullaron algo, se levantaron y se fueron para la cabina. Alek, mientras, juntó las cartas y las fichas y las puso en su caja, sin mediar palabra. El juego había estado

tranquilo y no entendí por qué se había terminado de pronto.
--Imaginemos por un instante que no tengo idea de lo que está pasando--dije.
--Falla de lastre--respondió Alek sin mirarme y sin dejar de ordenar las fichas--. El barco se está inclinando sobre babor. Pasa cada tanto--guardó la caja en un rincón del armario y apuntó hacia la bodega--. Vamos, tenemos que asegurar la carga.
Lo seguí tratando de deducir lo que estaba pasando. Al llegar al pasillo se hizo notorio cómo el Tania estaba escorado sobre babor. Serían entre 5 y 10 grados, lo suficiente como para que las cosas empezaran a deslizarse.
El piso de la bodega estaba perforado y los pallets se afirmaban con un par de clavijas insertas en el suelo. Eso evitaba que la carga se moviera de un lado a otro, pero no evitaba que volcara ante una inclinación del barco. Tomamos unas cintas de un armario y fuimos rodeando las cajas y bolsas, introduciendo los extremos en el suelo para sujetar todo. Esta tarea nos demandó un buen rato, durante el cual la inclinación aumentó hasta unos 15 grados y después fue regresando lentamente hasta ponerse horizontal. Esto lo consiguió Georgi con los motores de maniobra, forzando el aire para compensar el peso desigual.
Comprobadas las cintas salimos de la bodega y bajamos por la escalera al nivel inferior para ayudar a Sasha que estaba peleando con el sistema de cañerías. Ahí me explicó que cuando llevábamos poca carga había más agua para el lastre y eso hacía que una válvula fallase haciendo que el sistema llenase los tanques de babor, inclinando al barco. La solución era desconectar todo el sistema de lastre, nivelar el bote con los motores de maniobra, abrir las válvulas y dejar que la gravedad redistribuyera el agua hasta emparejar los tanques y así volver a encender el sistema.
Por supuesto que pregunté por qué no reemplazaban la válvula. La respuesta fue que no se trataba de una falla crítica y que solo ocurría cuando llevaban poca carga. El único problema real era que se consumía carga de las baterías lo que podía ser un problema durante los viajes nocturnos, pero nada que hiciera peligrar al barco. Razonable, pero no me dejó tranquilo hasta que llegamos a la ciudad.

Un elemento infaltable después de cada recorrida era la visita obligada a los “onsen”. Había dos en Dermichev. Eran estructuras importantes, con ciertas reminiscencias a los baños romanos que algunos llamaban “spa” y otros, “termas”. Estaban decoradas con imitaciones plásticas de mármol verde y rosado. Contaban con piletas de natación, gimnasios y salas de juegos. En el llamado “club deportivo”, que era una sección con carácter propio, se podía jugar al fútbol, tenis, basketball, slartel, ping-pong y swosh. Eran lugares por excelencia para relajarse, encontrarse con amigos, conversar y hacer negocios, aunque en realidad no habían muchos negocios para hacer. Pero servía para conocer gente y distenderse un poco.
Fieles a la tradición ártica, en la parte no-deportiva había saunas y piletas de agua helada. Las últimas eran mis preferidas, aunque optaba por las que no estuvieran al borde del congelamiento. Con frecuencia no llegaba a soportar el verano eterno de Venus y por más que me daba duchas frías en el bote o en mi departamento, la única manera de escapar al calor era sumergiéndome en las piletas de los Baños. El único problema era que mucha gente compartía mi situación y con frecuencia tenía que esperar en alguna fila por mi turno y tampoco podía quedarme demasiado tiempo en el agua. Pero, bueno, era la única manera de hacerlo porque las bañeras eran un objeto prohibido en las ciudades, tanto por su tamaño como por su peso. Era otro de los elementos que extrañaba aunque en la Tierra no había sido de la costumbre de sumergirme en el agua salvo cuando visitaba zonas cálidas.
Una alternativa que me recomendaron era comprar una “cabina de frío”, una cámara cerrada de paredes aisladas y temperatura regulable donde uno se metía dentro a disfrutar del invierno por un rato. Si les suena a la descripción de una heladera, es porque lo era. No se podía refrigerar una habitación o departamento, estaba prohibido, pero sí se podían comprar estas cabinas y tenerlas en la casa. Estuve tentado varias veces de adquirir una semiesfera inflable, pero preferí destinar mi dinero en los *onsen*, donde podía alternar entre un buen baño frío y un buen par de cálidos brazos.
Otra actividad que solía realizar era pasear por la ciudad. No tanto por el paisaje, que era repetitivo al extremo, sino para cumplir con un pedido expreso de no repetir caminos cuando dejaba los

reportes. Aprovechaba para ver qué podía encontrar de interesante. Así fue como conocí al único fabricantes de alfombras naturales de Dermichev y, probablemente, de toda la región. Las hacía con fibras del rezago de trigo y cebada. Era como caminar sobre pasto seco pero, bueno, al menos podía dejar de pisar polímeros por un rato.
En una de esas caminatas, prosigo, pasé por una calle interna en el segundo o tercer nivel, lejos de las avenidas. Me llamó la atención que casi no hubiera gente caminando. Estaba también más silencioso. No habían comercios abiertos y eso solo era ya para sentirse incómodo. Las ventanas que daban a la calle estaban cubiertas desde adentro. Levanté la vista y lo mismo sucedía con los departamentos. Donde usualmente habían ventanas abiertas, luz y se veía a la gente en sus casas, todo estaba cerrado y oculto. Descubrí que en una ventana de la calle la cubierta estaba caída en una esquina. Me trepé como pude para asomarme. Adentro estaba oscuro, tardé unos segundos en acostumbrar la vista al interior.
Vacío.
Pero no un local vacío, era un espacio enorme totalmente vacío. Era un agujero sin límites, un infinito dentro de una ciudad que flotaba entre nubes. Miré hacia arriba y hacia abajo, tratando de distinguir algo, sin éxito. Con la poca luz que se colaba de las ventanas superiores llegué a ver lo que parecían estructuras como columnas y tensores.
Me bajé de la ventana y seguí caminando. Recién al llegar a la esquina el paisaje volvía a la normalidad. Di vuelta al bloque y del otro lado se repetía la escena pero de un solo lado de la calle. Deduje que casi todo el bloque estaría hueco.
Más tarde me enteré que habían varios bloques vacíos repartidos por la ciudad. Se iban llenando con viviendas según crecía la ciudad y así no destinar recursos en lugares que no se necesitaban. Pero, según me confesó alguien en un onsen, no sabía de ningún bloque nuevo en los casi 20 años que llevaba en la ciudad, como si todo lo que estaba hecho alcanzaba y sobraba para albergar el crecimiento demográfico. Me pareció, entonces, un despropósito que viviéramos en departamentos minúsculos siendo que había mucho espacio sin ocupar.
Pero esto, al parecer, no parecía importarle a nadie.

¿Ves esa lluvia?
Agradécele el agua
que estás bebiendo.

Con el paso de las semanas las cosas se volvieron un poco más rutinarias. Y digo “un poco” porque siempre había algo nuevo para sorprenderme. Pero en general ya íbamos repitiendo patrones, visitando las mismas estaciones y conversando con la misma gente. Después de cada recorrida eran dos días de descanso, cargar y partir de nuevo.
Ocasionalmente transportábamos algún pasajero. Siempre era entre la ciudad y la primer estación del recorrido, o la última estación y la ciudad. O sea un solo tramo. Eran empleados de Cherski como nosotros, que aprovechaban el viaje para ir a relevar a alguien o tomarse unas vacaciones. La empresa tenía un pelícano para esta tarea porque el movimiento de gente era continuo, pero los botes de mantenimiento también se utilizaban cuando no había que pasearlos demasiado.
Lo interesante de los pasajeros era que por unas horas o incluso un día completo, lo tenía a disposición para atiborrarlo de preguntas. Fue así que pude ir comprendiendo muchas más cosas de Venus. Una de ellas, por ejemplo, es que menos de la mitad de la gente es de origen ruso. Claro que, cuando comenzó la colonización, los rusos eran mayoría. Fue su iniciativa mientras los demás ponían el pie en Luna y miraban a Marte. Con el tiempo, mientras se establecían las ciudades y se iban formando las sociedades, fue llegando gente del resto de la Tierra e incluso de otros sitios del Sistema Solar, como Sasha.
Otra cosa que pude confirmar era que la gente había inmigrado sola, sin pareja. No pude encontrar

una explicación razonable, pero entre los pasajeros era casi la norma. Uno solo había viajado con la novia y se habían separado al poco tiempo de llegar. El viaje y las primeras semanas, como había supuesto, podían ser demasiado estresantes para una pareja aunque la lógica dictaba que el estrés sería más soportable entre dos.
Entre los mineros habían pocos nativos. Eso me lo explicó Alek, en realidad, porque era un empleo que requería estar lejos de las ciudades por largos períodos de tiempo y trabajando con el esquema de horarios desquiciado que había aprendido en mi primer recorrida. La minería era trabajo de inmigrante, una forma de pagar el derecho a considerarse venusino. Los nativos preferían trabajar en las ciudades y, dependiendo más o menos de la antigüedad familiar, se podían conseguir cargos jerárquicos con mayor facilidad. Alek, siendo de antigua familia, de haberlo querido podía estar dirigiendo la flota de mantenimiento en vez de tripular un bote. Pero a él particularmente le gustaba la vida de estibador, dejándose llevar por las corrientes y teniendo amigos en cada puerto que visitábamos. ¿Por qué no de capitán? Nunca lo supe. Tal vez fuera porque, en el fondo, sería un pésimo piloto al dejar al bote a la deriva y que lo llevara a donde las corrientes lo desearan.
En una oportunidad llevamos a un hombre joven que rondaba los 26 o 27 años. Era ingeniero químico, el primero que conocía con ese título a pesar de que todo el mundo sabía de química. Se había recibido en la Universidad de San Petersburgo, la de Venus. Se llamaba Adrián Pottier y hablaba sorprendentemente rápido. Pero también fue muy claro cuando le pregunté cómo era que lograban hacer de todo con lo que se obtenía de la atmósfera.
--La cuestión es muy simple--me explicó--. Casi todo se compone de átomos de carbono e hidrógeno y, eventualmente, de algo más como oxígeno y nitrógeno. Los cuatro elementos básicos están en la atmósfera, así que una vez separados es cuestión de recombinarlos para obtener lo que necesitamos mediante síntesis química.
«Lo bello de esto es que con agregar o sacar los mismos átomos se consiguen cosas distintas. Por ejemplo, empecemos con el propileno, un plástico común. Tres átomos de carbono y seis de hidrógeno. Simple. Le sacamos un carbono y tenemos etano, un hidrocarburo. Le agregamos un oxígeno y tenemos etanol, lo que hace interesante a la bebida. Le agregamos dos carbonos y dos hidrógenos y tenemos butiraldehído, un elemento básico para algunos plásticos. Le sumamos otro oxígeno y tenemos ácido butírico, un elemento de la grasa animal. Le sacamos un carbono y le agregamos otro oxígeno y nos queda glicerina, otro ácido graso que tiene muchísimos usos. Le sacamos los oxígenos y queda propano, un combustible que tiene apenas dos hidrógenos más que el propileno, donde empezamos.
--¿Entonces lo hacen así, pegando y sacando átomos?
Adrián rió en una carcajada corta.
--No, eso es demasiado lento. En la práctica usamos catalizadores, elementos que favorecen las reacciones químicas. Por ejemplo, el más usado en Venus es el níquel. La mezcla de dióxido de carbono e hidrógeno por sí sola no hace nada, pero a trescientos grados en un tanque de níquel se convierte en metano y agua. Para capturar el nitrógeno usamos hierro, aluminio y potasio. Y así para cada molécula que existe.
--Y por eso las refinerías son tan complejas.
--Y también por qué hay una en cada ciudad. Son la base de nuestra supervivencia. Sintetizar y combinar moléculas es lo que nos permite desarrollarnos. Por eso la profesión más importante es la Química.
--Y por eso todos en Venus se creen químicos.
--Exacto.
Nos reímos un rato sobre este detalle.
--¿Qué hay de ese plan de exportar el dióxido de carbono a Marte?--pregunté, cambiando de tema--Bajar la presión aquí y darle una atmósfera a Marte. ¿Tiene sentido?
--¿Qué parte? ¿Darle una atmósfera o bajar la presión?
--Ambos.
--Para Marte tiene mucho sentido. Aparte del dióxido de carbono muchos embarques de nitrógeno terminan allá. Están construyendo su atmósfera a costa nuestra, aunque si lo hiciéramos

masivamente con toda la capacidad que tenemos... serían siglos enviando cápsula tras cápsula hasta lograr una atmósfera respirable. Y así y todo la superficie de Venus seguiría inhabitable.
--¿Por qué?
--Porque Venus seguiría siendo el infierno que conocemos. Sacar un poco de aire es solo un aspecto de la ecuación. Los tres elementos fundamentales de la atmósfera de Venus son la presión, la temperatura y la acidez. La temperatura la dominan la presión y el dióxido de carbono y los compuestos de azufre, que atrapan el calor. Capturando el azufre baja gran parte de la acidez y la retención de calor. Capturando el carbono y haciendo reaccionar el oxígeno liberado con hidrógeno, bajan la presión, el resto de la acidez y la temperatura. Imaginemos que capturamos todo el azufre y hacemos más húmeda la atmósfera. Al principio la presión se mantendrá, pero el efecto invernadero se revertirá lentamente, irradiando más energía de la que recibe del Sol. Aun cuando todo sea una continua nube blanca, la temperatura irá disminuyendo y cuando baje de los 100 grados Celsius, empezará a llover. Al principio muy tímidamente en las regiones polares. El agua correrá en arroyos primitivos y se evaporará casi de inmediato. Pero cada vez que suceda, será un poco más frío. Llegará el momento en que se condense más agua de la que se evapora, y los mares crecerán. La atmósfera recién ahí disminuirá su presión, disminuyendo aun más la temperatura. En algún momento el proceso se estabilizará. No sabemos a qué temperatura ni a qué presión, pero Venus será, entonces, un planeta mucho más amigable.
«Lamentablemente esto es solo un sueño. Nunca ocurrirá. El problema es que no hay suficiente hidrógeno para que hayan océanos. Si toda el agua condensara apenas alcanzaría para cubrir dos centímetros de la superficie. Sí, dos *centímetros*. El planeta es condenadamente seco. Para hacer un océano tendríamos que traer hidrógeno de alguna parte y unirlo con el oxígeno que obtenemos del dióxido de carbono. Pero no estamos haciendo eso sino lo contrario. Construimos con hidrógeno por lo que cada vez hay menos agua disponible. En algún momento será un problema serio, aunque de todas maneras el escollo fundamental no es la atmósfera, sino la rotación. Mientras no podamos acelerar la rotación del planeta, todo esfuerzo por enfriar al planeta será inútil.
--¿Por qué inútil?
--Sin rotación no hay campo magnético. Sin campo magnético no hay protección contra las radiaciones de mayor energía. Hoy nos protege el aire denso. Las paredes que nos cuidan de la atmósfera no podrían frenar los rayos cósmicos. Y la rotación más lenta implicará un lado calcinado y otro congelado. Hoy la presión hace uniforme al clima. La superrotación de vientos es lo que nos permite vivir aquí. Sin esto Venus parecerá un planeta-ojo que cambia lentamente. Con una atmósfera tenue será aun más inhabitable.
--¿Entonces no hay que hacer nada?
--Lo único razonable que podemos hacer es bajar la acidez. Y eso lo estamos haciendo. Hará menos problemática la protección de las estructuras y disminuirá un poco el calor de la superficie, lo que permitirá trabajar con más tranquilidad. Incluso hasta se podrían construir estructuras en los polos. Es el único objetivo realista a largo plazo.
--¿Y cuánto llevará eso?
--¿Al ritmo actual? Tres millones de años.
Bueno, si me parecían optimistas quienes esperaban poder tocar la superficie para recuperar los depósitos de azufre, Adrián sobrepasó a todos.
--¿Tres *millones*?
Rió como quien le gasta una broma a un amigo.
--Al ritmo actual, que recién estamos empezando. Cada año aumenta. Se espera disminuir el dióxido de azufre a 50 partes por millón en mil años. Seguirá siendo muy alto, pero no será tan grave. En dos mil años deberíamos poder salir al exterior desnudos y con una simple mascarilla de oxígeno.
Seguía sin comprender cómo era que pensaban mantener el trabajo por tantos siglos. En la Tierra habían surgido y caído una docena de imperios en ese lapso. En mil años podrían morir todos y volver a empezar una segunda colonización. O reconfigurar el poder a base de guerras y tiempos de paz. Era el problema clásico de la gente de ciencia, creer que las cosas siempre van a mantener el

interés entre el público y los líderes de turno.
Pero, ya que estaba, aproveché para resolver otra duda que tenía desde hacía tiempo.
--¿Procesar la atmósfera para construir las ciudades no la hace menos densa?--le pregunté-- ¿No estamos yendo cada vez más bajo?
--Curiosamente, no--respondió Adrián--. Sí, estamos convirtiendo el aire en estructuras sólidas, pero a la vez rellenas con aire más liviano que la atmósfera. Por eso se mantiene el equilibrio.
--Se arroja azufre en los polos. ¿No influye eso?
--Sí, al igual que la roca que se sube. Hay variaciones, pero son despreciables. El mayor impacto es que estamos enviando atmósfera al espacio en forma de hielo, polímeros y comida. Pero el cambio es tan pequeño y gradual que pasarán miles de años antes que alguien lo note. Si es que lo notan. Nuestra vida es más corta que lo que podríamos notar. Solo estarán las mediciones históricas donde un anciano pueda decir “cuando nací la temperatura era una centésima de grado más cálido”. Y los jóvenes no lo entenderían porque el clima sería exactamente igual al de sus padres y abuelos.
«Cada nueva generación vivirá su realidad sin tener noción de las precedentes. Sí, habrá literatura y datos históricos, los que les parecerán tan abstractos como los que leemos de la Tierra de hace doscientos o trescientos años. ¿Le importará a alguien? A unos pocos, seguramente. Para el resto, su realidad será lo único que importe y eso será vivir flotando entre nubes cada vez más tenues, en un planeta cada vez menos caliente, cada vez más cerca de la superficie. Cuando miren hacia atrás podrán decir “nuestros ancestros vivían allá arriba” y nada más.
«Y entonces regreso a la duda que, por la expresión de tu rostro, te carcome. ¿Continuará esa gente haciendo nuestro trabajo? No lo sabemos. Esperemos que sí, que aquellos pocos que comprenden la épica de nuestra labor la mantengan por los siglos de los siglos y que la gente común no la cuestione como algo inservible. Si queremos prosperar como especie en este planeta, no podemos quedarnos quietos. Ni ahora ni en mil años.
Las palabras de Adrián me quedaron grabadas a fuego en mi memoria. Eran unos pocos que entendían de qué se trataba el esfuerzo de la terraformación. Para el resto era una vida como cualquier otra, con sus dificultades y oportunidades, sin importar realmente si era una ciudad en la Tierra, flotando en las nubes de Venus o en las galerías subterráneas de Marte. Porque a fin de cuentas, lo que la mayoría buscamos es poder vivir en paz.

De todas las personas que transportamos, quizás el más curioso fue Stayros Lum. Debíamos llevarlo regularmente a una estación minera en particular porque ahí tenía su "instrumento", un dispositivo clave para su trabajo. Se presentó cómo exopaleobiólogo, profesión que tuve que pedirle que pusiera por escrito para poder entender el nombre.
--Estudio la posibilidad de que en algún pasado remoto hubo vida en Venus--sintetizó con una voz suave el día que se presentó. Hablaba pausado, con una calma que no le conocía a casi nadie más en el planeta.
Tuve que esperar a que estuviésemos solos para poder charlar con más tranquilidad. Me pareció que lo merecía.
--¿Se puede saber si hubo vida?--le pregunté. Era algo conocido que miles de millones de años atrás, Venus y Marte tuvieron las mismas condiciones químicas que la Tierra. En uno de los tres las condiciones permitieron que surgiera la vida y se mantuviera evolucionando. ¿Los demás? Puras conjeturas. Siglos de investigaciones sin resultados. Una frustración que no evitaba que nuevos científicos lo intentasen una y otra vez.
--Se puede saber, sí. De manera indirecta. Los registros fósiles que conocemos son tejidos duros. Conchas, caparazones, esqueletos, dientes. Los tejidos blandos desaparecen salvo que se den condiciones extraordinarias. En Venus, si hubo vida, difícilmente pasó de algún organismo unicelular. Tal vez algún pluricelular simple como algas, esponjas o medusas. Como sea, difícil que haya dejado un registro fósil.
«Pero eso no quiere decir que no hayan dejado rastros. Todo ser vivo requiere de procesos químicos para vivir. Lo hacemos en este momento al respirar y con la digestión. Alteramos nuestro entorno y dejamos residuos. Los unicelulares hacen lo mismo. Ahí donde estuvieron, dejan rastros. Y lo que

hago es buscar esos rastros.
--En las estaciones mineras.
--Exacto. El suelo ahí abajo es un lugar difícil para trabajar. Hay costosos robots que van y exploran, toman muestras y hasta perforan la roca. En cambio yo espero a que la suban para mi. En la estación tengo instalado mi instrumento, un cromatógrafo. Analiza la química de la tierra que suben. Busca compuestos que se originan de manera orgánica. Si detecta algo que vale la pena toma una muestra y la almacena para analizar en un laboratorio. Es lo que estoy yendo a buscar, las muestras.
--¿Cuántos instrumentos tiene?--pregunté. Stayros siempre había hablado en singular, pero quería estar seguro.
--Uno. Alcanza con una sola estación para lo que estoy investigando. Eventualmente cada estación habrá extraído suelo de todas las canteras. Es cuestión de tiempo. Tampoco puedo tener varios instrumentos diseminados por ahí. A los mineros no les gusta que ande haciendo experimentos. Piensan, erróneamente, que si encontramos algo vamos a cerrar la cantera y se quedarán sin trabajo. Lo cual es falso porque si eso llegase a suceder, lo que nos interesaría sería sacar todo el material posible. Pero eso no lo entienden. Sabotearon mi instrumento varias veces hasta que pude instalarlo en esta estación. Fue cuando un amigo quedó como jefe de operaciones. Se ocupa de mantener el instrumento a salvo, lo que me permite trabajar con cierta tranquilidad. Eso no quita que deba ir regularmente a buscar las muestras antes que desaparezcan.
--¿Y alguna vez encontraron algo?
--Algunas falsas alarmas. La química orgánica primigenia no difiere mucho de la química inorgánica. Es lo que hicieron en Marte.
--No entiendo. ¿Qué hicieron en Marte?
Rió con ese gesto que tienen los académicos cuando demostramos conocer solo la versión incompleta.
--Aunque nos cueste creerlo, hubo un tiempo en donde se pensaba que ir a otros planetas era demasiado costoso y no valía la pena el intento. Estaban la tecnología y el interés pero faltaba el dinero. Aun así se enviaban robots a investigar. Uno de esos robots encontró rastros que podríamos denominar como "ambiguos". Los presentaron como pruebas de que hubo vida en el planeta y que se necesitaba investigar. Aparecieron los fondos y así arrancó la colonización. Después se confirmó que era química inorgánica, pero la rueda estaba en marcha.
--Pero no pasó lo mismo aquí, ¿o sí?
--No hacía falta. Nadie deseaba encontrar rastros de vida en Venus. Se les antojaba imposible. Antes y ahora. Solo unos pocos seguimos investigando.
--¿Tiene sentido buscar vida aquí?
--Tiene sentido buscarla en todas partes. En ese muy breve período donde Venus, Tierra y Marte fueron iguales, sabemos que la vida empezó en la Tierra. Si llegamos a encontrar algo aquí será impactante. La prueba definitiva de que los planetas fueron gemelos que tomaron rumbos opuestos. «Nos juega en contra el vulcanismo tardío. Necesitamos analizar rocas muy antiguas, pero las placas basálticas cubren estas capas antiguas con una roca muy dura. La minería rasca la superficie. Necesitaríamos poder bajar una excavadora y perforar libremente. No un robot, una máquina grande. Cientos o miles de metros de profundidad.
--¿El trabajo ahora no es entonces un poco inútil?
--No, nunca lo es. Las máquinas hacen todo el trabajo pesado. Mi trabajo es identificar lo útil. Aunque rasquemos la superficie existe la posibilidad de encontrar algo. Mientras tanto seguimos aprendiendo de la química de la corteza venusina. Un puñado de tierra a la vez.

Volviendo a las cosas que todavía me sorprendían, una vez regresábamos a Dermichev y tuvimos la suerte que estaba despejado. En términos venusinos, claro. Las nubes de la capa inferior nunca desaparecían del todo y por encima siempre estaba ese velo blanco deslumbrante y monótono. Ya estábamos en el NEF, acercándonos desde el sur, mirando directamente a la ciudad. Georgi nos llamó a la cabina para que pudiéramos mirar la enorme estructura flotante. Era impactante. La

forma era como una pelota muy aplastada con pocas irregularidades. Sobre la cintura estaban las estructuras de amarre de los botes. El techo tenía una parte plana donde estaba el aeropuerto y el resto era translúcido, dejando ver parques y jardines que solían estar vedados a nuestros ojos. Debajo de la ciudad colgaban cables y tubos que se perdían entre las nubes.
Me acerqué a la ventana. La ciudad se extendía frente a mi abarcando poco más de mi campo visual. No había tenido oportunidad de ver una ciudad de esta manera. La constante bruma siempre había escondido el paisaje más allá de unos centenares de metros.
La escala era abrumadora, aun cuando se trataba de poco más de un kilómetro, un número insignificante al lado de las ciudades terrestres. Creo que incluso Luna tenía estructuras más extensas.
--¿Cómo se encara algo así?--pregunté.
--¿A qué te refieres?--preguntó Georgi.
--Hasta ahora conocí tres ciudades y como veinte estaciones. Masivos y pequeños, no hay nada intermedio. ¿Cómo pasan de una estación a una ciudad?
--No es sencillo. Por si no te has dado cuenta, la mayoría de las ciudades tienen grandes huecos que no han sido completados.
--Sí, lo se. Se van llenando a medida que llega gente y producen el material necesario para construir.
--Bien, imagina que una ciudad en algún momento es hueca, es un gran globo con una exclusa y mucho espacio vacío. Y para hacerlo habitable hay que llenarlo con millones de partes que hay que fabricar e instalar.
Traté de imaginar el gigantesco globo que sería aquello. Una obra de ingeniería enorme de kilómetros cuadrados de cubierta flexible sosteniendo una atmósfera de aire respirable dentro, flotando entre las nubes.
--¿Así lo hacen?
--Bueno, no realmente. Primero reúnen estaciones mineras, refinerías y fábricas. Las unen con estructuras y envuelven todo en una única cubierta. Después empiezan a ensamblar una estructura por encima del conglomerado y van colocando la capa exterior de a poco. Cuando completan la estructura y queda envuelta, la rellenan con aire y se pasan a construir los sectores habitacionales y de invernaderos. Las estaciones originales quedan integradas a la estructura, siendo el soporte industrial de la ciudad. Es una manera complicada pero gradual, utilizando los recursos que provee el planeta. Y es la única forma que tiene una ciudad de encarar un proyecto de esta magnitud.
--Entonces van haciendo estaciones tras estaciones que juntan materiales hasta que deciden encarar una ciudad.
--Sí, más o menos. La única necesidad de hacer una ciudad es la inmigración. Si no viniera más gente solo serían unas pocas ciudades administrativas y el resto serían millones de estaciones mineras.
--En realidad--intervino Alek--, es una cuestión más que administrativa. En las ciudades es más eficiente la producción de comida y el procesado de materiales. Hay una ganancia exponencial si los invernaderos y las fábricas son lo más grandes posible.
--Sí, en la cuenta final se necesitan menos recursos por habitante en una ciudad que en una estación, pero lo que pongo en duda es la complejidad contra la eficiencia. Hacer millones de estaciones es menos eficiente, pero también menos complejo. Los organismos simples son los que garantizan la supervivencia.
--No es menos complejo. Hay una infinidad de materiales que se necesitan para sobrevivir. No solo estructurales, también para producir comida, reciclar el agua, reparar todo. No todos pueden hacer todo. Se necesitan especialistas.
--Pero los especialistas también viven en estaciones, comerciando con otras estaciones. No digo que sean islas.
--¿Y la logística? ¿Cómo evitar que en una región no haya demasiado de una cosa y carencia de otra? Solo una administración que nuclee la región puede ordenar los recursos. De alguna manera siempre se va a necesitar de alguien que coordine, sino será darwinismo puro y cuando se muera un

especialista se caerán todos los que dependen de él.
La discusión se había puesto interesante. No sabía de antemano que el piloto y el estibador tenían estas diferencias de pensamiento.
Siendo yo un inmigrante como Georgi, pensaba similar. Me era inevitable comparar las ciudades con las de la Tierra, que en muchos casos eran megalópolis sin otro fin que su propia existencia. Me gustaba la idea romántica de tener millones de estaciones dispersas, viviendo en armonía.
Pero Alek no pensaba igual. Siendo un nativo de Venus, todo lo que conocía eran las ciudades y las estaciones. Y sabía muy bien las ventajas y riesgos de uno u otro sistema. Como entendí más tarde, la ventaja principal de una ciudad era, precisamente, su tamaño. Cualquier rotura en la cubierta exterior podía ser resuelta antes que la estructura se viera comprometida. Cuanto más pequeño el volumen, menos tiempo había para reparar. En ese sentido las comunidades dispersas, las "islas" y "archipiélagos", estaban más expuestas a fallar y llevarse a todos consigo. La ciudad era un seguro de vida aunque se sintiera como una pecera grande.

Y me gustaba la pecera grande. Todas las veces que regresaba a Dermichev realizaba más o menos la misma rutina. Volvía a mi departamento, abría la ventana un rato, iba a comprar comida o pasaba por el restaurante del japonés, luego pasaba largos ratos en los onsen y, si todavía andaba de ánimos, trataba de caer en alguno de los bares donde tocaba alguna banda. Mi exigencia había decaído progresivamente en la medida que no encontraba nada a mi gusto. Prefería estar escuchando música en vivo que permaneciendo solo en mi departamento o en cualquier otro lugar. Aunque a veces esto conducía a situaciones curiosas, como una noche en la que no estaba seguro si me encontraba en el lugar o momento correctos. Llevaba cerca de una hora tratando de entender si lo que estaban tocando dos pelirrojos y una asiática era alguna especie de jazz esquizofrénico o recreaban el intento de aparear una gallina con un gato. Cada vez que hacía pasar mi bebida por mi garganta, la duda me importaba menos.
De pronto se sentó junto a mi una morocha de pelo violeta.
--¿Solito?--me preguntó.
--“Estoy triste y solo en este mundo abandonado”--respondí.
No pareció entender mi cita, pero no la detuvo.
--¿A qué te dedicas?
--Soy estibador en un bote.
--¿En serio? ¡Qué casualidad, hoy recibí a un compañero tuyo!
¿“Recibí”?
--¿Dónde trabajas?
--En la morgue.
Creo que por un momento me bajó la presión o solo me puse pálido y mi expresión fue suficiente. Me alcanzó su bebida que no era agua y tomé un sorbo. Era terriblemente picante e instintivamente tomé un gran trago de mi bebida que tampoco era agua.
Funcionó para espabilarme.
--¿Estás bien?--me preguntó riéndose-- Me suele pasar. A muchos no les gusta pensar que la gente muere.
--Fue por lo de “compañero tuyo”--aclaré--. Demasiado cerca. Lo siento.
--No te preocupes.
Bebió un trago de mi bebida, que ya estaba casi vacía. Pedí otra, algo frío para el ardor del picante. Por poco no me dieron nitrógeno líquido. Bar de extremos.
--Así que en la morgue--dije con la lengua más aliviada. La morocha miraba a la banda, concentrada en los ruidos inconexos--. ¿Eres patóloga?
--Laboratorista. Análisis de sangre y esas cosas.
--Ah. Habría imaginado que eso lo haría un robot.
Me miró brevemente y rió.
--Soy la que maneja al robot.
Bien, no se me había ocurrido hasta el momento que la gente moría y alguien debía ocuparse. Lo

que me recordó...
--¿Hay cementerios?--le pregunté cuando hubo algo parecido a una pausa en la música-- No vi que hubieran.
--No, no los hay. Ocupan demasiado espacio.
--¿Y qué pasa cuando alguien muere?
Frunció el ceño por un momento.
--¿Hace cuánto que estás acá?
--¿En Venus? Un par de meses.
Volvió a sonreír.
--¿De la Tierra?
Asentí.
--Bueno, depende--respondió, dubitativa--. Hay varias opciones para elegir. La fácil es dejar caer el cuerpo al planeta, calcinándose hasta golpear el suelo. Lo llaman “integrarse a Venus”. Otra es reciclar el cuerpo para la ciudad.
--¿Reciclar?--me dio un poco de escozor.
--Sí, se hace una cremación y las cenizas se mezclan con el suelo de una plaza. Si el muerto llegó a hacer un testamento, a veces pide por algún lugar específico. Y si no la familia decide.
--¿Y cuando no hay familia?
--Cremación y a la plaza.
--¿Y no repatrian a nadie?
--Sí, pero es muy costoso. Los que lo piden son familiares que quieren tener algo qué sepultar. Se envían las cenizas, generalmente. Si hay fortuna de por medio, se envía el cuerpo entero.
--¿Devuelven los cuerpos?
--Sí, aunque es un costo importante. Hay que embalsamar, hacer una cápsula especial, enviarla a órbita y adjuntarla a algún cargamento que vaya a Luna para que de ahí la bajen a la Tierra. Puede pasar hasta seis meses hasta que la familia pueda hacer el funeral. ¿Por qué tantas preguntas?
--Curiosidad.
--¿Te interesan los muertos? Recién estabas pálido.
--Me gusta saber cómo son las cosas.
Estalló en una carcajada, me abrazó y me gritó al oído:
--¡Estás loco!
La banda terminó de tocar y el público aplaudió sin que yo supiera si era porque habían dejado de hacer ruido o porque habían interpretado bien en su estilo. Como sea, la morocha me dio un beso y me gritó un “¡hasta la próxima, terrícola!” mientras se alejaba en dirección a la banda.
No la volví a ver.
Mejor así, aunque seguramente ella todavía tendría otra oportunidad de verme antes de hacerme cenizas.
Y la moraleja de la historia es no confiar en todos los carteles que dicen “Concierto de Jazz”.

Raíces sin tierra,
plantas en el aire.
¡Contra natura!

Justo cuando empezaba a encontrarle la rutina a las recorridas y los descansos, surgió otro tipo de misión. Los demás ya sabían de antemano de qué se trataba. Se suponía que yo también, pero luego de un par de noches de bares y onsen difícilmente recordaba mi apellido. Por fortuna Alek era de esas personas que entendía muy bien mi situación de desconcierto.
--Nuestra próxima asignación se sale de la vuelta normal--me explicó--. Vamos a la ciudad de Koslov. Una de las Grandes. Mucha gente, muchas cosas interesantes y un invernadero bien surtido.

Cargaremos algunos paquetes del invernadero y los traeremos directamente hasta aquí. Es un viaje casi directo, solo pasaremos por una estación a cargar grafito y oxígeno.
Koslov era una de las Grandes, como Korolev, Moscú o Lomonosov. Una de las diez ciudades construidas al principio de todo, cuando decidieron que Venus bien valía la pena ser colonizado. Se encontraba en la franja ecuatorial, unos 3000 kilómetros adelante de Dermichev. El viaje sería casi directo, que en términos reales implicaba un aburrimiento importante al viajar sin escalas. Además, como íbamos pesados, no podíamos subir al nivel usual y debíamos conformarnos con uno donde los vientos apenas superaban al NEF en 30 kilómetros por hora.
Los paquetes que debíamos buscar eran de fruta. Si bien todas las ciudades y casi todas las estaciones tenían invernaderos, pocos eran tan especializados como los de Koslov. En varios miles de kilómetros a la redonda era la única fuente de melones, pomelos, bananas, paltas y otras frutas que desconocía. No se si cultivar esas especies era difícil, pero el resultado era costoso y eran frutas de lujo, que iban principalmente a los de arriba. Yo, como todo ciudadano de abajo, podía permitirme alguna cada varios meses y, bueno, al menos vería de dónde venían.
Aunque mis expectativas entraban en conflicto en algo que Sasha me había dicho a poco de partir:
--Te advierto que tengas cuidado ahí, es una ciudad algo particular.
--¿Peligrosa?
--No, al contrario. Es como demasiado... ordenada. Son muy estrictos con las reglas. Tienen reglas para todo y las hacen cumplir. Según ellos es para mantener el orden social, pero de las ciudades que conozco es lo más cercano a una prisión. No me gusta estar ahí.
No me dejó tranquilo aunque Georgi y Alek me explicaron que esperase a verlo por mi mismo. Su explicación fue que para las ciudades grandes, Dermichev se consideraba "sucia y desarreglada". Curioso considerando que, salvo las estaciones mineras, todo estaba impecable. La recomendación, en todos los casos, es que no hiciera estupideces.
El viaje, como mencioné, resultó particularmente aburrido. Una sola escala a poco de partir y salimos de nuestra “zona de seguridad”, internándonos en los dominios de ciudades vecinas, esquivando en rutas preestablecidas estaciones y poblaciones que no interesaban. Acostumbrado a vuelos relativamente cortos, las casi cien horas de viaje fueron de introspección y de largas sesiones de antiguas series de televisión. Nuestra favorita era la que contaba la épica de los primeros colonos de Marte. Propagandismo puro.
Pasé largos ratos en la cabina de mando, mirando la pantalla de radar. A medida que nos íbamos acercando a destino iba aumentando la cantidad de botes y aviones que nos cruzábamos. Era entretenido imaginar el movimiento como si se tratara de una colmena de abejas, en especial cuando grababa los datos y los reproducía diez o quince veces más rápido.
El acercamiento final fue un proceso lento que mantuvo alerta al piloto todo el tiempo. Había mucho movimiento alrededor de la ciudad de botes que llegaban y se iban. Habían algunos pequeños, muchos del tamaño del nuestro y unos pocos realmente grandes, cargueros de 400 o 500 metros de largo, capaces de llevar cientos de toneladas de carga. Desde el control de la ciudad nos fueron guiando y nos ubicaron en una zona de espera junto a otros dos botes. Pasadas unas horas nos habilitaron el amarre y nos acercamos.
Koslov era, en los números, del doble del tamaño de Dermichev. Viéndola de cerca parecía muchísimo más grande. La pared ecuatorial tenía una cara vertical que excedía la altura del Tania, y se desvanecía en la bruma antes de percibir su curvatura. De pronto me sentí pequeño.
Cuando llegamos a nuestra posición vi un pelícano que justo partía frente a nosotros. Ahí entendí su razón de ser. Estacionado se mantenía a flote como cualquier barco, pero al momento de acelerar tomó altura con mayor velocidad de lo que hace un bote. Se perdió de vista rápidamente, pero pude seguirlo por el radar y vi que ascendió dos mil metros en un décimo del tiempo que nos tomaba a nosotros.
En la última maniobra nos ubicamos paralelos a la ciudad y nos acercamos más lento de lo que hacíamos en las estaciones. Había demasiado tráfico y no era buen lugar para hacer las cosas apresuradas. Georgi dejó a Sasha en la cabina de mando a modo de respaldo. Alek y yo esperamos en la bodega, listos para trabajar. Me habían advertido y repetido que por el tráfico que había

disponíamos de un tiempo bastante ajustado y debíamos aprovecharlo.
Esperamos en silencio las maniobras finales. Sujeción, empalme de puertas y cambio de aire. Cuando se abrieron la puertas, entramos y Alek se dirigió a una persona con uniforme. Yo me quedé viendo la sala de embarque. Era un gran salón que se extendía sin interrupciones por varios cientos de metros en cada dirección. Por todas partes se veían cajas y contenedores apilados. Robots de dos tamaños diferentes movían las cargas de un lado a otro y desde y hacia los cargueros. Había menos gente de la que me esperaba.
Descargamos el Tania y lo dejamos vacío. Habíamos llevado doce bolsas con grafito, dos tanques con nitrógeno, seis con oxígeno y tres cajas con mármol. Esto serviría para cubrir los costos de lo que debíamos cargar. Alek y yo nos separamos a buscar la carga. Yo debía buscar la fruta y Alek maquinaria y repuestos. La carga estaba ya pagada y el peso calculado para que fuera el mismo de lo que habíamos llevado. No podíamos irnos con más o menos agua de la que teníamos o si no habrían problemas en las cuentas entre la Compañía y Koslov.
--Nos vemos de nuevo aquí en dos horas, ni un minuto más--me dijo Alek apenas nos firmaron el recibo de nuestra descarga. Tras lo dicho, desapareció entre la gente.
Bien, otra vez estaba en una ciudad desconocida sin nada más que una dirección y un nombre. Pero al menos ya tenía algo de práctica así que fui a un panel de información y solicité un itinerario. Se dibujó en una pantalla y me lo cargó en una tarjeta. Los invernaderos se encontraban debajo de los niveles habitacionales, por lo que debía descender y después recorrer un trecho hasta el sector de frutas.
Salí del puerto y me encontré con una avenida anillo, un viejo conocido. Las calles de Koslov se parecían más a Korolev que a Dermichev. Era una de las ciudades más antiguas de Venus, construida hacía mucho tiempo y renovada varias veces. El resultado más notorio era en las fachadas, que tenían un aspecto más heterogéneo. Habían diferencias en los colores de las paredes, en los detalles de las ventanas y en el tamaño de los balcones. Esto permitía distinguir los distintos módulos habitacionales con más facilidad. También estaban los mandalas geométricos y los graffiti artísticos. Los jardines tenían los árboles más grandes que había visto en Venus, aunque en menor cantidad que en otras ciudades. Se agrupaban en tres o cuatro y entre ellos se extendían largos estanques donde nadaban unos peces amarillos y otros naranjas. Sobre las márgenes del agua habían bancos donde varias personas se sentaban a mirar los peces y algunos les arrojaban comida.
Hubiera esperado algo más caótico y descuidado, más *terrestre*, pero todo era incluso más limpio que Korolev, aunque sin llegar a la esterilidad de una construcción a estrenar. Lejos de sentirme incómodo, me agradó. Parecía el promocional de una agencia de turismo.
Un guardia carraspeó a mi lado mientras observaba el panorama. Giré y sin decir nada me señaló un cartel a unos metros. Era una columna muy alta con decenas de indicaciones. Algunas eran fáciles de entender. No beber, no comer, no hablar fuerte, ¿no orinar sobre un perro? Algunas me eran incomprensibles. La que el guardia pretendió indicarme estaba entre éstas.
--No se puede quedar parado aquí, señor--me dijo--. Circule, por favor.
Busqué cuál indicaba eso pero no pude darme cuenta. De todas maneras hice caso. Crucé la avenida y me dirigí rápidamente a un portal de escaleras donde descendí tres niveles hasta llegar al Piso Superior de Invernaderos. Era otro mundo, con otros esquemas y organización. No habían calles ni avenidas, había una puerta con barreras y guardias de seguridad y del otro lado un complicado sistema de trenes que conectaban directamente con otros doce nodos, dividiendo todo el complejo en triángulos. El olor también había cambiado, ya no era el monótono encierro filtrado sino que había una frescura diferente que no podía identificar, pero que era infinitamente más agradable que todo lo que había olido hasta entonces.
La primer barrera fue un trámite relativamente engorroso de chequeo de identidad. Los koslovitas al parecer eran celosos de sus plantas e intentaron convencerme de volver a subir y recorrer la avenida anillo para descender en el nodo correcto. Argumenté que no tenía tiempo que perder y que debía moverme lo más rápido posible. Mi terquedad surtió efecto después de un par de minutos y me dejaron ir sin tener que subir.
En ese nodo partían y llegaban tres líneas de trenes, una al centro y las otras dos hacia la derecha y a

la izquierda. Yo debía tomar el de la izquierda. A diferencia del tranvía del sector habitacional, acá habían pequeños vagones de distintos colores esperando en un circuito cerrado. Me subí a uno de color azul que automáticamente cerró la puerta y empezó a rodar. O flotar, seguramente. Adquirió velocidad con rapidez y al cabo de unos segundos pasé de un tubo cerrado a recorrer los invernaderos colgado del techo.

Cuando me asomé a la ventana del vagón y vi lo que era eso, se me fue el aliento. En un espacio abierto del que no se veían los extremos, miles, millones de plantas crecían en filas interminables. Todo el lugar era una sola habitación de unos 30 o 40 metros de altura que se perdía en el horizonte, interrumpido únicamente por miles de columnas. El techo estaba cubierto de luz y el piso era una alfombra verde con cuadros de distinta textura y tonalidad, separados con interminables caminos. Quedé abrumado por la escala de lo que veía. Claro que había conocido los campos en la Tierra, los había visto incontables veces en mi trabajo. Miles de kilómetros cuadrados de cultivos. También había pasado junto a invernaderos de cientos de hectáreas. Pero nunca había estado adentro y tampoco creo que fueran del tamaño que tenía ante mi. Y si lo eran, estaban sobre el suelo, no adentro de un esferoide que flotaba entre nubes. Ser consciente de eso era, tal vez, lo más impresionante.

A pesar de la altura y al velocidad a la que me movía, podía distinguir un poco el suelo. Había gente y vehículos recorriendo los caminos y dispersos entre las plantas. Le presté atención y en algunos cuadros estaban cosechando hortalizas mientras que en otros estarían haciendo algún tipo de mantenimiento. Consulté mi mapa y debajo había otro nivel de invernaderos. ¿Cuánta comida estarían produciendo? Mucho más de lo que la ciudad necesitaba, seguramente. Y entonces me di cuenta de algo fundamental.

Si creía que el principal negocio en Venus eran los minerales básicos, estaba muy equivocado. Sí, en volumen ganaba la extracción de gases, pero la verdadera fuente de riqueza era la comida. Ni Luna y menos Marte, podían generar la cantidad de alimentos que proporcionaba Venus en sus ciudades. La abundancia de Sol y las prácticamente inagotables fuentes de carbono y nitrógeno eran la base ideal para hacer crecer las plantas a un ritmo frenético. Los mejores rendimientos de la Tierra eran el punto de partida en Venus.

Temperatura y humedad controladas, iluminación a voluntad y todo eso con un mínimo gasto de energía. Cuando me dijeron de invernaderos imaginé los de la Tierra, sujetos a la tiranía de los ciclos solares de las estaciones y de los días y noches. Había pensado que los invernaderos estarían en la parte alta de la ciudad, bajo la luz solar. Pero no era así. Al contrario, estaban debajo, lejos del Sol, en un ambiente perfectamente controlado. Les daban a las plantas lo que querían y éstas no paraban de crecer.

Recordé lo que me habían explicado mis vecinos verduleros, que no existían las frutas y verduras de estación. Claro, bastaba con tener plantas en distintas fases de crecimiento para que siempre hubiera alguna produciendo. Eso debían ser las diferentes luces que llegaba a distinguir a lo lejos. Seguramente debían incluso variar la temperatura para las plantas que necesitasen diferenciar las estaciones.

Llegué al final de la vía y me detuve. Se abrió la puerta automáticamente y descendí. Todavía no estaba en el nodo al que debía ir por lo que crucé el hall hacia el siguiente transporte. En medio me interceptó un guardia que me cuestionó que estuviese recorriendo los invernaderos. Como los guardias anteriores, me pidió que subiera y recorriera la avenida anillo. Le expliqué la situación, me pidió la identificación y verificó los datos preguntando a los guardias de la primer barrera. Me Me dejó pasar y tomé el siguiente tren, que era exactamente igual al primero y recorrió una distancia similar sobre un paisaje que seguía siendo impactante.

Cuando llegué a la siguiente estación me di cuenta que me había equivocado. Con toda la excitación de recorrer el invernadero me subí al tren incorrecto y terminé en otra estación. Dos personas que estaban ahí, que tenían uniformes pero no eran guardias, al ver mi desconcierto me preguntaron quién era yo y así pasé otro rato de explicaciones hasta que me permitieron continuar. Si hubiese hecho caso al primer guardia habría ahorrado tiempo y unos cuantos disgustos.

Finalmente me apeé en el nodo correcto y otra vez otro guardia me detuvo, aunque fue el más breve

de los tres. Estaba avisado de mis movimientos. En el nodo había mucho más movimiento en la barrera, con gente yendo y viniendo, moviendo carros de todos los tamaños. Entraban vacíos y salían con cajas rotuladas con nombres e imágenes de frutas.
Debía descender un nivel más por lo que seguí a la masa de gente a un sistema de rampas automáticas que descendían en espiral dentro de una torre transparente. Cuando cruzamos el piso y nos asomamos al Nivel Inferior de Invernaderos quedé otra vez asombrado. En el nivel de arriba crecían arbustos y se veía impactante, pero en el de abajo habían árboles, miles de árboles hasta donde llegaba la vista. Un verdadero bosque bajo un techo resplandeciente.
Hasta ese momento había olvidado que muchas frutas provenían de árboles. Claro, mi comida últimamente era mas bien informe y los rótulos de los paquetes no solían dar una idea de dónde provenían los ingredientes. Sin referencias uno va olvidando cómo se originan las cosas, en especial cuando todo sale de un tanque gelatinoso. Entonces las frutas de algún lugar salían y eran de árboles que, créanlo o no, crecían en invernaderos cerrados dentro de vastas estructuras flotantes.
Al final de la rampa había otra barrera de seguridad donde tuve que explicar, de nuevo, qué hacía ahí y por qué estaba con una identificación irregular. Pasé la barrera y del otro lado había un salón amplio de altas paredes de tonos violetas y lilas que separaban de los árboles. Contra las paredes habían mostradores donde personas con uniformes azules y rojos pastel atendían a los que llegaban. Algunos se iban cargando las cajas que había visto arriba mientras que otros salían con las manos vacías. Había un tranquilo murmullo que no me preparó para lo que venía.
Debía presentar mi remito en un mostrador específico. Estaba atendido por cuatro personas, dos mujeres y dos hombres. Le di mi remito a una de las mujeres y lo pasó por un lector.
--Sus productos ya están en el muelle--me dijo--, listo para cargar.
--¿Cómo que está listo?--pregunté contrariado-- Vengo de allá y no había nada.
La gente del mostrador tampoco parecía comprender.
--Debieron avisarle apenas atracó. ¿En qué bote vino usted?
--Tania.
La mujer trabajó en su terminal unos segundos.
--No tenemos registrado que haya atracado un “Tania”. ¿Está seguro que así se llama?
¿Era eso una broma?
--Sí, estoy seguro, me acabo de bajar.
Mentira, había perdido la última hora vagando por el invernadero de arriba.
--Pero acá no me figura nada.
En ese momento la otra mujer parece que se iluminó y consultó con su propia terminal.
--Hay un “Tania” en el Muelle 6...--dijo.
--El mismo--interrumpí.
--Esto está mal. Usted debió atracar en el Muelle 4, que está aquí afuera. Su paquete lo espera ahí, no en el Muelle 6.
--¿Y entonces?
--Tiene que venir a buscarlo.
--Ya estoy acá.
--No, usted no, su bote. Debe ir a buscar el bote y traerlo al Muelle 4.
¿Mover al Tania, un dirigible de 120 metros rodeando una ciudad flotante y esquivando otros dirigibles?
--¿Y no me puedo llevar la carga al otro muelle?
--No, son 38 metros cúbicos, no los puede estar llevando. Debe traer su bote hasta aquí.
--¿Y cómo voy a hacer eso? ¿No es más sencillo mover la carga?
--Señor, usted se equivocó y atracó en el muelle equivocado. Debe venir al Muelle 4 o no podrá llevarse su carga.
Mi paciencia empezaba a agotarse.
--Primero, el bote no es mío. Segundo, no soy el capitán, soy un estibador. Tercero, o me llevo la carga o llamo a mi capitán para que le explique a él que mueva al Tania. ¿Y sabe qué? Dudo mucho que vayamos a moverlo. Tuvimos que esperar para atracar y si dejamos el muelle no nos van a dejar

venir al Muelle 4 porque hay un orden de llegada y tiempos que debemos respetar. ¡Y ya me estoy cansando de esto!
De pronto sentí una mano sobre mi hombro y me hizo girar sobre mi mismo. Dos guardias de seguridad me miraban muy feo.
--El señor está muy alterado--dijo uno de los hombres del mostrador.
Recordé los comentarios de Sasha y me bajó la presión. Me imaginé en una celda de Koslov mientras mis compañeros preguntaban qué me había ocurrido.
Salió a mi encuentro otra mujer.
--¿Me puede acompañar, señor Sdrei?--me preguntó en perfecto castellano.
Eso me tomó por sorpresa, al punto que me quedé mudo unos instantes. Asentí.
--Por aquí--me dijo señalando a la derecha del mostrador.
Hizo una seña a los guardias y me dejaron ir. Cruzamos una puerta en una pared lila y nos internamos en un pasillo abovedado traslúcido entre los árboles del invernadero. Quedamos rodeados por muros verdes de unos 10 metros de alto, de finas ramas y mucho follaje. Los guardias permanecieron a unos metros, sin dejar de mirarme feo.
--¿Cómo sabía que hablo español?--le pregunté.
--El acento es inconfundible.
La miré con detenimiento. Tendría unos 35 años, tal vez más. Era un poco más baja que yo, pelo castaño hasta la mitad de la espalda, atado con un moño fucsia, ojos almendrados, nariz pequeña. No parecía llevar maquillaje, aunque sí un suave perfume floral. Vestía el mismo uniforme azul y rojo que los demás, pero cerca del cuello llevaba una distintiva franja amarilla. Sobre el pecho izquierdo llevaba un cartel que decía “Mayra Han. Supervisión”.
Nos detuvimos a unos diez metros de la sala. El murmullo había disminuido y se mezclaba con muchos ruidos provenientes del invernadero.
--¿Más tranquilo?--preguntó Mayra.
--Sí.
Había algo en ella que me infundía calma. No se si era la mirada, la voz o que me hablara en español después de tanto tiempo esforzándome con el ruso y los dialectos.
--¿Cuál es su problema?
--Tengo que llevarme un cargamento de frutas a mi barco que está en el Muelle 6.
--Sabe que debió atracar en el 4.
--Lo se ahora.
--¿Por qué no atracó en el 4?
--No lo se. No soy el piloto, soy uno de los estibadores. Yo estaba en la bodega, atracamos, descargué el bote y me mandaron para acá.
Sacó un teléfono de un bolsillo, lo manipuló y me lo alcanzó.
--Está llamando al Tania--me dijo.
No tuve más remedio que comunicarme con Georgi.
--Hola. Soy Ilan. No me quieren dar las frutas. Acá me dicen que nos equivocamos de muelle.
--Sí y no--fue su ambigua respuesta.
--¿Por qué sí y por qué no?
--Sí, se que para cargar frutas hay que ir al Muelle 4, pero también necesitamos cargar unas máquinas que están en el Muelle 1. Pedí el Muelle 6 para estar en un lugar intermedio.
--¿Y cómo hago para llevar la carga al Muelle 6? Son 38 metros cúbicos que me dicen que no pueden mover, que tenemos que llevar el Tania hasta acá.
Georgi frunció el ceño.
--¿Qué, están idiotas? Hay un tren de carga que recorre todo el perímetro de la ciudad por debajo de los muelles. Es justamente para estas cosas. ¿Alek no te lo dijo? Todas las ciudades lo tienen.
Miré a Mayra para preguntarle si lo sabía, pero no hizo falta. Asintió con la mirada.
--¿Por qué no me lo dijeron?--quise saber.
--No podemos permitir que cualquiera haga lo que quiera. Hay reglas que se deben seguir. Si dejamos que todos atraquen donde quieren después romperán otras reglas y la ciudad será un caos.

--¿Y eso es peor que obligarnos a realizar una maniobra extra alrededor de la ciudad?
--No es peor, están remediando su equivocación con una acción suya, no apelando a que nosotros se lo resolvamos.
--¿Y entonces?
--Entonces hay que esperar. Tu capitán en este momento debe estar solicitando el cambio de muelle.
Me puse a mirar alrededor. Desde abajo apenas se percibía la inmensidad del invernadero. Los árboles tapaban el bosque. No lograba discernir qué frutos se producían ahí, los árboles que nos rodeaban estarían en principio de ciclo, entre la floración y la aparición de los frutos. Varias personas trabajaban a nuestro alrededor, todas con el mismo uniforme y diferenciadas con algún color contrastante en el cuello o las mangas.
En ese momento apareció alguien sin uniforme caminando desde el final del pasillo y pasó a mi lado con un saludo escueto. Lo seguí con la mirada hasta que salió a la sala. Nadie más pareció notarlo excepto Mayra que me tenía enfrente.
--Todo el tiempo viene gente al invernadero--me dijo--, a pasar unos minutos o quedarse un par de horas. A algunos les recuerda la Tierra. No tenemos un bosque en la ciudad y ésto es lo más cercano.
Miré hacia el final del pasillo y recién ahí noté un olor familiar.
--Creía que los invernaderos eran meras piletas hidropónicas, pero aquí huele a tierra.
--Casi todo es hidropónico, pero a los árboles los tenemos en tierra. Es sintética, una mezcla preparada de minerales, pero les gusta más que flotar en aire húmedo--marcó un par de cosas en su teléfono y lo volvió a poner en su bolsillo--. Ven, ya que es tu primera vez aquí bien vale una visita.
Partió hacia donde había venido el visitante y la seguí. Recorrimos unos 50 o 60 metros del pasillo abovedado hasta encontrar una bifurcación a nuestra derecha, de donde partía lo que se veía como un sendero estrecho que serpenteaba entre los árboles. Mayra se internó en el sendero. La seguí por unos metros hasta que la senda se abría en un círculo que asemejaba una plaza. Reconocí manzanas y limones, pero habían varias especies más. Tanto verde era impactante. Ahí habían cuatro bancos en círculo. Dos personas, un hombre y una mujer, estaban sentados en silencio en un banco. Sin decir nada, Mayra señaló hacia arriba. Miré y las ramas de los árboles ocultaban parcialmente el techo que se veía muy alto. No había viento, pero las hojas se movían ligeramente y creaban un murmullo que me llevó muy lejos de ahí, a una infancia lejana en tiempo y espacio.
--Es hermoso--dije en susurros.
--Lo es. Cuando lo necesites puedes venir aquí en cualquier momento. La puerta siempre está abierta.
Recordé todos los puestos de control y todos los guardias que había tenido que convencer para dejarme llegar hasta ahí. Para ser una puerta siempre abierta, no había sido sencillo llegar.
Saludamos con un ademán a la pareja y volvimos sobre nuestros pasos hacia la entrada. En el camino sonó el teléfono de Mayra. Atendió y sonó también el mio. Era Georgi.
--Tema solucionado—dijo sonriendo--. Sube al Muelle 4 para hacer el recuento que lo van a subir al tren y se vienen con la carga.
Cortó y esperé por Mayra que todavía seguía con su propia llamada. Cortó y me miró.
--Tienen un capitán muy persuasivo.
Sonreí. Sí, lo era.
--Me tengo que ir. Lo siento.
--¿Por qué lo sientes?
--Por romper tus reglas.
--No son mis reglas, solo las respeto y las hago cumplir.
--Prometo que para la próxima lo haremos bien.
--Eso espero.
No estaba seguro por qué, pero me costó irme. Cruzando la puerta miré hacia atrás y Mayra todavía veía cómo me alejaba.
Tuve que preguntar a un guardia cómo ir a la estación del tren de carga. Esperé a que llamara a algún superior antes de dejarme continuar. Subí por la rampa espiral hasta el invernadero superior y

de ahí me enviaron por un muy largo pasillo diferente al los que había recorrido hasta ese momento. En ese pasillo solo habían empleados de los invernaderos, a juzgar por los uniformes. Algunos me prestaban atención y me seguían con la mirada, haciéndome notar que era un extraño en el lugar incorrecto. Los ignoré y llegué a la estación de carga. Estábamos justo por debajo del muelle, o mas bien la estación era parte del mismo. Habían bajado los paquetes de fruta y los estaban cargando en tres plataformas. Tenía el manifiesto conmigo y mientras terminaban de cargar fui comprobando que estuviera todo correcto. Cuando terminaron cruzamos las firmas y certificados de rigor y partí rumbo al Muelle 6, donde me esperaba el Tania.
Viajé sentado en un estrecho banco en uno de los vagones del tren. Apenas dejé el andén de estibado nos acoplamos a una vía y el tren se deslizó en silencio, pasando frente a otros andenes donde movían infinidad de cajas de todos los tamaños. Era evidente que ese tren era algo muy utilizado para la logística de la ciudad.
Dejé atrás la estación y recorrí un largo túnel en curva. Habían dos vías, una en cada sentido, y me crucé continuamente con otros trenes, casi todos de carga. En pocos casos había alguien sentado como lo estaba yo y solo uno era un vagón de pasajeros. Los trenes, además, variaban en su longitud. La mayoría tenía entre dos y tres vagones. Habían algunos sueltos y solo en dos ocasiones hubieron de cuatro vagones, lo más largo que vi.
Atravesé la estación del Muelle 5 sin disminuir la velocidad. Tampoco iba muy rápido, la velocidad no debía superar los 30 o 40 kilómetros por hora. Esto me permitió ver un poco del movimiento. Reconocí más paquetes de invernadero pero eran un poco diferentes. Seguramente se tratarían de otros productos. La variedad era otra de las especialidades de Koslov. También habían tanques de aire y de agua y seguramente también habrían bolsas de grafito y tierra de la superficie. Un gran movimiento de materiales digno de una gran ciudad.
Atravesamos otro túnel hasta llegar al Muelle 6. Ahí el tren se desvió por una vía a la izquierda y nos detuvimos en un andén. Me bajé y sin que mediara orden una grúa robot descargó rápidamente los vagones y fue situando los pallets en una plataforma que ascendía. Si bien había mucha gente en la estación, nadie pareció prestarme atención cuando me puse a buscar por dónde subir. Solo el robot lo notó cuando al terminar de descargar el tren me señaló una puerta a unos 20 metros que decía, en grandes letras, "Playa de Atraque".
Subí por una escalera algo estrecha hasta el salón donde había comenzado mi aventura en la ciudad. Las cajas con frutas estaban en la puerta de embarque al bote. Un robot similar al que estaba abajo había descargado el montacargas y dejado la carga para que la entrásemos a la bodega. Alek ya estaba haciendo ese trabajo. Al verme, exclamó:
--¡Tardaste!
--Uf, pensé que me iba a quedar a vivir aquí. Esta ciudad es condenadamente gigante.
--Y con algunos problemillas burocráticos, tal vez.
Rió y no tuve más remedio que reír también.
Terminamos de cargar los pallets que faltaban y cerramos las puertas. Llevábamos varios minutos de retraso y Georgi nos apuraba diciendo que multarían a Cherski por la demora.
--¿Viste los invernaderos?--me preguntó Alek mientras esperábamos a que finalizara la descompresión y recompresión de la puerta. Asentí--. Son algo impactantes.
Lo eran, pero no eran precisamente los invernaderos lo que me habían causado la mayor impresión. Sonó la alarma del fin del procedimiento y nos desenganchamos de la ciudad. Se escucharon los motores de maniobra y nos fuimos alejando lentamente. Cuando alcanzamos una distancia segura Georgi encendió el motor principal y tomamos velocidad, sumergiéndonos en las profundidades para que los vientos nos acercasen nuestro destino.
--Bien, de regreso a la rutina--dijo Alek sentándose en el sillón y revisando su catálogo de música. Yo, en cambio, fui a mi camarote a leer sobre invernaderos.

El largo viaje,
el regreso imposible,
el morir aquí.

La buena noticia era que cada dos recorridos por las estaciones mineras hacíamos un viaje a Koslov. Ahí aprovechaba para comprar alguna fruta y de paso visitar a Mayra. En todas las oportunidades pedía ir yo a buscar los paquetes del invernadero, en vez de alternar con Alek como era lo usual. Esto no pasó desapercibido entre mis compañeros, pero no me dijeron nada. Luego de un tiempo me enteré que no era el primero en hacer estas maniobras y que incluso hacían apuestas de cuánto duraría mi entusiasmo hasta engrosar las filas de los decepcionados de la encargada del invernadero de frutas de Koslov.
No me importó. Tenía un motivo para regresar cada vez e incluso le había perdido el miedo a los carteles y me manejaba con soltura en la ciudad del orden perfecto. En las estaciones ya conocía a todos y Dermichev no abrigaba más secretos. Fueron cuatro meses en los que sentí que empezaba a encajar en este mundo tan particular.
Pero si algo uno aprende con el paso de los años es que todo lo bueno termina y siempre sucede cuando confiamos en que nada malo puede afectarnos.
Fue en Koslov donde me vi envuelto en mi primer incidente serio en Venus. Estábamos maniobrando sobre la banda de babor. Georgi ya estaba sobre la cabina lateral dirigiendo los últimos metros. Yo estaba en la cabina delantera supervisando. Al frente, a poca distancia, estaba ingresando un carguero. Era uno de los que, por su longitud, atracaba de frente. Tendría unos trescientos a trescientos cincuenta metros de largo, casi el triple que el Tania. Estaba amarrando al mismo tiempo que nosotros, lo que más tarde supe que era una irregularidad. Alternaba mi atención entre la pantalla que tenía delante mio y el carguero mientras escuchaba la voz de Georgi preparando el amarre.
De pronto noté algo extraño en el carguero. La perspectiva me parecía que estaba cambiando. A pesar de estar amaneciendo, había buena luz sin sombras que confundieran. Algo inusual sucedía, el carguero giraba con la popa hacia el Tania. A los segundos empezaron a sonar alarmas, cuando las computadoras comprendieron que esa maniobra pondría en peligro al barco. Una de las alarmas era el aviso de turbulencia. Me quedé mirando el carguero dirigirse hacia nosotros, encerrándonos entre éste y la ciudad. Una trampa peligrosa.
Pese a su tamaño el carguero se movía rápido. Estaría a unos 45 grados cuando escuché a Georgi gritándome por el intercomunicador:
--¡Evítalo!
Claro, él no podía ver lo que estaba ocurriendo más allá de lo que indicaba el radar. Y estando a más de 50 metros de donde yo estaba, seguramente había calculado que para cuando llegara a la cabina ya sería tarde. Yo debía reaccionar y calcular igual de rápido. Le di una mirada al radar. Detrás nuestro estaba amarrado otro barco que nos cerraba una retirada. Solo podía subir, por debajo estaban los cables y mangueras de la ciudad, en una maniobra lenta aunque lanzara todo el lastre de agua. Tal vez incluso sería insuficiente arrojar la carga, además de imposible.
Solo me quedaba una acción posible. Puse los controles en modo manual y aceleré el motor principal al máximo. Lo mismo hice con los de maniobra delanteros, solo que apuntando hacia abajo, y los traseros apuntando hacia arriba. Con esto el barco levantó la proa y bajó un poco la popa, mientras el rotor principal tomaba velocidad. La maniobra no pasó desapercibida y escuché muchos gritos, algunos de Georgi y muchos de la ciudad, preguntando, creo, qué era lo que estaba haciendo. Respondí algo en un muy mal ruso y bajé el volumen al comunicador. El barco aceleró y sentí que nos disparábamos hacia la proa del carguero que seguía rotando hacia nosotros. La proa se fue levantando y perdí el carguero de la vista de la ventana. Solo quedó luz amarillenta y un poco de la ciudad a la izquierda.
Concentré mi vista en el radar. En una pantalla cambié el modo a uno que simulaba el Tania y el carguero como si los estuviera viendo desde más lejos. Había levantado la proa pero la inercia del barco seguía llevándonos hacia el carguero. Cambié todos los motores de maniobra para

impulsarnos y recién ahí empezó a elevarse sobre el carguero. Con la vista fija en la pantalla y en los instrumentos no noté cuándo Georgi se había situado a mi lado. Tuve el impulso de entregarle el comando, pero negó con la cabeza sin decir una palabra. Su presencia me tranquilizó. Si bien no había tomado los controles, el experimentado piloto me apartaría apenas yo cometiera alguna equivocación y pusiera el bote en peligro.
El Tania siguió acelerando y la popa del barco todavía no había alcanzado una altura segura. Golpearíamos al carguero en cualquier momento, así que dirigí el impulso de los motores traseros hacia abajo para nivelar el barco lo más que pudiera. La maniobra parecía funcionar, pero súbitamente el Tania cabeceó hacia babor al tiempo que se bamboleaba hacia estribor, perdiendo momentáneamente el control. La turbulencia que empujaba al carguero nos daba de lleno. No supe qué hacer e instintivamente quise compensar, empeorando las cosas. Golpeamos el carguero desde arriba, aunque fue más bien un roce a cien metros de la cabina. El casco crujió y gruñó por la torsión y compresión, pero quedó entero. La estructura flexible de la cubierta y la espuma de flotación resistieron sin romperse.
Mientras transcurría el golpe Georgi me tomó del hombro y me sacó de la silla. Todavía estábamos en peligro, porque no solo seguíamos empujando al carguero sino también nos acercábamos a la ciudad, lo que podría terminar en desastre. Georgi envió todo el impulso hacia abajo y, para mi sorpresa, puso el propulsor principal en reversa. Los segundos siguientes fue cambiando de manera constante la dirección de los motores delanteros y traseros para acomodar el Tania sobre el carguero que seguía batallando su propia pelea. Luego torció todo el impulso para llevar al bote a estribor, alejándonos de la ciudad. En ese momento sonó una nueva alarma, desconocida, que indicaba una baja carga de baterías. Estábamos haciendo las maniobras con todos los motores a plena potencia y esto devoraba la poca carga de baterías que teníamos. Aprovechando la inercia disminuyó el empuje a lo necesario para alejarnos a una distancia segura de la ciudad y del resto de los botes.
Mientras tanto el carguero continuó su giro y golpeó al bote que estaba amarrado detrás nuestro, que no había podido soltarse. Fue un caos de pedazos cayendo, otros flotando y cientos de luces frenéticas iluminando la escena. El intercomunicador estaba indiscernible, los controladores trataban de ordenar la situación que sobrepasaba a los pilotos.
El remolino de viento había venido desde atrás del carguero y ahora atravesaba Koslov, forzando al límite los amarres de los botes estacionados y las capacidades de maniobra de los que flotábamos libremente. El Tania quedó en un remanente de la turbulencia, girando lentamente a medio kilómetro de la ciudad, con las baterías casi agotadas.
Una hora más tarde la alerta había terminado y nos remolcaron a la ciudad. Ahí nos esperaba un comité de bienvenida que consistió en un agente judicial y media docena de policías que nos llevaron detenidos a los cuatro. Alek y Sasha fueron liberados después de prestar declaración y regresaron de inmediato a Dermichev. Georgi y yo permanecimos más tiempo declarando. Nos liberaron a los tres días, pero como estábamos en una investigación judicial no podíamos abandonar Koslov hasta que una Comisión determinara nuestra responsabilidad en el remolino y los choques. La buena noticia era que nuestra situación se replicaba en al menos cinco tripulaciones más. La mala era que me acusaban de haber causado el primer choque.
En Koslov no tenía mucho para hacer. La compañía nos había conseguido un departamento mínimo para la estadía. Era evidente que a quien tenían aprecio era a Georgi. Yo no llevaba tiempo suficiente en la compañía, aunque me habían hecho llegar su reconocimiento por haber salvado el bote y la carga.
Pasé buena parte del tiempo en el bosque de frutales, pensando sobre los últimos meses. Recordé una situación en Luna, al principio de mi periplo espacial. Había llegado hacía unos días en la nave proveniente de la Tierra. Mas bien, de la compleja cadena de transportes que iban desde la superficie terrestre hasta la superficie selenita. Luna era la escala obligada para el resto de los planetas y por estas cosas que nunca comprenderé, había que pagar ahí el pasaje interplanetario. Fue algo raro estar agarrado a una silla, sintiéndome muy liviano, leer el cartel en la pared con los precios mientras cargaban mis datos y notar que todos los destinos compartían la misma característica: todos eran de Luna a otro lado y no a la inversa.

--¿Solo viaje de ida? ¿No venden regreso?--pregunté extrañado.
--¿Piensa regresar?--me preguntó a su vez la otra persona.
--No.
--¿Y por qué pregunta?
--Curiosidad.
--¿No le explicaron cómo es ésto?
--No... o no me acuerdo.
Frunció el ceño no se si por mi ignorancia o porque le estaba haciendo perder el tiempo.
--Solo Tierra-Luna tienen opción de regreso. El resto de los viajes se paga solo el tramo. Así no hay responsabilidad si algo sucede.
Durante las siguientes tres semanas que estuve en Luna, la última frase me dio vueltas la cabeza en al menos cuatro oportunidades. Tres fueron durante charlas de borrachos, nada serio. La cuarta sucedió el día que había decidido dar una vuelta por la superficie. Muy interesantes los atractivos turísticos en baja gravedad, pero igual me faltaba algo y era caminar por la superficie.
Contraté una excursión para recorrer unas montañas cercanas a la ciudad de Jinxing. Éramos seis personas más el guía y nos movíamos en una especie de automóvil sin techo ni paredes. Salimos por la puerta más cercana al centro de la ciudad y recorrimos un trecho antes de dar la vuelta y rodear la ciudad.
Jinxing, como casi todas las ciudades, estaba construida bajo tierra, al resguardo de la radiación y los meteoritos, donde era más seguro y práctico hacer un cilindro hacia abajo con un domo pequeño pero bien blindado. Ahí dentro se podía pasar la vida sin ver el exterior. Desde nuestra ubicación, sobre una loma cercana, el domo se veía como una semiesfera brillante contra el suelo gris y el cielo negro.
Continuamos la excursión descendiendo por el otro lado, alejándonos de la ciudad hasta que no vimos nada más que las huellas de todos los que transitaron antes que nosotros. Recorrimos un corto valle y ascendimos una cuesta hasta alcanzar un promontorio que llamaban “montaña”. Desde ahí se veía la Tierra flotando sobre la cadena de los Apeninos, una vista sobrecogedora.
A continuación descendimos hasta un cráter pequeño donde dejamos el vehículo para “estirar las piernas”. Fue la parte graciosa de la excursión, porque una cosa era andar a los saltos dentro de la ciudad donde todo estaba diseñado para sujetarse y otra era hacerlo con un traje sin nada a qué aferrarse.
Me caí un par de veces antes de llegar al borde del cráter. Los demás se habían adelantado un poco pero los escuchaba como si estuvieran a mi lado. En un momento me llamó la atención una piedra rojiza unos metros debajo del borde. Cuando el paisaje es 99% gris claro, un poco de color llama la atención como un faro que grita “¡ven a verme!”. Y acudí al llamado.
Bajé los primeros metros con cierta soltura pero tropecé y rodé cuesta abajo en largos tumbos. Me levanté y descubrí que mi intercomunicador se había silenciado. No me preocupé porque me habían advertido que podía suceder. Presioné el botón de pánico, una llamada de auxilio en varias frecuencias, y esperé a que me fueran a buscar. Pasaron unos minutos y como no aparecía nadie, decidí subir la pared del cráter que no tenía más de veinte metros de altura.
Cuando llegué arriba, me preocupé. No había nadie y, más grave aun, habían desaparecido las huellas de las pisadas. Empecé a desesperarme y presioné todos los botones que tenía el traje. Fue ahí que recordé la frase “así no hay responsabilidad si algo sucede”, porque me di cuenta que podía suceder cualquier cosa en cualquier momento. Estaba por embarcarme en un viaje de millones de kilómetros hacia un planeta que todos definían como “el infierno a tus pies” y ya me había perdido a unos pocos kilómetros de una ciudad en Luna. Las perspectivas no eran nada buenas y empezaba a dudar seriamente en qué me estaba metiendo.
Entonces al otro lado del cráter apareció el guía y me hizo una seña con el brazo. Le respondí con señas y empecé a rodear el cráter a prudente distancia del borde. Al acercame divisé a los otros pasajeros que estaban junto al transporte unos metros más abajo. En ese momento levanté mi vista y vi a Venus brillando con una intensidad como nunca antes la había visto. Comprendí que habrían mil cosas que podrían salir mal y matarme en el camino, pero al menos haría el intento.

Había transcurrido casi medio año desde entonces y las cosas se fueron dando sorprendentemente bien. Hasta ahora.
¿Qué tan grave era la situación en la que me encontraba? No lo sabía. Solo podía esperar a la Comisión y tratar de no cometer ninguna otra estupidez, lo que en Koslov se ponía complicado a veces con la compleja maraña de reglas que tenían y que todos parecían conocer y hacer cumplir. El único lugar donde me sentía tranquilo era en el bosque de frutales, donde podía sentarme largas horas sin que nadie me molestase.
Nadie que no quisiera, por supuesto.
--Hola--escuché una voz que reconocí de inmediato--. Me dijeron que estabas acá.
Giré y me encontré con los ojos de Mayra, que caminaba hacia mi esbozando una sonrisa.
--¿Te enteraste?--le pregunté.
--Toda la ciudad se enteró--respondió completando la sonrisa.
Se sentó junto a mi en la banca. Por un momento estuvimos en silencio. Cerró los ojos y respiró profundo.
--¿Cómo estás?--me preguntó.
Suspiré.
--No lo se.
--¿Cómo es que no lo sabes?
--No se si iré a prisión o me quedaré sin trabajo.
--A prisión no, sino ya estarías dentro. Sin trabajo... no se cómo es tu empresa, pero si les están dando alojamiento y asesoría legal, es que piensan conservarlos. Yo no estaría tan preocupada.
Tenía un punto válido ahí. No se me había ocurrido pensarlo de esa manera.
--Bueno, también está el hecho de que falté a una promesa.
--¿Qué promesa?
--La de no romper las reglas.
--¿Las rompiste?
--Estaba al mando y no soy el piloto.
--Fue circunstancial. El piloto estaba al mando, ¿no? Solo que en otra cabina.
Sí que estaba al tanto de las noticias.
--Pero no debí tomar el control. Debí esperar. Hice una maniobra apresurada que ocasionó daños y donde dos personas resultaron heridas.
--¿Eso dice la comisión investigadora?
--Eso digo yo.
--¿Y tu compañero?
--Que él me dio la orden de actuar. Me quiere cubrir, pero él vale más que yo. Es un piloto experimentado, seguro que habría hecho la maniobra correcta sin pensar.
Me miró a los ojos y sonrió otra vez.
--¿Te cuento algo? Nadie realmente vale más que el otro. Si tu piloto asume su responsabilidad, no te corresponde que asumas la tuya y también la de él. El incidente ya pasó. Nadie murió, nadie está herido de gravedad y los daños no fueron demasiados. No va a pasar nada, créeme. No es la primera vez que algo así sucede. Afuera hay tantos botes que es inevitable que alguno termine chocando. Te tocó a ti, mala suerte.
Tenía un buen punto. Estaba tan asustado por las consecuencias que no había pensado en que esto podía ocurrir tan seguido. Las palabras de Mayra me habían tranquilizado y me dieron ese poco de esperanza para no sentir que hasta ahí había llegado mi aventura en Venus.
--Un momento--dijo y se levantó. Cruzó el lugar hacia una puerta en el extremo opuesto a la entrada. La atravesó y desapareció. Esperé no más de un minuto y regresó. Se sentó de nuevo junto a mi, extendió su mano y me alcanzó una ciruela. Era de un color anaranjado, como a medio camino entre una amarilla y una roja. La tomé y estaba perfectamente madura. La mordí y fue como una patada en el hipotálamo. Una oleada de sensaciones y recuerdos me invadió de repente, como una poderosa droga que libera las ataduras de la realidad.
Era la ciruela más deliciosa que había mordido en mi vida.

Saboreé ese primer bocado como si mi vida fuera a terminar ahí mismo. Lejos de casa, en un mundo extraño, después de meses comiendo moléculas sintetizadas y respirando distintas variantes de olores nauseabundos, la fruta me llevó a mi infancia, a la casa de mis tíos que tenían un ciruelo en el jardín y del que mis primos cosechaban los mejores ejemplares para compartirlos conmigo.
Cerré los ojos y una lágrima escapó de mi ojo izquierdo. Las emociones que me provocaba una simple fruta estaban más allá de lo que podía manejar. Me había hecho recordar tiempos y lugares que ya no estaban o que no podría volver a visitar. Me invadió una nostalgia que no había sentido desde que había partido de la Tierra. Era la certeza de que no volvería a ver ese árbol de la infancia.
--¿Estás bien?--preguntó Mayra. Abrí los ojos y me di cuenta de que yo estaba inmóvil, sosteniendo frente a mi boca la ciruela a medio comer. Todavía masticaba el bocado muy lentamente.
--Sí, perdón--respondí tragando el bocado--. De pronto recordé algunas cosas de mi niñez.
--¿Recuerdos lindos o recuerdos tristes?
--Agradables, pero que quedaron atrás.
--Todos los recuerdos quedaron atrás. Por eso son recuerdos.
Asentí en silencio.
--Me había hecho a la idea de que jamás volvería a experimentar cosas que eran inadvertidas en la Tierra como pisar el pasto descalzo, o sentir crujir la nieve, o el ruido del tráfico de una ruta distante o comer comida fresca. En mi mente había dejado todo eso atrás y lo había guardado muy bien adentro mio. Pero de pronto me das algo que me hace recordar todo eso que quedó atrás. Y no se si extrañarlo o no.
--No lo extrañes. Recuérdalo con cariño, pero no lo extrañes. Solo así podrás disfrutar el presente.
Di otra mordida a la ciruela. Aparte del sabor, la textura era excelente. Sin duda Mayra había buscado una que estaba en el punto exacto de maduración.
--Nunca imaginé que las frutas de invernadero pudieran ser tan deliciosas.
--Un ambiente controlado no quiere decir que la planta sea insípida. El truco es saber mezclar los ingredientes, algo que acá sabemos hacer muy bien. Y también cosecharlas cuando están a punto--respondió con una sonrisa.
Se escuchó una breve sirena y Mayra suspiró.
--Mi descanso terminó--dijo. Me dio un corto abrazo, lo que me sorprendió, y se puso de pie--. Arriba el ánimo, que antes que lo sospeches estarás de nuevo en camino.
Partió a paso vivo y la seguí con la mirada hasta que desapareció entre los árboles. Terminé de comer mi ciruela antes de regresar al departamento. No le dije nada a Georgi, pero supo que yo me sentía mucho mejor que esa mañana.

Una lágrima
por el canto perdido
del ave ausente.

Mientras transcurría el proceso de la Comisión estaba irremediablemente confinado en Koslov. Cherski no pretendía que considerase eso como vacaciones por lo que aprovechó la situación para hacerme trabajar. ¿Haciendo qué? De chico de los mandados. La compañía no dejó de proveerse de frutas y equipamiento, el comercio debía continuar, por lo que mis tareas se convirtieron en buscar los pedidos de los botes y esperarlos en el puerto al momento del atraque. De esa manera se reducían los tiempos de espera de varias horas a solo unos minutos. En vez de deambular como lo había hecho en mi primera visita a la ciudad, ya tenía las cajas apiladas y listas para cargar.
Básicamente mi confinamiento consistía en no acercarme a menos de 10 metros de las puertas de los botes, por lo que dejaba en manos del estibador de turno la pila de frutas para que lo cargara en su bote mientras que yo recibía las mercancías que dejaban. Siempre había un guardia de Koslov evitando que me pasara de listo, como si quisiera huir corriendo al interior del bote. Nunca faltaba el exagerado que se ponía alerta cuando saludaba a mis compañeros dermichevos.
La parte buena del trabajo era que tenía ya no una excusa sino la obligación de ir al invernadero de

frutas. Cada vez que iba me pasaba varias horas charlando con Mayra mientras “esperaba” a que me armaran las cajas con los pedidos. Como los botes iban a Koslov cada cinco o seis días no tenía un apremio real para hacer todo rápido. A la compañía no le importaba cuánto me demorase en el invernadero siempre y cuando estuviera con las cosas listas en el puerto.
La parte no tan buena era cumplir los “otros” pedidos, una muy variada lista de ítems que pedían las estaciones que iba desde complejas partes de equipamiento hasta artículos que solo se conseguían en las ciudades principales. Algunos rozaban lo ridículo, como la vez que un minero me pidió dos juegos de cuerdas para guitarra acústica de una marca tan específica que tuve que hacer traer desde Lomonosov con un gran costo de tiempo y dinero. Sigo sin entender cómo es que le hice semejante favor.
Otros pedidos eran razonables ya que en Koslov se fabricaban muchas piezas clave de las estaciones mineras. Componentes electrónicos, repuestos para las refinerías, soporte vital o incluso electrodomésticos. Dermichev era una gran factoría, podían construir muchísimas cosas, pero ninguna ciudad podía encargarse de todo. Había una organización dictada originalmente desde la Tierra de cuando se diseñó la colonización y la mantenían funcionando. Las ciudades no podían darse el lujo de enojarse unas con otras y, si lo hacían, era por las apariencias ya que el comercio nunca cesaba.
Conseguir las piezas era un verdadero dolor de cabeza y lo que más tiempo me ocupaba. Nunca estaba a salvo de los mineros ya que era frecuente terminar discutiendo por cualquier cosa. Lo usual era que me pidieran un repuesto por un catálogo que o yo no tenía o ellos habían anotado mal. Y lo peor eran los pedidos de último minuto. Tenía un equipo de radio en el departamento de manera que las estaciones se comunicaban directamente conmigo. Era frecuente regresar y encontrar encendido el indicador de llamada pendiente para luego pelearme con un minero enojado por la espera.
Y esto de ninguna manera ayudaba con mi situación procesal. El mismo día que me peleé con unos mineros que insistían en que les enviara todo un invernadero de repuesto en vez de un simple repuesto, tuve que asistir a una “ampliación de declaración”, trámite repetitivo y molesto que no parecía servir para nada. En el regreso era ya un ogro primitivo lleno de simple odio. Ya conocía el camino de memoria. También los carteles que indicaban dónde debía caminar, dónde podía correr y dónde podía mascullar improperios. Aproveché estos últimos en todas las oportunidades disponibles. La gente no me prestaba atención. O al menos eso quería pensar. Había aparecido en las noticias varias veces hasta que la investigación entró en ese círculo infinito de las burocracias legales. Si bien fui una figura reconocida, eso ya había quedado en el pasado. Me había convertido en otro ciudadano irrelevante en el ordenado paisaje koslovita.
Vivir en Koslov a veces se hacía complicado por ciertas reglas que eran más propias de un obsesivo-compulsivo. Por ejemplo, si quería comer algo, como un sándwich, no podía hacerlo en la calle. Estaba prohibido dejar caer comida en las veredas. Había carteles que así lo indicaban. Debía ir hasta un lugar habilitado con el paquete cerrado y abrirlo solo en ese lugar. Estos lugares contaban con bancos y algunas incluso con alguna mesita. Además tenían un sumidero para los residuos y una dispensadora de limpiadores de manos. Muy práctico y pulcro.
Tampoco podía sentarme en cualquier parte. Si lo hacía siempre aparecía alguien que me preguntaba qué sucedía. Suponían que no era por ignorancia o capricho. Depende de quién me tocase, me señalaban de manera más o menos cortés el lugar habilitado más cercano para sentarme que podía ser incluso un banco para mirar peces. Porque hasta eso había, no se podía mirar los peces de los estanques en cualquier sitio, había que hacerlo en lugares específicos, para no “tapar la vista”.
Me resultó muy molesto al principio. Koslov era lo que había venido a buscar a Venus: orden, limpieza, previsibilidad. Pero en el camino me encontré con lo opuesto y ahora me resultaba incómoda tanta pulcritud. Necesitaba al mendigo que clamaba por unas fichas en las calles de Dermichev. Tardé en acostumbrarme a los cartelitos que decían qué se podía y qué no. Me era inevitable mirarlos todos y entender a qué se referían. Cuando superaban la veintena podía estar un largo rato quieto y nunca faltaba el guardia o ciudadano que me indicaba que no podía quedarme parado obstruyendo el tránsito.

Con el tiempo, eventualmente, aprendí a reconocer los más comunes e ignorarlos a fin de concentrarme solo en los que marcaban alguna diferencia con el resto de los lugares. Fue mi manera interna de gritar “ya está, dejen de molestarme”, que por supuesto no pude decir abiertamente porque no se puede gritar en Koslov salvo en los lugares habilitados.
Maniáticos.
Esa vez no quise pasar a comprar un poco de pan ni de fruta. Tampoco una bebida ligera para soportar el calor del departamento que la empresa nos alquilaba. Algunos vecinos atinaron a saludarme hasta que vieron mi rostro y me dejaron pasar sin decir nada. Ellos sí me reconocían y sabían que tenía días buenos y días malos. En los segundos solo quería encerrarme y golpearme suavemente la cabeza contra las paredes, porque si lo hacía fuerte alguien se quejaría y terminaría con una multa.
Pero alguna vez debería intentarlo, total qué sería otra raya al tigre.
La última vez que dije esa expresión en voz alta tuve que explicar qué era un tigre.
Ya ni videos de historia ve la gente.
Cuando llegué al departamento, entré y me dejé caer sobre uno de los sillones al tiempo que soltaba un sonoro bufido. Georgi estaba sentado en otro sillón, sosteniendo un vaso con la mitad de un líquido color caramelo. Ron, probablemente. Me miró sin decirme nada.
--¿Esto va a durar mucho más?--pregunté sin esperar respuesta-- Ya van seis veces que explico lo mismo. Pero cuando quiero saber algo, nada.
Me pareció que mi compañero frunció el ceño por un momento. Bebió un breve sorbo.
--¿Y qué quieres saber?--me preguntó después de un rato.
--¿Qué fue lo que pasó con el carguero? Algo más del golpe que le dimos.
Sonrió apenas. Conocía mucha gente entre pilotos y controladores de las ciudades, de seguro tenía información de lo que la Comisión sabía y de lo que ignoraba.
--¿El Tsepkiy? El remolino les torció la popa de tal manera que pensaron que se les iba a partir. Estaban compensando de forma contradictoria, algo que no hay que hacer pero era una emergencia. Estaban realmente asustados y cuando nos fuimos encima pensaron que habíamos recibido alguna orden de chocarlos para evitar golpear la ciudad.
--¿De verdad pensaron eso?
--Sí. Las ciudades son críticas. Una orden así puede ocurrir pero no se hizo esta vez. Nos movimos rápido y evitamos que nos prensaran contra la ciudad. Eso habría sido un un desastre.
--¿Por qué no se dispararon las alarmas?
--Lo hicieron, eventualmente. Como la turbulencia fue lenta, le costó a la computadora comprender que era un problema. De todas maneras la alarma se suele activar unos diez o quince segundos antes de que llegue el viento. Alcanzar para reaccionar, pero hay que estar atentos--bebió un largo sorbo--. Lo hiciste bien, Ilan, y eso es lo importante.
Esperaba que tuviera razón. Hasta ahora el proceso venía siendo de llamados para ampliar la declaración inicial. Todas las veces me pedían que volviera a contar todo lo sucedido, esperando que recordase algún dato extra para, no se, develar algún misterio que hiciese más interesante a la vida. La verdad, en cambio, era que temía empezar a inventar cosas de manera involuntaria, mezclando hechos con fantasías.
Pero casi todos me habían dicho que no me preocupase, que no había nada de qué temer. De los heridos solo uno permanecía hospitalizado, el resto ya habían sido dados de alta. Las pericias técnicas al parecer marchaban rápido y sospechaba que la única razón de las ampliaciones de la declaración inicial era para tenernos ocupados. No terminaba de comprender todo el proceso legal. En la Tierra habían sido más expeditivos con mi caso, desde el funeral de mi familia hasta que me dieron mi indemnización, pasando por las pericias psiquiátricas y las audiencias de “juro que no voy a hacer nada, señor Juez”. Tal vez porque antes y después de mi había una muy larga fila de gente con problemas que no se podían dar el lujo de perder el tiempo. En Koslov, al parecer, caer borracho en el costado equivocado de la vereda no era el desafío legal que deseaban. Sin desearlo les había traído emoción a sus vidas.
Maldita sea mi suerte y sus ganas de llamarme a repetir lo repetido.

Pero no todo eran burócratas y mineros impacientes. Mientras seguía confinado en Koslov la única manera de escapar era pasando mucho tiempo en los invernaderos. Esto no pasó desapercibido para el resto de los que trabajaban ahí y, me imagino, tampoco para las autoridades. Además de los ratos con Mayra, también me ponía a conversar con cualquiera que estuviera cerca.
Un día que Mayra estaba ocupada fui hasta la Plaza de los Frutales a pasar el rato. Había una sola persona en ese momento, un operario del invernadero en su rato de descanso.
--Buen día--lo saludé--. ¿Lo molesto?
--En lo absoluto.
Me senté a su lado, a prudente distancia ya que me empezó a mirar raro. Sabía lo que iba a suceder, pero no podía acostumbrarme.
--Usted es el del choque--afirmó. Asentí--. Lo reconocí de las noticias--volví a asentir--. Suele venir seguido por aquí.
Esta vez no asentí sino que esbocé una sonrisa.
--Este lugar me trae paz--le dije--. Además me gusta ver cómo crece la comida y cómo trabajan para que todo funcione. Cuando solo venía de visita no tenía tiempo de mirar.
--Es el esfuerzo de toda una vida--dijo con una expresión de orgullo que no se molestó en disimular--. De nuestro trabajo depende la supervivencia de las ciudades.
Hice un ademán queriendo abarcar gran parte del lugar.
--¿Cómo pueden mantener todo esto bajo control? Recuerdo que en la Tierra los agricultores siempre tenían algún problema. Aquí debe ser más complicado.
--Lo es, en cierta forma, pero no mucho más que la agricultura tradicional. Es decir, hay riego, fertilizantes y control de plagas. En realidad es lo mismo que las fábricas hidropónicas, no como los campos de granos que están a merced del clima.
--No conozco las fábricas. He pasado al lado de éstas innumerables veces. De noche las identificaba por cómo brillaban. No creo que fueran tan grandes como ésto.
--Tal vez no tan grandes, pero son lo mismo. Todo esto fue traído de la Tierra, pieza por pieza. Koslov es una ciudad antigua, las nuevas se construyen con piezas fabricadas en Venus.
Recordé que nuestro primer viaje Alek había ido a buscar otras cosas mientras yo recorría los invernaderos y discutía con los guardias. “Repuestos”, me había dicho. Ahora yo conseguía esos repuestos pero en general no me había puesto a pensar de dónde salían ni para qué eran.
--¿Koslov produce esas piezas?
--Es nuestra segunda fuente de ingresos. Las mismas máquinas que ayudaron a construir la ciudad ahora se usan para construir otras.
--¿Y usan robots? Imaginé que un lugar así estaría lleno de ellos pero son mas bien escasos. Bah, vine a Venus creyendo que aquí todo sería automático y hecho por robots.
El biólogo asintió varias veces.
--En condiciones normales lo estaría. Pero no vivimos en condiciones normales. Muchos aquí desconfían de los robots por diversos motivos. Y también cuesta fabricarlos. El problema es que tampoco hay suficientes personas para hacer las tareas. ¿Como podemos mantener el control? Con un gran esfuerzo, se lo aseguro. Hace falta más gente en la ciudad.
Me quedé pensando un largo rato en este último detalle.
--¿Más gente no sería otro problema?
--No, aquí podría entrar el triple de personas.
--¿Y el hacinamiento? ¿Y la comida?
--Eso se resuelve, como lo venimos haciendo desde el principio. Solo sería cuestión de ir acomodándonos.
--¿No sería más fácil haciendo más ciudades?--pregunté al cabo de varios segundos.
--Sería más fácil sin tener que vivir encerrados.
--Pero no podemos bajar.
--Bajar, no. Aquí arriba, pero al aire libre. Imagine que puede mirar hacia arriba y no hay un techo. Que las calles parecieran no terminar y que pudiese ver un atardecer desde cualquier lugar. Que los

edificios midan más de veinte metros y tengan distintas alturas. *Que haya viento*. Extraño el viento. ¿Usted no?
Asentí lentamente, no tanto por convicción sino por curiosidad de saber a dónde quería ir.
--No sería muy diferente a lo que existe hoy--continuó--. La refinería y los invernaderos seguirían igual, aquí abajo. Pero sostendrían una estructura más interesante arriba. Algo que valga la pena disfrutar.
--O sea replicar el perfil de las ciudades terrestres. Para eso habría que modificar la atmósfera, ¿no? Es un tema recurrente.
--Y vaya que lo es. Aunque muy lentamente estamos modificando la atmósfera de Venus. Sacamos oxígeno del planeta y convertimos el carbono en estructuras sólidas. La atmósfera pierde densidad muy lentamente. A este ritmo nos tomará un millón de años lograr pisar la superficie. Pero no hace falta porque podemos vivir en el aire, que es lo que estamos haciendo.
«Pero el aire es incómodo y por el solo hecho del ácido. Si no fuera por el ácido sería mucho más sencillo construir, nos preocuparíamos solamente por mantener el oxígeno y no por proteger cada cosa de la corrosión. Ahorraríamos mucho tiempo y recursos si la atmósfera no fuera tan ácida.
«Imaginemos que podemos desarrollar algún tipo de animal que pueda sobrevivir en esta atmósfera. Nada demasiado complejo, alguna especie de medusa que flote por ahí y metabolice los ácidos. Lo que hacemos con máquinas, pero con organismos vivos. Se expandirían por el planeta de manera natural, reproduciéndose y alimentándose. Al principio su impacto sería mínimo, pero luego de un tiempo sobrepasarían nuestra industria y lograrían la revolución que necesitamos.
Miré al biólogo con compasión. Las medusas flotando en las nubes de ácido era una imagen interesante, pero no dejaba de ser una fantasía romántica. Sí, lo habían intentado y fallaron. Probaron cientos de combinaciones pero no pudieron resolver una biología que metabolizara el ácido sin usar los elementos del suelo, al que no podían acceder por el calor. Lo más cercano que pudieron lograr fueron unas protobacterias que apenas podían sobrevivir en la alta atmósfera. Las verdaderas medusas estaban hechas de carbono, acero y aluminio. Así como habían estaciones que procesaban el carbono y el oxígeno, habían otras que procesaban el ácido sulfúrico para extraer el agua. Ya existían, funcionaban. No había que inventar nada. No hacía falta dedicar un gran esfuerzo para desarrollar una criatura improbable si se podían construir más y más estaciones.
El problema era que no había mucha gente para tripularlas. Casi todo el personal disponible iba a lo necesario: comida y soporte vital. Por eso las recuperadoras de azufre eran escasas. Pero era mera cuestión de tiempo. Cuanto más gente viviera en Venus más interés habría en lograr una atmósfera más benévola y entonces se cumpliría el sueño del biólogo, aunque para eso se tardase un millón de años.
O tal vez no. ¿Qué había dicho Adrián? El progreso era cada vez más acelerado y en vez de tres millones de años demorarían *solo* tres mil. Claro que no lo veríamos, pero llegaría el momento en que tal vez habría un océano con algas, peces y medusas reales, terminando de procesar la atmósfera para crear una segunda Tierra.
Daría lo que no tengo para poder ver eso, aunque en el camino me convirtiese en otro inmortal cínico sin remedio.

Otra forma de escapar al encierro era teniendo acceso a lo que tanto renegué en Dermichev: cultura musical. Fue un giro interesante a nuestra reclusión. Siendo Koslov una ciudad grande y antigua, había más lugar para desarrollar actividades culturales. La población en sí tenía la vida un poco más resuelta y podía dedicarle más tiempo al ocio. Entonces, en vez de los cinco bares a los que no me había acostumbrado del todo, tenía a mi alcance hasta salas de teatro. Dos, para ser preciso. Pero habían conciertos y de buena música. La ciudad podía darse el lujo, gracias a su capacidad económica, de traer artistas de otras ciudades que iban realizando giras de ciudad en ciudad. Artistas de verdad, personas que vivían de su vocación.
Al undécimo día de mi “reclusión” me encontraba disfrutando un concierto de un solo tema de 80 minutos en continuado de una fusión electrónica de elementos étnicos africanos, asiáticos y americanos. Sonidos de una Tierra distante. Un canto a la nostalgia.

Estaba en el departamento dedicando mi tiempo en resolver un rompecabezas. Georgi había salido y yo debía esperar por si recibía algún pedido de los mineros. En esa situación fui sorprendido por una llamada de Sergy, a quien no había visto más desde que dejamos la estación orbital.
--¡Hola!--exclamé al verlo.
--Hola, amigo terrícola--respondió con un ligero retraso.
--¿Dónde estás?
--En órbita, en uno de los satélites de observación.
No me esperaba esa respuesta. O sí, considerando quién era mi interlocutor. Sergy era la clase de personas que podía estar en cualquier lugar y no parecer extraño, aunque eso fuese en una de las seis estaciones orbitales de observación venusinas, desde donde monitoreaban el clima, la ubicación de las ciudades y el tráfico de los botes. Si había un lugar donde se podía ver el alcance humano en Venus, Sergy estaba en uno de ellos.
Era curioso, pero en los viajes sobre el NEF a veces las noches eran lo suficientemente claras y se distinguía a la Tierra, brillando allá arriba. Si tenía suerte, podía incluso ver Luna. Tan lejos, tan distante en el tiempo. También las estaciones orbitales, que se veían como una estrella fija en el cielo cuando el Sol las iluminaba en el ángulo correcto. No había sido consciente hasta ese momento que estaban habitadas por gente que se ocupaba de mantener vigilado al planeta.
--¿Cómo me encontraste?--pregunté. Estaba en un sitio con mucho acceso a las comunicaciones, pero aun así tenía curiosidad.
--Te vi en el noticiero. Desde ahí fue cuestión de preguntar.
--Claro--hasta en órbita era una celebridad--. Nunca más nos vimos, supuse que habías desaparecido.
--Algo así. Me tienen bastante ocupado, es difícil planear algo cuando me llaman todo el tiempo para resolver problemas. Los viajes interplanetarios son la única manera de que esté en un mismo lugar por más de unos días.
--Tuve suerte, entonces.
--Es una forma de verlo. ¿Cómo te ha ido?
Le resumí lo mejor que pude los últimos meses. Mi nueva vida, el choque en Koslov y la incipiente relación con Mayra.
--Parece que te has ido adaptando bien--dijo una vez terminado mi relato.
--Eso supongo. ¿Bajarás a Koslov o a Dermichev en algún momento? Creo que nos debemos una comida.
--Lo dudo. Estamos atrasados con la agenda y no me puedo dar el lujo de dedicar un par de días para bajar. Pero sí podrías venir hasta aquí.
--Imposible. Estoy confinado en Koslov.
--Cierto--recordó.
--Sobre eso. ¿Te parece que estoy en una situación delicada?
Hizo una breve pausa, ordenando las ideas como lo había hecho muchas veces antes.
--Si no omitiste nada, no hay nada de qué preocuparse. Las colisiones son habituales y casi siempre el disparador es el clima. Los dirigibles están diseñados para soportar los golpes y el hecho que no hubieran fatalidades ya es condición para que todo salga bien. Yo no me preocuparía. Disfruta las vacaciones.
--Lo intentaré.
Me quedé mirando la consola en silencio, atendiendo un mensaje que acababa de llegar. Nada serio, solo unos mineros pidiendo un mazo de cartas.
--¿Sabes algo?--preguntó Sergy-- Acá arriba se pueden ver las ciudades, las estaciones y el movimiento de botes y aviones. Y no me deja de sorprender cómo es que no se chocan más todavía. Hay muchas cosas flotando ahí abajo, muchísimas más que la última vez que estuve por aquí.
Me resultó curioso que hiciera un comentario así justo él. Habría pensado que ya nada lo sorprendería.
--La civilización progresa--comenté.

--Y vaya que lo hace. Hay un movimiento que parece que fueran el doble de ustedes--miró brevemente sobre su hombro--. Debo irme, me están llamando. Algo más. Cuidado con abrir demasiado la boca.
--¿Por qué?
--Sabes por qué. A veces preguntas demasiado.
Cortó la comunicación y sentí una presencia cercana. Giré y Georgi estaba parado a un par de metros, mirándome con una expresión neutra. No lo había escuchado entrar al departamento. Se quedó quieto unos segundos y pasó rumbo a su habitación sin decirme nada. El sí sabía cuándo no hacer preguntas.

Al día siguiente de la llamada de Sergy recibí una invitación de Mayra para ir “de picnic”. Cuando le pregunté a dónde iríamos, me dijo que era una sorpresa. Supuse que sería en un parque, a la manera terrícola, pero eso era demasiado obvio. El “picnic” fue en los invernaderos. Me llevó al nivel de las hortalizas, que sobrevolé con el tren colgante en mi primer visita a la ciudad. Recorrimos algunos piletones de lechugas, espinacas y una impresionante estructura con tomates y pequeños zapallos. Todos flotaban en agua. Las plantas alcanzaban una altura de seis metros y parecían sostenidas por una especie de tela de araña. Las ramas eran muy delgadas y apenas distinguía unos filos hilos que bajaban del techo. Me quedé mirando unos segundos, dudando si era una ilusión óptica. Mayra no dijo nada, esperó y seguimos caminando.
Pasando los tomates llegamos a un patio circular similar al de los frutales que estaban un nivel más abajo, pero sin la estética de plaza de parque. Era todo de colores pasteles y texturas lisas. Nos sentamos en uno de los dos bancos largos dispuestos al centro. No había nadie más en ese momento.
--Me gusta más abajo--confesé.
--Lo supuse, pero acá estamos solos. Esta parte está con bajo mantenimiento y trabajaron temprano. Tenemos varias horas para nosotros.
--¿Hay muchas plazas como ésta?
Miró hacia arriba y entrecerró los ojos por unos segundos.
--Unas trescientas.
Tosí de puro reflejo. Me había esperado que me dijera, no se, unas cincuenta.
--¿Todas acá?
--No, en este nivel son unas ochenta. Abajo, sesenta. Arriba, si no me equivoco, unas treinta por nivel.
Yo pensaba que la Plaza de los Frutales, como la llamaba, era algo único, especial. Lo era en el sentido que estaba abierta al público, pero era una entre muchas. De pronto perdió parte de su encanto.
Desde donde estábamos sentados se podía ver, sin mucho esfuerzo, cómo se extendían tres largos pasillos flanqueados por densas plantas de tomates, morrones y zapallos. Todos se elevaban muchos metros sobre el suelo y sus finas ramas parecían flotar como algas en un estanque.
--¿Cómo se empieza algo así?--pregunté-- ¿Con una planta? ¿Con cien?
--Con una bolsa de semillas y una bolsa de nutrientes--respondió Mayra.
--¿Nada más?
--No se necesita nada más si te puedes proveer del resto de las cosas. Los primeros colonos trajeron un poco de comida y algunas piezas para construir. Lo primero que funcionó en Venus fue una estación minera para producir agua y carbono. Con eso construyeron las primeras estructuras que eran invernaderos muy primitivos. La hidroponia necesita agua y nutrientes. Agua se consigue aquí, los nutrientes tuvieron que traerlos de la Tierra.
--¿Y cuando se acabaron?
--Lo bueno de las plantas es que todo se recicla. Los desechos orgánicos se descomponen y vuelven a ser nutrientes. Una vez iniciado el ciclo, es cuestión de mantenerlo. Desde ahí es cuestión de ir creciendo, para lo que se necesitan más estructuras, más agua y más nutrientes. Por fortuna podemos extraer de la atmósfera casi todo lo que necesitamos. Al día de hoy son pocas cosas las

que necesitamos importar. Fósforo y potasio, más que nada. Los inmigrantes traen lo suyo, pero hay que incorporar para los que nacen acá.
--¿Cómo es que los inmigrantes traemos lo nuestro? Yo traje sal pero el resto de los pasajeros con los que vine casi no trajeron nada.
Me miró como si no supiese o no me hubiese dado cuenta de algo obvio. Sonrió maliciosamente unos segundos antes de responder.
--Ustedes son los nutrientes. En tu cuerpo y la comida que trajeron en la nave espacial. Todo suma. Tuvieron que pasar unos segundos para asimilarlo.
--¿Incluso al morir?
--Claro. ¿Pensabas que íbamos a desechar elementos que cuesta conseguir? Claro que no falta el que desea ser dejado caer a la superficie, pero la mayoría elije la cremación. ¿Y a dónde va todo? No se arroja a la atmósfera--e hizo un ademán hacia las plantas.
De pronto sentí nauseas al darme cuenta de lo que implicaba.
--¿O sea que básicamente somos caníbales?
--¡No! Estamos hablando de reincorporar elementos, no de procesar gente. ¿Cuál es el problema? Cada vez que vas al baño estás dejando parte de tu cuerpo ahí y no te importa. Lo mismo cuando te cortas el cabello o las uñas. Escamas de piel se caen todo el tiempo. ¿Por qué habría de importarte una vez muerto? Tus desechos se convierten en nutrientes, cuando llegue el momento también lo hará el resto de tu cuerpo.
--Pero es tétrico.
--No, es funcional. La cremación es para que no sea tétrico. El agua, el carbono, el nitrógeno y algunos elementos más se evaporan y se mezclan en la atmósfera de la ciudad. Las cenizas van a las plantas de tratamiento.
--Pero me dijeron que la mezclaban con la tierra de las plazas.
--Eso... eso es reciente. Tierra como la del planeta Tierra hay desde hace poco tiempo, desde que los mineros empezaron a subir más roca de la que se puede procesar. Los viejos todavía se sorprenden de que haya tierra que pueden tocar. Esto no era así hace quince años, por eso los árboles son jóvenes.
--Eso es en los parques--observé--, los del invernadero son más viejos.
--Claro, pero son hidropónicos. Sus raíces se sostienen en un sustrato sintético. La plaza pública de abajo es el único lugar que el sustrato está cubierto con tierra. Fue el primero donde se hizo, para probar si realmente las plantas soportan el suelo venusino.
--Y lo hacen.
--Y muy bien, pese a que le sacan unos cuantos minerales antes de darnos las piedras.
De pronto se escucharon tres “ping” en rápida sucesión que resonaron alrededor nuestro. Mayra se paró y empezó a guardar las cosas del picnic.
--¿Qué, ya nos vamos?--le pregunté.
--Sí, esa fue una alerta de lluvia. Tenemos un minuto antes que empiece.
--¿Lluvia... de riego?--una observación obvia ya que estábamos bajo techo.
--Sí, para refrescar el aire y limpiar las plantas. No sabía que hoy tocaba en este sector.
Ya había juntado todo y empezó a caminar rápidamente en dirección de donde habíamos venido. Era como si pretendiera escapar de una tormenta. La seguí.
--¿Es muy fuerte la lluvia?
--¡Qué va! Es poco más de un rocío, pero moja.
--¿Y eso es malo?
--Molesta.
Dimos algunos pasos más.
--Hace mucho que no siento la lluvia--le confesé. En verdad quería esperar a ver cómo era la “lluvia de riego”.
--Bueno, no es la gran cosa--replicó--. Es como tomarse una ducha a cielo abierto.
No era suficiente excusa para mi. Me fui retrasando y Mayra insistía en salir pronto de ahí. Atravesamos el pasillo hasta una puerta de salida. Tenía un alero para, supuse, evitar que el agua

mojase la puerta. Mayra la abrió y estaba por cruzar cuando la tomé del brazo y la traje hacia mi. La abracé y le di un largo beso al tiempo que el agua empezaba a caer. Mayra estuvo tensa unos instantes y se aflojó cuando una niebla nos rodeó y se empezaron a escuchar finas gotas que tocaban el suelo en un suave arrullo. Nos apartamos unos centímetros y sonreía con una expresión de felicidad que le desconocía.
--¿Habías olvidado la lluvia?--le pregunté.
--Había olvidado lo que era un buen beso--confesó.
Nos quedamos unos minutos bajo el alero mirando cómo caía la lluvia en forma de una niebla espesa. No era como me lo esperaba. El agua se juntaba en las hojas y de ahí iban goteando al suelo. No era una lluvia como las recordaba.
Salí del invernadero algo decepcionado del clima, pero muy conforme de la compañía.

Somos movimiento,
nunca estáticos.
Así es nuestro mundo.

¿Donde no avanzamos?
En la superficie,
donde morimos.

Una noche Mayra me invitó a un evento que resultó ser interesante. Regularmente se reunía con amigos y colegas, todos ellos funcionarios de la ciudad o de la Universidad de Koslov. Me explicó que era una cena informal y donde podría dar rienda suelta a mi curiosidad y mis preguntas.
Fue en un restaurante ubicado en el cuarto piso de un edificio que daba al Parque Central del Cuarto Nivel. Nos sentamos ante una mesa grande junto a un extenso ventanal que daba al parque. Una vista privilegiada que nunca antes había disfrutado. En el centro del parque había una fuente de agua de la que partían senderos iluminados con faroles que imitaban el diseño de antiguas plazas terrestres. Árboles y arbustos de distinto porte cubrían casi todo el espacio, dejando ver manchones de césped y canteros de flores.
No cabía duda que en Koslov tenían una “cultura verde”, una propensión a poner plantas donde pudieran. Era parte de su estrategia económica. Como supe más adelante, los árboles de las plazas tenían el objetivo de convertirse en maderas que comerciarían en un futuro distante, puesto que eran todos ejemplares muy jóvenes. Aunque viendo el paisaje, dudaba mucho que los habitantes de ese futuro fueran a permitir el talado de organismos que son parte de la vida de la gente. Querrámoslo o no, a la mayoría nos tranquiliza tener un árbol cerca.
Estaba absorto mirando el parque cuando me empezaron a presentar al resto de los comensales. Habían académicos de la Universidad de Koslov y un par de funcionarios de la ciudad. Mayra misma era funcionaria de cierta importancia, estando a cargo de todo un invernadero, y se relacionaba con distintos profesionales que, en el conjunto, prometían un interesante intercambio de ideas.
En total éramos una docena de personas.
Mayra me presentó como el estibador que había piloteado un dirigible y evitado una catástrofe. Apropiado aunque ya todos me habían reconocido por las noticias. De todas maneras la figura destacada de la noche era un hombre canoso, un poco más alto que yo, de redondo rostro eslavo, barba corta y prolija y voz firme.
--Yuri Kharchenko--lo presentó Mayra--, profesor de Geofísica de la Universidad.
Le estreché la mano con cierto visible estupor.
--Sorprendido, ¿no?--dijo al ver mi reacción-- En Venus son todos químicos. Algunos

desentonamos y nos dedicamos a otra cosa.
No supe qué responder y decidí parecer un estúpido antes que despejar las dudas. Nos sentamos ante una mesa ovalada que pretendía imitar alguna madera gris de vetas negras. El geofísico se sentó sobre la curva más amplia, al centro de la mesa, de manera que pudiera oírnos a todos y viceversa. Mayra y yo quedamos sobre uno de los extremos, en la curva cerrada.
Aparentemente el menú estaba pactado de antemano porque nos trajeron la comida sin preguntar. El plato principal consistía en cubos de tubérculos entre los que reconocí papas y batatas, rodajas de zanahorias y varias legumbres, todo inmerso en caldo de cordero. ¡Santos cuadrúpedos! Era la primera vez en muchos años que comía algo que provenía de un animal de cuatro patas.
Estaba saboreando el plato y comentándolo con Mayra que no me di cuenta que los demás comensales ya estaban enfrascados en una discusión política. Casi todos observaban a Paulius Lattu, un funcionario del Sistema Sanitario, que estaba haciendo una observación sobre el gobierno de la ciudad.
--Perovic es un idiota--sentenció Kharchenko--, pretende incluir a dos *aйва* solo porque le dijeron que el Concejo necesitaba un cambio generacional.
--¿Y eso es malo?--preguntó el funcionario.
--Debería ser gente de la ciudad, que entiendan cómo funcionan las cosas.
--Se puede ser un *ayva* y aprender rápido.
El académico le dirigió la mirada más fea que había visto hasta entonces en la faz de Venus. El funcionario no se intimidó.
--Te guste o no, todos fuimos *ayva* alguna vez--continuó--. Y aprendimos cómo son las cosas. Si esta gente es capaz, no tengo problemas con eso. Si son dos inútiles, ahí me verás pidiendo cabezas.
El geofísico relajó su expresión y se reclinó en su asiento, dando por terminada la breve discusión.
Mayra me explicó más tarde que Kharchenko y Perovic habían competido por un importante cargo académico. Kharchenko había vencido y Perovic, derrotado, se dedicó a la política y ahora gobernaba el destino de todos, incluido al geofísico. No sabía decir sobre qué parámetros se fijaban para determinar la calidad de la gestión, pero no me parecía que estuvieran muy disconformes en cómo se hacían las cosas.
De todas maneras, para los demás parecía que la discusión no estaba zanjada.
--Para mi el debate no debería ser “cambio generacional sí o no”--dijo Scott Bultel, un hombre bajo y que parecía mucho más joven de lo que debería considerando que administraba la logística de varias estaciones en el oblast de Koslov.
--No lo es--interrumpió Lattu--. El debate es si el cambio incluirá inmigrantes o será solo con nativos.
Bultel negó varias veces.
--El debate es si alcanzamos un *status quo* o seguiremos evolucionando.
Varias personas hablaron al mismo tiempo. No pude entender lo que decían. Kharchenko levantó la mano y todos callaron, lo que fue una notable muestra del respeto que infundía.
--¿Qué *status quo*?--preguntó.
--El que tenemos ahora mismo. Alcanzamos un desarrollo importante pero hay una sensación entre la gente de que hasta aquí llegamos, que no vamos a avanzar más, que llegamos a lo más lejos que podíamos llegar en esta vida y en las próximas.
Galina Effendi, desarrolladora de estaciones mineras, hizo una mueca.
--Es la cosa más pesimista que he escuchado en mucho tiempo--protestó la ingeniera--. Y no se condice con la realidad. Seguimos diseñando nuevas máquinas y mejorando los procesos. Por ejemplo el sistema de baldes. Actualmente estamos desarrollando un método más eficiente con botes estacionarios. Tenemos que mejorar algunos aspectos técnicos para el tratamiento del calor, pero está casi todo resuelto. Será, creo yo, uno de nuestros pasos más grandes hacia la independencia de recursos. Tal vez sea la revolución que estamos esperando.
--¿Y cómo sería eso?--pregunté.
--Si mejoramos la extracción minera podremos tener más cantidad de minerales estratégicos. Claro que primero tendríamos que hacer más prospección, pero la inversión valdría la pena. Con más

minerales podríamos construir más baterías de flotación. Hoy la limitante es la escasez de algunos minerales clave en su fabricación. No digo que lleguemos al punto que todos los cuerpos de flotación sean baterías, pero con sortear las 48 horas de oscuridad alcanza.
«Contar con energía las 48 horas de oscuridad significan la independencia energética. No más tiempos muertos, no más navegación pasiva, no más estaciones sin producir. La economía se dispararía a niveles impensados. Todo funcionando a tiempo completo. Una verdadera revolución.
Su entusiasmo era envidiable y deseé con todas mis fuerzas poder conocer una de esas futuras estaciones. Eran, sin ir más lejos, lo que soñaban los mineros metalíferos que me habían contado repetidas veces desde la primera vez que hablé con Kuzmanov.
Sin embargo otros no compartían ese futuro.
--¿Con qué objeto?--preguntó Vladyslav Vilotic, que era algo así como Mayra pero de peces y algas-- Estamos viviendo un momento donde por primera vez la producción empieza a superar a la demanda.
--Eso sucede porque Marte no crece al ritmo que debería--interrumpió Bultel.
Un par expresaron cierto asombro.
--¿Perdieron el interés en Marte?--preguntó alguien.
--En lo absoluto. Jamás perderán el interés. Marte ha estado en la mira antes que Venus, incluso desde antes de los viajes espaciales.
Intervino Ilia Borozan, que tenía algún cargo en la administración de la ciudad.
--Eso es porque desde el principio se supuso que Marte era un planeta más fácil de colonizar que Venus. Pero olvidaron toda la cuestión atmosférica. No se puede colonizar el planeta solo con oxígeno y un poco de agua robados al suelo.
«Nos necesitan, esa es la cuestión. Estamos acá porque nos necesitan. No solo con la atmósfera. Como catapulta gravitatoria. Para tener qué comer durante los viajes. Para el combustible. Para construir sus galerías. Somos ese tío que nos incomoda pero que nos presta dinero cuando lo necesitamos. Pero la obsesión es Marte. Quieren que Marte funcione, como sea. No tiene atmósfera ni gravedad ni suficiente energía solar. ¿Por qué la obsesión? Porque pueden caminar en la superficie y tienen días “normales” de 24 horas.
«¿Dónde entramos nosotros? Tenemos atmósfera. Mucha. Montones de atmósferas. Podemos darle una atmósfera nueva a Marte y todavía tendríamos 94 de excedente. Y lo estamos haciendo. La Tierra quiere que Marte tenga aire y nosotros se lo mandamos. Les mandamos hielo seco y nitrógeno líquido. Nave tras nave en un largo tren espacial. Son como pequeñas gotas en un océano, pero van sumando. Ellos allá dejan caer el hielo seco y que se evapore. Están haciendo una atmósfera de dióxido de carbono, lo mismo que tenemos aquí. Necesitan calentar el planeta. Necesitan construir sus ciudades donde después usan el nitrógeno que mandamos y separan el oxígeno del aire. Cuando la temperatura sea suficiente tendrán agua líquida y sembrarán plantas y dejarán que la naturaleza siga su curso, haciendo una atmósfera respirable autorregulada.
«¿Cuánto llevará hacer esto? Siglos, sino milenios. Mientras tanto nosotros seremos los amos del Sistema Solar.
--¿Y después?
--También, por supuesto. Les llevaremos una ventaja enorme.
Vilotic negó con la cabeza.
--Podemos también quedarnos como estamos--dijo--. Bueno, un poco más desarrollados. ¿Y si no crecemos mucho más de donde estamos ahora? Repito: ¿y si ya alcanzamos nuestro límite? ¿Vale realmente la pena seguir avanzando?
Se hizo un largo silencio hasta que Effendi respondió:
--Por supuesto que vale la pena. El objetivo ha sido, es y será reducir la atmósfera para poder llegar a la superficie.
--Convertir la atmósfera de Venus es solo la mitad del problema--intervino Kharchenko--. La alta densidad del aire nos protege de la radiación solar y reparte el calor en las zonas diurnas y nocturnas. Con la poca rotación del planeta, el día sería extremadamente caliente y la noche extremadamente fría. Además la radiación solar nos obligaría a vivir bajo tierra como en Luna o

Marte, haciendo inútil la conversión.
--¿Entonces los esfuerzos para hacer habitable a Venus no son necesarios?--pregunté.
--Venus *ya es* habitable--respondió enfático--. Estamos aquí, ¿no es cierto? Pero entiendo su pregunta, se refiere a si es necesario hacer “respirable” a Venus--asentí--. Bueno, sí, lo es, porque al igual que modificar la atmósfera es un problema de ingeniería, hacer que los días sean más cortos y generar un campo magnético es también un problema de ingeniería. Claro que se trata de una escala diferente, pero no es un problema irresoluble.
«Tanto la duración del día como el campo magnético dependen de acelerar la rotación de Venus. Sabemos que el núcleo del planeta es metálico, probablemente de hierro como el de la Tierra. Si girase a la misma velocidad que la Tierra generaría un campo magnético similar. Claro que por la cercanía al Sol necesitaríamos de un campo magnético más potente y para eso habría que acelerar la rotación a una velocidad absurda, que haría inhabitable al planeta por las continuas tormentas que asolarían la superficie. O sea, Júpiter.
«Pero no hace falta llegar a ese extremo. Es posible que con una rotación terrestre el campo magnético sea lo suficientemente fuerte para evitar la mayor parte de la radiación solar y no morir de cáncer.
«Para resolver esta cuestión se pensaron y calcularon dos soluciones. La primera implica capturar un asteroide grande, en lo posible Ceres, Palas o Vesta, y situarlo en una órbita elíptica altamente excéntrica. De esta manera tendrá un periastro muy cercano a Venus y un apoastro muy lejano. Durante el periastro la cercanía del satélite al planeta provocará que haya una fuerza de mareas muy intensa. El satélite quedará alineado con el planeta y mostrará siempre la misma cara, tal como lo hace Luna con la Tierra. El planeta intentará hacer lo mismo, pero la diferencia de masas lo impedirá. Pero no podrá impedirlo totalmente. En cada pasada, la fuerza de mareas alterará al planeta ligeramente, acelerándolo. Con el paso del tiempo, cada órbita del satélite irá acelerando al planeta hasta llegar a la velocidad deseada. Cuando lo logre, se alterará la órbita para convertirla en una circular sin excentricidad, para mantener estable al planeta.
«El planteo es sencillamente simple, pero resolverlo será complejo y lento. Por ahora no tenemos la capacidad de mover una roca de cientos de kilómetros y menos situarla con precisión en la órbita de un planeta. Nuestro mejor esfuerzo alcanza a asteroides de un par de cientos de metros. Mover a Palas o Vesta está a siglos de distancia. Por el otro lado, durante el proceso no se podría vivir en Venus. La fuerza de mareas durante los periastros sería tan violenta que los terremotos destruirían cualquier construcción en la superficie. Debería hacerse ahora, que flotamos en la atmósfera y somos pocos habitantes. El proceso, además, sería notablemente lento. Las mejores simulaciones hablan de cinco mil años para lograr una rotación terrestre. Cinco mil años esperando para poder tener un planeta habitable. Sería más sencillo envolver al planeta en una sombrilla e iluminarlo con espejos, lo que a su vez es una solución de transición.
«El segundo plan es más extraño. Implica construir una estructura magnética en órbita de Venus y hacer dos grandes trenes de objetos magnéticos que circunden el planeta y el Sol. La idea es acelerar estos objetos con el Sol, lanzarlos a Venus, atraparlos con la gravedad, cambiar el sentido de la órbita con esta estructura magnética y regresarlos al Sol. Los objetos darían impulso a la estructura, acelerando la rotación de Venus. Se planteó hace mucho tiempo y todavía nadie se atreve a construirlo. Aunque técnicamente sería más simple que mover un asteroide, la idea de tener millones de objetos volando entre el Sol y Venus le da pánico a más de uno. Es posible que en doscientos o trescientos años, cuando la temperatura del planeta descienda y la atmósfera sea menos densa, decidan qué hacer.
--¿Y qué hay del Tren?--preguntó otro comensal del que no recuerdo su nombre, que había estado en silencio hasta entonces.
Kharchenko lo miró con repulsión y por un momento pareció que no le iba a responder. Pero yo no era el único que desconocía este plan.
--El Tren de Desplazamiento de Masa--respondió al final--, o TDM, es una idea absurda y que nunca debieron darle más de quince segundos de atención, que es el tiempo en que se comprende de lo inútil del plan.

Y no dijo nada más. Se puso a acomodar sus cubiertos y nos quedamos expectantes por la explicación extendida. Entonces, tímidamente, intervino Stanislav Veliki, ingeniero informático de la Universidad de Koslov:
--La idea del Tren es construir una vía justo en el Ecuador que recorra todo el perímetro del planeta y hacer que un tren muy pesado circule siempre en la misma dirección, a la misma velocidad. Se basa en el principio de conservación del movimiento, que cuando nos movemos en una dirección, estamos también moviendo el lugar donde estamos en la dirección contraria. Pero el plan olvida la proporción de masas que involucra. La energía necesaria para mantener andando al tren es mínima con respecto a lo que se necesita aplicar para mover al planeta. Para lograr el efecto deseable en un tiempo razonable, el tren debería ser masivo. Y al serlo, sufriría la fricción del aire, lo que haría inútil todo.
--Eso solo anularía la idea para siempre--continuó Kharchenko--, pero los ideólogos contestaron con hacer un túnel circundando el planeta que estuviera sin aire y que adentro se moviera el tren, que para ese entonces sería un cilindro sólido impulsado por magnetismo. Seguía sin resolver el problema de la diferencia de masas, pero esto no importó y la idea prendió entre la gente. No era un proyecto de escala astronómica, era algo que *parecía* que se podía construir en el corto plazo. Y entonces sigue en pie, sin importar si no va a servir. En algún momento lo construirán, gastando una fortuna en tiempo y energía, y lo pondrán a funcionar y para cuando se den cuenta de que el esfuerzo fue inútil, los responsables estarán bien muertos y sus átomos bien dispersos.
Toda la mesa quedó en silencio unos segundos.
--¿Entonces es como dijo Vladyslav, ya no hay mucho más por hacer?--preguntó Maja Yanev, la esposa de Lattu.
--Sí, seguir modificando la atmósfera, seguir construyendo y mejorando las ciudades. ¡Por supuesto que hay mucho por hacer! Tenemos que hacer esta atmósfera respirable. Tenemos que darle a Marte una atmósfera que ellos también puedan respirar. Hay planes de trabajo para cinco mil años. Entienden ese espacio de tiempo, ¿no? Hace cinco mil años nuestros ancestros apilaban piedras para hacer tumbas y templos. Muchas cosas pueden pasar en los próximos cinco mil años. Antes nos quedaremos sin hidrógeno, pero eso es algo que podremos resolver sin problemas. Lo mismo la rotación del planeta. De alguna manera lo resolveremos. Y si no, también podremos desarmar todo e irnos a otro lugar. Porque si logramos construir todo esto aquí y con la tecnología que teníamos hace doscientos años, podremos hacerlo en cualquier otra parte.
Me dieron ganas de levantarme y aplaudirlo, pero mantuve la compostura. De los demás comensales, la mitad sonreía y asentía y la otra mitad tenía esa mirada de resignación como cuando habla el abuelo senil. Mayra estaba entre los primeros.
La discusión se vio interrumpida por el postre. Se trataba de unas masas rectangulares bastante densas, de color amarillo y sabor que me hizo recordar a una fruta tropical pero sin poder definir cuál. Mango, tal vez. Por encima había una crema verde de palta y lima y lo coronaba un copo de espuma solidificada de pomelo rosado. Y nada parecía ser sintético. Una ostentación culinaria exclusiva de Koslov que agradecí en cada bocado.
Y sí, vivir en Koslov tenía estas otras ventajas además de la música y Mayra. La comida era muy buena, incluso la sintética. Esto solo podía compensar la manía de los carteles llenos de prohibiciones.
De pronto caí en la cuenta que tenía frente a mi a varios funcionarios y académicos de alto nivel, uno incluso había sido candidato para el máximo cargo de gobierno. Era mi oportunidad para despejar dudas mientras terminábamos el postre.
--Disculpen la interrupción--dije llamando la atención de los demás--. Se que soy un invitado esta noche y les agradezco muchísimo incluirme en esta mesa. La discusión de hace un rato fue muy interesante y quería que supieran que lo disfruté mucho--hice una pausa--. Dejando de lado los elogios, tengo una pregunta para hacer que tal vez no les caiga bien.
Todos sonrieron, algunos con un gesto soberbio.
--Adelante--respondió Kharchenko.
--¿Para qué tienen tantas reglas en la ciudad? A veces siento que, sin importar lo que haga, siempre

estoy infringiendo algo.
El geofísico respondió rápido y sin dudar.
--Orden.
--¿Solo eso?
--No es “solo eso”. El orden lo es todo. Es lo que permite mantener la estructura de la sociedad. El respeto por las reglas es lo que evita el caos.
--Pero demasiado orden resulta agobiante. Demasiadas reglas hacen a la gente prisionera.
Kharchenko lanzó una risa breve.
--No era la pregunta lo que temía que no nos cayera bien, sino el debate posterior--observó.
Todos en la mesa rieron, lo que no me cayó para nada bien.
--Depende de las reglas--respondió--. ¿Le preguntó a la gente qué piensa y siente? ¿O lo ve desde su perspectiva? ¿Cómo era la ciudad donde vivía en la Tierra? ¿Ordenada y limpia o caótica?
--Viví en varias ciudades y pueblos. Conocí un poco de todo. Y ciertamente donde mejor vivían las personas era en ciudades donde había un poco de libertad. Las grandes ciudades eran las más opresivas, llenas de reglas rígidas y gobiernos inflexibles. Pero eran ciudades de millones de habitantes.
--Entonces nos ve desde su perspectiva. Para usted somos una pequeña ciudad con una estructura rígida y opresiva. Pero para Venus, somos como esas ciudades de millones de habitantes. ¿Alguna vez se preguntó por qué esas ciudades tenían esos gobiernos inflexibles?
--No.
--Por supervivencia. No del gobierno, sino de la ciudad. Cuanto más grande es una ciudad, más frágil es. Lo mismo para nosotros. Nuestra situación, aquí, es precaria. Aunque nos pese, seguimos siendo una colonia. Nuestra supervivencia es frágil. Flotamos entre nubes de ácido, rodeados de una atmósfera que nos asfixiaría en pocos minutos. Dependemos de la técnica para sobrevivir. Ahora y en el futuro. Siempre pensamos que estamos mejor que en Marte, pero es una ilusión. En mil años en Marte estarán cultivando el suelo, mientras que nosotros todavía estaremos flotando. Nuestra supervivencia depende de nunca bajar la guardia con el mantenimiento de las ciudades. Y no hay mantenimiento sin orden. No podemos caer en la anarquía.
--¿Aun con el riesgo de caer en el despotismo? Es muy fácil cuando hay tantas reglas.
--Es un riesgo, sí. Por eso debemos ser cuidadosos con las reglas, tanto al formularlas como al aplicarlas. Y deben ser cortas y simples, nada de ambigüedades. Por eso en Koslov tenemos tantas. No hay generalidades ni dobles lecturas. Todos las comprenden y todos las aplican. Es nuestra manera de sobrevivir.
--¿Por qué entonces no se aplican en otras ciudades?
--Lo hacen, solo que tal vez no se nota. ¿Qué ciudades conoce usted, aparte de Koslov?
--Dermichev, Korolev, Tsibin y Lopotin.
--¿Y ha vivido en alguna de esas o solo ha estado de paso?
--De paso exceptuando Dermichev.
--Entonces seguramente no ha podido notar las diferencias. Korolev se parece mucho a nosotros y eso es porque es una ciudad tan antigua como la nuestra. Cuanto más antigua es una sociedad, más reglas deben poder decir qué se puede y qué no. Las ciudades jóvenes como Dermichev pueden permitirse más libertades. Lo necesitan para que la sociedad se vaya acostumbrando y los inmigrantes se puedan integrar. Pero no funciona para siempre. La sociedad envejece. Inevitablemente. La familia Smolyarov es inteligente y saben que deberán cambiar.
--¿Inevitablemente?
--Así es. No se puede ser un adolescente todo el tiempo. Las ciudades son como las personas. Al principio son caóticas, llenas de energía. Luego empiezan a madurar, cometen errores que les pueden costar caro. Con el tiempo se vuelven conservadoras, tranquilas, ordenadas. Saben que la única manera de no perder lo conseguido es pensar con la cabeza.
«Así que cada vez que tenga la sensación de que está cometiendo una falta, piense que de otra manera alguien aprovecharía ese hueco para hacerle un daño a la ciudad, sea por intención u omisión. Las reglas que tenemos no están hechas para molestar, sino para evitar ser molestados.

Y ahí terminó la discusión. No me dejaron replicar más. Me hubiese gustado discutirle toda la noche de ser necesario, pero ya habían retirado los platos de postres y algunos dieron indicios de querer irse. Mayra también me había hecho señas, que no interpreté en su momento, que yo no estaba en situación de discutirle al geofísico en presencia de algunas personas que estaban en la mesa. Muy a mi pesar tuve que quedarme callado mientras se despedían. Esperé tener otra oportunidad para continuar la discusión.
Se retiraron Lattu y su esposa, Vilotic, Borozan y Kharchenko. El resto nos quedamos saboreando algunos licores de cortesía. Habían disminuido la luz en nuestro sector del restaurante, haciendo que la vista del parque fuera más llamativa.
Me dirigí hacia Veliki. Tenía una pregunta dándome vueltas en la cabeza desde que nos habían presentado pero habíamos quedado lejos en la mesa.
--Usted es programador, ¿verdad?--le pregunté.
--Algo así. Desarrollo sistemas de inteligencia simulada, para ser más preciso.
--¿Le puedo preguntar algo?
--Diga.
--¿Por qué hay tan pocas cosas que funcionen automáticas? No es por desmerecer el trabajo de Georgi, nuestro piloto, pero todavía no entiendo cómo es que las maniobras de atraque no las hacen robots. O el funcionamiento de las estaciones, con sus horarios insalubres. Y supongo que habrán muchos más ejemplos.
Me pareció que casi no tuvo que pensar en la respuesta.
--Sí, los hay. Que no los vea no quiere decir que no estén. Muchas cosas están automatizadas. Cosas que la mayoría de la gente no percibe. Y está bien así, para que la gente no se ponga nerviosa.
--¿Y en esas tareas críticas en que la gente involucrada no se pone nerviosa?
--¿Como pilotear dirigibles? Bueno, ahí el problema que tenemos es que no hay suficientes ingenieros programadores en Venus. Todos son químicos. Una buena parte son electromecánicos. Programadores, muy pocos. Y los sistemas automatizados son un poco electrónica y mucha, mucha programación. Por ejemplo, para predecir el clima, a pesar de todo lo que estudiamos y modelamos, requeriría que la mitad de la población de Koslov fuéramos programadores para desarrollar una inteligencia artificial decente. Claro que no hace falta tanto, pero para que tenga una idea, yo dirijo uno de los equipos de programación más grandes en Venus y somos menos de doscientas personas. La verdad es que nunca me había puesto a pensar que eso necesitaba de mucha gente.
--De todas maneras pienso que deberían tener automatizadas más cosas. Yo estoy en este planeta porque un tipo conducía un auto en vez de que lo conduciera una computadora. Y estoy varado en esta ciudad porque hice una maniobra que debió hacer una computadora.
Veliki se quedó pensando unos segundos. Por su expresión entendía mi planteo. Pensé que me retrucaría con algún tecnicismo, pero no fue así.
--Cuando vuelva a Dermichev y regrese aquí--me dijo--, vaya a verme.

Sueño una nube,
débil recuerdo de un mar
evaporado.

Poco después de la “reunión académica”, Mayra me invitó a su departamento. Yo me sentía un poco avergonzado por haber sido un tanto molesto con mis preguntas. Así me lo expresó ella cuando nos fuimos y creí que después de esa noche las cosas se enfriarían. Por eso su invitación fue una grata sorpresa. No había abandonado la esperanza de llegar a algo más que algunas charlas entretenidas. Me gustaba, había algo en ella que me recordaba tiempos más felices.
Mayra vivía en un sector de departamentos bastante elegante. Los pasillos eran más amplios, la iluminación más alegre y hasta habían plantas decorativas en las escaleras. En comparación mi

departamento parecía un rincón oscuro abandonado a su suerte y eso no estaba muy lejos de la realidad.
Cuando me abrió la puerta vi que vestía una blusa amplia de color naranja con detalles dorados y un pantalón en un celeste intenso, casi azul. Era imposible no sentirme encandilado. Llevaba medio año en Venus y seguía sin poder acostumbrarme a los códigos de vestimenta.
El departamento, en cambio, tenía una sobriedad notoria, en blanco con detalles en marrón, azul y rojo opacos. La distribución era parecida al mio. Primero una cocina con una pequeña barra y dos taburetes. El baño estaba detrás, pasando la barra. A continuación se extendía una mampara de estilo japonés clásico, con un entramado de madera y papel. No pude resistir pasar mis dedos para confirmar que no era madera sino plástico. Pero el papel sí parecía papel, lo que me sorprendió.
--¿Esto es papel?--pregunté, incrédulo.
--Sí, lo es.
--¿Y de dónde lo sacan? Debió costar una fortuna.
--No, realmente. El papel es pasta de celulosa, se obtiene desde el algodón hasta de las algas. No es algo muy caro de producir, pero no tiene mucha demanda.
--¿La celulosa?
--El papel.
No lo había pensado de esa manera. Tanto tiempo acostumbrado a polímeros que imitaban otros materiales que encontrar de pronto algo real era novedoso.
Continué avanzando por el departamento. Por lo que deduje la mampara encerraba el dormitorio, armando una habitación dentro de la habitación. Frente a ésta, sobre la pared, colgaban varias fotografías de diferente tamaño. Eran de Mayra con un niño, en algunas pequeño, en otras ya más grande.
--¿Tu hijo?--pregunté casi en una afirmación ante lo obvio.
--Sí, Joaquín. Está en la casa de una amiga. No quería que te molestara.
Era la primera vez que veía una imagen suya. Me resultó increíble que nunca me hubiera mostrado cómo era. Lo había mencionado solo una vez para decirme que era madre de un pequeño de 7 años. La discreción en persona.
--¿Qué edad tenía cuando viniste?
--Nació en Venus. Fui la segunda mujer en hacer el viaje embarazada y la que tenía el embarazo más avanzado. Batieron mi marca hace unos meses con un bebé que casi nace en el viaje.
--¿No es muy riesgoso viajar con un embarazo?
--Lo es, pero si esperaba a que Joaquín naciera debía esperar ocho meses hasta el próximo vuelo y ese era un riesgo que no podía correr. Hice el viaje corto, aprovechando el perigeo.
--¿Riesgo?--pregunté, pero no me respondió. Probé con otra cosa:-- Venir rápido no debió de ser barato.
--Vine sin nada. Tuve que empezar de cero. Aun no entiendo cómo es que viajaste y te sobró para comprar un departamento. Todavía me están descontando el mio.
Seguimos hasta la sala, que se extendía de forma casi cuadrada y que abarcaba los cuatro metros de ancho del departamento. Sobre la pared opuesta a la entrada un rectángulo amarillo cubría casi todo el espacio.
--Parece una ventana--dije en un tono a medio camino entre una aseveración y una pregunta.
--Es una ventana, sí.
Me paré frente a la ventana. Iba desde un poco más arriba de mi rodilla hasta unos veinte o treinta centímetros sobre mi cabeza. O sea un poco más pequeña que la de mi departamento. No se abría, lo que era algo lógico considerando que daba al exterior. En condiciones normales sería una muy buena ventana para ver el paisaje. Pero lo único que se veía era un gran difuso amarillento. Me quedé cerca de un minuto esperando a que sucediera algo, pero fue en vano.
--¿Alguna vez se ve más que la bruma?
--Desde que vivo acá, no.
--¿Para qué tener una ventana, entonces?
--Me dijeron que a veces despeja y se puede ver la superficie entre las nubes. Y si no siempre es

bueno tener algo que no sea una pared. Rompe la sensación de que se está encerrado.
--Pero no se ve nada, es como tener una pared.
--Una pared que cambia con los días. Hay momentos que está más brillante, otras más oscuro. Cuando es de noche, es totalmente negro. No hace falta mirar por la ventana para saber cómo está afuera. Y es *natural*, nada de luces cambiantes orquestadas por una computadora.
Tuve que admitir que tenía razón. Mi departamento era interno, daba a una especie de patio cuyo techo brillaba según el reloj de la ciudad. Era práctico pero no dejaba de ser artificial y de estar metido en las entrañas de una gigantesca estructura. En la vivienda de Mayra se estaba en el borde de la ciudad, a unos pocos centímetros de la inclemente atmósfera venusina. Ni siquiera en los momentos que pasaba en la cabina del Tania estaba tan cerca del exterior.
En otra pared, entre la mampara japonesa y la ventana, una foto de la Tierra cubría desde el piso al techo. Era un pueblo de casas antiguas, situadas sobre una ladera escarpada que terminaba en el mar. Las casas tenían colores cálidos y el mar calmo tenía tonos azules y verdes.
--Lo único que realmente extraño es el mar--dijo Mayra cuando notó que llevaba un rato observando la imagen.
--No es poco--murmuré.
El lugar se me hacía conocido.
--¿Mediterráneo?--pregunté.
--Así es--me respondió sin dejar de hacer lo que estuviera haciendo--. Es un pueblo antiguo en Italia. “Cinqueterre”.
--¿Fuiste?
--Nunca fui. Conocí Nápoles, pero esta foto era la mejor que encontré para pintar la pared.
Se paró a mi lado y me alcanzó un vaso con una bebida lechosa. La probé y me resultó desconocida. Tenía bastante alcohol y un intenso gusto a limón.
--”Ver Nápoles y morir”--recité el viejo refrán.
--Ver Nápoles y mudarse a otro planeta--respondió Mayra y cerró los labios con fuerza mientras sus ojos miraban más allá de la fotografía. Comprendí que había tocado un recuerdo caro a sus emociones.
Me quedé pensando lo poco que realmente la conocía. Desde que nos vimos la primera vez hasta el accidente nos habríamos encontrado menos de una docena de veces. Desde que vivía en Koslov, la veía casi a diario aunque a veces solo conversábamos unos minutos. El picnic del invernadero y la cena de la otra noche habían sido los momentos donde más tiempo habíamos compartido. Y aun así había muchas cosas que no sabía de ella. Conocí más en cinco minutos en su departamento que en las últimas semanas.
Tardé un tiempo en darme cuenta de la contradicción de tener un recuerdo pesado de Nápoles y a la vez cubrir una pared completa con una imagen que se lo recordaba. Pero nunca se lo mencioné, esperando que ella, eventualmente, me lo dijera.
Se apartó de mi lado y volvió a la cocina.
--¿Sabías que hay un Nápoles en Venus?--preguntó.
--No.
--Está como a ocho mil kilómetros adelante. Una ciudad grande, según me contaron, casi tanto como Koslov.
Volvió con una bandeja con la comida. Había preparado una especie de cazuela con verduras y cubos de carne de pato. Lo acompañó con un salteado de pescado y algas verdes que tenía un notable sabor marino. Un plato exquisito y notablemente extraño para lo que me había acostumbrado a comer.
--Esto está muy bueno--admití.
--¡Gracias! No suelo cocinar mucho. Es muy sencillo comprar comida preparada y con un hijo es mucho ahorro de tiempo. Pero es lindo preparar algo especial para un momento especial.
Me sentí doblemente halagado. Hasta ese momento no había imaginado a Mayra como una mujer “hogareña”. Tampoco me había puesto a pensar que la gente podía serlo también en otro planeta. Mi vida hasta ese momento había transcurrido entre la rutina laboral, la soledad de mi propio

departamento y los antihogareños lugares públicos.
Seguimos comiendo en silencio, interrumpiendo en ocasiones para hacer algún comentario sobre la comida. Mayra me contó luego que en su juventud había viajado por Asia y Medio Oriente. Recorrió el Hindu Kush a caballo, lo que me hizo pensar en presentarle a Alek para que le explicase cómo era eso. También atravesó el Gobi y el Himalaya en tren. Estuvimos un largo rato cotejando fechas por si existió la improbable casualidad que yo estuviera conduciendo uno de esos trenes. Resultó, en cambio, que en esa época yo me encontraba en Sudamérica, a 15 mil kilómetros de distancia. Era a casi medio mundo en ese momento, pero desde nuestra actual perspectiva parecía que habíamos estado muy cerca.
Pasé buena parte de la cena mirando la imagen mediterránea.
--¿Se podría recrear algo así aquí?--pregunté como en un pensamiento en voz alta.
Mayra ni miró la foto.
--Sí, aunque sería una cáscara vacía.
--De todas maneras rompería un poco con la uniformidad de las ciudades. Todo bien con la eficiencia, pero ya es demasiado.
Mayra rió.
--No conoces arriba, ¿no?--negué con la cabeza--. Si alguna vez se les ocurrirá recrear un pueblo mediterráneo, será arriba del todo, con domo trasparente y todo.
--Pero no lo podremos ver.
--Quién sabe. Tal vez con los contactos apropiados...
No la dejé terminar.
--¿Como Kharchenko?
Me dio una mirada condescendiente. Comprendí que no sería tan sencillo.
--No va a pasar, ¿no?
Negó con la cabeza.
--Yuri no es de los que les agrada que los extranjeros anden rondando. La otra noche aceptó responderte porque estaba yo y los demás insistieron en conocerte. Pero no hay que esperar mucho más de él.
Habíamos terminado la cena y Mayra trajo el postre. En una copa de acrílico azul translúcido habían cubos de una curiosa variedad de frutas. Los fui comiendo de a uno, tratando de identificar los sabores y texturas y disfrutando de algo que estaba bastante cerca de ser una completa rareza culinaria.
--¿Qué otra cosa extrañas de la Tierra aparte del mar?--le pregunté aun sabiendo la respuesta.
--Solo el mar. Estar en una playa, caminar por la arena, escuchar las olas y mirar al horizonte. Sentarme a ver un atardecer. O un amanecer.
--Puedes ir a un cine.
--No es lo mismo. Quiero poder subirme a un barco, uno que flote en el agua, y viajar más allá del horizonte. A veces imagino que estoy mirando por la ventana, se abren las nubes y veo un océano infinito ahí abajo.
Por un momento lo pude ver. Seguíamos flotando en una ciudad, pero a menor altura. Se veían las olas, la luz del Sol iluminando rasante desde el atardecer, la superficie del agua dorada. Ya no viajaríamos a velocidades de vértigo, apenas iríamos con una brisa ligera, persiguiendo un ocaso eterno.
--Podríamos congelarnos por mil años y tampoco lo veríamos--dije en un arranque de melancólica sinceridad.
No me respondió, pero sus ojos brillaron con lágrimas que no se atrevieron a recorrer sus mejillas. Tuve el impulso de abrazarla y nos quedamos aferrados uno al otro por largos segundos, en silencio.
--Esta es la parte en la que algo malo pasa--dije sin querer en voz alta.
Mayra chasqueó la lengua.
--No digas pavadas.
Me reí y ella se rió. Y me sentí realmente bien, olvidando todo lo malo que había pasado.
La cita no se prolongó mucho más. Mayra me dijo que ya era hora de buscar a su hijo porque su

amiga tenía que trabajar al día siguiente.
Curiosamente me acompañó hasta la calle. Al parecer la amiga vivía en otro módulo no lejos de ahí. Esperamos a un tranvía entre la gente del segundo turno. Seguía sin poder acostumbrarme a que el movimiento en la calle era casi siempre el mismo aunque nosotros acabásemos de cenar. No existían esos momentos solitarios en calles vacías. Nunca más.
Se despidió con un corto beso antes que yo entre al tranvía. Se cerró la puerta y me miró alejarme antes de subir de nuevo a la calle. Supe que había salido bien.
Regresé al departamento sin dar vueltas. Encontré a Georgi viendo una película.
--Creí que te quedarías a dormir--dijo.
--Yo también--respondí con cierto tono de resignación.
Georgi me sirvió ron en un vaso.
--Has llegado más lejos que todos los que conozco. Brindo por eso.

Al día siguiente de la cena con Mayra, Georgi me acompañó al puerto a hacer el intercambio de paquetes con el bote de la compañía. No hacía falta que estuviera, pero para mi extrañaba el movimiento de los botes. Esperamos el arribo del Uliana desde una sala de espera que tenía un importante ventanal justo sobre el puerto donde debía atracar el bote de la compañía.
Hizo una muy larga pausa mirando a las nubes y los botes que iban de un lado a otro. Allá, fuera de nuestra vista, una multitud de hombres y mujeres trabajaban sin descanso para lograr que la ciudad siguiera viviendo.
--En una semana es la Interpelación--dijo mi compañero rompiendo el silencio.
La palabra “interpelación” seguía poniéndome nervioso. Y se lo dije.
--Es solo una expresión--respondió--. Es una audiencia oral y pública para terminar de redondear la investigación. Nos volverán a preguntar lo mismo pero con un circo de autoridad.
--¿Y ahí se termina o sigue?
Georgi bufó.
--Cómo saberlo. Eso está fuera de nuestro alcance.
En ese momento vimos aparecer al Uliana. Era un cuasi gemelo del Tania, solo se diferenciaban en las hélices que tenían otro diseño. Apareció mostrando su flanco de babor, acercándose lentamente. Descendimos a la sala del puerto donde un robot ya había colocado la carga frente a la puerta. Esa era una ventaja de vivir ahí, ya conocía el protocolo lo suficiente como para saber dónde dejar apiladas las cajas para que no estorbasen mientras esperábamos al bote. En el último minuto un robot se encargaba de moverlas sin riesgo de que yo hiciera algo indebido. Muy apropiado.
Hicimos todo el procedimiento bajo el ojo vigilante de la seguridad de Koslov. Cuando se abrió la puerta cruzaron tres personas, el piloto y los dos estibadores. El piloto se fue a hablar con Georgi mientras uno de los estibadores sacaba la carga del bote y el otro metía las cajas que yo preparé. Tenía impedido acercarme a la puerta por lo que solo pude observar. Cuando terminaron se acercaron a saludarme y a cumplir con la burocracia de rigor. Les alegró que les contara de la próxima interpelación. Ya faltaba poco para volver a la normalidad.
Tal vez.
¿A qué le podía decir “volver a la normalidad”? ¿Los viajes y regresar al departamento? Dentro de todo le estaba encontrando la vuelta a Koslov. Y pasaba muy buenos momentos con Mayra, no solo mientras ella trabajaba sino también en sus ratos libres. Así conocí a Joaquín, su hijo. Era un pequeño inquieto que hablaba indistintamente ruso y castellano, mezclando ambos en una misma oración, y le divertía ver mi expresión cuando hablaba rápido y yo no le entendía. Criado entre las nubes, para él era totalmente natural el mundo en el que vivía. No comprendía conceptos como montañas y llanuras, pese a que habían en la superficie. Creo que podía imaginar un poco el océano gracias a Mayra y su foto-mural. Lo llevé un par de veces al cine cuando proyectaron unos documentales de la Tierra. Se asustó con los desiertos (!?) y no hubo manera que dimensionara las grandes ciudades terrestres.
Su sueño para cuando fuera grande era trabajar en una refinería “para que los grandes dejen de tenerle miedo al azufre”. Al principio me causó cierta gracia, después me lo tomé muy en serio.

Solía jugar con otros niños en la plaza central del nivel de Mayra. Descontando el techo a solo cinco pisos sobre nuestras cabezas, parecía un idílico escenario terrestre. Nosotros solíamos sentarnos en un banco a la sombra de un pequeño árbol. Con frecuencia ella se recostaba contra mi hombro derecho, mirando a una fuente, mientras que yo tenía la vista perdida en los niños que jugaban a las escondidas.
--¿Qué es lo que más extrañas?--me preguntó una vez.
Me agarró desprevenido, a decir verdad. Cuando le pregunté su respuesta fue rápida, la de quien lo había pensado antes. Yo, por otro lado, no me había detenido a meditarlo así que me tomé muy largos segundos en responder.
--En este momento, a las aves--respondí.
--¿Las aves?--sonó sorprendida.
--Sí. No lo había pensado en Dermichev. Creo que tampoco estuve el tiempo suficiente para darme cuenta. Acá, en cambio, con tantas plantas y en especial en este parque, noto que me faltan las aves. Aunque sea para que vuelen de árbol en árbol.
Su silencio me dio a entender que tampoco lo había pensado. O que estaba pensando una respuesta.
--Me parece que serían más un problema que otra cosa, metiéndose donde no deben. Tampoco tendrían mucho para comer. Casi no hay insectos y tampoco semillas. Sería todo más complicado.
--¿Entonces no hay y se acabó?
--Arriba sí hay, pero no estoy muy segura. O sea, *deben* tener pájaros, no creo que se priven de tener alguna bandada. De lo que no estoy segura es que hayan comunidades viables.
--¿Viables?
--Que puedan sobrevivir por su cuenta, sin repoblar constantemente.
Me imaginé algún laboratorio recóndito cuya única función fuera la de incubar huevos de aves para soltarlos en una virtual pajarera gigante. Un pequeño despropósito de recursos que, sin embargo, resolvería mi nostalgia.
--Otra cosa que extraño es la madera. La textura de la madera. El olor. Los árboles están bien, pero la última vez que anduve tocando un árbol apareció un guardia a preguntarme qué estaba haciendo. Parece que por acá no les gustan los abraza-árboles.
--¿Abraza árboles?--preguntó Mayra con cierto tono de incredulidad.
--Es una vieja expresión que les ponían a los que defendían los bosques. Supongo que abrazarían los árboles para evitar que los talasen.
--Acá no va a ser falta porque estos árboles van a quedarse aquí por mucho tiempo.
Lo que dijo me decepcionó de alguna manera.
--¿Y no cortarán para hacer tablas o simplemente tallarlos?
--No. Madera va a faltar por un buen tiempo. Un muy largo tiempo. Ahora importa más recuperar los nutrientes. Los objetos en madera son nutrientes que se van y no regresan. Y no es como hacer polímeros, cuesta hacer crecer un árbol en el aire.
No le creí. Conociendo el Invernadero de Frutales sabía que podían hacer crecer muchos árboles en el aire. Y los nutrientes no eran un problema. En cada viaje a Dermichev se llevaban toneladas de nutrientes en formas de frutas y eso era en una sola ciudad. Koslov comerciaba con muchas ciudades y una gran parte de la comida iba también al espacio, a alimentar las naves que cruzaban a Marte o la Tierra. Venus era el granero del Sistema Solar.
--¿Cuándo es la interpelación?--me preguntó luego de un rato en silencio.
--Mañana--respondí.
--¿Estás nervioso?
--Georgi me dijo que no me preocupe.
--No le pregunté a Georgi.
No le gustaban mis respuestas indirectas.
--Estoy bien.
Joaquín nos interrumpió un momento y volvió a alejarse. No sabía qué pasaba por su mente, pero creo que se daba cuenta que esos días en el parque estaban llegando a su fin.
--Si la interpelación sale bien te vas a ir--dijo Mayra cuando Joaquín se alejó lo suficiente.

--Y si sale mal, también--admití.
Los abogados ya nos habían explicado la situación. Si éramos exonerados podríamos volver a Dermichev. Si éramos encontrados culpables seríamos expulsados de Koslov. En la práctica era básicamente lo mismo.
--Pero si sale bien podrás volver.
Retuve esa frase de Mayra en mi mente toda la noche. Era su forma optimista de ver las cosas y deseaba que se cumpliera. Nos despedimos con un beso y un abrazo que duró una pequeña eternidad.

De la experiencia
las advertencias deben
ser escuchadas.

Pese a las palabras de Mayra, el día de la interpelación estaba particularmente nervioso. Hasta ese momento declaré varias veces ante investigadores y funcionarios que me hicieron cientos de preguntas cubriendo desde aspectos técnicos del bote hasta qué había desayunado y, sin bromear, cómo me había peinado. Pero eso había sido en un ambiente relativamente tranquilo. La interpelación implicaba estar delante de un jurado de tres personas que harían las preguntas desde un estrado, mientras que nosotros estaríamos con nuestros abogados en una mesa en medio de la sala con público detrás.
La Comisión estaba compuesta por dos hombres y la presidía una mujer, Ana Puzovic. Nos habían advertido que no la hiciéramos contrariar con los detalles técnicos, ya que era ingeniera de profesión y, según algunas versiones, había redactado varios de los protocolos de navegación.
Cuando la sala se silenció fue ella quien comenzó a hablar:
--Esta Audiencia es para aclarar algunas cuestiones de la emergencia suscitada días atrás, en circunstancias en las que durante las maniobras de atraque del Dirigible de Enlace Tania, propiedad de la compañía Cherski, embistió al Dirigible de Carga Tsepkiy, propiedad de la compañía Straneva, y determinar las responsabilidades de los actores intervinientes.
Georgi y yo estábamos sentados uno junto al otro en una mesa frente a la Comisión. Nos acompañaban nuestros abogados, Dmitri Snajdar y Yuri Spasojevic, el primero a mi derecha y el segundo a la izquierda de Georgi. No había tenido mucho trato con ninguno de los dos, lo que aumentaba mi nerviosismo. Pero tanto los dos abogados como mi compañero se veían tranquilos y debía imitarlos. Casi lo logro.
La Comisionada Puzovic comenzó dando lectura a un relato de lo sucedido, abarcando las experiencias nuestras como las del Tsepkiy, los controladores de la ciudad y, supongo, de algún bote cercano. Hasta ese momento todo bien. Luego me miró fijo y me dijo:
--Estibador Sdrei, el protocolo ante casos como éste determina que hay que mover el lastre a popa, soltar hidrógeno, subir la proa, bajar la popa y direccionar el impulsor principal hacia atrás, de manera que el dirigible baje y se aleje del nivel de la ciudad, evitando cualquier colisión. ¿Por qué no realizó esta maniobra?
Me quedé congelado por un momento. Sí, habíamos repasado estas cosas con Georgi, pero por un momento mi mente se puso en blanco.
--No estaba al tanto de dicho protocolo--respondí tratando de parecer confiado.
--¿Entonces por qué razón estaba al mando del Tania?
--El señor Sdrei no estaba al mando--intervino Snajdar--. El mando lo tenía el piloto en la cabina de babor.
La Comisionada replanteó su pregunta:
--Estibador Sdrei, ¿por qué se encontraba en la cabina de mando de proa?
--El piloto así me lo solicitó, para supervisar la maniobra de atraque.
Entonces miró a mi compañero.

--Piloto Guliyev, ¿cuál es su explicación para dejar de guardia en el mando de un dirigible a un estibador sin instrucción ni entrenamiento?
--Estaba él porque tiene cierta experiencia como piloto--su voz era la calma misma--. Si bien nunca piloteó un dirigible, comprende los instrumentos y la física del desplazamiento de volúmenes.
--Sin embargo usted fue hasta la cabina de mando pero no reclamó el control del Tania aun sabiendo que el estibador Sdrei no estaba realizando la maniobra adecuada. ¿Puede explicar esto?
--Sí, me percaté que no se estaba realizando la maniobra establecida en los protocolos. Sin embargo consideré que Ilan tenía un plan y que la maniobra sería igualmente efectiva.
--Pero no fue suficiente para evitar la colisión.
--La turbulencia nos sobrepasó en plena maniobra.
--Y fue recién ahí que reclamó el control del Tania.
--Así es.
--La maniobra que usted realizó corrigió los errores del estibador Sdrei evitando daños mayores. Debió reclamar el control del Tania apenas tuvo la oportunidad. Cualquier emergencia es la peor emergencia.
--Sí, señora.
La siguiente hora fue más o menos de la misma forma, respondiendo preguntas que ya habíamos respondido. La mayor parte fue para Georgi. Como era el capitán le tocó responder por Alek y Sasha, que no estaban presentes. De todas maneras lo más difícil fue el comienzo.
Sentí un gran alivio cuando los de la Comisión dejaron de preguntar y empezaron a hablar entre ellos. Hicieron una seña a un oficial que se encontraba sobre un costado.
--Todos de pie--dijo el oficial a toda la sala--, la Comisión se retira a deliberar. La Audiencia continuará en dos horas.
Nos pusimos de pie y los integrantes de la Comisión se retiraron. Inmediatamente el escaso público que quedaba también lo hizo.
--¿Dos horas, nada más?--pregunté. Me parecía extraño que se resolviera en tan poco tiempo, considerando las semanas que llevábamos esperando.
--Ya lo tienen decidido--respondió Dmitri--. Es para las apariencias.
Yuri señaló la puerta.
--¿Vamos a comer? Tengo cupones para la cafetería.

Regresamos a la sala dos horas más tarde con el estómago lleno y la consciencia tranquila. Mientras comíamos se acercó alguien que le susurró algo al oído de Yuri y se alejó tan rápido como había llegado. El abogado nos dijo que todo estaba bien y que ya no había de qué preocuparse. Le hice caso y disfruté de una tarta de sardinas en gel de zapallo.
Cuando todos nos ubicamos en nuestros respectivos lugares entraron los integrantes de la Comisión y la presidente leyó la sentencia:
--Tras analizar los peritajes y escuchar las declaraciones, esta Comisión determina que las condiciones climáticas sobrepasaron la capacidad de maniobra del Tania y por lo tanto se exime al piloto de la responsabilidad de haber causado los daños al Tania, al Tsepkiy y causado heridas de consideración a dos operarios de la misma. La Comisión también deja asentado que el piloto hizo todo cuanto pudo para evitar la colisión y que sus maniobras lograron minimizar el daño resultante. El acusado puede retirarse sin culpa y cargo.
«Sobre las acciones del estibador, la Comisión determina que no se encontraba debidamente capacitado para operar los controles del Tania en una situación de emergencia, que debió entregar el control al piloto al momento de sonar la alarma y por lo tanto es responsable indirecto de la colisión del Tania contra el Tsepkiy. Sin embargo sus acciones, si bien irregulares, evitaron un daño mayor ya que sacó el Tania del área de peligro y dio tiempo para que el piloto realizara las maniobras referidas anteriormente. El acusado es sentenciado a restricción ciudadana por el tiempo que duró esta investigación.
«En cuanto a los cargos implicados a Cherski, la Comisión determina que es responsable de los gastos de rescate, acarreo y resguardo del Tania, como así también las costas de la investigación. La

sentencia definitiva será dictada mañana a la misma hora.
El jurado se retiró y varias personas vinieron a saludarnos por el fallo favorable. Yo no había terminado de comprender.
--¿Restricción ciudadana?--pregunté.
--Como estabas hasta ahora, privado de salir de Koslov--respondió Yuri--. Es una manera elegante de no quedar limpio.
--Pero Georgi sí y el también estuvo “restringido”.
--Georgi está sin culpa y cargo, y la ciudad tiene la obligación de indemnizarlo por estos días. A ti no, ya que te encontraron responsable. Es la única diferencia.
--¿Y por qué responsabilizan a la Compañía?
--Alguien tiene que pagar. Ustedes hicieron lo que estaba a su alcance, pero consideran que su empresa debió prepararlos mejor así que les pasan la factura por los gastos. Nada serio, Koslov siempre hace esto y ya estaba previsto. Nada de qué preocuparse.
Dmitri intervino:
--Ya son hombres libres. Pueden regresar a Dermichev.

Tomamos el primer tren de regreso a casa. Fuimos recibidos sin mucho escándalo y la compañía nos mantuvo una semana haciendo distintos trámites, además de pasar horas respondiendo las mismas preguntas. Yo ya quería subirme a un bote, pero debíamos esperar. Georgi, contra lo que me esperaba, se encontraba de buen humor porque esos días le permitieron estar con su familia después de la ausencia.
Transcurrida la burocracia nos asignaron a otro bote puesto que el Tania se encontraba en reparaciones. El nuevo se llamaba Andrea y era casi un clon del anterior. La diferencia más notable era en la bodega. En el Tania el piso estaba dos metros debajo de las puertas pero en el Andrea estaban al mismo nivel. Esto hacía que fuera más práctico para la carga y descarga de paquetes ya que no precisábamos la grúa.
Volvimos a hacer equipo con Alek y Sasha, lo que me sorprendió un poco. Me habían advertido que durante la investigación habían sido asignados a otro bote y estaríamos con una tripulación nueva. Sospechaba si Alek no había movido algunos hilos a través de su familia, pero las veces que le pregunté sobre eso no me respondió.
En poco tiempo regresamos a la rutina de las recorridas por las estaciones. Casi no hubo oportunidad donde no nos preguntaran sobre el incidente. Las noticias habían explotado el primer día y después caímos en el ostracismo. Mientras duró la investigación fuimos motivo de rumores nunca confirmados ni refutados. Ahora, en cada estación, nos pedían la historia completa, una y otra vez. Lejos de hastiarme me resultaba entretenido. Cada vez la íbamos mejorando y después de algunas semanas ya era una caricatura de la experiencia real. A nadie pareció importarle, valía más una buena historia que conocer los detalles aburridos.
A pesar de las versiones heroicas que fuimos armando, nunca mencioné a Mayra. Me la guardé para mi. Pensaba en ella con frecuencia y pasé largos ratos de mi descanso hablando con ella desde mi camarote. Para no herir sensibilidades con Koslov la compañía intercambió las rutas con el Uliana y así me perdí de aprovechar los viajes para visitarla. Pero eso no me impidió verla. Los días de licencia tomaba el primer tren disponible y la iba a visitar. A veces estaba unas pocas horas antes de tener que volver pero valían la pena.
Algo interesante del intercambio de roles con el otro bote es que así como nosotros teníamos asignado el viaje a Koslov, el Uliana entregaba cargas que iban al espacio sideral. Esto me permitió conocer el Puerto Espacial Glushko, que se encontraba a medio camino entre Koslov y Moscú. Eran, en realidad, dos estructuras: la Ciudad y la Estación de Lanzamiento. La ciudad era parecida a Dermichev, tanto en tamaño como en población. La mayor diferencia era una semiesfera que sobresalía de un costado y tenía una puerta sobredimensionada. Adentro ensamblaban los cohetes, los sacaban por esa puerta y los llevaban con el bote más feo que había visto hasta entonces. Era como una pelota achatada con motores alrededor y largos cables colgando de su parte más baja. No era una pelota simétrica sino que parecía una tortuga con las patas hacia arriba.

Los cohetes eran llevados a la Estación de Lanzamiento, que se encontraba a unos 1000 metros de distancia. Tenía la forma de un trompo con una enorme estructura vertical que atravesaba el complejo por el medio. Era una lanzadera electromagnética que enviaba cohetes de dos etapas que adquirían el impulso inicial como si se tratara de un cañón. Esto resolvía mi duda de cómo mandaban las cargas pesadas al espacio: una patada a 50 Gs por dos segundos y luego una carrera a pura química hasta salir de la atmósfera. Sin ascensor ni nada moderno, pura fuerza bruta.
Según explicaron en un tour guiado, la lanzadera requería de grandes cantidades de electricidad por lo que el complejo estaba revestido casi íntegramente en generadores solares. A diferencia de las demás estructuras, casi no habían baterías sino que gran parte del interior eran condensadores para entregar la enormes corrientes que exigían los lanzamientos. Los cohetes, además, completaban el despegue con combustible químico, combinando metano y oxígeno líquido. Para esto la Estación también contaba con una refinería. El Puerto Espacial era energéticamente autosuficiente, una victoria del diseño venusino.
En el primer viaje que hicimos nos quedamos a ver un lanzamiento. Dejamos la carga en la ciudad y esperamos al despegue de una nave que ya estaba lista. Nuestra carga, tanques de oxígeno y bloques de derivados de grafito, serían enviados una semana más tarde.
Nos ubicaron en un sector de la ciudad donde se podía ver la base de lanzamiento a través de un gran ventanal. Era de día, por lo que se podía distinguir la estructura entre la bruma. No había nubes en ese momento. Supuse que habrían condensado toda el agua posible para alimentar los cohetes. Nos acompañaban unas treinta personas y al menos una docena de niños.
El despegue en sí fue menos espectacular de lo que me esperaba. El cohete abandonó la lanzadera a una considerable velocidad, con su motor químico funcionando por lo que lo vimos emerger durante un segundo antes de quedar encandilados por la luz de la llama. Ganó altura con rapidez y se perdió en una nube blanca y dejando un gran estruendo.
Cuando el estrépito se volvió un rumor lejano las pocas personas que también estaban en la sala se fueron en silencio. No se las veía emocionadas salvo algunos niños que estaban exultantes por el estruendo. No los culpo, con un lanzamiento diario hasta eso se debe poner monótono.

Una mañana, a mitad del largo regreso de Glushko, cuando me levanté y fui a la cocina no había pan sobre la mesa. Mala señal. Tampoco estaban mis compañeros. Fui a la sala y nada. Me asomé al pasillo delantero y los vi en la puerta de la cabina de mando. Caminé hasta allá. Estaban todos callados con la vista fija en una consola. Georgi tenía un auricular en la oreja, los demás esperaban.
--¿Qué sucede?--pregunté.
Fue Alek quien respondió.
--Hace cinco horas perdieron contacto con el Valeska. Está sobrevolando un albatros.
El Valeska era un bote de la compañía cuya ruta se encontraba en el otro lado del oblast, a miles de kilómetros de distancia.
--¿Cómo perdieron el contacto?
--Se cortó la señal del transponder y nadie responde a los llamados. Están viendo si lo encuentran con radar.
Recordé los retrorreflectores de aluminio y la posibilidad de reflejar una señal desde cualquier dirección.
--¿Es difícil encontrarlo?
--Depende. Estaba sobre el NEF, así que están barriendo hacia adelante desde la última ubicación conocida. Es una complicación, pero manejable.
--¿Qué pudo haber pasado?
--Lo más leve, una falla eléctrica masiva--respondió Sasha--. Intermedio, piratas. Grave, una falla catastrófica.
Hasta ese momento mi nivel de preocupación estaba bajo, pero al escuchar la tercera posibilidad me intranquilicé. Podía significar la muerte segura de los tripulantes.
Georgi hizo una seña y guardamos silencio.
--El albatros comunica que el Valeska no está donde debería--informó--. Van a volver y empezarán

a peinar hacia atrás. Están evaluando enviar otro.
Malas noticias. Tener que retroceder implicaba que había perdido altura, bajando al NEF o por debajo, haciendo más peligrosa la situación por el calor.
--¿Podemos ayudar en la búsqueda?--pregunté.
Georgi negó con la cabeza.
--Estamos del lado equivocado. El bote seguramente bajó y tendríamos que bajar aun más para alcanzarlo. No podemos hacer nada.
De las opciones que había planteado Sasha, la de un ataque de piratas era la más improbable porque no habían registros que hubieran en la región. Pero de haberlos, los piratas habrían apagado los sistemas y conducido el bote en dirección perpendicular, dificultando las tareas de localización. Era la mejor alternativa a un naufragio.
--Enviaron la lista de tripulantes--dijo Georgi al tiempo que enviaba los datos a la pantalla que teníamos más cerca. Aparecieron seis nombres, los tripulantes y dos pasajeros. Estaba en la fase final del recorrido, volviendo a Dermichev--. ¿Alguien que conozcamos?
Los tres conocían al piloto, mientras que Sasha y Alek conocían además a un estibador. Yo leí los nombres lentamente y al llegar al del mecánico sentí un nudo en la garganta. Puse un dedo sobre la pantalla, señalando el nombre de David Stokic.
--Viajé con él desde Luna. Hicimos el entrenamiento juntos.
--¿Amigo tuyo?
Recordé el entrenamiento y las veces que nos quedamos hasta tarde conversando en un bar cerca del hospedaje. Nunca más nos volvimos a ver una vez que nos asignaron a nuestros respectivos botes.
--No, pero lo conocí bien.

Demoraron dieciséis horas hasta que lo encontraron. Hicieron falta dos albatros y tres botes de mantenimiento, los más cercanos y que se pudieron sumar a la búsqueda. Recorrieron cientos de kilómetros cuadrados en la forma de un abanico que se iniciaba donde habían perdido contacto. Lo encontraron varios kilómetros bajo el NEF, todavía dentro de la zona templada. Tenía un gran agujero entre la bodega y el taller, producto del estallido de un tanque de oxígeno defectuoso o cargado por sobre su capacidad. Ningún tripulante sobrevivió. En uno de los camarotes encontraron a uno de los pasajeros que había muerto por asfixia. No había llegado a ponerse el traje de seguridad. Días más tarde encontraron dos botes salvavidas con el piloto y un estibador. Ambos muertos también por asfixia cuando el aire dentro de la cápsula transparente se volvió tóxico. Una muerte lenta y solitaria. A los demás, el mecánico, el otro estibador y el otro pasajero, nunca los encontraron. No se supo si llegaron a abrir los salvavidas y se perdieron en las corrientes convectivas o cayeron a la superficie, incinerándose en el viaje.
Un recuerdo de que no estábamos en un lugar amigable.

Tardamos en sobreponernos. Siendo todos empleados de la misma empresa, mis compañeros y yo conocíamos a los fallecidos. Golpeaba más fuerte como toda muerte cercana. Los últimos días de la recorrida fueron bastante silenciosos. No estaba para el clima distendido habitual. Las noticias al principio no decían nada. Cuando encontraron al Valeska e informaron el estado el que estaba fue confirmar los peores temores. Creo que hasta ese momento se mantenían las esperanzas de encontrar el bote a la deriva pero con los tripulantes a salvo. La realidad fue más dura.
Recién en Dermichev nos enteramos del destino del piloto y el estibador. Cherski decretó duelo para que todas las tripulaciones nos reuniéramos mientras esperábamos a que regresaran con los cuerpos. El funeral fue sobrecogedor. Se realizó en el Estadio, donde entramos unas cinco mil personas. Los tres cuerpos ocupaban un espacio central junto a fotografías de gran tamaño de los desaparecidos. Los rodeaban los familiares, los pilotos y el resto de las tripulaciones. En las gradas se sentaban ciudadanos que compartían la despedida. Yo estaba abajo, con los demás estibadores. Desde los días del entrenamiento que nunca me relacioné con más de una docena de colegas. Cada bote tenía una ruta distinta y rara vez coincidíamos dos botes en la ciudad al mismo tiempo. Encontrarme rodeado de compañeros que hacían lo mismo que yo me hizo sentir que era parte de

algo más grande que mi estrecho círculo laboral.
Centré mi atención en los pilotos. Estaban reunidos todos los de la compañía. No eran tantos como había imaginado, apenas una veintena. Comprendí por qué lo habían cuidado tanto a Georgi en Koslov. Eso solo hablaba de lo importante que eran cada uno de ellos y de lo frágil que era la supervivencia del sistema de ciudades y estaciones. Al Valeska lo podían reparar en unas semanas pero no había una fila de pilotos esperando tripularlo. Cada accidente fatal, que en la Tierra pasa desapercibido entre la cantidad de gente, es una pequeña tragedia social y económica.
Pero por otro lado los tripulantes de los botes, el Tania incluido, eran todos muy racionales. Escuchándolos hablar pude darme cuenta de que eran conscientes de los riesgos del trabajo. Los accidentes estaban siempre a un descuido de distancia. La muerte acechaba cerca en un mundo donde rara vez habían segundas oportunidades.
Creo que hasta ese momento mantuve una cierta inocencia sobre los riesgos y la gravedad de las fallas. El accidente en Koslov había sido con mucha suerte y eso, en vez de asustarme, me había dado una falsa sensación de seguridad, de que nada era demasiado serio.
Fue cuando me terminé de dar cuenta de que las cosas, cuando salían mal, podían salir muy mal.

Obedece mi voz:
mira, siente, piensa,
respira, ¡vive!

En la siguiente licencia que pasé en Koslov decidí cumplir con la oferta de Veliki y fui a verlo a su laboratorio. Se encontraba en la Universidad, en un sector de la ciudad a la que nunca había ido. Estaba por encima de los niveles residenciales. La trama de calles y avenidas era un poco diferente. Seguía existiendo un parque central del que partían calles de manera radial, pero no habían calles transversales ni una avenida anillo. En una esquina entre dos calles se elevaba una fachada que parecía hecha de mármol, una muestra de lujo poco habitual.
Adentro me dirigí a la Recepción para solicitar el permiso para ingresar al laboratorio de Veliki. Me dijeron que estaba en la lista de “admitidos” desde hacía un tiempo. Al parecer me habían anotado el mismo día de la invitación, una muestra de notable cortesía.
Como el laboratorio estaba relativamente lejos, tuve que esperar a un transporte. Al cabo de unos minutos apareció un pequeño auto y me indicaron que me llevaría automáticamente a través del campus.
“Campus” es una palabra extraña para ser utilizada dentro de una ciudad venusina. Es decir, la imagen que aun se tiene es de ser edificios independientes distribuidos en una extensa propiedad con espacios verdes. En las ciudades, las universidades son mas bien enormes edificios con aulas, salones y laboratorios. Y eso era lo que me hubiera esperado. Pero bien, en Koslov habían logrado replicar un campus adentro de la ciudad, para continuar mi estado de sorpresa eterna. Habían edificios separados por parques arbolados, césped y caminos que imitaban la piedra. Los mismos edificios eran de distintas formas y tamaños, distribuidos de manera irregular como para simular una antigua ciudad. Lo que no habían logrado eran las texturas. Tenían un color anaranjado que, supuse, habría querido imitar al ladrillo cocido de las antiguas universidades europeas. O tal vez solo era el color de moda en ese momento.
El auto me llevó por varias calles que describían amplias curvas, esquivando los edificios centrales, hasta llegar a la puerta de uno ocre con franjas celestes. Ingresé y la recepción me estaba esperando. Era un robot androide, bastante primitivo en su diseño pero muy amable. Me extendió un pase que tenía una franja morada sobre un costado. El androide me señaló unas marcas en las paredes que indicaban a dónde tenía que ir. Debía seguir, por supuesto, las moradas.
Pasando la recepción había una escalera bastante importante que subía de a medios pisos. Subí un piso y medio y crucé un pasillo hasta llegar a otra recepción, esta vez una clásica pantalla sobre una puerta. No debí esperar mucho cuando salió el profesor Veliki por la misma.
--Me alegra que haya venido--me dijo--. Pase, por favor.

Entré a una sala extensa de color gris claro con el techo celeste. Habían mesas, sillas y escritorios separados por divisiones de no más de metro y medio de altura. Trabajaba mucha gente, aunque pocos me prestaron atención. Veliki me condujo por el laberinto de escritorios.
--Tomé nota de sus inquietudes--dijo mientras caminábamos--. Es un tema complejo que viene siendo discutido desde hace mucho tiempo.
--¿Los autómatas?
--La Inteligencia Artificial.
--No recuerdo haber dicho nada sobre eso.
--No, es cierto. Pero dijo que estaba aquí porque una persona conducía un automóvil y debía hacerlo una computadora.
Me sorprendió que lo recordara.
--La otra vez le dije que nuestro problema era que habían pocos programadores. En la Tierra la mayoría de las cosas ya están resueltas desde hace siglos. Agricultura, minería, ganadería, pesca. Todo ya ha sido probado y comprobado. Sí, siguen habiendo hambre, pestes y guerras, pero el planeta en su conjunto no peligra. Acá todavía estamos probando cómo crecen las plantas, cómo es la mejor manera de producir alimentos. Tenemos muchísimos biólogos trabajando en los invernaderos porque no podemos darnos el lujo de fallar. Se muere el invernadero y nos morimos todos. Nuestra principal tarea es hacer que las ciudades sigan flotando. Que el sistema siga flotando. En la Tierra, si algo falla la gente puede emigrar caminando. Acá no tenemos a dónde ir. No podemos equivocarnos.
«Tenemos más o menos resuelto lo básico, el procesamiento de la atmósfera. Nos falta el siguiente paso, cómo podemos obtener minerales de la manera más rápida y efectiva y cómo podemos fabricar todo lo que necesitamos. No podemos depender eternamente de las máquinas de la Tierra, es muy costoso. Hay muchísima gente dedicada a fabricar todo lo que necesitamos, que son infinitas cosas de las que no tenemos idea.
«Usted lo dijo, no entiende cómo es que las computadoras no realizan las maniobras de puerto o se encargan de la minería básica. La respuesta es que no hemos podido dedicarnos aun a resolver esas cuestiones--se detuvo y giró sobre sí mismo--. Mire a nuestro alrededor. Todas estas personas que están aquí son el principal equipo de programadores en Koslov, una de las mayores y más antiguas ciudades de Venus. La mayor parte del tiempo trabajan en mejorar los sistemas vitales de la ciudad. En cada ciudad hay un equipo similar, usualmente más chico, trabajando para mantener la ciudad *respirable*. Y no solo la atmósfera interior, sino el agua, la comida, el transporte, la seguridad, todo. Hay tantas cosas de qué ocuparse que no tenemos tiempo de dedicarnos a algo tan secundario como pilotear un dirigible. La gente lo hace mejor y más rápido.
«Usted, sin ir más lejos, piloteó un bote durante una emergencia con apenas un poco de entrenamiento. Para lograr que una computadora haga eso se requiere de un trabajo de años de diseño y perfeccionamiento. En algún momento lo haremos, cuando hayamos resuelto la mayoría de los problemas básicos y podamos empezar a dedicarnos a los problemas secundarios.
«Aunque--dijo mucho más pausado--, hay otra manera de encarar estos problemas. Con Inteligencia Artificial.
Nos detuvimos frente a una puerta que tenía pintado “мозг” como si fuera un graffiti.
--La programación clásica consiste en prever todos los problemas posibles que un sistema podría encontrar y detallar los pasos para resolverlos. La mayoría de las situaciones donde las computadoras parecen inteligentes son en realidad complejos árboles de decisiones. La Inteligencia Artificial, en cambio, consiste en un sistema que va a aprendiendo a resolver los problemas con “creatividad”, si me permite la expresión. Sí, también hay un árbol de decisión, pero además la capacidad de probar cosas nuevas e ir aprendiendo sobre la marcha.
«Una IA bien diseñada y construida puede arrancar como algo muy básico e ir creciendo con el tiempo. Se puede hacer supervisado o no. La ventaja es que una vez funcionando ya no se necesita tener un ejército de programadores, sino un equipo que vaya resolviendo cuestiones puntuales que la propia IA no pueda solucionar.
«Hay distintas maneras de encarar una IA. Pueden ser con un esquema clásico de procesadores

unidimensionales, donde todo se resuelve en memorias, o con un sistema distribuido que imite el entramado de neuronas de un cerebro animal. Nosotros hemos optado por el segundo.
Abrió la puerta y entramos a una habitación pequeña, de no más de diez metros cuadrados. Veliki me señaló, orgulloso, el único objeto en el lugar: un cubo azul de no más de medio metro cúbico, rodeado de metros de cables que lo conectaban desde cuatro costados. Solo el frente y arriba estaban lisos.
Debo admitir que no me impresionó.
--¿Es una computadora?--pregunté.
--Es más que eso. Es el primer cerebro electrónico completamente “vivo” que existe.
La forma en que dijo “vivo” me sorprendió.
--¿Vivo? ¿Vivo de respirar, comer y reproducirse?
--Y vivo de aprender, autorrepararse y defenderse.
--¿Defenderse?--la mala palabra de la Inteligencia Artificial.
--Defenderse de las agresiones externas. Es parte de autorrepararse. Verá, históricamente las computadoras solo podían hacer cálculos precisos si todos, absolutamente todos sus componentes funcionaban perfectamente. Una sola falla en miles de millones de partes podía desencadenar desde un error negligible hasta un verdadero problema. El paso lógico fue detectar los componentes fallidos e ignorarlos, algo que en una estructura rígida planteó un gran problema de escala porque un error al principio de la cadena inutilizaba toda la cadena. La aproximación se dio en el software, algo que es bastante complejo por las capas de información y almacenamiento. Además los datos se guardan “separados” de los procesadores. Y las células cerebrales no funcionan así, está todo junto.
«Entonces replicamos un cerebro con núcleos de procesadores y memoria entrelazados en una matriz tridimensional. Complejo a tal punto que para diseñar una se necesitaban más computadoras de las que teníamos. La solución vino por el lado de los microrrobots. Diseñando y construyendo una matriz tridimensional simple la misma computadora le decía a un equipo de microrrobots dónde hacer nuevas conexiones. De esta manera la computadora podía aprender y mejorar su rendimiento guiando a los microrrobots. A su vez, cuando un nodo fallaba alcanzaba con desconectar ese nodo y cambiar las conexiones. Solo quedaba el detalle del nodo muerto ocupando espacio.
«Para mantener el sistema ordenado diseñamos otro tipo de microrrobot que se encargaba de desarmar y sacar el nodo muerto, para liberar el espacio para nuevas conexiones. Pero teníamos el problema que con el tiempo cada vez habían menos nodos, aunque más interconectados. Entonces pensamos que si podíamos desarmar un nodo, también podríamos armarlo. Era más sencillo aun construir un primer cerebro con pocos nodos que fuera construyéndose a si mismo a medida que fuera aprendiendo. Como los microrrobots son estructuras simples diseñamos un tercer grupo que podía armar nodos. Bueno, en realidad fueron tres tipos diferentes, dada la complejidad de los nodos en su estructura interna. Para organizarlos tuvimos que dedicar una parte del cerebro de la computadora que diera las órdenes del ensamblado. Y funcionó. De pronto teníamos un cerebro electrónico que podía crecer en nodos y reemplazar los dañados.
«Esta replicación resolvió también el problema de la pérdida traumática de nodos. A medida que el sistema aprendía, cada nodo perdido provocaba una inconsistencia de datos, ya que cada nodo almacena parte de los datos. La replicación de datos, hasta ese momento, hacía caer la cantidad de memoria disponible. Pero multiplicando los nodos se podía duplicar y triplicar la información importante, aunque para esto hubo que enseñarle al sistema qué es importante y qué no. Pero esa es una cuestión de programación.
«Entonces surgió otro problema. De pronto teníamos cinco tipos distintos de microrrobots recorriendo el cerebro electrónico, realizando varias tareas al mismo tiempo. Es inevitable que fallen y dejen de funcionar, por lo que diseñamos un sexto tipo de microrrobot que se dedica a recorrer el cerebro buscando y retirando microrrobots defectuosos o muertos. A diferencia de los anteriores estos no necesitan de un control central para hacer su trabajo.
«Bueno, ya con seis tipos de microrrobots más los núcleos para armar, había que disponer de una interesante cantidad en almacenamiento para la vida útil del cerebro. Y surgió la pregunta, ¿cuánto pensábamos que tendría que durar este cerebro? No era una cuestión de obsolescencia prevista,

donde una computadora no duraba más de diez años porque a los cinco era reemplazada por una mejor. No, acá teníamos una computadora que aprendía y que se autorreparaba. No convenía descartar lo aprendido y el envejecimiento vendría dado por la falta de nodos y microrrobots para agregar y recambiar. Un cerebro con una provisión infinita de nodos y microrrobots sería virtualmente eterno.

«No tardamos mucho en diseñar y construir una factoría de microrrobots, las piezas más frágiles del sistema debido al continuo desgaste que tienen. Los seis tipos diseñados partían de un chasis básico único, al que después se le agregaban dos o tres módulos especializados. A veces los microrrobots dañados se les rompía uno de estos módulos o alguna parte del chasis. La factoría se encarga de evaluar el daño de un microrrobot y cambiar solo el componente dañado. De esta manera se hizo más eficiente el almacenamiento, alargando la vida útil a tal punto que con proveer de componentes una vez al año el sistema funcionaría sin problemas.

«Hasta que surgió lo inevitable. Un ácaro microscópico, de esos que viajan a lomos de las abejas, se logró colar en el cerebro electrónico del control de un invernadero y lo hizo añicos. Fue como una estampida de elefantes en una cristalería. El cerebro, imposibilitado de reaccionar, sufrió en silencio el embate del ácaro hasta que éste murió, dejando un tendal de nodos muertos y conexiones destruidas.

«Nos dimos cuenta que un dispositivo era hermético por un tiempo hasta que empezaran a aparecer grietas. La primera solución era diseñar microrrobots que se dedicaran a inspeccionar y sellar estas grietas. Recordamos que una de las primeras aplicaciones de microrrobots en la historia fue, justamente, la de corregir defectos. En el ínterin consideramos no solo una falla en el tiempo, sino un ataque estructural. ¿Qué tal si, por alguna razón, el cerebro recibía un daño externo severo? Podía ser un golpe, corrosión, o abrasión. No solo había que reparar el daño, sino estar preparado a una agresión extra. Es decir, el ácaro aprovechó una grieta para entrar, no la generó el mismo. Dependiendo del ambiente del cerebro, cualquier daño podría ser aprovechado por una infinidad de microorganismos, desde bacterias hasta hongos. Incluso podría recibir una agresión de otros microrrobots, unos diseñados para ocasionar un “sabotaje”.

«Sin llegar a tal punto de paranoia decidimos diseñar una estructura de detección y neutralización de amenazas. Un sistema de defensa simple, de tres tipos distintos de microrrobots, coordinados por el mismo cerebro para atacar agresiones externas. Como estos microrrobots estarían en modo de reserva y no se sabría qué tan grande podría ser la amenaza, la solución fue contar con un grupo pequeño repartido en todo el cerebro y modificamos la factoría para que, en caso necesario, se pudieran ensamblar rápidamente microrrobots de defensa. Incluso si la amenaza era muy grande, modificar microrrobots funcionales para integrarlos al sistema de defensa. Una vez pasada la emergencia se volvían a modificar o desmantelar. Eficiencia pura.

«A este punto logramos tener un cerebro electrónico que aprendía, crecía, se autorreparaba y defendía de las agresiones. Llegados a este punto diseñamos la capacidad de autorreplicarse, de reproducirse.

«Hace tiempo, con las viejas computadoras, bastaba con copiar los datos de un equipo a otro para duplicar toda la información. Con los cerebros no era tan sencillo porque la experiencia y la inteligencia estaba en una estructura tridimensional de nodos y conexiones. Duplicar eso requería duplicar la estructura. Volvíamos, entonces, al problema inicial de que el sistema eran tan complejo que no había manera de construirlo de una sola vez.

«La solución fue partir de un cerebro simple y construirlo de a poco, repitiendo el patrón de crecimiento del cerebro original. Bueno, no exactamente. Para acelerar el proceso diseñamos un nuevo tipo de microrrobot, uno que recorría el cerebro para copiar, en otro cerebro, la estructura de nodos y conexiones. Un cerebro no tiene real conciencia de cómo está construido, si la tuviera, solo sabría eso y no serviría para nada más. Entonces con un grupo de microrrobots que se dedican a recorrer los nodos se puede hacer un censo de la estructura e informarle a los constructores de nodos del cerebro nuevo cómo deben ir montando la nueva estructura. Es un proceso muy lento porque no hay espacio para que infinitos microrrobots recorran un cerebro, como tampoco hay infinitos microrrobots que puedan construir todos los nodos y conexiones al mismo tiempo en el

nuevo cerebro. Es un proceso que puede prolongarse por días y semanas, dependiendo de la complejidad del cerebro.
«¿Para qué hacerlo? Después del incidente con el ácaro y posterior diseño del sistema de defensa, nos dimos cuenta que un cerebro que aprendiera a combatir las amenazas estaría mejor preparado que uno sin experiencia. Además resultó más o menos para el mismo tiempo, que un cerebro en especial fue encontrando la manera de hacer más eficiente el uso de microrrobots de mantenimiento, extendiendo la vida útil de su almacén de partes. Este tipo de cosas fueron las que nos interesó replicar en los nuevos cerebros. Considerando que no hace falta duplicar "exactamente" un cerebro, solo la parte de supervivencia y experiencia adquirida, dotamos al diseño de reproducción con una lista de prioridades, donde la replicación se inicia en los métodos de eficiencia, luego de respuesta a amenazas y por último las tareas asignadas. Entonces prácticamente desde cualquier cerebro se podía reproducir uno nuevo, deteniendo la replicación antes de la copia de las tareas específicas de ese cerebro.
«Con estas posibilidades pudimos replicar los cerebros que mejor progresaban en sus tareas. Por ejemplo, el controlador de los invernaderos de la ciudad de Moroz aprendió a controlar a los insectos de una manera más efectiva que otros invernaderos. Para aprovechar esa experiencia replicamos ese cerebro primero a otros dos invernaderos y luego a seis más. De esta manera ahora tenemos a ocho invernaderos con la experiencia del primero y se pudo mejorar la eficiencia operativa de los mismos sin que intervinieran los biólogos.
«Esta tarea la hicimos de manera supervisada, es decir que estuvimos pendientes de qué se estaba copiando y qué no. Resultó tedioso en extremo, por lo que pedimos a la gente de programación que desarrollara el concepto de educación, que sea el mismo cerebro el que "explique" a los demás cerebros las nuevas experiencias. Esto no es nuevo, el concepto existe desde hace tiempo en informática pero con la nueva estructura cerebral hubo que reformular muchas técnicas y dedicar otra parte del cerebro a saber enseñar. No es lo mismo duplicar un cerebro que replicar un concepto. Los cerebros evolucionan de manera distinta y un mismo conocimiento puede tener estructuras diferentes, por lo que la replicación idéntica de los microrrobots no nos servía en este caso. El cerebro, ahora sí, era quien debía determinar qué se enseñaba.
«Costó muchísimo trabajo de los programadores y lo consiguieron, aunque demandó muchos nodos del cerebro para hacerlo. Suponemos que con el tiempo aprenderemos a hacerlo de manera más eficiente o el mismo cerebro lo hará, aunque no estamos tan seguros. El concepto de explicar algo es tan complejo que sorprende, más considerando que lo hacemos todo el tiempo sin darnos cuenta. De hecho lo estoy haciendo con usted en este mismo momento.
«Y llegamos al punto donde teníamos tantos microrrobots de tipos distintos funcionando que la factoría inicial terminó siendo un complejo sistema de administración, ensamblaje y desensamblado, atento a los stocks disponibles de partes que siempre estaba al borde del colapso. Por más eficientes que fuimos era imposible tener listas las partes que iba necesitando, por lo que tomamos la decisión final de construir una segunda microfactoría que se encargara de armar las partes que necesitaba la factoría. Esta segunda factoría, que en realidad estaba antes de la original, era provista de materias primas básicas lo que simplificaba el mantenimiento porque todo ocurría dentro del cerebro. Pero esto tuvo un costo importante en los recursos y tuvimos que sacrificar más del procesamiento del cerebro.
«Y así llegamos a lo que tenemos ahora, probablemente el cerebro electrónico más complejo y avanzado del sistema solar, capaz de procesar elementos básicos y convertirlos en microrrobots y nodos cerebrales, de crecer, aprender y enseñar lo aprendido, además de defenderse de amenazas físicas y autorrepararse. Sin embargo, es también el cerebro electrónico más inútil que existe, porque todas esas habilidades utilizan la casi totalidad de la capacidad de procesamiento. En términos evolutivos hemos alcanzado el nivel de un pez pequeño. Todavía no sabemos si estar orgullosos o decepcionados.
Me quedé en silencio tratando de asimilar la cantidad de cosas que me había relatado Veliki. Nunca dejé de mirar al cubo azul, que conforme me había ido contando me parecía cada vez más pequeño. ¡Tantas cosas ahí dentro! Era un microcosmos en sí mismo, una ciudad de pequeñas máquinas que

no solo replicaban nuestros cerebros, sino también nuestras propias sociedades.
Una máquina asombrosa que, sin embargo y según su creador, distaba mucho de las IA de la Tierra. Levanté mi mano para señalarlo, aunque no hiciera falta.
--¿Quiere decir que eso piensa como un pez?--pregunté.
--No, que tiene el nivel de inteligencia de uno. Entiende y sobrevive en el entorno que se encuentra. Puede tener una comunicación simple con sus pares e incluso, enseñarles habilidades aprendidas. Pero no es capaz de interactuar con personas ni intercambiar “ideas” con otras IA.
«Pero es un sistema que evoluciona. Por el momento es muy básico, estos cerebros están en blanco. Hasta ahora los hemos puesto a mantener vivos a los invernaderos. Pero también podríamos ponerlos a dirigir el sistema de agua de la ciudad. U organizar el tráfico exterior. Hay muchas posibilidades que se nos abren ahora. En cada caso tendrá que primero aprender cómo es y luego irá evolucionando dentro de ese esquema, diferenciándose cada vez más de los demás cerebros, aunque exteriormente se vea siempre igual. Lo que importa es cómo se organiza lo de adentro, si me disculpa el cliché.
«No tenemos idea de cuánto demorará. Tal vez semanas, tal vez años. Es como un niño al que le enseñamos a caminar y de ahí en más esperamos a ver a dónde se dirige.
Miré a la sala donde unas 50 o 60 personas estarían trabajando.
--¿Y toda esta gente alcanzó para programar todo esto?
--No, tenemos mucha colaboración de la Universidad de Moscú. Nos han asistido desde el primer día. Han sabido reunir gente con experiencia en las IA que nos evitó cometer muchas equivocaciones.
Recordé las “equivocaciones” de las IA en la Tierra. La última al menos, que yo ya vivía aunque era un niño y casi no me enteré del asunto hasta mucho tiempo después, cuando nos lo explicó un profesor de noveno año que había perdido su casa y vivió dos meses en una carpa en una plaza de su ciudad. Una IA, esperando ayudar a la gente, no tuvo mejor idea que repartir los fondos bancarios en partes iguales para que nadie tuviera más que el vecino. “La IA Socialista”, la llamaron. El problema fue que como no podía tocar las reservas bancarias, duplicó el dinero de un momento para el otro. El caos financiero que generó fue descomunal. Una gran parte de la población, al darse cuenta del dinero “nuevo”, lo gastó de inmediato. Otra parte los convirtió en acciones, divisas o lo que tuviera a mano para tratar de ganar un extra. Muchos sospecharon que algo había pasado y compraron metales para resguardar la inversión. Los flujos de dinero saturaron los canales. En una situación similar décadas atrás el sistema colapsaría y detendrían todo para analizar qué había sucedido. Pero la IA estaba manejando el sistema y autorizó cada una de las transacciones. Hubo una inflación mundial del 100 por ciento en seis horas.
Al día siguiente ya nadie tenía idea de cuánto valían las cosas. Los precios se habían disparado. Una parte no vendía porque no sabía cuánto pedir y el resto vendía pero al valor que más le parecía. Hubo caos y desesperación entre la gente. Disturbios, saqueos, muerte. La situación alrededor del planeta se salió de control y los gobiernos decidieron aplicar las leyes más duras. Para la noche del segundo día las cosas se habían calmado, pero muchos no pudieron regresar a sus casas porque los sistemas habían determinado que ya no eran propietarios de sus viviendas o que eran insolventes para alquilar una. Cientos de empresas habían reducido personal siguiendo protocolos preestablecidos y se quedaron vacías de un día para el otro.
La IA nunca entendió por qué su plan había fallado. Estaba tan ocupada con las transacciones que la desconectaron antes de pedirle que se detuviese a reconsiderar. Habían confiado tanto en la tecnología que solo consiguieron el colapso económico más rápido en la historia de la Humanidad. Tal vez era una buena idea tener una IA que solo pensara como un pez.
Salimos del pequeño cuarto y empezamos a desandar el camino a la puerta de salida.
--Siempre habla de los invernaderos en plural--observé--. ¿Eso quiere decir que hay un cerebro por cada nivel?
--Hay uno para toda la ciudad--señaló al cuarto del cubo azul--, aquel.
Me corrió un cosquilleo raro por la nuca. En todo el tiempo que estuvimos no se me había ocurrido pensar que estaba conectado a algo. Siempre supuse que se trataba de algún prototipo para

experimentación. No me gustó darme cuenta que estaba ocupándose de los invernaderos de toda la ciudad mientras estábamos ahí sin que evidenciara actividad. Me gustaba saber que las computadoras estaban haciendo algo, aunque fuesen luces titilando sin sentido.
--¿Entonces los demás que mencionó van a otras ciudades?
--Otras ciudades y a las estaciones. Estamos rodeados de estaciones agrícolas que también producen alimentos. No hay espacio en la ciudad para producir para todos los que vivimos aquí, más de la mitad se produce afuera.
Ahí terminé de entender el continuo movimiento de botes en los puertos.
--¿Justifica un cerebro en una estación?
--¿Con un invernadero? Sí. La complejidad de los invernaderos es tal que requiere de una importante cantidad de personal que esté haciendo ajustes de manera continua. En una ciudad se puede hacer, pero en una estación, donde la cantidad de personal disponible es limitado, no hay suficientes personas que puedan ocuparse de todo al mismo tiempo. Los cerebros resuelven un aspecto importante de los invernaderos y el personal entonces puede dedicarse al resto de las tareas.
--Dermichev no tiene estaciones agrícolas que sepa.
--No, no las tiene. Es una ciudad con poca población, lo que producen les alcanza.
--¿Y tienen un cerebro también?
--No. Aparte de nosotros solo hay cuatro ciudades con nuestros cerebros. Cada uno es artesanal y requiere de un importante esfuerzo para la puesta a punto. Nos gustaría poder ser más veloces para también resolver otras cuestiones como el tráfico aéreo. Pero como le dije anteriormente, faltan programadores. Seguiremos ocupándonos de la comida por un buen tiempo.
Le di la razón. Mal que mal, las demás actividades se podían resolver a pesar de la falibilidad humana. Había huido de un planeta buscando lugares automatizados, solo para encontrarme que casi todo era manual. Pero esta gente estaba buscando también lo mismo que yo. Las IA no eran perfectas, pero cuando andaban bien eran mucho mejores que docenas de personas trabajando juntas. Que se pudieran ocupar de la comida ya liberaban recursos humanos para el resto de las actividades. Ya habría tiempo de mejorarlo o arruinarlo en grande.
Me despedí de Veliki y su grupo de programadores. De regreso al puerto repasé un poco la visita y me sorprendió lo extensa que había sido. Fue un muy largo rato donde Veliki me había abrumado con su relato al punto que me costó seguirle el ritmo. No entendía entonces por qué me había explicado todo eso con lujo de detalles. No había tenido necesidad de hacerlo, hubiese alcanzado con un resumen y listo. Pero, de alguna manera, supo lo que iba a pasar y se adelantó. ¿Su cerebro de pez calculó, además de las lluvias de otoño, el futuro que nos volvería a encontrar? Creo que nunca lo sabré con certeza.

¿Qué podemos hacer
en un planeta que
gira tan lento?

Disfrutar de los
largos atardeceres.
Pura belleza.

En otra de mis visitas, no recuerdo si en la siguiente del cerebro electrónico o más adelante, estaba almorzando con Mayra cuando reconocí a un hombre sentado a dos mesas de distancia. Habría pasado desapercibido de no habérsele caído un vaso al piso, generando la atención de medio restaurante. Su rostro me resultó familiar, ya lo había visto dos veces desde mi llegada a la ciudad y eso había ocurrido hacía solo tres horas. Demasiada coincidencia.
--Un cuarto de millón de personas y es la tercera vez que lo veo desde que llegué--le comenté a Mayra--. Es como si me estuviera siguiendo.
--Te están siguiendo desde hace dos meses.

Su respuesta me descolocó, y la naturalidad con que lo dijo me asustó. Tardé largos segundos en articular las palabras.
--¿Cómo que desde hace dos meses? ¿Y nunca me lo dijiste?
--No hacía falta. Es algo normal que sigan a la gente, en especial cuando estuvo investigado.
--¿Pero dos meses?
--Tal vez desde antes. Hace dos meses me di cuenta que te seguían, pero puede ser que lo hagan desde que llegaste a Venus. Uno nunca sabe.
--Y así, tan tranquila.
Se puso un bocado de tarta en la boca y asintió brevemente. Esperé a que terminara de masticar y me extendiera la respuesta.
--¿En la Tierra no vigilan a la gente?--preguntó.
--Bueno, sí, pero con cámaras y chips y todo eso. Nunca supe que lo hiciera una persona directamente. Es un tanto... primitivo.
--Tal vez sea primitivo, pero sirve. No hay tantas cámaras y si seguir a alguien desde una pantalla es lo mismo que seguirlo a pie, se lo sigue a pie. Hay demasiados recovecos en las ciudades como para tener todo cubierto. Si no te detuvieron o hicieron notar que te seguían no te preocupes, que no te van a meter preso ni nada.
--¿Y entonces por qué me siguen?
--Para saber qué clase de persona eres. No eres el primer sujeto que vino escapando de algo en la Tierra. Hay mucho loco desquiciado que hay que interceptar antes de que se le ocurra poner una bomba.
No pude contener una risita nerviosa.
--Pero las pruebas psiquiátricas demostraron que no voy a cometer un atentado.
Mayra suspiró sonoramente.
--No, pero chocaste un dirigible contra un carguero. Sí, fue un accidente, pero... tal vez la próxima vez no sea un accidente. La gente puede perder la cabeza después de un tiempo aquí. Eso no se ve en las pruebas cuando uno viene para acá.
Esta vez fui yo el que suspiró.
--¿Y por qué no me hacen nuevas pruebas y listo?
--Porque las pruebas se pueden falsear, pero seguirte las 24 horas da otro tipo de información. El caballero de esa otra mesa no es un policía, debe ser un psicólogo que está tomando nota de esta conversación. Probablemente dejen de seguirte ahora que lo sabes.
--¿Y cómo sabes todo esto?
--Porque ya pasé por todo esto cuando me dieron el trabajo del invernadero. Fue menos tiempo y me lo dijeron en una segunda prueba. Lo hacen con todas las actividades que consideran críticas. Por eso, relájate y haz como si no fuera tan importante.
Intenté seguir su recomendación, pero me fue imposible. La idea de estar vigilado empañó la velada. Ni siquiera me sentí tranquilo cuando esta persona dejó el restaurante. De seguro otro lo habría reemplazado sin que yo lo notase. Se había terminado mi breve romance con Koslov. De ahora en más solo Mayra valía la pena.
Y ese incidente generó otro al poco tiempo. En las semanas que pasé en Koslov no escribí ningún reporte pero lo hice al volver a Dermichev. Otro de los regresos a la normalidad. Pero después de enterarme que me seguían dejé nuevamente de escribir. Me sentí un poco más relajado por un tiempo, pero no llegué a disfrutarlo.
Sucedió mientras almorzaba un sándwich sentado ante una mesa pequeña junto a un puesto en la calle. La gente pasaba caminando a unos pocos centímetros. De pronto un hombre se sentó frente a mi con la mirada fija en mis rostro. No llegué a decirle que quería comer solo.
--¿Por qué ya no le deja mensajes a Iván?--preguntó.
Me tomó por sorpresa y por un momento sentí pánico. No supe si responderle o lanzarle el sándwich a la cara y huir.
--Me están siguiendo--atiné a murmurar.
El hombre abrió los ojos pero no dijo nada. Miró a ambos lados, se levantó y desapareció entre la

gente. Me quedé inmóvil un buen rato más, sosteniendo mi sándwich a medio comer, esperando que sucediera cualquier cosa. Ya no podía estar tranquilo en ninguna parte.

Al poco tiempo tuvimos una baja en el equipo. Sasha nos dejó por razones que no explicó con claridad. Nunca supe si se iba de la empresa, de la ciudad o de Venus y si volveríamos a verlo. Vino un día que estábamos preparando una campaña y nos comunicó su decisión. Hicimos un brindis de despedida y dijo unas pocas palabras de agradecimiento para cada uno. Cuando llegó a mi, concluyó con un “cuidado con abrir la boca, tu buena suerte no será para siempre”. No supe qué responderle.
El reemplazo para Sasha llegó ese mismo día. Se llamaba Jerry Hayder. Era alto y delgado, rostro ovalado y nariz ancha. Tendría unos 30 años y hacía tres que había llegado al planeta. Hizo varios trabajos en la ciudad antes de subirse a los botes. Siempre en mantenimiento. Conocía recovecos a los que nunca me hubiese atrevido meter. También tenía una visión de las cosas que difería en gran medida del resto de la gente. Me lo hizo saber a los pocos días, durante el desayuno, mientras le hacía un breve repaso de mi vida:
--¿Qué es Venus, en realidad?--me preguntó de improviso-- ¿Cuál es su sentido espiritual?
--¿El infierno?--no pude resistirme a responder con el cliché.
--¡Jajaja!--rió sonoramente-- No, el infierno está allá abajo--respondió haciendo ademanes con las manos--. Esto, mi amigo, es el limbo.
--¿Limbo?
--Así es. El limbo es un lugar que no es cielo ni infierno. No es nada, un lugar vacío de color y forma, un no-lugar para los que deciden terminar su vida voluntariamente viniendo a un planeta monótono. Somos los condenados al olvido.
Rescaté, de alguna forma, vagos recuerdos de mis enseñanzas teológicas.
--El limbo es para los no-bautizados, no para los suicidas--rectifiqué.
Jerry me miró con expresión confusa, como si le hubiera derribado la columna sobre la que sostenía sus ideas.
--Tal vez sea así--respondió luego de largos segundos--, de todas maneras para la mayoría de la gente la palabra “limbo” refiere a un espacio carente de emoción ni sufrimiento.
--¿Y Venus es así?
--¿Nunca lo pensaste? Afuera hay una bruma que no deja ver las estrellas ni el suelo. El aire nos obliga a vivir encerrados en cápsulas donde las condiciones se mantienen inmutables. La temperatura es siempre la misma. Lo mismo la humedad. No hay viento, ni lluvia, ni verano ni invierno. Los árboles olvidaron el otoño. Nosotros olvidamos el frío. Todos los días son exactamente iguales a los anteriores. La vida es desesperantemente monótona.
Pero no lo era. No en mi caso, al menos. Llevaba en el planeta casi un año y todavía encontraba cosas que me sorprendían. Sí, habían días repetitivos que olvidaba rápidamente. Pero también momentos de descubrimiento continuo, como la vez que fui al departamento de Mayra y me percaté de un detalle que había ignorado hasta entonces. A la derecha de la ventana se encontraba lo que en un principio me había parecido un cuadro abstracto. Era una especie de mandala desequilibrada, con una mitad ligeramente más clara que la otra e inclinada hacia la derecha, como si fuera un relieve enfocado desde cierto ángulo. En la segunda visita la mitad oscura estaba totalmente a la izquierda y la clara a la derecha. Resultó que era un reloj solar, modelo venusino, que indicaba el día y la noche indistintamente del reloj social que regía nuestro ritmo biológico. Le pregunté cuál era el sentido del reloj si tenía la ventana, y Mayra me dijo que de esa manera podía saber si era de día o de noche antes de aclarar la ventana, para no tener que encandilarse cuando se iba a acostar o que el amanecer la sorprendiera en pleno sueño. Le comenté que bien podría ajustar la ventana para que lo hiciera de manera automática, pero me respondió que prefería tener alguna mínima sensación de control manual de las cosas.
Nostalgias de mundos antiguos.
Y a raíz del descubrimiento del reloj de Mayra, noté que no era el único "mandala extraño" que veía. En varios lugares públicos, usualmente plazas y puertos, habían unas complejas figuras

geométricas, usualmente circulares. Por supuesto, giraban y nunca las veía en la misma posición. Había asumido que serían alguna forma de arte venusina, pero resultó que eran relojes para los transeúntes, para que no olvidaran que existía un mundo exterior regido por el Sol y la rotación del planeta.

--¿Verdad o reto?--preguntó Mayra una mañana mientras tomábamos un desayuno en su departamento.
--Verdad.
--¿Estás seguro que viniste solo para cambiar de paisaje?
Me quedé helado.
--¿A qué te refieres?--pregunté lentamente.
--La gente que viene a Venus no siempre es clara con sus intenciones, pero tarde o temprano demuestran por qué vinieron. Es al menos una de tres: aventura, dinero o problemas. Están los que vinieron a colonizar un mundo nuevo y están los que vinieron a hacer fortuna. Yo creo que eres del tercer grupo, de los que tuvieron problemas en la Tierra y éste es el único lugar al que pudo ir. ¿Estoy en lo cierto?
Dudé en responder.
--¿Reto?--pregunté.
Sonrió.
--A ver... tendrás que cruzar caminando el estanque de peces más cercano.
No me convenía. Hacer eso podría significarme una semana en prisión.
--Ya no me gusta el juego.
Su sonrisa desapareció.
--¿Qué pasó?--insistió.
--Ya te dije, perdí a mi familia y vine a empezar una nueva vida aquí.
No soné muy convincente. El rostro de Mayra fue mutando a una expresión más seria.
--Ilan, ¿qué problemas tuviste en la Tierra?--preguntó. Su voz denotaba preocupación.
--No, es como te conté.
Se quedó pensando unos segundos.
--Es bien poco lo que se de tu pasado. Casi no hablas y cuando te pregunto te escudas en tu trauma--hizo otra pausa--. ¿Hay algo que no estás queriéndome decir?--una pausa más, donde me pareció que ató más cabos-- ¿De quién estás huyendo?
Respiré profundamente antes de empezar a hablar.
--El psiquiatra que me trataba declaró ante una junta médica que yo estaba demasiado traumatizado para trabajar y, además, que me había convertido en un peligro para la sociedad. Fue porque estaba planeando vengarme del asesino. La junta médica recomendó a un juez que me declarara “persona de peligro social” y quedé marcado. No podía ir a ninguna parte de la Tierra donde no me vigilaran y me consideraran un potencial terrorista. ¡Un terrorista! ¿Entiendes? Yo, al mismo nivel de los que ponen bombas. Mi vida se convirtió en una pesadilla.
«Entonces decidí emigrar. Solo Marte y Venus aceptan gente sin hacer demasiadas preguntas y de los dos me pareció que acá las cosas estaban mejor desarrolladas. Y porque el viaje es más corto.
Creo que quedó algo descolocada con lo que le dije.
--¿En verdad estabas dispuesto a asesinar a otra persona?
--Malena perdió tres embarazos hasta que pudieron encontrar el problema. Nos costó mucho poder pagar el tratamiento que permitió que Micaela naciera. Fue muy difícil pero lo pudimos hacer. Y de pronto, de la nada, aparece un idiota y destruye todo. Años de pelear, de ahorrar, de no estar seguros de querer intentarlo o no. Destruido. Las alegrías, las tristezas, los desafíos. Todo. No lo iba a dejar así. No lo iba a dejar salirse con la suya.
--¿No iba a terminar preso?
--Parecía que no. Al parecer en algunos lugares conducir sin computadora no es un agravante. Fue un homicidio no intencional, un accidente. A lo sumo tendría prisión en suspenso y la prohibición de conducir y nada más. Mientras yo estaba deshecho, arruinado. No lo iba a dejar pasar.

--Pero murió antes.
--Sí, en otro despiste. Mientras esperaba el juicio. Justicia poética, dijeron algunos. Karma instantáneo, otros. Yo solo sentí frustración.
Se quedó mirándome en silencio por varios minutos. Yo ni me moví.
--¿Cómo lograste que te dejen subir a la nave con ese diagnóstico?
--Insistí en que fue hecho durante un mal momento que ya había dejado atrás. Tuve que hacer varias pruebas y golpear muchas puertas hasta que me dejaron venir--hice una pausa de muy largos segundos--. Entenderé si ya no quieres verme.
Suspiró y me quedó mirando con una expresión neutra. Supuse que estaría rumiando lo que le dije. Empecé a hacer mis valijas emocionales cuando respondió:
--No creo que nadie en Venus tenga la conciencia tranquila de lo que tuvo que dejar atrás. Si dejaste esas ideas en la Tierra, bien, lo acepto y podemos continuar con esto. Pero donde hagas un comentario o una acción equivocada, te denuncio al primer guardia que encuentre. ¿Estamos?
Asentí y fue como un alivio a medias. Al menos me había sacado ese peso de encima.

Luego de un tiempo recuperamos nuestras rutas y con ella los vuelos regulares a Koslov. Al parecer alguien en la compañía consideró que Alek y yo éramos más eficientes que la gente del Uliana para cumplir los pedidos. Además yo me paseaba alegremente por Koslov y lo más grave era que me siguieran como una sombra. Esto fue un alivio para mi porque podía ver a Mayra con mayor frecuencia aunque, para ser honesto, a veces no resultaba fácil poder vernos tranquilos cuando iba al invernadero. Siempre estaba con el tiempo justo y no era raro que nos demorásemos más de la cuenta. Eso complicaba un poco las cosas con el puerto y la compañía. Mis compañeros eran muy comprensibles y siempre reportaban alguna excusa que me evitase alguna sanción.
De todas maneras continué yendo cuando juntaba días libres. Como nos veíamos con un poco más de regularidad reunía varios francos para estar dos o tres días y no solo unas horas. Me quedaba en el departamento de Mayra y así pude compartir más tiempo con ella aunque no tanto con su hijo. Por las noches se iba a la casa de una amiga de Mayra y así podíamos tener algo de intimidad. Además Joaquín no podía dormir cuando yo estaba. Se acostaba en la sala, en un sofá que se convertía en una cama. Quedaba separado del “dormitorio” por una hoja de papel y fue evidente que le resultaba molesto escucharme respirar mientras dormía. Abrigaba la esperanza de que fuera algo temporal o nuestra relación quedaría estancada a estos encuentros casuales. Ya llevábamos un buen trecho como para abandonar el camino recorrido.
El departamento en sí cada vez me parecía más cómodo. Podía imaginarme viviendo ahí. Mi propia vivienda en Dermichev se veía cada vez más pequeña, oscura y lejana. Y la ventana al patio me resultó cada vez menos interesante en la medida que me iba acostumbrado a los cambios de tonalidad de la ventana hasta que, una vez, estando en lo de Mayra me desperté en medio de la noche. El departamento tenía una luz extraña, que en nada se parecía a la iluminación que venía conociendo. A mi lado Mayra respiraba regularmente, sumida en un sueño profundo. Corrí la sábana, dejando la mitad de su cuerpo al descubierto, y me levanté despacio. No se despertó. Salí del dormitorio y caminé a la ventana, que sin saberlo habíamos dejado transparente. Amanecía. La luz extraña era el largo amanecer de Venus. La ciudad proyectaba una sombra que se fundía entre las nubes. La sombra crecía y se reducía por momentos. Era un movimiento suave, pausado. Quedé hipnotizado por los juegos de luces, los matices de tonos amarillentos y anaranjados, el movimiento de las sombras. Sin percatarme al principio, las nubes se fueron abriendo y formaron un valle que se extendía kilómetros hacia arriba y que se torcía hacia la izquierda. Arriba, muy arriba, el cielo era blanco y deslumbrante. Abajo, era gris con jirones más oscuros, tímidas ventanas a la superficie del planeta, todavía en sombras.
El valle se torció aun más y se replegó en un remolino vertical. Las paredes colapsaron en bucles dorados que cayeron en cascada. A la derecha, una masa de finas hebras se elevaba, derramando una ola sobre esferas de algodón. Estas se reconvirtieron en una sola masa densa que se alisó y empezó a girar hacia la izquierda, al mismo tiempo que desde más lejos sucedía algo parecido pero en dirección contraria. El valle empezó a abrirse de nuevo pero no duró más que unos segundos

antes de volver a cerrarse.
Muy por encima, donde ya no llegaba mi vista, las nubes se abrieron y cayó un brillante rayo de Sol que se internó entre las nubes. Las siluetas de las antenas y de un edificio de la cúpula que estaba sobre nosotros quedaron impresas en la pared amarillenta. Una columna trepó por el casco de la ciudad y subió hasta ocultar el rayo de Sol. Pero no por mucho tiempo, porque se deshizo y decenas de haces de luz dibujaron singulares figuras en las nubes. Entonces desde muy alto se acercó una pesada masa y se volcó en remolinos contra la ciudad. Las sombras ganaron la batalla y empezó a llover sobre la ventana, dejando hilos de ácido que escurrían hacia las profundidades infernales. Opaqué la ventana y la habitación quedó a oscuras. Volví a la cama. Mayra seguía durmiendo, ajena al espectáculo que acababa de presenciar.
--¿Ahora entiendes por qué tengo una ventana?--preguntó en un débil susurro.
Sonreí, aunque no pudiera verme. Acaricié su piel suave y me entregué nuevamente al sueño.

¿Qué decía el anciano?
Antes de lanzarte
al vacío, piensa.

Regresábamos a Dermichev después de pasar un día complicado en Koslov. No por mis demoras románticas con Mayra sino por algún error en el manifiesto donde un paquete resultó ser mucho más grande y pesado de lo informado originalmente. Pese a nuestras protestas, no pudimos rechazarlo por lo que hubo que sacrificar algunas cosas que no agradaron ni a Georgi ni a Jerry.
Por lo tanto estábamos realmente pesados. Habíamos cargado al Andrea al límite de su capacidad y pudimos hacerlo porque debíamos viajar por la capa inferior, muy cerca del límite seguro. Dejamos buena parte del lastre en Koslov, previendo que lo recuperaríamos en la primer escala que haríamos camino a Dermichev, donde dejaríamos parte de la carga para que otro bote lo repartiera entre las estaciones.
Este primer trayecto era el más largo mientras recorríamos el oblast de Koslovo. Fueron tres días de intranquilidad y al cuarto ya nos sentíamos con más confianza. Un día más y volveríamos a la normalidad.
No llegamos al cuarto día.
Esa noche me desperté tosiendo. Tenía la garganta seca y apenas podía respirar. Abrí los párpados y el ardor fue terrible. Sentí miles de pinchazos en los ojos y se me cerraron y no los pude volver a abrir. Tenía la nariz saturada de azufre y me di cuenta que los oídos se me inflamaban. Me dejé caer de la cama y a tientas abrí la puerta bajo el armario. Saqué la máscara y me la puse como pude. El filtro empezó a trabajar de inmediato y el oxígeno finalmente llegó a mis pulmones. No dejaba de toser y sentía que la habitación giraba sin control. Con dificultad y aún sin poder ver saqué el resto del traje y me lo puse. Se me complicó ponerme los guantes, tenía las manos secas y se me resbalaban las cosas.
Me quedé tendido en el suelo unos minutos, respirando pausado. La tela de la máscara y del traje se me pegó a la piel y fue reaccionando con el ácido, neutralizándolo. El alivio llegó despacio y cuando finalmente pude abrir los ojos fue volver a tener control de la situación. La habitación estaba iluminada con la luz roja. Parpadeaban varios indicadores del panel de información pero no había ninguna alarma sonora, la que debió despertarme mucho antes de hacerlo por la tos. Tampoco se escuchaba la del pasillo, lo que era raro. Pensé, por un momento, que solo estaba afectando a mi habitación. Busqué brevemente algún orificio en la ventana o sobre la pared externa. Descarté la hipótesis cuando me di cuenta de que los demás también debieron ser alertados. No, el problema real era que la alarma no funcionaba. Fuera lo que estaba ocurriendo, era claro que varias cosas habían fallado a la vez.
Me levanté aferrándome a la pared. Todavía tenía algo de vértigo pero podía moverme con cierta seguridad. Abrí la puerta y salí al pasillo. También estaba iluminado en rojo y con los indicadores

parpadeando. Se escuchaba, ahí sí, una alarma sonora a lo lejos.
Quise llamar a mis compañeros pero mi voz fue un gemido lánguido. El ardor iba cediendo con cada inhalación, pero la garganta seguía sin responder. Además mi traje parecía no tener intercomunicador, lo que era un grave problema de seguridad. ¿Dónde estarían mis compañeros? Crucé al comedor donde funcionaba la alarma y la escuchaba perfectamente a pesar de la máscara. Recordé el accidente del Valeska y por un momento se me heló la sangre al recordar la explosión, al pasajero muerto en su camarote y a los dos tripulantes flotando en sus salvavidas. Por las dudas decidí alejarme de la bodega así que caminé hacia la proa, en dirección al puente. Tenía la vaga idea de que no había nadie comandando la nave. Como había imaginado, el puente estaba vacío. Habían alertas en todas las consolas. Me fijé en la navegación y estábamos a la deriva pero relativamente estables. Perdíamos algo de altitud pero dentro de lo controlable. La consola más frenética era de la bahía de carga. Al parecer una de las puertas estaba filtrando el aire exterior, lo que explicaba la atmósfera ácida.
Supuse que necesitarían ayuda por lo que agarré un intercomunicador y llamé al depósito. Georgi me respondió que la puerta de babor se había descolgado y perdido el sellado. Estaba con Alek y Jerry tratando de soldar la puerta para cortar la filtración. Salí del puente hacia el depósito. Bajé la escalera y estaba llegando cuando escuché un golpe seco y sentí estremecer el piso. Alek gritó algo incomprensible y empecé a correr a la bahía de carga. Pero alcancé a dar solo dos pasos antes de sentir que algo me levantaba en el aire y me arrojaba de nuevo hacia el pasillo. De nuevo olí el azufre a pesar de la máscara y volvió el ardor a mi garganta. La voz de Georgi fue clara cuando lo escuché gritar que la puerta había terminado de romperse y que había que subir. Esto último fue un grito desesperado. Sin la puerta conteniendo la atmósfera exterior ésta entraba como un viento ácido a llenar el dirigible, rompiendo el equilibrio que nos mantenía a flote. Si no arrancábamos el motor para forzar el dirigible hacia arriba caeríamos hacia la superficie, hacia una muerte segura.
Me levanté sintiendo un viento que me empujaba y corrí por el pasillo. Agitado por la adrenalina respiré el ácido que la máscara no llegaba a filtrar del todo y sentí que el ardor entraba cada vez más profundo por mi garganta hasta mis pulmones. Cada respiración era más dificultosa y la vista empezó a nublarse de nuevo. Antes de llegar a la escalera me tropecé y caí violentamente al suelo. Intenté levantarme pero mis fuerzas me abandonaban. Quedé tendido en el suelo, escuchando las bocinas de alerta y sintiendo cómo el aire se hacía cada vez más pesado y caliente. Estábamos cayendo, hundiéndonos en el infierno de la atmósfera de Venus.
Mi último destello de consciencia antes de desvanecerme fue el deseo de regresar al bosque de frutales y probar de nuevo la ciruela que me había dado Mayra cuando creí que mi vida en Venus había terminado.

Cuando desperté lo primero que vi fue el rostro sereno de un enfermero. Manipulaba algo a mi derecha. Me miró, tomó una pequeña linterna de su bolsillo y revisó mis pupilas. Luego guardó la linterna y dijo algo que no entendí. Los sonidos se mezclaban como cuando uno está sumergido en el agua. Me encontraba aturdido, a medio camino de la conciencia. Anotó algo y operó un equipo junto a mi cama. Volvió a hablar. Seguí sin entender, pero me di cuenta que no se dirigía a mi. Había otra voz que tampoco podía entender. El enfermero estaba concentrado en el equipo y de pronto sentí como si se aliviara una presión en un costado de la cabeza. Seguido a eso noté los sonidos con un poco más de claridad.
--¿Qué hora es?--pregunté. Fue lo primero que me pasó por la cabeza.
--Las once y cuarto--respondió una voz que no vi pero sí entendí.
Giré la cabeza y vi otra enfermera. O sería una médica, ahora no lo recuerdo. Hizo un ademán hacia la puerta. Dirigí la mirada hacia allá y vi a Mayra entrar a la habitación. Sonreía.
Intenté incorporarme pero me resultó inútil. Estaba muy débil. ¿Cuánto tiempo llevaría en el hospital? Más que la hora, de pronto me preocupaba el día en el que estaba.
--Hola, bonito--dijo Mayra--. ¿Cómo estás?
Pregunta difícil que había hecho. No tenía idea de cómo estaba. Estaba desorientado, somnoliento, débil y medio sordo. Pero no tenía dolor. *Nada de dolor*. Recordé el ácido caliente antes de

desvanecerme. Debían estar dándome unos analgésicos muy fuertes, nadie sale indemne del ácido caliente.
--Bien, creo--respondí.
Los calmantes podían explicar mi sensación general. Mi cuerpo estaba dormido y seguramente me habrían tenido en algún coma inducido del que me acababan de sacar.
--Señor Sdrei--dijo la médica--, ¿me escucha bien?
--Sí.
--¿Siente alguna debilidad? ¿Alguna dificultad para moverse?
--No me puedo mover nada--respondí casi susurrando.
La médica le dijo algo al enfermero quien seguía operando la máquina a mi lado. Segundos después empecé a notar un cosquilleo en los dedos de las manos y en las plantas de los pies. Pude cerrar un poco el puño y fue una sensación maravillosa el poder controlar los músculos. Al menos unos instantes hasta que apareció un dolor punzante en el pecho y en los oídos.
Antes que pudiera emitir una queja, sonó un pitido suave en la máquina y el enfermero hizo algo que me inundó de calmantes. No me podía ver, por supuesto, pero debía tener algún tipo de escáner y una sonda que enviaba las drogas directamente al cerebro.
Nuevamente perdí control del cuerpo, pero no me importó. Por un lado ya tenía la certeza de que al menos tenía sensibilidad en manos y pies, o sea que estaba en una pieza. Eso me dejaba tranquilo. Por el otro lado el dolor estaba demasiado cerca de la inconsciencia y podían decidir dejarme en coma más tiempo indefinido.
Mayra y la médica intercambiaron algunas palabras. Ella y el enfermero se fueron y Mayra se paró a mi lado. Sujetó mi mano izquierda y me sonrió aun más.
--Todo va a salir bien--me dijo.
No se si le sonreí como respuesta o solo entorné los ojos. Como sea, entendió.
--¿Qué me pasó?--susurré.
--Tuviste quemaduras en la nariz, garganta y pulmones. Te desmayaste por la hipoxia. Georgi te encontró y te metió en una cápsula de salvamento, donde los encontraron medio día después. Pasaste los últimos ocho días en coma, esperando a que tus pulmones se regeneraran un poco. Te sacaron el respirador hace unas horas.
¿Solo ocho días? ¿Qué me estaban dando? ¿Sería ese el dolor que sentí, el de mis células trabajando a marchas forzadas?
--¿Hace mucho que estás?
--Ocho días.
La amé. La amé mucho más de lo que la venía amando los últimos meses. La amé tanto que quise gritarlo pero las drogas me lo impidieron de alguna forma pero no me importó.
Me limité a decírselo en un susurro.

Volví a quedar inconsciente por un tiempo indeterminado. Creo que no fue más de un día. Cuando desperté la médica me miraba fijo.
--Buenos días--me dijo. La escuchaba con notable claridad--. Si me oye bien, mueva todos los dedos de las manos y los pies.
Hice lo que me pidió. Para mi sorpresa y alegría, moví y sentí los dedos de la mano rozando las sábanas. Hice lo mismo con los pies. No hubo dolor, apenas una molestia en el pecho.
--¿Cómo se siente usted?--me preguntó.
--Mucho mejor--admití.
Dio una orden a la enfermera que manipulaba la máquina a mi lado. No noté ningún cambio y eso fue un alivio. No quería volver a la inconsciencia. Se retiraron en silencio y escuché voces provenientes del pasillo. Abrigué una breve esperanza que apareciera Mayra, pero en cambio entraron dos hombres. Lo único que recuerdo es que eran notablemente parecidos uno con el otro.
--¿Estibador Ilan Baró Sdrei?--preguntó el que estaba a la izquierda. Asentí--. Somos de la Comisión que investiga el siniestro en el bote de mantenimiento Andrea. Necesitamos que nos de una primera declaración de lo ocurrido. Sus compañeros ya realizaron las suyas y solo nos falta

completar con usted.
--No hace falta que entre en detalles--intervino el de la derecha--. Alcanza con un resumen de lo que ahora recuerde. Más adelante podrá ampliar su declaración.
Miré a ambos y dudé por un momento de responderles o apelar a algún dolor. Las “ampliaciones” fueron moneda corriente con el Tania. Tal vez un accidente aislado sería menos complicado que un choque de dirigibles a metros de una ciudad. Además estaba postrado en cama sin capacidad de irme. La verdad es que no tenía mucho para perder.
Les relaté sin entrar en muchos detalles lo sucedido desde que desperté en mi camarote hasta que quedé inconsciente. Recordando la sucesión de eventos me di cuenta que todo transcurrió en pocos minutos y que mi deambular por el bote fue un tanto irrelevante. Nunca supe lo que ocurrió ni hice algo que mejorase o empeorase la situación. Mis interlocutores lo comprendieron de igual manera. Cuando terminé hicieron algunas preguntas sobre el lastre y los días previos.
--¿Qué pasó con el Andrea?--quise saber antes que se fueran.
--Todavía lo están buscando--respondió el de la izquierda.
--¿Buscando? ¿No cayó a la superficie?--mi sorpresa era real. Creí que se abría destrozado.
--No, quedó en un nivel más bajo. Según lo relatado por sus compañeros solo se rompió la puerta de la bodega. Se perdió parte de la flotabilidad, pero no toda. Quedó a la deriva varios kilómetros abajo. Cuando lo encuentren lo subirán de nuevo, será reparado y vuelto a andar.
--Es más común de lo que parece--aclaró el de la derecha--. Es raro que un dirigible llegue a la superficie, tendría que sufrir una catástrofe estructural y perder las unidades de flotación. Así que con suerte recuperarán el barco y la carga.
Se fueron y me quedé solo en la habitación, pensando.
Lo que había ocurrido no solía ser tan grave. No era raro que se descolocaran las puertas o se abrieran fisuras en los cascos. Como adentro la presión era la misma que afuera, el ingreso de atmósfera era un proceso lento que permitía controlar la situación con cierta tranquilidad, sellando las fugas con espuma. Era lo que habían estado intentando hacer mis compañeros, sin éxito. Pero ese día la situación era ligeramente diferente. Como estábamos regresando volvíamos por la capa inferior, de mayor presión que la usual. Al estar muy cargados mantuvimos la presión normal, por lo que había una diferencia con el exterior. Entonces, al descolocarse la puerta, la mayor presión exterior hizo que el denso aire venusino entrase con fuerza al Andrea, llenando el interior con atmósfera ácida y sin oxígeno.
Este llenado, a su vez, hizo más pesado al bote con lo que bajó aun más, entrando más aire en un círculo vicioso. La computadora del bote, siguiendo su programación, liberó todo el lastre para mejorar el equilibrio, pero no fue suficiente porque habíamos dejado casi todo en Koslov. Lo ideal habría sido dejar caer algo de la carga, pero no hubo tiempo para eso. La única alternativa era acelerar el motor, levantar la proa y subir como un pelícano. Era lo que había ordenado Georgi cuando fui vencido por la hipoxia.
¿Cómo sobrevivimos? Yo quedé inconsciente por las quemaduras que tuve en los pulmones al respirar el ácido antes de ponerme el traje. Mis compañeros, en cambio, se habían puesto los trajes mucho antes y para cuando la puerta cedió y el Andrea empezó a caer, me fueron a buscar, me llevaron de nuevo a la bodega, me metieron en un salvavidas y se lanzaron afuera llevándome con ellos. Ascendimos varios kilómetros y quedamos flotando unas diez horas hasta que un bote cercano atendió al llamado de auxilio y nos recogió. Como yo era el más afectado, el capitán decidió alterar su ruta y nos trajeron a Koslov donde me hospitalizaron. Mis compañeros, en tanto, regresaron a Dermichev dos días después.
Pero yo todavía no estaba al tanto de todos los detalles. No pasó mucho tiempo antes que Mayra entrase a la habitación. Tomó mi mano y pude cerrar mis dedos mientras le sonreía.
--¿Cómo estás?
--Mucho mejor.
--Qué bueno.
--Vinieron a hacerme unas preguntas.
--Sí, me los crucé en el pasillo. ¿Preguntaron mucho?

--No, estuvo bien. Me dijeron que no encuentran al bote.
--No, y hay bastante revuelo con eso. Cherski está algo desesperado por encontrarlo. Han generado un alerta mundial por si alguien lo encuentra. Por el tiempo que pasó creen que está un par de oblast detrás de Dermichev.
--Puede que incluso esté al otro lado del mundo--acoté tras sacar algunas cuentas rápidas.
Mayra hizo un gesto de no compartir mis cálculos, pero no dijo nada.
--Como sea, hay un conflicto porque algunos pretenden apropiarse de la carga si lo encuentran en su oblast. Cherski dice que la carga es suya sin importar dónde esté el bote. Mientras tanto tiene a todo el mundo volando en territorios ajenos esperando encontrarlos ellos primero. Hacía tiempo que no se veía un conflicto diplomático por esta región.
--¿Puede escalar en algo grave?
--En absoluto. Todo es tan frágil que no pasa de unos gritos. Demasiado miedo a terminar abajo.
Me relajé y me dejé deslizar un poco por las sábanas.
--Bueno, entonces no tengo de qué preocuparme, ¿no? Ya no es mi problema.
Mayra se acercó a mi rostro.
--Preocúpate por salir caminando de aquí, ¿si?
Me dio un beso y se fue.

Pude cumplir con el deseo de Mayra unos días más tarde. Cuando me dieron de alta del hospital fui a su departamento. Quedé en tratamiento ambulatorio y además estaba de nuevo con “restricción ciudadana”, mientras resolvían qué hacer con el Andrea. Esta vez la compañía no estaba muy dispuesta para alquilarme un lugar para vivir, por lo que Mayra ofreció el suyo después de consultarlo con el hijo quien, por suerte, se apiadó de mi y decidió que era mejor tenerme como alguien con quien jugar que como un intruso.
Y así fue como, de pronto y después de mucho tiempo, me encontraba viviendo de nuevo en familia.

En silencio mil
islas un secreto
pretenden esconder.

Pero algo simple
olvidan, una sombra
no puede mentir.

Estaba solo en el departamento. Mayra trabajaba y Joaquín se encontraba en la escuela. Como todavía estaba convaleciente me recomendaron quedarme quieto. Y vaya que lo hice. Cuando llamaron a la puerta estaba recostado en un sillón mirando el rectángulo negro de la ventana. Debí admitir que lo encontraba terapéutico. Con la iluminación a media intensidad se podían distinguir las luces de la ciudad proyectadas en las nubes y ver las siluetas borrosas de los botes que pasaban. Abrí la puerta y ahí estaba Dmitri Snajdar, mi abogado.
Lo invité a pasar. Como había una investigación en curso lo asignaron para que de nuevo me representara. La buena noticia era que como yo no era, en principio, culpable de nada, su trabajo era un mero formalismo burocrático. O eso es lo que creí hasta que empezó a hablar.
Me contó que finalmente habían encontrado al Andrea. No solo estaba muy por debajo del NEF, sino que también estaba desplazado casi 1200 kilómetros al sur. Esto había sido lo más raro, según le explicaron. Un bote, cuando falla, se detiene y queda a la deriva. La búsqueda entonces consiste en recorrer toda una franja “donde podría estar”, hallando al bote en pocos días. Pero en el caso del Andrea el motor había quedado funcionando y fue así que se desplazó lentamente hacia el sur. Por esa razón la búsqueda se había prolongado tanto. La pista la había dado una estación minera cuando

su radar alertó de un objeto pasando cerca de la sonda de bombeo.
Si de por sí esto no resultaba suficientemente extraño, estaba la cuestión de por qué había dejado de funcionar el transponder, el dispositivo que transmitía la ubicación. Era la pregunta que se hacían todos. Si había una falla eléctrica severa, el transponder podía dejar de funcionar. Pero si el bote siguió navegando, ¿cómo era que no estaba transmitiendo su posición? La respuesta lógica era que alguien dentro del Andrea lo había desactivado. Señalaron a Georgi, primer responsable, luego a Jerry y a Alek. Yo esta vez estaba libre de sospecha porque estaba en mi camarote. O casi libre, porque no faltaba el que me recordaba del choque al Tsepkiy y me señalaba como Ente Maligno y hacía que también sospechasen de mi. Dmitri me tranquilizó asegurando que yo estaba libre y que no hiciera caso de esas acusaciones.
--De todas maneras hay algo que necesito que me respondas con total sinceridad--me dijo con cierta cautela, como si me estuviera por pedir que le confesara un crimen.
--Adelante.
--Si bien encontraron al Andrea en el oblast de Petrovo, Cherski tuvo la rapidez necesaria para reclamar el bote y llevárselo a Dermichev para investigarlo. Enviaron un informe preliminar del peritaje hace unas horas y fue archivado sin que pudiéramos verlo. No es normal que eso suceda pero tratándose de algo preliminar no despertó sospechas. Afortunadamente conozco a alguien que lo leyó y me dijo que parece que los peritos sospechan del cerebro, que fue el que causó todos los problemas.
Esperé a que me hiciera la pregunta, hasta que me di cuenta de que ya lo había hecho.
--¿Cerebro? ¿Como de los invernaderos?--asintió-- No tenemos ninguno en el bote. En ningún bote hay--aclaré.
--No, en la carga. Estaban llevando uno.
--No que recuerde.
Dmitri dudó unos instantes.
--¿Estás seguro?
Recordé el cubo azul de Veliki. Algo así podía estar dentro de cualquier empaque, aunque habrían enfatizado la fragilidad del contenido.
--Estoy seguro--respondí.
--Bueno, no importa, por ahí lo habían declarado como otra cosa--miró a la ventana por largos segundos. “¿Contrabando?”, me pareció que murmuró. Luego continuó:--. Lo cierto es que encontraron un cerebro en la bodega que parece que se activó automáticamente y no tuvo mejor idea que salir a dar un paseo.
--¿¡Paseo!?--mi sorpresa era real.
--Sí, se comunicó con una grúa que lo levantó y lo llevó a la puerta. ¿No se preguntaron cómo fue que una puerta con ocho puntos de cierre se abrió súbitamente?
--Alek y Georgi suponen que un contenedor se cayó. No se apilan los contenedores, pero estábamos sobrecargados. Alguno cayó y empujó a otros que se deslizaron contra la puerta y se abrió por el golpe. Los cierres fallaron por fatiga de material.
--Parece que la pericia plantea otra hipótesis. No cayó un contenedor, sino que el cerebro destrabó la puerta y la grúa la empujó de un golpe. La sacudida derribó los otros contenedores, pero eso fue la consecuencia y no la causa.
Me quedé pensando unos segundos.
--Me parece una explicación muy complicada. ¿Un cerebro de los que se hacen acá?
--Se que no suena bien, pero así me contaron que está escrito en el informe de la pericia.
--Habrá que esperar qué resuelve la Comisión, entonces.
Dmitri negó con la cabeza.
--Dudo mucho que esto siquiera se mencione. Archivaron el informe pericial sin que pudiéramos leerlo. Es muy raro lo que pasó con el Andrea. Primero la puerta, la desesperación de Cherski por encontrarlo ellos y después que lo encontraron como navegando por su cuenta. Muy raro. Si ese informe es como me lo relataron, será muy difícil de explicar sin poner incómoda a mucha gente aquí y en Dermichev. Seguramente la explicación oficial sea la de ustedes a pesar de los puntos

inconsistentes.
--¿La nuestra?
--Su versión no tiene un cerebro de contrabando que parece haber tomado decisiones por su cuenta. Por eso vine, para que me dijeras si ustedes sabían de esto o no. Quiero saber qué responder si alguien pregunta.
«Los cerebros son un tema delicado. No es tecnología de uso corriente y que Cherski se haya llevado uno de contrabando puede terminar en un muy complicado incidente. Creo que por eso la Comisión archivó el peritaje, para evitar el mal mayor. Pero si esto sale a la luz pública, la acción más fácil será acusarlos a ustedes del contrabando. Y voy a tener que estar preparado para cuando suceda.
Miró la hora y se levantó. Lo acompañé hasta la puerta. Antes de salir me dijo:
--De esto, ni una palabra a nadie. Todo lo que te conté es extraoficial.
Asentí y se alejó por el pasillo.

Fui a ver a Veliki. Era el único que podía darme respuestas.
No le gustaron mis preguntas.
Ante cada insistencia mía sobre que el cerebro había “cobrado vida”, por decirlo de algún modo, negaba con la cabeza cada vez más enérgico.
--Hasta que no se lo conecta al entorno donde va a trabajar, el cerebro es incapaz de saber dónde está. No solo eso, tampoco es capaz de saber que es incapaz de saber.
Pensé que estaba esquivando mi pregunta con un recurso más propio de un abogado.
--¿Me dice que no sabe que ignora?
Nuestro diálogo se había vuelto muy estúpido. Mayra, que me había acompañado para llegar hasta Veliki salteando la burocracia, contenía una risa culposa.
--Desconoce su situación. Si a usted lo pongo en una cámara de anulación sensorial, sabrá que algo está sucediendo. Su propia mente le dirá “acá hay algo que no está bien”. Bueno, para el cerebro eso no existe porque su estado primigenio es la nula sensación.
--Pero lo configuran antes. Puede darse cuenta que algo no está bien.
--Durante un viaje solo está conectado a la corriente eléctrica. Se encuentra en un letargo, no tiene consciencia de si mismo ni de su entorno.
--¿Consciencia?--otra de las malas palabras de la Inteligencia Artificial.
--Es un eufemismo. El Módulo de Mantenimiento tiene un mapa de los nodos y dónde debe trabajar. Ese módulo es el que sabe en qué consiste el cerebro y es lo más cercano, conceptualmente hablando, a la consciencia. Bueno, en el letargo ese módulo está apagado como casi todo el cerebro. Así que no tiene idea de lo que es ni de dónde está. No puede haber tomado una decisión ni cumplir una orden si no está consciente y tampoco estar conectado a la computadora del dirigible. Es un cerebro, piensa, pero si no tiene una interfaz que le permita comunicarse con el entorno, es solo una entidad filosófica vacía. Y no están programados para interactuar con un bote. Lo que usted me describe no puede haber pasado.
--Pero ocurrió. Lo dice el peritaje de Cherski.
En el interín que decidí ir a ver a Veliki y convencí a Mayra para que me acompañase, Dmitri de alguna manera había conseguido que los peritos de la compañía le enviasen una copia del peritaje del bote. Era el Peritaje Apócrifo, porque horas más tarde habían enviado otro informe donde no se mencionaba en absoluto el cerebro electrónico. Era la Versión Oficial, la que Dmitri me había advertido que utilizarían. Alguien en Dermichev pensó que era mala idea ocultar el hecho y nos facilitó la tarea. Mi abogado me había dado una copia que le llevé a Veliki. Estoy seguro que sin eso nunca nos habría recibido.
--El peritaje dice que encontraron al cerebro activo. Usted afirma que no sabía que llevaban uno, que solo cargaron cajas. ¿Entiende cuál es el problema?--negué con la cabeza-- Dentro de una caja solo puede estar funcionando con baterías, y para eso *debe* estar en letargo. No se pudo encender solo porque no estaba conectado a nada. El informe no aclara si estaba conectado a la corriente del dirigible. Si lo estaba, alguien tuvo que haberlo hecho. Había cuatro personas en el bote. Al menos

uno de ustedes miente.
Me había puesto contra la pared. Tenía razón. ¿Y si uno de mis compañeros mentía? No podía poner las manos en el fuego por ninguno de ellos, realmente. De los tres, a quien menos conocía era a Jerry. Siendo el técnico bien habría podido conectarlo sin que nosotros nos diésemos cuenta. Georgi era un piloto mimado por la empresa y seguramente podían contar con su lealtad para transportar algo tan delicado. Alek, por otro lado, era de antigua familia de Dermichev y bien podría ocuparse de conseguir estas cosas. ¿Acaso no era lo que hacía, conseguir cosas? Explicaría también por qué seguía trabajando en un bote y no en un puesto jerárquico.
Cualquiera de los tres podía ser el responsable. O los tres al mismo tiempo. ¿Era yo el fusible, el chivo expiatorio por si algo fallaba? ¿Eran mis compañeros unos simples contrabandistas o me estaba dejando llevar por las intrigas? Una gran parte de mi se resistía a pensarlo así. Había convivido con ellos durante meses. Imposible que no se hubiesen descuidado un momento o me habrían hecho partícipe de sus acciones. No, la respuesta más simple es que ellos tampoco sabían lo que ocurría. Pero eso no explicaba el argumento de Veliki del “despertar” del cerebro en pleno vuelo.
Fue entonces que tuve un breve destello de inspiración.
--¿Y si el cerebro estaba construido para *parecer* aletargado y funcionar y comunicarse sin necesidad de estar conectado?
Veliki abrió los ojos muy grandes. Pensé que me iba a gritar o algo por haber preguntado semejante herejía. Pero en ese momento se levantó una mano y tras ella lo hizo un hombre joven desde uno de los cubículos de la sala.
--Opino igual--dijo, salvándome.
El ingeniero miró hacia el joven.
--¿Acaso sabes algo, Leonid?--le preguntó.
El joven se acercó. Era bajo, delgado y con una barba rala bajo la barbilla.
--No sobre este caso--respondió--. Pero los estuve escuchando.
Veliki me presentó al joven.
--Leonid Kolesnik, programador. Trabaja en interfaces de usuario.
--Encantado--saludé.
Leonid no perdió el tiempo con su hipótesis:
--Técnicamente es sencillo simular un letargo. No hace falta programar el cerebro, alcanzaría con poner una capa física entre el cerebro y el mundo.
--¿Como envolverlo en una cápsula?--preguntó Veliki.
--Tal vez más sencillo aun. Un cerebro en tránsito solo tiene unos pocos indicadores que nos informan de su estado. Alcanza con duplicar esos indicadores. Para un neófito no habría diferencia.
--¿Y ustedes cómo se darían cuenta?--quiso saber Mayra.
--Llevamos un dispositivo que se comunica directamente con el cerebro aun en letargo para recibir datos de funcionamiento. Es como un escáner cerebral. Engañarlo es mucho más difícil.
Veliki volvió a negar con la cabeza.
--No veo el objeto de todo esto. Suponiendo que alguien toma un cerebro, lo programa para comunicarse con el bote y lo mete en una caja donde simula estar aletargado. No es sencillo de hacer. La caja tal vez sí, pero programar un cerebro nos toma muchas horas de trabajo. Tendrían que reprogramarlo y no es nada sencillo. ¿Y para qué? ¿Secuestrar un bote? No tiene sentido.
--Recuerden que no sabíamos que llevábamos un cerebro--aclaré--, no hacía falta simular aletargamiento.
--Es verdad. Se estaban llevando un cerebro de contrabando, dejando algún invernadero peligrosamente desatendido y...
No terminó la frase. Hizo una pausa, se dirigió a otro escritorio, tomó un teléfono e hizo una llamada. Volvió al cabo de un par de minutos.
--Vamos a esperar por refuerzos--dijo y se fue a preparar un café.

Un cuarto de hora más tarde sonó el timbre.

--Debe ser el Concejero Kunchev--dijo Veliki.
La puerta se abrió y apareció un hombre alto, delgado, de pelo blanco e incipiente calva. Lo reconocí de inmediato, era uno de los integrantes de la Comisión que nos interpeló por el accidente del Tania.
--Vladimir, gracias por venir--saludó Veliki estrechando su mano.
--De nada, Stanislav. Vine porque tu mensaje sonó demasiado extraño.
Veliki hizo un gesto como quien revela un secreto incómodo. Le alcanzó a Kunchev una copia del informe oficial sobre el Andrea. El concejero pareció leerlo en diagonal.
--Ya estaba enterado de esto. ¿Qué te preocupa?--preguntó luego de un largo silencio.
--Cuando encontraron y rescataron al Andrea descubrieron un cerebro activo. Suponen que no fue un accidente, sino que el cerebro de alguna manera abrió la puerta de la bodega y condujo el bote.
Frunció el ceño.
--¿Estaban llevando un cerebro activo y no tomaron recaudos?
--La tripulación afirma que no estaban al tanto. Ni siquiera sabían que lo estaban transportando. El manifiesto respalda su versión.
--¿Cómo que no sabían? ¿A dónde lo estaban llevando?
--A Dermichev.
Frunció aun más el ceño, si eso era posible.
--¿¡Contrabando!?
--Eso parece.
Volvió a revisar el informe de la Comisión. Esta vez con mayor atención.
--Aquí no dice nada de un cerebro.
--No, ahí no hay nada.
--Y la tripulación lo firmó--asintió--. Entonces... ¿cómo saben que realmente existió ese cerebro?
--El equipo de rescate de Cherski hizo un inventario del contenido del Andrea. Lo giraron de inmediato a la Comisión pero fue archivado sin ser incluido en la investigación. Ignorado. Enviaron otro más tarde, el que acabas de leer. La tripulación lo convalidó cuando dijo que fue un accidente producto de mal mantenimiento de la puerta de carga. Cherski no lo impugnó, prefirió la mancha del mantenimiento al escándalo de contrabando.
Esperé a que la cara le implosionara de la indignación, pero en realidad relajó la expresión.
--¿Existe actualmente el inventario original?
--Sí y tenemos una copia en respaldo certificado.
Se la alcanzaron y la leyó despacio aunque solo difería en un punto respecto al informe oficial.
--Bien. Entonces tenemos un caso de contrabando de un cerebro donde tanto la Ciudad como Cherski salieron indemnes.
Lo entendió demasiado rápido, a mi entender. Demasiado.
--Precisamente--respondió Veliki.
--¿No hay algún número de serie o código de seguimiento?
--Sí, lo hay. Pero los peritos no saben dónde hallarlo y por eso no lo incluyeron. Hasta que no vaya yo o alguien de mi equipo, no hay forma de saber cuál es el que tienen.
Kunchev negó lentamente con la cabeza.
--No lo van a permitir. Sería admitir que lo tienen--se quedó pensando unos momentos--. Aunque van a tener que devolverlo si no quieren enfrentar alguna sanción.
--Disculpen--interrumpí--. ¿No les preocupa que un cerebro decidió por su cuenta comunicarse con el bote y salir a pasear?
El concejero me miró por unos instantes y se dirigió a Veliki.
--¿Y él por qué está aquí?
--Tripulaba el Andrea. Quiere saber por qué casi se muere.
Me miró fijo por muy largos segundos.
--Usted estuvo involucrado en el incidente del Tsepkiy--dijo en tono severo.
--Así es--respondí fingiendo aplomo. La verdad es que estaba harto que me siguieran señalando.
--Y ahora con el Andrea. O tiene mala suerte o se lo busca de alguna manera.

No me gustó la forma en que dijo eso.
--¿Entonces?--insistí.
Veliki hizo un gesto de fastidio pero aun así me respondió:
--De momento nos preocupa más el contrabando, por la posibilidad de que haya un cerebro fuera de nuestro control.
--Y que se estén robando nuestra tecnología--acotó Kunchev.
Se enfrascaron en una breve discusión sobre cómo podía haber sucedido. Por lo que pude entender, ni siquiera estaban del todo convencidos que en el Andrea hubiese en realidad un cerebro de Veliki. El era quien planteaba las dudas mientras que el concejero quería encontrar a algún sospechoso de la venta. Daba la impresión de que Kunchev tenía la certeza que el programador había vendido el cerebro a Cherski y lo quería hacer confesar. El acusado, por su parte, afirmaba que ellos no habían hecho nada ilegal. El problema era que no tenían idea de cuál cerebro era el que viajaba en el Andrea.
Mayra fue la que se dio cuenta de ese detalle.
--¿Saben dónde están cada uno de estos cerebros que construyeron?--preguntó.
Los dos hombres quedaron descolocados. Fue Veliki quien respondió.
--Sí, los tenemos en los invernaderos de la ciudad, en los de Moroz y en estaciones-invernadero que rodean a la ciudad.
--¿Y a ninguno de ellos les falta un cerebro?
En ese momento todos caímos en la cuenta de algo fundamental. Si la construcción de los cerebros era un proceso altamente especializado y controlado, ¿de dónde había salido el que habíamos llevado en el Andrea?
--Que venga Drazen--ordenó Veliki.
De la otra punta del salón vino un hombre de unos cuarenta años que tenía la cabeza rapada. El tatuaje de un antiguo símbolo de ingeniería se destacaba sobre el costado izquierdo de su cuello. Se paró junto a Kunchev sin saludar a nadie.
--Estás al tanto de lo que estamos hablando, ¿no?--le preguntó Veliki.
--Sí, los estaba escuchando.
--Bien. ¿Los cerebros en qué taller se fabrican?
--En el 34.
--¿Y los módulos de base?
--En el 42.
--¿Hay manera de acceder al inventario del taller 42?
--Supongo que sí.
Sin mediar más palabra se sentó en el escritorio más cercano y se puso a trabajar. Nosotros permanecimos en silencio, expectantes. Tras varios minutos ante la consola mirando números y cuadros, se reclinó contra el respaldo.
--Es evidente que se han fabricado más cerebros de los que teníamos registro--dijo--. Tenemos 23 funcionando, pero han fabricado módulos para 76.
--¿¡Setenta y seis!?--preguntó un muy sorprendido Veliki-- ¿Y cómo puede ser eso posible? Tenemos control de la matricería de base.
--Tenemos *control* de la configuración primaria y *seguimiento* de la fabricación--aclaró Drazen--. Se pueden fabricar con números de serie repetidos o con otra secuencia. Si no nos dan el cerebro para configurar, nunca lo sabemos.
--¿Pero pueden fabricar algo sin una configuración apropiada?
--En principio, sí, pero estaría sujeto a fallas. Pueden clonar una configuración. Una duplicación exacta. Aunque cada cerebro tiene un uso específico, hay que ajustar parámetros. No se pueden construir en serie. Tienen un uso muy complejo.
Esa última frase pareció despertar una idea en Kunchev, porque tomó su teléfono y realizó una corta llamada.
--Tal vez tengamos una respuesta a nuestras dudas--dijo al terminar su llamada. Lo miramos esperando que explicase más--. Me parece que estos cerebros los están usando en estaciones.

Esperamos largos minutos hasta que escuchamos una alerta del teléfono de Kunchev. Era la respuesta en forma de un breve mensaje. Apenas un nombre y dos números:

“Mlha, +151 +237”

Antes que pudiera darme cuenta estaba metido en un pequeño pelícano junto a Mayra, Kunchev, Veliki, Leonid y una mujer, Natalya Strukova, también asistente del científico. Nos dirigíamos a una estación que los datos de rumbo indicaban que estaba muy cerca. El viaje sería breve. Natalya, que además de programadora era piloto, estaba al mando de los controles. Yo me senté a un lado como copiloto. Dos incidentes en menos de un año no atemorizaban a mis compañeros.
Viajamos con las últimas luces del día, rodeados de tonos naranjas que le daban un poco más de innecesario drama a la situación. Yo estaba seguro de lo que encontraríamos y creo que Veliki y su gente también, aunque como buenos científicos no daban nada por seguro.
El viaje fue breve para lo que estaba acostumbrado. Volamos varios kilómetros sobre el NEF y detectamos la estación desde lejos. Descendimos y nos acercamos con cautela. Ninguna transmisión nos recibió ni preguntó qué hacíamos ahí. Mlha era una estación relativamente pequeña, de la mitad o menos de una Bayram de Cherski. Estaba con sus luces encendidas y todo se veía normal.
Dimos una vuelta completa alrededor y nos acercamos a la única puerta que encontramos. Natalya hizo las maniobras sin recibir telemetría de la estación. En situaciones normales habríamos tenido que desistir o bien, si el piloto se atrevía, hubiésemos hecho la aproximación manual con riesgo de chocar o quedar mal alineados. Pero el pelícano de Veliki tenía un as en la manga y contaba con un sistema semi-automatizado para esas maniobras. Eso que le había planteado cuando lo conocí lo tenía en su propio vehículo.
Atracamos. Para nuestra sorpresa la puerta de la estación se abrió en sincronía con la del pelícano. Dudamos en entrar. Esperamos a oler el aire que venía desde la estación antes de aventurarnos. No quería volver a pasar por toda la situación de respirar ácido y terminar de nuevo en el hospital. No estaba seguro si Koslov tendría la paciencia de recibirme por un tercer incidente.
Sin riesgo perceptible entramos con cautela. La bodega estaba vacía y a media luz. No había otro sonido que el rumor de la ventilación y las máquinas trabajando. Al entrar una grúa se activó y se volvió a apagar segundos después. Nos dirigimos a lo que el plano de evacuación marcaba como “residencia”. Era un espacio vacío. No había cocina, ni sala de estar, ni dormitorios. Era una gran sala gris cruzada únicamente por vigas y tensores de carbono.
Bajamos a la refinería. Ahí sí estaba todo en orden: los grandes tanques de acero y níquel y las cañerías que iban de un lado a otro de las salas. La refinería estaba en funcionamiento, pero era notable la falta de voces humanas en el lugar. Era como un silencio incómodo en medio del ruido. No hablamos mucho durante la recorrida. Cada uno rumiaba sus propios pensamientos.
Si bien era obvia la situación de la estación, todavía nos faltaba el elemento que confirmaría nuestras sospechas. Lo encontramos en una habitación sobre la refinería y debajo de la “residencia”. Era un cerebro de Veliki, similar al que me había mostrado en su laboratorio pero de color gris en vez del azul original.
--No es para esto que los diseñamos--dijo el ingeniero.
Nos situamos alrededor. No había nada que nos indicase que estaba encendido.
Buscaron, supongo, un número de serie o algo para identificarlo. No tuvieron éxito. Leonid sacó de una pequeña mochila un dispositivo del tamaño de un zapato grande y lo colocó sobre el cubo del cerebro. Presionó un par de botones y esperamos a que sucediera algo. No pasó ni un minuto que miró a Veliki y negó con la cabeza.
--¿No hay manera de interactuar con él?--preguntó Mayra.
--Con una consola, tal vez--respondió Leonid. Miramos a nuestro alrededor, por si se nos había escapado en la primera impresión cuando entramos a la sala--. Pero tampoco es seguro. No los diseñamos para comunicarse con la gente.
--¿Por eso no nos recibió?--pregunté.
--Claro. Debe tener una programación dedicada únicamente a hacer funcionar la refinería. El

escáner solo nos permite saber si está encendido y qué números de serie tienen los módulos. No mucho más. El resto depende de él. No podemos avanzar más si no le programaron una interacción o la directiva es ignorar a la gente.
--¿Ignorarnos?
Veliki intervino.
--Su manera de protegerse. No puede correr ni ocultarse. Tampoco pelear. Pero puede callar, hacer de cuenta que no está. Para alguien que pase cerca, la estación se verá como abandonada.
--Pero no nos impidió entrar.
--No lo hizo, es cierto. Pero seguramente dio aviso a quien sea que armó esto. No me sorprendería que esté viajando un pelícano o una golondrina hacia aquí en este momento. No deberíamos demorarnos mucho más tiempo.
--Hay algo más que necesito saber--dijo Kunchev--. Cuánto hace que está trabajando esta estación.
Leonid sugirió tratar de encontrar una consola pero optamos por descender a lo más bajo de la refinería. Fue la solución más práctica, ya que nos tomó apenas un par de minutos.
El piso de la Sala de Precipitado de Grafito, como se llamaba, estaba repleto de bolsas llenas de polvo negro. La estación debía llevar trabajando un tiempo considerable. El único objeto móvil era un carrito que debía mover las bolsas. Alguien nos hizo notar que no habían tanques de oxígeno. Quería decir que no se almacenaba y, por lo tanto, se volvía a lanzar a la atmósfera. Solo capturaban el carbono.
Natalya recibió un aviso del pelícano indicando que se aproximaba un objeto. Volvimos a la bodega y dejamos la estación sin más preámbulo. Apenas nos separamos giramos hacia atrás y a la derecha, alejándonos a noventa grados del objeto que venía a la estación desde algún otro lugar cercano a Koslov. No modificó su rumbo aun cuando debía poder vernos en su radar. Le interesaba o preocupaba la estación antes que nosotros. Ya averiguaría quién había estado si no era que ya lo sabía.
Mientras realizábamos un muy largo rodeo para regresar a Koslov, no podíamos dejar de realizar conjeturas. Quien estaba más consternado era Veliki, mientras que Kunchev nunca había perdido su expresión neutra.
--¿Por qué están usando los cerebros para las minas?--repetía Veliki sin esperar respuesta. Hasta que en algún momento cerca de la mitad del rodeo, Kunchev decidió responderle.
--Se usan donde hace falta.
--¿En las minas?
--Donde sea. Los cerebros son versátiles. Lo has mencionado muchas veces: un poco de programación inicial y después el sistema aprende solo.
--Pero se supone que son para los invernaderos. Una estación minera es infinitamente más simple de operar. Por eso lo hacen las personas. Entran gases compuestos, salen elementos simples. Los invernaderos, en cambio, involucran miles de elementos variables que escapan a las mentes más lúcidas. Usar un cerebro en una estación minera es un desperdicio de recursos.
Kunchev negó con la cabeza.
--No lo es cuando suplen una necesidad.
--¿Cuál? ¿Operarios?--Veliki sonaba impaciente. Era evidente que le molestaba la actitud del concejero.
Este asintió.
--¿Operarios? ¿Una necesidad?--preguntó Mayra.
Volvió a asentir.
--Hace un tiempo que veníamos notando algo curioso: nosotros y otras ciudades estábamos construyendo espacios vacíos.
--¿Vacíos? ¿Como esa estación?
--Claro. Estábamos preparando espacios para gente que no viene. Nos guste o no, todavía dependemos de la Tierra para construir las refinerías. Hay maquinaria que todavía no podemos construir por complejidad o falta de insumos. Como sea, ellos nos mandan. Eso tiene un costo. Elevado. Todos saben lo que costó que cada uno llegue hasta aquí. Imaginen toneladas de equipo.

Miles de toneladas. Nosotros solo tenemos que construir la estructura de la estación, ensamblar la refinería y listo, a volar.
«Todo esto muy interesante pero de pronto nos dimos cuenta de que estaban enviando más equipo del que necesitábamos. Siempre estuvimos a la saga de la población, resolviendo carencias de alimentación, trabajo, salud, lo que fuera. Siempre nos faltaba algo e íbamos detrás para resolverlo.
«Pero ya no es así. La población está cubierta y hoy construimos cosas que no necesitamos. Como esa estación. Se suponía que estaba vacía, flotando inerte.
--Un momento--interrumpió Natalya--. ¿Hay más de estas estaciones sin gente?
--Y sí. No queremos que en la Tierra se les ocurra la idea de que ya tenemos suficiente espacio y dejen de enviarnos equipamiento. Tenemos que aprovechar todo lo que podamos, aunque no lo usemos. Esa estación debía estar apagada, esperando por operarios.
--¿Y cómo es que alguien en la Tierra está pagando con esto?--preguntó Mayra.
--Son inversionistas. Su manera de ahorrar es poner dinero en construcción de estaciones en Venus con la promesa de recuperarla después de un tiempo. No tengo idea de cómo lo harán, pero si ponen el dinero es porque esperan una ganancia más adelante.
Más tarde lo comprendí. No era muy complicado. Las estaciones y ciudades son espacios que después se venden. Como el departamento que compré apenas llegué a Venus. Por más que sean estructuras flotantes, no dejaban de ser bienes raíces y, por lo tanto, un recurso económico en sí mismo.
--No entiendo cómo es que esto funciona--se quejó Leonid.
--En vez de pagar un pasaje, envían máquinas y materiales. A cambio se aseguran metros cúbicos de propiedades.
Veliki no parecía conforme.
--Eso no explica por qué hay un cerebro clandestino en una estación supuestamente vacía que sin embargo está procesando atmósfera--protestó--. Y por qué estaban llevando otro a Cherski.
--El problema es que no hay gente. Para sostener el crecimiento cada mujer inmigrante debería tener 3 hijos. Es raro que lleguen a tener 2. Las nativas son un poco más prolíficas, con un promedio de 2,1 hijos. Eso no alcanza para sostener la demografía. Si la inmigración se detuviese hoy, en un siglo solo quedarían las máquinas y unas pocas personas viviendo en ciudades prácticamente vacías.
--Pero eso se solucionaría con más inmigrantes--indicó Mayra.
--Claro, pero el flujo de inmigrantes apenas ha aumentado los últimos años. La gente simplemente no viene. Las migraciones ocurren cuando hay crisis serias. Mientras se puedan ir resolviendo los problemas, uno se acomoda y sigue. Pero si la crisis supera cualquier medio de enfrentarla, el último recurso es la migración. Y esto se da por hambre, enfermedad o guerra. La Tierra, ahora, está relativamente tranquila. Las migraciones son dentro del mismo planeta, como ha sido siempre. Tendría que ocurrir algo realmente malo a escala planetaria para que la gente busque emigrar a Luna, Marte y Venus. Yo creo que mucha gente pone su dinero en Venus esperando que algo así ocurra algún día. Ahora estamos haciendo cáscaras vacías, pero imaginen que sucede algo y de pronto cientos de miles de personas abandona la Tierra y viene a Venus. Complicado o no, habrá lugar para ubicarlos. Algunos vendrán a reclamar lo que es suyo, pero la gran mayoría se quedará allá a vender espacio a gente desesperada que dará todo por escapar. Es una inversión extraña a nuestros ojos, pero para ellos es perfectamente razonable.
--Entonces en vez de venir hasta aquí, prefieren invertir.
--Exacto. Esperan que los inmigrantes vengan y les compren o alquilen para así recuperar la inversión. El problema es que no hay inmigrantes. El que puede pagar el viaje no quiere venir. Y el que podría venir no lo puede pagar. El resultado son estructuras vacías que, sin embargo, deben funcionar para poder construir más estructuras. Y si no hay quién trabaje, bueno, hay que recurrir a los robots. Dermichev acapara casi todos los inmigrantes de la región. Pero por lo visto tampoco es suficiente. Que hayan querido conseguir un cerebro me dice que enfrentan nuestro mismo dilema y lo piensan resolver de la misma manera.
--¿Robando uno de nuestros cerebros?--preguntó Veliki.
--No sabemos si lo robaron o lo compraron. Como sea la operación fue a escondidas. Como instalar

uno en esa estación.
--No me parece que esto sea fácil de mantener en secreto.
--No. De hecho ya tengo la sospecha de quiénes están involucrados. En el Concejo nos dimos cuenta que algo extraño estaba sucediendo. Se lo comenté a Stanislav hace unas semanas y creo que por eso me llamó.
--Me dijiste que estaban pasando cosas extrañas con las estaciones. No tenía idea que estaban fabricando y usando réplicas de los cerebros.
--Yo tampoco lo sabía. Las sospechas eran porque teníamos las estaciones vacías y de pronto circulaba más grafito del que debía. O sea que estaban funcionando por arte de magia. En el momento que tu técnico dijo que habían construido cerebros y que se podían usar en tareas simples, fue cuestión de atar cabos. Este viaje fue para confirmarlo.
Llegamos a Koslov y nos separamos. Veliki se fue con su gente acompañados de Kunchev. Seguían discutiendo el tema de los cerebros multiplicados y el contrabando a Dermichev. Mayra y yo hacía rato que habíamos quedado afuera de la discusión. A mi, por otro lado, me seguía preocupando que un cerebro había tomado la iniciativa de abrir la puerta de la bodega del Andrea. ¿Con qué objetivo? Veliki no me había dado ninguna respuesta. Para él lo que había sucedido era imposible y no merecía el menor análisis.
Pero el viaje no había sido en vano. De pronto nos habíamos enterado que habían docenas de estaciones flotando deshabitadas, esperando por inmigrantes que tal vez nunca llegarían, procesando atmósfera gracias a cerebros robóticos que habían sido construidos sin control y sin una supervisión experta. Estaba muy lejos de sentirme tranquilo.

¿Qué flotan libres
en el viento de Venus?
Las medusas del hombre.

Cuando regresamos al departamento nos esperaba mi abogado. Tenía una expresión seria, de preocupación.
--¿A dónde se habían metido?--nos preguntó.
--Salimos a dar una vuelta--bromeé. No respondió--. Larga historia.
Le relatamos en pocas palabras lo que habíamos descubierto. Asintió pero no dijo nada. Mayra abrió la puerta y Dmitri entró raudo al departamento. Esperó a que cerrásemos la puerta.
--Ilan, tengo que hacerte una pregunta muy importante--dijo.
Miró a Mayra unos segundos. Tanto ella como yo quedamos expectantes. La última vez que hablamos fue cuando encontraron al Andrea. Parecía que había ocurrido hacía una semana y no había transcurrido ni un día.
--¿Por qué estás aquí?--me preguntó.
--¿Aquí, dónde?
--Aquí en Venus.
--No se a qué te refieres.
Dmitri negó con la cabeza.
--Sabes bien a qué me refiero. No estás aquí solo por haber perdido a tu familia. Hay algo más. Yo ya sé qué es. Me lo acaban de contar. Estaba haciendo unas averiguaciones sobre lo del Andrea cuando me lo contaron. Vine para escucharlo de tus labios. ¿Qué estás haciendo en Venus?
Yo estaba petrificado. Mi más prolongado temor me había encontrado. ¿Cuánto llevaba en Venus? ¿Un año? No estaba tan mal. Fue más de lo que habría imaginado en un principio.
Finalmente, acorralado, ya no podía mantener el silencio.
--¿Vieron la cuestión de las estaciones sin gente y los cerebros y todo eso? Bueno, en la Tierra sospechan de lo que está sucediendo desde hace un tiempo. Hicieron averiguaciones por distintas

vías. Diplomáticos, científicos y creo que incluso hasta con registros policiales. En todos los casos no hubieron respuestas o si existieron, fueron ambiguas o simplemente esquivas. Entonces empezaron a buscar a todos los que solicitamos visa de viaje. Así me contactaron. Me preguntaron por qué quería venir a Venus y si estaba dispuesto a ser sus ojos y oídos. No tenían bien claro qué es lo que había que buscar, por lo que no me dieron instrucciones directas. Solo tenía que informar lo que veía y escuchaba si parecía interesante. No se cuántos somos en realidad. Solo se que no soy el único. Tal vez somos una docena o quizás seamos mil. Una de las consignas es no hacer esas preguntas.

«No recibí ningún entrenamiento especial. Solo un curso acelerado de química para maximizar el encontrar un trabajo útil. Y otro de observación. Me enseñaron a observar e identificar “situaciones fuera de lo normal”, algo que en Venus, como en cualquier lugar fuera de la Tierra, es lo que ocurre prácticamente todo el tiempo.

«Tampoco debía tratar de meterme en lugares específicos, que cualquier trabajo que tuviera estaría bien. En los dos meses del viaje hasta acá tuve mucho tiempo para pensar y fue ahí que me di cuenta de que no estaba ni remotamente solo. La apuesta es que entre miles de inmigrantes, en algún momento, alguien iba a llenar un espacio que sirviera para lo que están buscando. Y creo que ese fui yo. Sin proponérmelo, apenas recordando que tengo una misión, hice todos los pasos necesarios y conocí a toda la gente precisa para encontrar la respuesta. La persona correcta en el lugar correcto en el momento correcto. Ese fui yo.

Mayra creo que no lo podía creer. Se sentó antes de hablarme.

--¿Entonces eres un espía?--preguntó.

--No lo creo. Soy un observador, solo cuento lo que me parece interesante. Pero no fuerzo puertas ni me piden que realice nada ilegal.

Hizo un poco de memoria.

--Cuando te enteraste que te seguían, aquella vez en el restaurante, ¿pensaste que te habían descubierto?

--Sí, temí que supieran qué era lo que estaba haciendo. Dejé de enviar informes por un tiempo. Fue la única vez que apareció alguien de la nada para preguntarme si estaba bien. Pensaron que había decidido dejar de trabajar para ellos.

--¿Quiénes son “ellos”?--preguntó Dmitri.

--No lo se, alguna agencia gubernamental de la Tierra, supongo.

--¿Cómo te contactaron? ¿Te fueron a buscar?

--No... o sí--dudé por unos segundos--. Supongo que saben que se hace una serie de estudios psiquiátricos antes que te autoricen a viajar. No te dejan meterte en un espacio cerrado por meses sin asegurarse que no enloquecerás y querrás matar a todos. Bueno, es ahí donde te abordan. Buscarán cierto tipo de personas, se me ocurre.

--¿Y por qué aceptaste?

--Allá soy un posible terrorista. No hay lugar al que pueda ir donde no me estén vigilando. Cada puesto de control significaba una alarma que hacía voltear a la gente. En las ciudades puede haber un control en cada esquina. Era insoportable. Las alternativas eran vivir el resto de mis días recluido en algún sitio remoto o bien migrar a otro planeta. Me ofrecieron un trato a cambio de que en Venus no se enteraran de mi situación.

--Pero igual nos enteramos.

--Evidentemente.

Dmitri se quedó pensativo un largo tiempo, seguramente pensando qué hacer conmigo. Mayra permanecía con una mirada distante, pero sin perderme de vista.

--¿Solo tienes que contar lo que ves?--preguntó mi abogado.

--Sí.

--¿Nada más?

--Nada más. No me facilitan la vida de ninguna forma. El accidente del Tania, el juicio, el Andrea... nada de eso fue preparado ni intencional. Creo que es claro que la idea es no intervenir sino observar y esperar.

--Ahora entiendo por qué te la pasaste preguntando todo--dijo Mayra.
--Eso ya me salía naturalmente de antes. Siempre fui así.
--Cómo saberlo--murmuró resignada--. ¿Conocerme tampoco era parte de un plan?
--No, eso fue una feliz circunstancia--respondí con una sonrisa que intentaba tapar mi nerviosismo--. Lo mismo enamorarme. Eso salió por su cuenta, totalmente fuera de mi control. Simplemente me gustaste.
Mayra sonrió aunque todavía debía sentirse engañada.
--Se que no me creen. Y lo entiendo. Tal vez debí contarlo desde el primer momento. ¿Pero cuál era el mejor primer momento? Yo no tenía idea de cómo tomarían la noticia de que los inmigrantes somos virtuales espías. Podían no creerme. ¿Y si me creían e investigaban? Descubrirían que aparezco como un terrorista que había emigrado a Venus. ¿Me habrían dejado tripular un bote? ¿O hacer cualquier cosa? ¿Me habrían enviado de nuevo o dejado caer a la superficie en algún "accidente"?
«Yo no tenía idea de qué era lo que encontraría en Venus así que no dije nada. Después de un tiempo dejó de importar. No abrí la boca porque no hizo falta. Me asusté con los interrogatorios sobre el Tania y cuando descubrí que me seguían. Si no me hubieran buscado no les habría informado nada más pero de todas maneras habría seguido preguntando. Me gusta saber. Pero me buscaron porque sospechaban que yo estaba en una buena dirección y no querían perderme.
«Nunca me dijeron nada sobre la relación con Mayra. En realidad nunca me dijeron nada sobre nada. Yo informaba y solo me respondían que habían recibido el mensaje. Nunca me dijeron si la información les servía o no, si lo que hacía estaba bien o no. El camino que tomé fue MI camino, no el de ellos. Si me enamoré de Mayra es porque me parece una mujer maravillosa con la que me gustaría formar una nueva familia. Nada más.
Los dos se quedaron mirándome largos segundos en silencio. Sus expresiones habían cambiado un poco. Para bien, supuse. Dmitri dijo algo en algún dialecto que no entendí y Mayra asintió.
--Necesitamos hacer una llamada--dijo--. En privado. Por precaución te pido que vayas al baño y te quedes ahí.
El tono de Dmitri era de una seriedad que me dio miedo. No estaba seguro que me hubiese creído. Empezaba a creer que podía terminar ese día encerrado en una prisión mientras se desataba un escándalo entre la Tierra y Venus.
Mayra me acompañó al baño. Entré y antes de cerrar la puerta me sonrió y dijo:
--Yo sí te creo.
Cerró la puerta y me quedé esperando. Lamenté que los baños estuviesen tan bien aislados del ruido, porque no pude escuchar nada de la conversación que Dmitri tendría con alguien que no podía imaginar quién sería.
Pasaron no más de quince o veinte minutos.
Cuando abrieron la puerta no me dijeron nada. Me señalaron la sala y hasta ahí caminé. Hablaron recién cuando me senté en el sillón y ellos hicieron lo mismo.
--Bueno--dijo Dmitri--, lo estuvimos meditando un poco y no parece que seas un peligro para nosotros, así que no te vamos a denunciar. Algunas personas no piensan que sea un buen momento para andar ventilando que estamos rodeados de espías...
--Observadores--aclaré.
--...espías de la Tierra--continuó, haciendo caso omiso de mi interrupción--, pendientes de nuestros movimientos. De momento estás a salvo, aunque deberás comprender que perdimos la confianza que te teníamos. No toda, me parece que fuiste sincero hace un rato y Mayra seguramente piensa igual. Sería de gran ayuda si pudieras decirnos quiénes te reclutaron.
Negué con la cabeza. A mi también me hubiese gustado poder decirles, de haberlo sabido.
--Ese amigo que me mencionaste varias veces--dijo Mayra--, el que conociste en el viaje desde Luna...
--Sergy.
--Ese. ¿Es tu contacto?
--No, es solo un ingeniero que conocí. Era el único que ya había vivido en Venus de todos los que

viajamos en la nave.
--¿Entonces no sabes quién es tu contacto?--preguntó Dmitri.
--No lo se. Solo dejo mensajes en una caja que dice “Iván”.
--¿Dónde está la caja?
--En Dermichev.
--¿No hay una aquí?
--Supongo que sí, pero no se dónde estará.
No le gustó mi respuesta. Pensó unos segundos antes de continuar.
--¿Hay alguna manera de averiguarlo? ¿De que te digan dónde está?
Negué con la cabeza.
--No se a quién podría preguntarle. Y no creo que me lo vayan a decir. Si lo hubieran querido ya me lo habrían dicho.
Mi abogado se puso de pie y caminó un estrecho círculo.
--Esto es lo que vamos a hacer--dijo--: voy a ir a ver a un par de personas y ustedes esperan aquí--miró a Mayra--. Que no salga.
Mayra asintió y Dmitri salió del departamento. Supuse que trabaría la puerta, pero no lo hizo.
--¿Por qué me crees?--le pregunté.
Se tomó unos segundos para responder.
--Sabía que había algo más, que no podías haber venido si te consideraban un terrorista--hizo una pausa--. Pero lo que me hizo decidir fue otra cosa. Antes de ir a esa estación vacía, Stanislav insistió que los acompañáramos mientras que Kunchev quería dejarnos en la ciudad. La posición de Kunchev era la más lógica, pero Stanislav insistió. Recién lo comprendí hace un rato. Stanislav sabe que eres un agente de la Tierra. Quería que vieras lo que había en esa estación.
Vaya, eso no lo había pensado. ¿Veliki también sabía? ¿Dmitri se habría enterado por él o por alguien más? ¿Cuántos más sabrían de nuestro “pequeño secreto”?
--¿Y por eso no me vas a denunciar?
--Si no lo hizo Stanislav, no lo voy a hacer yo.
Tenía mucha lógica, para mi fortuna.
--¿Solo por eso me crees?
--No, hay algo que me dice que eres sincero. Lo puedo sentir. Una parte, racional, te quiere tirar por la ventana. Pero otra--apoyó su mano sobre su pecho--te quiere dar una oportunidad.
Su voto de confianza me reconfortó y me acerqué para abrazarla, pero me atajó antes de llegar a ella.
--Tampoco exageremos--dijo frenando mis intenciones.
Volví a sentarme sintiéndome muy incómodo. Ella se paró y caminó hacia la puerta.
--Vamos, tenemos que buscar a Joaquín.
--¿No tenemos que esperar a Dmitri?--pregunté desde el desconcierto.
--No creo que vaya a volver hoy.
Abrió la puerta y salió del departamento. La seguí. Comenzamos a recorrer los pasillos y la escalera hacia la calle.
--¿Qué crees que vaya a pasar?--pregunté.
--¿Con qué?
--Conmigo.
Se tomó unos segundos para responder.
--No creo que vaya a pasar nada, al menos mientras no abras la boca. A nadie le conviene un incidente en este momento.
--Es lo que todos dicen y después ocurre igual.
--Tal vez. Lo cierto es que si Venus se declara en rebeldía y dejamos de exportar comida y aire, la Tierra tendrá que ocuparse. No van a querer eso. Hace tiempo que no quieren hacer eso. Por eso estamos aquí, para que *nosotros* nos ocupemos.
--¿Pero no le convendría a las ciudades hacerlo público para negociar? Para mi sería algo lógico.
--Todavía dependemos de la Tierra para muchas cosas que aun no podemos hacer aquí. Es la

manera de tenernos bajo control mientras colonizan Marte. Esa es la idea. Porque la obsesión es Marte. Siempre lo fue. Desde el principio. Pero nos necesitan. Necesitan de nuestro aire, de nuestro azufre y de nuestro carbono.
«Y por lo visto también necesitan saber qué estamos haciendo. Deben temer que nos independicemos, que logremos la autosuficiencia y no los necesitemos más mientras que ellos todavía nos necesitan. Es algo que discutimos varias veces con Ilia y Galina.
--¿Quiénes?
Me miró por largos segundos antes de responderme.
--Los conociste en la cena con Kharchenko. Galina está desarrollando las estaciones mineras que vuelan contra el viento. Cuando funcionen vamos a tener los minerales en las cantidades que queramos. Pero ese no es ningún secreto, es algo que han prometido por años.
--¿Tener los minerales evitará depender de la Tierra?
--¡Por supuesto! Y de Luna y del asteroide que tenemos dándonos vueltas. Todo lo que necesitamos al alcance de la mano. Cuando resuelvan el problema del calor, claro.
Sonreí. Me parecía curioso que no mencionaran algo que ya me resultaba obvio desde la visita a Mlha.
--¿No piensan usar los cerebros en esas mineras estáticas?
Esperaba alguna duda o sorpresa de parte de Mayra, pero su respuesta fue directa.
--Stanislav no los quiere en las mineras, solo en los invernaderos. Por eso le molesta que los hayan usado igual.
--¿Sabes que lo que hizo no es inteligencia artificial, sino vida artificial?
--¿Qué diferencia hay?
--Su “cerebro” no es muy inteligente, es limitado en su rendimiento, pero para funcionar procesa nutrientes, crece, se repara y se reproduce. Está más cerca de estar “vivo” que de ser inteligente.
--Pero no es independiente, está conectado a la red eléctrica y deben proveerle de los materiales.
--No lo pienses como un organismo autónomo. Es más como un órgano que como un procesador. Un órgano recibe la energía y los nutrientes por la sangre. No es autónomo, depende de otros órganos, pero también está vivo. Es parte de un sistema.
«La idea es utilizar los cerebros de Veliki en estaciones mineras. ¿Cierto? Aunque a él no le guste la idea. Bueno, una estación recibe energía del Sol, la almacena en baterías, procesa atmósfera de donde extrae materiales. Se parece mucho a lo que necesita un cerebro para vivir. Si hacen que además pueda extraer y procesar basalto de la superficie para el resto de los elementos que necesite, la estación pasa a ser un organismo vivo.
Caminamos un trecho mientras ella, supongo, recreaba la imagen de una estación “viva”.
--Pero solo para el cerebro estaría vivo--objetó.
--Pueden replicar o ampliar el sistema de autorreparación a toda la estación.
--De todas maneras no puede realmente reproducirse. A lo sumo será inmortal. No podrá construir toda una estación de la nada.
--De la nada, no, de la atmósfera y el suelo.
--Es lo mismo, a duras penas tiene inteligencia suficiente para sobrevivir y replicar conocimientos. No sabría cómo reproducirse.
--No, es cierto. Pero también dijiste algo clave: será inmortal. Tendrá mucho tiempo para evolucionar. Tal vez ahora sea un pez y su cerebro está confinado en una caja, pero eventualmente encontrará la manera de salir de la caja y crecer en tamaño. Cuando lo haga, podrá ocuparse de más cosas. El primero que lo logre podría contarle a los demás. Evolución en comunidad. Tarde o temprano descubrirá cómo construir una estación completa con cerebro nuevo y todo.
--¿Y cuánto podría demorar eso?
--No lo se. Años, tal vez siglos. Tal vez todos mueran y caigan a la superficie antes de lograrlo. Tal vez nos reproduzcamos los suficiente como para ocupar las estaciones para vivir. O vengan oleadas de inmigrantes de la Tierra. O nos agarre una epidemia y solo queden ellos viviendo por una eternidad y en miles de años reclamen este planeta como suyo.
Mayra rió y me abrazó. Fue algo espontáneo. La prueba de que mis planteos estaban más cerca del

absurdo que de la mera posibilidad realista.
¿O no?
En 1950 el escritor Isaac Asimov imaginó un Venus oceánico con al menos una medusa de dos kilómetros de diámetro. Décadas después, cuando ya se sabía que no había océano y la atmósfera era densa, caliente y ácida, imaginaron sembrar las nubes con algas y bacterias que vivieran y convirtieran el aire en respirable. Llegaron a imaginar, una vez más, medusas flotando en un enfriado pero todavía denso dióxido de carbono. Nada de eso ha sucedido.
Pero, de pronto, nos damos cuenta que las medusas están aquí, flotando libremente, transformando la atmósfera de Venus. Son de carbono, hidrógeno y oxígeno, respiran y comen. Pero no son cuerpos biológicos. Son máquinas creadas por los hombres y mujeres de Venus, una forma de no-vida que imita a la vida, haciendo lo que tantos soñaron por tanto tiempo.
Los cerebros de Veliki era lo que faltaba para poder iniciar esta pequeña evolución.
Un mundo de robots modificadores de atmósferas.
Una pesadilla en ciernes.
¿Pero por qué pensaba eso? ¿Cómo era que, de pronto, estaba rechazando lo que de seguro era el mayor salto en la terraformación de Venus? ¿Cuándo había cambiado mi idea de que las cosas las tenían que hacer los robots a que las hicieran personas, aun con los riesgos que implicaban?
Nosotros mismos no teníamos razón de ser. ¿Un dirigible con cuatro personas? El mismo trabajo lo podía hacer una computadora con dos robots, uno de mantenimiento y otro de grúa. Lo mismo las estaciones. No eran necesarios operarios que trabajasen en condiciones difíciles siendo que un cerebro podía hacer las mismas tareas. Lo acabábamos de ver con nuestros propios ojos.
Y esa era la respuesta.
Verlo con nuestros propios ojos. Sentir las cosas con nuestras propias manos. *saber* que estábamos ahí, que éramos parte de eso, que eran *nuestras* manos las que operaban las máquinas, las que daban forma al mundo. Venus había comenzado como robots flotantes procesando atmósfera hasta que alguien dijo "quiero verlo y sentirlo por mi mismo".
Entendí entonces a Adnan Kuzmanov y sus peligrosos paseos en su "batiscafo". ¿Por qué contentarse con mirar por una pantalla cuando se podía inclinar la cabeza y ver a través de una ventana mientras volaba a través del infierno?
¿Y yo? Había conducido trenes en un mundo donde los trenes se conducían solos. ¿Por qué estaba yo ahí? ¿Y por qué nunca me lo había cuestionado? La respuesta no era complicada. El estar sentado en esa cabina la daba tranquilidad a mucha gente detrás mio. Sabían que había una persona que, si las computadoras fallaran, podía tomar los controles. No importaba si habían docenas de computadoras antes que yo, necesitaban que yo estuviese ahí. Por algo los trenes que conduje eran las líneas más remotas que recorrían las regiones menos desarrolladas de la Tierra. Eran los últimos vestigios de un mundo que ya no existía, un mundo organizado y resuelto por las computadoras.
Y comprendí, en cierta manera y después de tanto tiempo, al hombre que había causado la muerte de mi esposa y mi hija. Quiso experimentar lo que se sentía controlar un automóvil por si mismo y tuvo la mala fortuna de hacerlo justo donde salíamos a caminar. ¿Lo estaba perdonando? No estaba seguro. Se había comportado irresponsablemente y terminó muerto después de matar a otros. Era irrelevante perdonarlo.
Llegamos a la guardería y Mayra entró para buscar a Joaquín. Empezamos a recorrer el camino de regreso. La avenida se encontraba llena de gente yendo a sus casas, al trabajo, comprando, comiendo o descansando en los bancos bajo los árboles. Costaba creer que un problema era la falta de gente.
Nos acercamos al centro de la avenida, donde en un estanque unas carpas nadaban tranquilas. Joaquín se acercó y les arrojó unos granos de comida. Los peces comieron con avidez y luego se alejaron cada uno por su lado. Mientras esperábamos vi que una niña caminaba entre la gente repartiendo unos folletos. Al pasar a nuestro lado me miró y me dio uno. Era una invitación a un evento cultural. Nada del otro mundo excepto por un mensaje escrito a mano en una esquina:

(({(Yuri])

Lo hice un bollito y lo tiré en el depósito más cercano. Pero Mayra lo alcanzó a leer.
--Yuri debe ser un nombre muy común por aquí--dijo.
--No es de una persona--respondí.
--¿Vas a dejar un mensaje?
--Sí, esperan que lo haga. No quieren esperar a que regrese a Dermichev.
--¿Les vas a contar de la estación?
Asentí. Me resultaba obvio que me tenían vigilado y sabrían que abordé el pelícano con Veliki y Kunchev.
Todavía me preocupaba que hubiesen IAs con ideas propias flotando por ahí. IAs con la inteligencia de los peces, según el creador. Pero también subutilizadas en las estaciones mineras, lo que les permitiría dedicar parte de sus recursos en pensar por si mismas. No al nivel de una verdadera IA, pero sí conformando cardúmenes donde cada estación sería un nodo en una Gran Inteligencia Global. Estaba seguro de que ocurriría viendo lo que había pasado con el Andrea.
¿Por qué era ese un riesgo? Porque ya había ocurrido en la Tierra y no había sido bonito. En Venus sería peor. En la Tierra se puede desconectar la energía y salir al exterior. En Venus, sin energía, no hay a dónde ir. Somos mucho más frágiles y ese era el problema.
Y todo esto no ocurriría si no fuésemos tan pocos los que emigrábamos a las ciudades entre las nubes. Marte era el gran receptor de migrantes. Porque si a la gente le dan a elegir entre flotar en las nubes o caminar en el suelo, eligen el suelo. Pueden caminar en el suelo de Marte hoy. En unos siglos podrán hacerlo sin trajes. Y lo estaban haciendo gracias a nosotros.
También me puse a pensar en las implicaciones de lo que les relatara. ¿Cómo se lo tomarían? ¿Sería eso lo que estaban esperando? Creía que sí. Explicaba en gran medida cómo era que había gente en la Tierra que enviaba tecnología sin preocuparse si se usaba o no, tecnología que bien podrían derivar a otros destinos del Sistema Solar. En Venus habíamos desarrollado una civilización que podía sobrevivir más allá de nuestro planeta madre. No podíamos ser egoístas y negarles la misma posibilidad a los demás.
Le comenté mis reflexiones a Mayra esto mientras caminábamos lentos pasos de regreso al departamento. Se tomó un tiempo para responderme:
--Yo creo que la pregunta que hay que hacerse es "¿para qué preocuparse?". Hacer habitable a Marte demorará siglos. Hacer habitable a Venus tomará milenios. Miles de cosas pueden pasar entre medio. ¿Y si no vienen más inmigrantes? Ya hay suficiente gente como para mantener una población estable. ¿Y si no vienen más máquinas? Con lo que hay se pueden construir. Será difícil pero no es imposible y la palabra "imposible" nunca detuvo a un ser humano. ¿Pueden las IA ocasionar un caos? Lo dudo. Stanislav estuvo astuto con sus cerebros de pez. Les tomará mucho tiempo evolucionar en algo más avanzado como un reptil o un ave.
«Cualquier problema que imaginemos excede los tiempos de nuestra vida, la de nuestros hijos y nietos. En las más urgentes, recién empezará a afectar a nuestros bisnietos. Me parece un error pensar que todo lo malo y todo lo bueno deberá ocurrir durante nuestra vida.
«Haz tu reporte como te parezca y no te preocupes por lo que pueda pasar. Como te dije antes, a nadie le conviene un escándalo. Las acciones que se tomen serán sutiles, graduales y tal vez nunca nos demos cuenta de que sucedieron.
Me quedé plantado en medio de la calle, arrollado por la lógica inclemente de una mujer que vivía de hacer crecer árboles.

Colchón infernal,
almohada que corroe,
sueños de sulfuro.

Mayra tenía razón.

Después de mi reporte todo pareció continuar sin sobresaltos. La Tierra siguió enviando las refinerías y demás maquinarias mientras que Cherski y Koslov llegaron a un entendimiento y blanquearon públicamente el cerebro del Andrea en la forma de un convenio de traspaso de tecnología. No pasó mucho tiempo para que otros se pusieran a hacer sus cerebros de pez. La falta de gente no estaba restringido a la región sino que era un problema global. Además nadie quería quedar rezagado en la tecnología, aun cuando sus versiones de los cerebros fueran menos efectivos o llenos de problemas. Las veces que me crucé con Veliki evité preguntarle qué pensaba de todo esto. Había diseñado los cerebros para resolver las tareas más complejas de una ciudad y debió resultarle inadmisible que terminaran usándolos para cualquier cosa. Si le molestaba lo sabía disimular muy bien o ya se había resignado y continuado con su trabajo.
Nunca supimos si lo del Andrea fue iniciativa del cerebro o cumplía órdenes de un tercero. Como yo seguía temiendo por una IA con ideas propias, Mayra me fue convenciendo de que debió ser alguien de Koslov que quiso robarse el cerebro para recuperarlo o venderlo a otro. Me hubiese gustado saberlo, pero lo sucedido nunca pasó de un secreto conocido por un puñado de personas y quienes podían averiguarlo no deseaban hacerlo. Creo que moriré con la duda.
Unas semanas después del reporte me dieron el alta médica y regresé a Dermichev para reencontrarme con mis compañeros. Habían recuperado el Tania ya reparado y por un tiempo fue como volver a los primeros meses en Venus. Pero no fue lo mismo. Mi vida había cambiado y sabía que mi futuro estaba en otra parte. Renuncié a Cherski un mes después. Mis compañeros me hicieron una despedida y volví a Koslov. Mi último viaje a Dermichev fue para regresar a mi departamento a buscar mis cosas, en especial esas cajas que había dejado cerrado cuando me mudé y que nunca había abierto.
Como me había anticipado Mayra cuando le conté mis planes de cambiar de ciudad, conseguir un trabajo en Koslov no fue sencillo. Mi rostro era demasiado conocido y para mal. No necesitaban buscar mis historial para saber que había estado involucrado en dos incidentes en menos de tres meses, ambos con eje en la ciudad. Mayra estaba imposibilitada de ayudarme para trabajar en los invernaderos y yo quería seguir navegando las nubes.
Cuando ya empezaba a perder las esperanzas y estaba decidido a aceptar trabajar en algún sitio recóndito del interior de la ciudad, me crucé con un joven inmigrante, Tino Almasy, que tenía una empresa pequeña y que había aceptado darme una oportunidad. Seguía siendo estibador y ocasional piloto cuando nos movíamos entre las estaciones cercanas a Koslov. Más tarde descubrí que quien había intercedido por mi había sido Sergy. El y Tino habían trabajado juntos un tiempo y le recomendó contratarme. N0 se lo pude agradecer. Un día partió de Venus y nunca más supe de él.
En Koslov, mi nuevo hogar, con la venta de mi departamento y dinero ahorrado compramos el departamento que estaba sobre el de Mayra. Instalamos una escalera y así pudimos tener uno más grande, con dos dormitorios separados arriba y con dos ventanas al exterior. Seguíamos en el mismo nivel pero en lo que prácticamente era más acorde a los niveles 4 o 5. Esto permitió que Joaquín pudiera tener su propio espacio y que nosotros decidiéramos encargar una niña para ampliar la familia.
Mi vida había encontrado un nuevo equilibrio. Había recorrido un extraño camino hasta que, de pronto, tuvo sentido una charla que habíamos tenido meses atrás, cuando todavía no había estado cerca de morir en el Andrea. Fue una noche en la que estábamos acostados en penumbras, escuchando la lluvia, cuando Mayra giró hacia mi.
--¿En qué piensas?--preguntó.
Tardé largos segundos en responder con otra pregunta:
--¿Cuál es tu primer recuerdo de cuando llegaste a Venus?
Miró a la ventana. Afuera había algo de luz. Las gotas de ácido sulfúrico golpeaban la ventana y se reunían en finos hilos que caían serpenteando.
--La primer noche dormí en un banco en la calle. Aterrizamos tarde y tenía mucho sueño por el embarazo de Joaquín. No hablaba bien el ruso ni el inglés y no sabía cómo encontrar un alojamiento. Recuerdo que me acosté en el banco porque me sentía mareada y me quedé dormida. Dormí... no se... un par de horas. Ahí, con la panza y mis cosas a un lado. Nadie me despertó ni

intentó robarme ni me preguntó si me pasaba algo. Desperté y sentí paz, que ya no podría pasarme nada malo. ¿Y vos?
--Bueno, todavía tengo bastante frescos los recuerdos de mi llegada. Pero de esas primeras horas el recuerdo que más regresa es de un graffiti que había a la salida del aeropuerto de Korolev. Decía "En este planeta morirás". Pensé que solo era un augurio pesimista, pero desde entonces en dos oportunidades creí que se cumpliría.
Mayra rió brevemente sin levantar la voz.
--La idea es que se cumpla. Ese graffiti está incompleto. El texto dice así:

"En este planeta
morirás", dijo el
viento una mañana.

Entendí entonces
que ya no volvería,
ahora este es mi hogar.

Bibliografía

Agromática. "Rendimiento por hectárea de los cultivos. Rendimiento y producción de los principales cultivos en España". http://www.agromatica.es/rendimiento-por-hectarea-de-los-cultivos/

Bob Yirka. "U.S. team creates diamond aerogel in lab by emulating Mother Nature". May 10, 2011. http://phys.org/news/2011-05-team-diamond-aerogel-lab-emulating.html#nRlv

Brian Wang. "How Much Uranium is in the Solar System ?". August 9, 2009. http://nextbigfuture.com/2009/08/how-much-uranium-is-in-solar-system.html

Bryan Palaszewski. "Atmospheric Mining in the Outer Solar System: Resource Capturing, Storage, and Utilization". NASA/TM—2014-217892. April 2014

Clara Moskowitz. "Uranium found on the Moon". June 29, 2009. http://www.space.com/6904-uranium-moon.html

Damia Bouic. "A new look at Venus with Akatsuki". January 16, 2018. http://planetary.org/blogs/guest-blogs/2018/0116-a-new-look-at-venus-with-akatsuki.html

Daniel Macháček. "Topografická mapa Venuše". 15 března 2013. http://my-favourite-universe.blogspot.com.ar/2013/03/topograficka-mapa-venuse.html

David Grinspoon. "The romantic Venus we never knew". November 2016. http://cosmos.nautil.us/short/58/the-romantic-venus-we-never-knew

David L. Chandler. "How to make continuous rolls of graphene". May 21, 2015. http://newsoffice.mit.edu/2015/manufacture-continuous-rolls-graphene-0521

"Dióxido de azufre (SO_2)". The International Volcanic Health Hazard Network. 2014.

Elizabeth Howell. "Giant mistery wave spotted in atmosphere of Venus". January 17, 2017. https://www.space.com/35349-giant-wave-spotted-venus-atmosphere.html

Emily Lakdawalla. "Results of ten Venus years of cloud tracking by Venus Express". The Planetary Society. August 29, 2013.

Emily Lakdawalla. "Stationkeeping in Mars orbit". The Planetary Society. June 27, 2013.

"Equatorial jet in Venusian atmosphere discovered by Akatsuki". Hokaido University. September 01, 2017. https://www.global.hokudai.ac.jp/blog/equatorial-jet-in-venusian-atmosphere-discovered-by-akatsuki/

Fabio Baccaglioni. "Naves Espaciales Giratorias, la cuestión del tamaño". 13 de Octubre de 2015. http://www.fabio.com.ar/6585

FAO. "Necesidades nutricionales del ser humano". http://www.fao.org/docrep/014/am401s/am401s03.pdf

Fraser Cain. "Winds on Venus". August 5, 2009, updated December 24, 2015.

https://www.universetoday.com/36816/winds-on-venus/

Geoffrey A. Landis. "Atmospheric Flight on Venus". NASA TM-2002-0819. 14-17 January 2002.

Geoffrey A. Landis. "Colonization of Venus". Conference on Human Space Exploration, Space Technology & Applications International Forum. Albuquerque, NM, Feb. 2-6 2003.

Georgii Krutikov. "The flying city". 1928. https://thecharnelhouse.org/2013/05/20/georgii-krutikov-the-flying-city-vkhutemas-diploma-project-1928/

H. Jónsson, S. Ólafsson, J. T. Guðmundsson, B. Árnason, F. Jónsdóttir, H. Hafsteinsson, et al. "Light Metal Alloys for Hydrogen Storage". University of Icleand.

"How would you induce a spin into a planet?". Topic in The Naked Scientist's Science Forum. August-September 2012.

Isaac Asimov. "Lucky Starr y los océanos de Venus". 1954.

James McGirk. "The surprisingly strong case for colonizing Venus". July 1, 2014. https://www.citylab.com/life/2014/07/the-surprisingly-strong-case-for-colonizing-venus/373560/

J. J. Konikoff. "Oxygen Recovery by the Catalytic Dissociation of Carbon Dioxide". Aerospace Medicine. August 1962.

La pizarra de Yuri. "Baikonur, aquí nave interplanetaria Venera, establecida en Lucifer". 25 de Abril de 2010. http://lapizarradeyuri.blogspot.com.ar/2010/04/baikonur-aqui-nave-interplanetaria.html

"La superficie de Venus como nunca la has visto". Eureka, el blog de Daniel Marín. 23 de Julio de 2014.

L. Wan, R. Wendner, and G. Cusatis. "A Novel Material for In Situ Construction on Mars: Experiments and Numerical Simulations". SEGIM Internal Report No. 15-12/487A. December 2015.

Manuel Hermán. “Científicos de materiales crean hormigón marciano”. Ciencia Kanija 2.0. 10 de Enero de 2016. http://www.cienciakanija.com/2016/01/10/cientificos-de-los-materiales-crean-hormigon-marciano/

Matt Shipman. "Researchers find new phase of carbon, make diamond at room temperature". November 30, 2015. http://phys.org/news/2015-11-phase-carbon-diamond-room-temperature.html

MIT Technology Review. “Materials Scientists Make Martian Concrete”. January 5, 2016. http://www.technologyreview.com/view/545216/materials-scientists-make-martian-concrete/

Nancy Atkinson. "Undestanding the «superotation» winds of Venus". September 3, 2008, updated December 24, 2015. https://www.universetoday.com/17606/understanding-the-superotation-winds-of-venus/

Pacific Institute. "Water Data". http://worldwater.org/water-data/

Paul Birch. "Dynamic Compression Members". Journal of The British Interplanetary Society, Vol. 42, pp. 501-508, 1989.

Paul Birch. "How to spin a planet". Journal of The British Interplanetary Society, Vol. 46, pp. 311-313, 1993

Paul Birch. "Terraforming Venus Quickly". Journal of The British Interplanetary Society, Vol. 44, pp. 157-167, 1991.

Paul Voosen. "Armed with tough computer chips, scientists are ready to return to the hell of Venus". November 22, 2017. https://www.sciencemag.org/news/2017/11/armed-tough-computer-chips-scientists-are-ready-return-hell-venus

Plastics International. "Chemical Resistance Chart". http://www.plasticsintl.com/plastics_chemical_resistence_chart.html

Quimitube. "¿Influye el CO2 atmosférico en el resultado de una valoración ácido-base?". 10 de Noviembre de 2015. http://www.quimitube.com/influencia-dioxido-carbono-atmosferico-valoracion-acido-base

Rodney Brooks. "Los siete grandes errores de quienes predicen el futuro de la inteligencia artificial". Traducido por Maximiliano Corredor. 11 de Octubre de 2017. https://www.technologyreview.es/s/9655/los-siete-grandes-errores-de-quienes-predicen-el-futuro-de-la-inteligencia-artificial

Sophia Casanova and Andrew Dempster. "Ice mined on Mars could provide water for humans exploring space". September 14, 2017. https://theconversation.com/ice-mined-on-mars-could-provide-water-for-humans-exploring-space-83728

"¿Y si Venus hubiera sido el primer planeta habitable del sistema solar?". Eureka, el blog de Daniel Marín. 4 de Agosto de 2016. (http://danielmarin.naukas.com/2016/08/04/y-si-venus-hubiera-sido-el-primer-planeta-habitable-del-sistema-solar/)

Wikipedia.org:
Nuclear power in space (http://en.wikipedia.org/wiki/Nuclear_power_in_space)
Constante solar (https://es.wikipedia.org/wiki/Constante_solar)
Syngas (https://en.wikipedia.org/wiki/Syngas)
Fischer-Tropsch process (https://en.wikipedia.org/wiki/Fischer%E2%80%93Tropsch_process)
Interplanetary Transport Network (https://en.wikipedia.org/wiki/Interplanetary_Transport_Network)
Mars Oxygen ISRU Experiment (https://en.wikipedia.org/wiki/Mars_Oxygen_ISRU_Experiment)
Project Morpheus (https://en.wikipedia.org/wiki/Project_Morpheus).

World Nuclear Association. "Nuclear Reactors and Radioisotopes for Space". November 2017. http://www.world-nuclear.org/info/non-power-nuclear-applications/transport/nuclear-reactors-for-space/